

A woman with her hair styled up, wearing a white short-sleeved button-down shirt, is looking upwards with a smile. She is in a field of tall, thin-stemmed plants with large, light-colored flowers. Her right hand is raised, touching one of the flowers. The entire image has a warm, reddish-orange tint.

Antropología Social

**La vuelta al mundo
en 80 años**

Memorias

Henrietta Yurchenco

La vuelta al mundo en 80 años

Memorias

Henrietta Yurchenco



CDI

COMISIÓN NACIONAL
PARA EL DESARROLLO
DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

I
306
A57
N.90

Yurchenco, Henrietta

La vuelta al mundo en 80 años : memorias / Henrietta Yurchenco. –
México : CDI, 2003.

222 p. : retrs. – (Antropología Social; 90)
ISBN 970-753-002-2

1. YURCHENCO, HENRIETTA, 1916-1990 – CORRESPONDENCIA,
MEMORIAS, ETC. 2. YURCHENCO, HENRIETTA, 1916-1990 – VIDA Y
OBRA. I. t. II. Ser.

Título original: *Around the World in 80 years. A Memoir. A Musical Odyssey*. MRI Press,
Point Richmond, CA, 2002.

Traducción: Henrietta Yurchenco y Antonio Saborit.

Edición, selección y notas de la versión en español: Lilia Cruz-González Espinosa.

Primera edición, 2003

Versión digital, 2018

<http://www.gob.mx/cdi>

D.R. © 2003 **Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas**
Av. Revolución 1279, Col. Tlacopac, Del. Álvaro Obregón, C.P.
01010, México, D.F.

ISBN 970-753-002-2 / La vuelta al mundo en 80 años. Memorias.

Fotografía de portada: Henrietta Yurchenco en Michoacán, 1943.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables. La persona que infrinja esta disposición se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

NOTA PRELIMINAR	5
I. NEW HAVEN 1916-1936	7
El amor	16
II. NUEVA YORK	19
1936-1941 WNYC	22
Aventuras en la música	27
Leadbelly	31
Woody Guthrie	32
III. MÉXICO 1941-1946	39
Oaxaca	46
Michoacán y Chiapas, 1942	48
Chiapas-Istmo de Tehuantepec	62
Un proyecto de la Biblioteca del Congreso, 1944-1946	69
Cora-huichol, 1944	69
Huichol	79
Los seris	89
Guatemala, 1945	98
Chiapas, 1945	107
Regreso a Estados Unidos, 1945	112
Tarahumara-yaqui, 1946	113
Regreso a México, 1960	129
Istmo de Tehuantepec 1971-1972, 1992	146

IV. ESPAÑA 1953	153
España, 1954	162
Galicia, 1989	167
V. MARRUECOS-ISRAEL 1956	171
Marruecos-Israel	180
Israel	184
VI. PUERTO RICO 1967	189
San Juan	198
Cidra	200
San Juan	201
VII. EUROPA DEL ESTE	203
Rumania	203
Viena-Italia	208
Checoslovaquia, 1962	209
Alemania-Austria, 1987	214
Austria	217
VIII. POSDATA	219

NOTA PRELIMINAR

Henrietta Yurchenco visitó México por primera vez en 1941, invitada por el pintor mexicano Rufino Tamayo a quien había conocido en Nueva York. Tras algunos meses de estancia en el país y fascinada por los relatos sobre los indígenas, su música y sus bailes, se convirtió en la pionera en grabar discos con esa música, al integrarse a un proyecto cultural internacional, coordinado por el doctor Manuel Gamio, cuyo fin era la recopilación de música indígena latinoamericana para que su difusión formara parte e influyera en la producción musical contemporánea.

Así, la profesora Henrietta se establece en el campo de la etnomusicología, justamente en el momento de inicio de esta rama de la investigación, al abarcar las expresiones musicales en su contexto y descubrir que —como ella lo dice— “en todo el mundo las mujeres son las que le cantan a la vida íntima, las emociones y los sentimientos”. El relato de su vida y el recuento de sus experiencias en los países que recorrió recrea valiosos significados de pluriculturalidad.

La presente edición de sus memorias, primera en español, fue ampliada en el capítulo de México con documentos que complementan detalles de la visión que describe; algunos de éstos provienen de su archivo personal inédito, el cual amablemente nos permitió reproducir, y otros del Instituto Indigenista Interamericano, institución que auspició parte de su trabajo de campo.

La Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas agradece a la profesora Henrietta Yurchenco el honor que nos hace al permitir la publicación de este volumen de memorias, que amplía el su legado al Centro de Investigación y Documentación de los Pueblos Indígenas de México, donde el acervo fonográfico —que como homenaje lleva su nombre— resguarda la importante colección de grabaciones donada por ella en 1990.

Diciembre de 2003

A mi familia.

A la memoria de:

doctor Daniel Rubín de la Borbolla, amigo y mentor,

doctor Manuel Gamio, amigo y mentor,

Waldeen, bailarina, poeta y amiga,

Paul Creesh, escritor,

James Lester, querido sobrino



I. NEW HAVEN 1916-1936

Nací el 22 de marzo de 1916 en New Haven, Connecticut, durante la mayor tormenta de nieve de ese año. Mi madre me tuvo en casa, que era la forma en que nacían los pobres en esos días. Ella siempre atribuyó la palidez de mi piel a la ventisca de ese día y sus ojos brillaban cada vez que contaba la historia de mi nacimiento.

Me decían que había heredado el temperamento fuerte de mi abuela paterna. Ella aparece en una fotografía como una mujer alta, delgada, de aspecto autoritario, en un convencional vestido de seda de cuello alto. No la recuerdo en absoluto, pero mis tías siempre me decían que Minnie podía ser muy dura y dominante.

No obstante lo anterior, yo creo que heredé mucho del carácter de mi madre. Ella nació en el poblado ucraniano de Nemirov, a finales del siglo XIX, le molestaba el papel doméstico que se asignaba a las niñas de su tiempo e insistió en aprender a leer y escribir en yiddish, como los bucher (niños) del yeshiva. Además hablaba ucraniano y ruso, y un poco de polaco y eslovaco, que había aprendido entre los pastores nómadas que trabajaban cerca de su aldea. Siempre hablaba con afecto de su familia y de la niñez tan cómoda que había disfrutado. Pero, como todos los judíos, tenía el sueño de ir a la goldene medina (la tierra dorada) –tal vez a instancias de unos familiares establecidos en New Haven.

Mamá describía con gran orgullo su arribo a Ellis Island, Nueva York, en 1911, puesto que venía “vestida a la moda y usando un corsé” –símbolo de una mujer respetable en esos días. Tenía únicamente 16 años y había viajado sola desde la lejana Rusia. Era una joven adorable, de poco más de un metro cincuenta de alto, piel muy blanca, cabello castaño y ojos grises. Sus padres la habían provisto de todo lo necesario: un colchón de plumas, un samovar y algo de cristal ruso, para que empezara a abrirse camino en el Nuevo Mundo.

A pesar de la dificultad de los primeros años en Estados Unidos como costurera en una fábrica de ropa, mi madre, al igual que casi todos los judíos provenientes de la Europa del Este, era feliz de encontrarse en América. Jamás quiso regresar a Rusia, pues recordaba las terribles matanzas de judíos –los pogroms–, la discriminación y la falta de oportunidades. Y aunque su vida era dura, tenía muchas compensaciones: las bibliotecas gratuitas, los conciertos de música clásica, los museos y la libertad de ir a donde quisiera –ventajas que nunca tuvo en su “antiguo país”.

Aunque estuvo atada a su casa durante su vida de casada, admiraba a las mujeres audaces y aventureras de su generación –como Margaret Sanger, a las sufragistas, a los espíritus libres como Isadora Duncan– y compartía las radicales ideas políticas de su marido. Fue realmente afortunada: la única de su familia inmediata que vino a América y la única que se salvó del Holocausto.

Mi padre tenía doce años al llegar a Ellis Island en 1899, proveniente de su pueblo natal, Brest Litovsk, en Ucrania. Varios años atrás, su madre y tres hermanas migraron a Estados Unidos dejando a mi padre y a un hermano menor al cuidado de unos parientes. Cuando les llegó el turno de partir, los dos muchachos atravesaron juntos Europa –asistidos por organizaciones judías en cada conexión de ferrocarril– hasta Amsterdam. En el barco que cruzaba el Atlántico en aquellos años, mi padre y su hermano, al igual que otros pasajeros pobres, de día viajaban en el puente y pasaban la noche en la cubierta. Años más tarde, al hablar de este viaje, solía decir con ironía:

–Mira, tochter [hija], yo llegué en un barco mejor que el de los Peregrinos.

Como muchos inmigrantes, mi padre anhelaba ser un verdadero estadounidense, despojarse de sus costumbres anteriores, ser práctico, progresista, buscar siempre nuevas soluciones a los viejos problemas. Papá estaba verdaderamente cautivado por el Estados Unidos legendario. De niño había admirado a Wild Bill Hickcock y a Buffalo Bill, a los cowboys de los llamados Espectáculos del Salvaje Oeste, a los pistoleros famosos,

como Jesse James y Billy the Kid –quien había asesinado a 21 personas, una por cada uno de sus años de vida. Además, estos tipos habían luchado contra los ricos y privilegiados. Para mi padre ellos eran los verdaderos héroes estadounidenses.

Mi padre era tranquilo, amable y amaba a su esposa y a sus hijos por sobre todas las cosas en este mundo. Él era el que se tiraba al piso a jugar con nosotros, el que nos mecía en sus brazos cuando estábamos enfermos. Tanto la familia como los amigos amaban a papá, pues su afecto y cordialidad alcanzaban a todo el que estuviera en su esfera de acción.

Era demasiado educado para triunfar en el rudo mundo de los negocios. Lo perdió todo en la década de los veinte, pues tenía una tienda de abarrotes en el sector negro de la ciudad y nunca se atrevió a cobrar el dinero que la gente menos afortunada le había quedado a deber.

Luego de la muerte de papá, en 1959, su sobrino Nathan lo recordaría como un hombre jovial: “Era un tipo lleno de vida y alegre, que disfrutaba los buenos momentos”. Ciertamente mi padre no era ni un bebedor ni un mujeriego. Era un idealista a quien le preocupaban las artes y la política. Todavía atesoro una fotografía tomada en 1912: sentado en el pasto, con su hermano Nathan, está leyendo *Socialist Call*, el más importante periódico radical antes de la Primera Guerra Mundial.



Madre y padre, Rebecca y Edward Weiss, en el monumento de East Rock. [New Haven, Connecticut, 1941.]

Yo tenía apenas seis años y mi hermana Ruth tres, cuando nació mi hermano. Un día antes de que empezara el trabajo de parto, mi madre estaba colgando la ropa en el tendedero del patio trasero. Ruth y yo nos escondimos debajo de la mesa de la cocina, consolándonos una a otra ante los gritos de mamá que anunciaban la llegada de Nathan. Decidieron nombrarlo Nathan por un hermano de mi padre que había muerto de influenza durante la guerra. El nacimiento de mi hermano fue motivo de gran júbilo, ya que, al igual que otras mujeres judías, mi madre había soñado con tener un hijo, y por fortuna lo consiguió en el tercer intento.

Nate creció hasta convertirse en un hombre sumamente atractivo, parecido a Paul Newman. Se mantuvo muy activo toda su vida y murió antes de cumplir los setenta años, dejando a su esposa Rebecca, un hijo de nombre Daniel, y tres hermosas y talentosas hijas: Emmy, Marta y Lauren, excelentes músicas.

Mi hermana Ruth y yo teníamos diferentes personalidades. Siempre pensé que mi hermana era más hermosa e inteligente que yo. Ella siempre era la primera de su salón y traía a la casa las mejores calificaciones. Amaba el teatro y poseía verdadero talento, pero nunca pudo desarrollarlo porque aquellos eran años difíciles y primero estaba la necesidad de sobrevivir.

Tiempo después yo disfrutaba escuchando a Ruthie debatir asuntos políticos o sociales con su esposo David Lester, un brillante científico. Ordenaba sus argumentos y era muy firme en el debate, con lo que hacía trizas las tesis de su esposo. Éste solía decir con genuino orgullo y admiración:

—Ruthie, ¡habrías sido una magnífica abogada!

Los primeros años vivimos en un alojamiento de Grand Street, bastante humilde. La enorme estufa de carbón en la cocina-comedor calentaba poco a poco las habitaciones contiguas y proporcionaba la temperatura perfecta para cocinar y hornear. En el patio trasero teníamos una caja de aluminio para guardar los productos lácteos. En el verano, todas las mañanas, el repartidor lo llenaba con un bloque de hielo.

Mi mamá era una cocinera excelente y mi papá un ayudante muy diestro. Como entonces no habían supermercados, ni refrigeradores, ni hornos de microondas, pasábamos gran parte del tiempo preparando comida. Muchas cosas que disfrutábamos durante el año entero eran preparadas en el otoño cuando había cosecha de frutas y verduras frescas. Todos participábamos pelando, cortando e hirviendo cacerolas de tomates verdes, purés de manzana, duraznos, pepinillo y mermeladas de fresas y ciruelas.



Sus hermanos, Ruth y Nathan Weiss.
[Diciembre de 1941.]

Lo mejor de todo eran las recetas tradicionales que mi madre había traído consigo de Rusia. Por ejemplo, hasta la fecha, mi hermana Ruth y yo seguimos preparando delicados blintzes de queso salteados en mantequilla. Yo sé hacer mandelbrot, que es barra de pasta con almendra molida, y mi hermana se encarga del arduo strudel, a base de pasta hojaldrada, casi transparente de lo delgada, rellena de nueces, mermelada, pasas, manzanas y miel. Las latkes eran la especialidad de papá y yo todavía no he probado nada mejor. Delgadas y crujientes, se cubrían con crema amarga —aunque algunos prefieren el puré de manzana. Los niños nos amontonábamos cerca de la estufa, plato en mano, esperando por turnos a que saliera cada latke de la parrilla, para comerla al instante.

A pesar de la prosperidad de los años veinte, nosotros, como muchos inmigrantes, nos quedamos en la pobreza. Al menos teníamos un coche —uno de esos autos abiertos tan de moda en esa época— en el que solíamos pasear, teniendo al cielo por techo. Cuando llovía, colocábamos unos protectores de mica a los lados. Mi padre era un excelente conductor. A veces nos llevaba de día de campo o a la playa donde nadábamos en las aguas de Long Island Sound. Con la llegada de la Depresión y el envejecimiento del carro, estos placeres se terminaron casi por completo. Solamente podíamos ir a la playa muy de vez en cuando. Nos íbamos en un camión público que nos costaba cinco centavos, rentábamos

un casillero para guardar nuestra ropa por diez centavos y almorzábamos a la sombra de los árboles, junto a la playa. El premio del día era un cono de helado para cada uno de nosotros. Todavía escucho los gritos de advertencia de mi madre: –¡Regresen! ¡El agua los cubre completamente! ¡Se van a ahogar si no tienen cuidado! Pero sabíamos nadar muy bien y lo único que llegamos a padecer fue una alergia que nos provocaron las aguamalas que pululaban en el agua.

Nunca pude descubrir la manera en que mamá estiraba los dólares para que alcanzaran para comer, comprar ropa y cubrir los gastos de la casa. Cuando nuestros zapatos estaban gastados, los mandaba a reparar. Para poder tener los zapatos listos para ser usados al día siguiente, mamá se pasaba la tarde con el zapatero, esperando pacientemente a que reparara todos. Creo que disfrutaba esas salidas de casa, ya que descansaba y podía relajarse.

Esas circunstancias nos enseñaron a ser autosuficientes desde muy temprana edad y a no pedir lo que no se nos podía dar. Teníamos pocos juguetes y yo nunca tuve una muñeca. Aprendimos a entretenernos solos, a jugar con los vecinos y a inventar nuestros propios juegos. Sólo por las noches, cuando el trabajo estaba hecho, disfrutábamos de la atención absoluta de nuestros padres.

Sin embargo, los primeros años de nuestra vida giraron alrededor de nuestros padres y de sus amigos, quienes hablaban yiddish –que con tiempo fue desplazado por el inglés. Aunque nunca aprendimos a hablar bien el yiddish, conservamos los picantes refranes y maldiciones, que tanto gustan a los judíos y que nosotros aprendimos en nuestra niñez. Esas frases definían una amplia gama de opiniones acerca la gente que diariamente encontrábamos en el camino. Por ejemplo, una de las expresiones más frecuentes cuando se trataba de resolver problemas con una solución absurda era: “Es tan útil como una sanguijuela muerta” (*Wird helfen wie a toiten bankus*), que hacía alusión al tratamiento antiguo para las enfermedades. El comentario “Dinero tirado a la calle” (*Arois gevorfen de gelt*), tenía que ver menos con el dinero que con el esfuerzo invertido en tonterías. Y si se creía que alguien estaba loco de remate se decía que estaba “*mesbuga auf toit*”.

Las coloridas descripciones –shlemiels, shlemazls, mishagoyim, ganoivin (bribón) y shleppers, palabras que ahora son comunes en el inglés de Estados Unidos– en mi niñez sólo se oían entre los judíos. A diferencia de la costumbre anglosajona, y al igual que entre los españoles, se reconocían los defectos físicos y no se les ignoraba. Al tonto se le llamaba abiertamente nar; una niña fea era una meeskeit; alguien con una nariz pronunciada era un nuz; algún pariente corto de vista era conocido

como blinde (el ciego). Debido a mi temperamento hosco, todos me llamaban shlang (víbora) y el apodo me acompañó durante muchos años. A mi hermana le fue mejor: le decían brenn (la que arde), refiriéndose a su inagotable energía. Nadie se escapaba –ricos, pobres, jóvenes, viejos, profesores e ignorantes. A cada persona se le colocaba una etiqueta que la identificaba y era más bien una caricatura, muy apegada a la realidad.

Pero todos esos comentarios tenían su punto de partida en la política, que era el tema principal de nuestras ardientes y vigorosas conversaciones. Mi papá fue socialista hasta principios de los años treinta, pero debido a las terribles consecuencias económicas de la Depresión se afilió a organizaciones fraternas conectadas con el Partido Comunista.

Una de las esencias de la doctrina comunista era la confianza absoluta en la Unión Soviética: creer en ésta con fe casi religiosa. Dos primos, hijos de Paulina, la hermana de papá, se habían hecho trostkistas y discutían acaloradamente con mi padre.

–Yo te lo digo –solía gritar mi primo Sam– ¡cientos de miles de escritores, científicos, poetas y músicos son enviados todos los días a Siberia, los torturan y los asesinan en prisión por criticar al régimen!

–¡No digas eso! –contestaba papá, también a gritos. ¡Ustedes son unos contrarrevolucionarios que quieren destruir a la Unión Soviética!

El resto de la familia permanecía cerca, tratando de calmar los ánimos.

Cuando regresé de México, en 1946, le dije a mi papá que yo ya no podía seguir apoyando a los soviéticos. Su desolada respuesta todavía suena en mis oídos: –Tochter, nunca pensé que alguna vez te escucharía decir eso.

Sin embargo, diez años más tarde mi padre habría de conocer, en un informe de Krushchev al Consejo del Soviet Supremo, la sobrecogedora verdad de lo sucedido durante los años de Stalin. Lo peor de todo era que mis padres sentían que sus ideales habían sido traicionados. Habían sido tan leales, tan firmes en sus convicciones y ahora todo se reducía a la nada.

Desde luego, teníamos otros intereses diversos a los del mundo de la política, como el cine, al que íbamos de vez en cuando, los cómics, etcétera. Pero mis padres eran gente muy seria y le tenían un gran amor y respeto a la literatura seria, especialmente a las obras de los rusos Turgueniev, Pushkin, el dramaturgo Chejov y el humorista judío Sholem Aleichem. Nosotros, en cambio, como adolescentes, teníamos otro tipo de gustos; sacábamos de la biblioteca pública pilas de libros de misterio y de espionaje y leíamos hasta muy entrada la noche, hasta que mamá nos gritaba que nos íbamos a quedar ciegas de tanto leer. Entonces apagábamos las luces y nos dormíamos.

Pero nuestras favoritas eran las obras clásicas, como *Alicia en el país de las maravillas*, los escritos satíricos de Dorothy Parker –quién al enterarse de la muerte del presidente Calvin Coolidge comentó, “¿Cómo se animó?”, pues Coolidge tenía fama de callado y torpe–, y la poesía de Edward Lear. En las fiestas de los amigos nos entreteníamos recitando nuestras páginas favoritas. Amábamos a los personajes singulares, tan serios en su lunático comportamiento. Nos gustaba repetir las palabras de la Reina de Corazones durante el juicio en el que se le acusaba de robar unas tartas:

–Presente la evidencia –decía el rey.

–¿Por dónde debo empezar? –preguntaba el conejo blanco.

Y el rey respondía solemnemente:

–Empieza por el principio y prosigue hasta el final. Luego detente.

Con esas líneas nos revolcábamos de risa. Creo que mi interés por el dadaísmo y el surrealismo tiene su origen en mis lecturas de Lewis Carroll.

Pero lo que heredamos de nuestros padres, sobre todas las cosas, fue el amor a la música. El gusto de mamá por la música comenzó cuando era una jovencita y junto con sus amigos se escondía en los jardines de la Gran Duquesa –dueña de la aldea– para escuchar los conciertos que se ofrecían en palacio. Mi papá, de joven, tocó la mandolina. El día que tuvo que venderla fue muy triste; nunca la repuso aunque llegamos a conocer mejores épocas.

Hasta que compramos un piano en 1926 y empezaron mis lecciones, el fonógrafo fue el centro de nuestra vida musical. Los elegantes conciertos en el Woolsey Hall de New Haven estaban fuera de nuestro alcance. Yo inicié mi conocimiento musical escuchando a Fritz Kreisler y Mischa Elman al violín e Ignaz Paderewski al piano. Aunque mis padres admiraban a los hermanos Wright, Charles Lindbergh y Graham Bell, las obras de Bach, Mozart y Beethoven eran consideradas como el pináculo del fruto humano.

Cuando mi primera maestra de piano, mi prima Fanny Kipperman, les dijo a mis padres: “Henrietta es una alumna muy talentosa”, mi educación musical se convirtió en la principal preocupación de la familia. Mi madre me echaba de la cocina si intentaba ayudarla, mis amigos tenían que esperarme hasta que concluyera mi práctica de piano. Hice trabajar tanto al pobre piano que luego de unos años era una ruina y tuve que practicar en los pianos de los amigos.

Tocar mis piezas era fácil, todo lo aprendía muy rápidamente, casi siempre a los pocos días de haberlas empezado a practicar. Fanny le dio a mi madre instrucciones precisas de que yo tocara sólo lo que ella indica-

ba. Yo era una alumna obediente, pero me exacerbaba la rigidez de Fanny. Para engañar a mamá, me aprendía de memoria mi lección y luego, mientras la tocaba, leía un libro que ponía en una silla cercana. Un día mi madre me sorprendió; se puso furiosa: "¡Si lo vuelves a hacer, suspendo tus lecciones!" No me atreví a volverlo a intentar.

Más tarde, Fanny me dejó en manos de su profesor, Reuven Kosakoff, un compositor y pianista que había estudiado en Alemania con el gran Arthur Schnabel. Yo tenía once años cuando mis estudios musicales comenzaron en serio. ¡Cuánto soñaba con ir a estudiar a Alemania, la Meca para tantos estudiantes de música de Estados Unidos! ¡Cuánto soñaba en participar en los concursos internacionales y ganar todos los premios! Pero no, eso nunca sucedería.

Los años de estudio con Reuven fueron mágicos. Con él aprendí el arte de la música, a entender su forma y a extraer la cálida variedad tonal del piano, un instrumento básicamente de percusión. Consideraba que ninguna obra se concluía hasta que la parte técnica y la musical no estaban perfectamente sincronizadas.

Mi caminata semanal a la casa de Reuven, especialmente a comienzos de la primavera, la recuerdo como lo más soberbio de mis años de adolescente. A principios de abril, los arces, castaños y olmos que bordeaban las calles ya estaban cubiertos de pequeños retoños verdes, pálidos y transparentes. Con mis libros de música bajo el brazo, mi alma se elevaba. Pocos minutos después, entraba a la casa, me sentaba frente al Steinway con mi amado maestro a un lado y tocaba lo que había aprendido durante la semana. ¡Cómo atesoraba esas horas, el milagro de tocar, mis dedos deslizándose sobre el teclado en pronunciadas cascadas de notas perfectamente armonizadas! Cada año trabajaba en un nuevo programa: sonatas de Beethoven, Mozart y Haydn, obras de Schubert, Chopin, Brahms y Schumann, y los modernos, como Debussy, Ravel y Bartok.

A principios de los años treinta, mi padre perdió su empleo y no pudo pagar mis lecciones de piano. Reuven fue muy generoso y durante algunos años más tomé clases gratis, por lo que le estaré eternamente agradecida. Yo era una de sus alumnas estrella y siempre tocaba en sus recitales anuales. Cuando cumplí 18 años ofrecí mi primer concierto completo, en un bello aunque pequeño auditorio de la Sociedad Médica de New Haven. El concierto fue un éxito rotundo. No cometí un solo error. Fue un momento triunfal, me sentía en la cima del mundo.

Pero ese concierto fue el final de mi carrera como pianista. Al año siguiente, incapaz de superar mis nervios, abandoné el recital de alumnos de Reuven. Yo no lo recuerdo pero mi hermana dice que lloré durante

tres días enteros. Aunque seguí tocando durante varios años más, nunca me recuperé. El miedo me tenía atrapada y no lo pude controlar. El día en que renuncié a la carrera de concertista me sentí liberada. Pero por otra parte, mi corazón estaba agobiado por la tristeza. La música era mi vida, la esencia de mi ser, el manantial de mis dichas. Me di cuenta de que debía hacer eso a un lado y dedicarme a otra cosa, pero supe también que esa otra cosa debía estar ligada a la música.

El amor

Mi membresía al John Reed Club, el ala intelectual del Partido Comunista, fue mi puerta de entrada a un mundo al margen de la casa y la escuela. Entonces yo todavía era una estudiante de secundaria que se aburría con unas clases que le ofrecían muy poco a una mente inquisitiva como la mía. En el Club, rodeada por estudiantes de la Universidad de Yale, tuve mi primer contacto con la arquitectura, las artes plásticas y el teatro, lo que definió mis gustos y actitudes por muchos años.

Sin embargo, esa educación venía envuelta en la doctrina marxista. Si bien es cierto que apoyé la posición del partido en cuestiones sociales, sus posiciones en la cultura me empezaron a molestar. Aunque nunca nos daban órdenes, se esperaba que los comunistas comprometidos fueran a ver películas, obras teatrales y arte con contenido social, y que leyeran los libros de los autores radicales. El partido colocó en su lista negra a los musicales de Broadway. A mí me criticaban por tocar compositores "burgueses" como Schumann, Haydn y Bach.

—¿Por qué no tocas música revolucionaria? —me preguntaban.

Me sentía culpable, algo incómoda, como si hubiera traicionado una causa sagrada. Inocentemente respondía:

—No hay de esa música para piano, sólo son canciones.

Pero llegó el tiempo en que me despojé de todo eso, me quité las telarañas de la cabeza y aprendí a caminar sin las muletas marxistas. Pero tuvieron que pasar muchos años antes de que ocurriera esa ruptura.

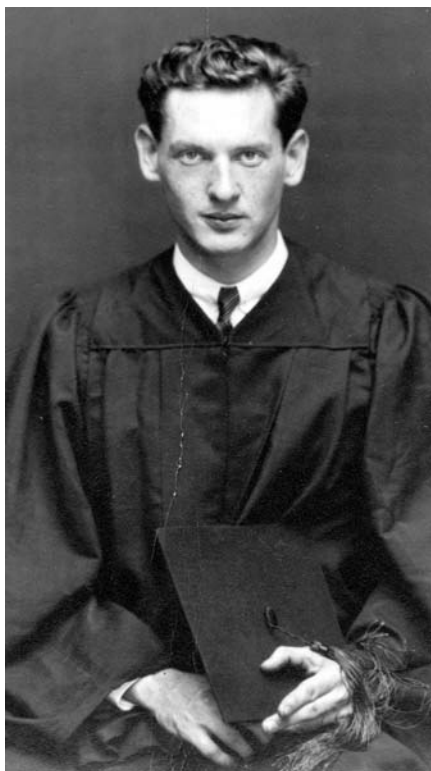
El John Reed Club no sólo era conocido por su tendencia política de izquierda, sino por su atmósfera bohemia. Después de todo, éramos los sucesores de la Edad del Jazz de los años veinte. El cabello corto y las faldas cortas ya estaban de moda, fumar y beber en público era común —a pesar de la Prohibición— y el Fox Trot y la conga cubana estaban remplazando al Charleston. Pero las dificultades de la época nos hicieron una generación sobria. ¿Cómo podíamos pensar en la opulencia de los años veinte: la champaña, los autos deportivos, los abrigos

de piel y los estudios de arte en París, acerca de lo cual tanto habíamos oído y leído, cuando apenas teníamos para pagar la renta?

Pero hubo amor. Mis primeras experiencias amorosas fueron con estudiantes de la universidad. Ninguno de ellos vale la pena mencionarlo, ya que terminaron tan rápido como comenzaron... hasta que conocí a Chenk.

Basil Chenk Yurchenco era estudiante de la Escuela de Arte de Yale y uno de los miembros del Club. Nacido en Argentina, de padres rusos, era un hombre creativo y lleno de vida... me enamoré por primera vez en mi vida. Nos hicimos novios a poco de conocernos y nos casamos algunos años más tarde, en Nueva York.

Chenk me lanzó repentinamente a un mundo nuevo y excitante. Íbamos juntos al Little Art Theater, cerca de la universidad, para disfrutar películas vanguardistas como *La Bella y la Bestia* de Jean Cocteau y *El perro andaluz* de Luis Buñuel. También íbamos a ver exposiciones de pintura cubista, dadaísta y surrealista en la Galería Yale.



Basil Yurchenco. Graduado en la Universidad de Yale. [New Haven, Connecticut, 1936.]

Parte de mi educación consistió en observar a Chenk pintar en su estudio. Llegué a amar el olor de la pintura, los lienzos y los marcos de ornato que coleccionaba de las tiendas de segunda mano que había por toda la ciudad. Yo salía de compras con él y aprendí a distinguir los pinceles y colores buenos de los malos. Sobre todo aprendí de técnicas, pinceladas, colores, líneas y la forma en que se reunían en el lienzo. Siempre que íbamos a un concierto, Chenk llevaba su libreta de bocetos y dibujaba caricaturas de los músicos o incluso de gente del auditorio.

Cuando teníamos algunos dólares en el bolsillo, íbamos al Schubert Theater, en el centro de New Haven. Por muchos años éste fue el más importante espacio para presentar nuevas obras en el país. Fracasar en New Haven significaba nunca llegar a Broadway. "Bombed in New Haven, banned in Boston" (Abucheado en New Haven, prohibido en Boston) era un refrán popular de la época. La referencia a Boston era un comentario sobre su fama puritana.

Allí vi al Ballet Russe de Monte Carlo en su primera presentación en América. Fue una experiencia inolvidable. Por primera vez vi el teatro como espectáculo de maravillas. Todavía creo que el conjunto de arte, baile y música, en obras como *Petrushka*, *El pájaro de fuego* de Stravinsky o *El sombrero de tres picos* de Falla, con diseño de Picasso, que vi en 1938, nunca ha sido superado.

Mi vida de joven estaba a punto de acabar. En 1934, Chenk se mudó a Nueva York para trabajar en el Proyecto de Arte Federal, una agencia de la WPA. Acordamos que yo lo alcanzaría una vez que él se hubiera establecido. Mientras tanto, un acaudalado amigo de Chenk se ofreció a pagar mi colegiatura para que yo asistiera a la Escuela de Música de Yale. Me inscribí en todos los cursos –armonía, entrenamiento auditivo, historia de la música, dictado– y continué mis lecciones con Reuven.

Pero yo estaba impaciente por reunirme con Chenk en Nueva York. Al término del año escolar llegué el momento de dejar al provinciano New Haven y marchar a la gran metrópolis, respirar aire nuevo, abrir mis alas y volar. Empaqué mis escasas posesiones, me despedí llorosa de mis padres y abordé el tren para Nueva York. Era junio de 1936 y yo tenía sólo 20 años.



II. NUEVA YORK 1936-1941

Al llegar a Nueva York mi única posesión era una pequeña maleta, pero en mi corazón llevaba un baúl lleno de esperanzas. No pensaba en la familia que dejaba atrás, sino en mi futura familia. Iba a vivir en la ciudad, la gran metrópoli, que me prometía todo lo que yo quería: música, teatro, arte y gente fascinante por conocer. Chenk me fue a esperar a la Grand Central Station ese día de junio y me llevó al pequeño departamento en el centro de Manhattan, en donde vivimos durante un año. El día que decidimos casarnos, fuimos al Ayuntamiento, pagamos dos dólares por la licencia y dos dólares a cada uno de los testigos que siempre rondan en los registros civiles y nos declararon marido y mujer.

Luego encontré un maestro de piano. Tomé una clase y lo dejé porque no me enseñó nada nuevo. Después asistí a un curso en análisis musical en la Mannes School, en Manhattan, con el maestro Hans Weisse. Ese fue el final de mi educación formal en la música clásica occidental.

Entré en la vida de Nueva York. La frivolidad de los años veinte –la era del jazz, del licor ilegal, de la taberna clandestina– había terminado. Ya estábamos en plena depresión económica, veíamos largas filas de gente en espera de pan, desempleados vendiendo manzanas en las calles y artistas y profesionistas lavando platos en los restaurantes o bien desempeñando cualquier trabajo que les ofrecieran.

Sin embargo, fue un tiempo lleno de entusiasmo. A pesar de la lucha para juntar cuerpo y alma, olvidamos nuestras diferencias de raza, religión y país de origen. Éramos jóvenes y estábamos en el mismo barco; juntos reíamos, íbamos a fiestas, teníamos aventuras amorosas, estábamos inmersos en el torbellino de los movimientos políticos y artísticos, y vivíamos intensamente, con grandes esperanzas para el futuro. Nunca antes fui a tantos conciertos, espectáculos de danza, obras de teatro y óperas, como en esos años. El apoyo federal a las artes nos permitía ver todo por menos de un dólar.

Gracias a Chenk, las primeras personas que conocí en Nueva York fueron pintores y escultores, casi todos trabajando en el Proyecto de Arte de la WPA, una de las oficinas que se crearon en el gobierno de Roosevelt para ayudar a los artistas desempleados. A esta gente la frecuenté los sábados por la mañana, cuando todos nos íbamos a las galerías de la Calle 57 y al Museo Metropolitano o al de Arte Moderno. Muchos de ellos eran artistas que habían vivido en París durante el auge de las vanguardias: surrealismo, dadaísmo, abstraccionismo. Al igual que los músicos y escritores, ellos se habían visto obligados a regresar a Estados Unidos después del colapso de Wall Street en 1929.

Max Spivacke, con cigarro siempre en la boca, Byron Brown, que hablaba con un acento de la calle, Philip Guston, el elegante Burgoyne Diller, el escultor Ibrahim Lassaw, Hannes von Wight, el alemán, eran algunos de los pintores con los que pasábamos horas discutiendo sobre arte y política en los cafés de Greenwich Village. Entre ellos Stuart Davis y Arshile Gorky eran los más respetados.

Me acuerdo muy bien de Arshile en una de nuestras fiestas. Estaba solo en la terraza, mirando hacia los jardines de la Calle 9. –Por Dios, Arshile –le gritó alguien–, vente, ya vamos a comer. No –dijo suspirando–, me siento solo, no tengo ganas. Siempre nos preguntamos cómo era posible que se sintiera solo cuando estaba siempre rodeado por admiradores. Años más tarde, cuando supe que se había suicidado, me acordé del incidente.

Pero en lo que al arte respecta, Gorky era un crítico franco y a veces muy agudo. Se cuenta que una vez cierta joven pintora le pidió una opinión sobre su obra: una de esas escenas realistas de la lucha política que se acostumbraban pintar durante la Depresión. Con pena, Gorky comentó: “Esto, querida, es pobre pintura para gente pobre”. Para Arshile era imperdonable sacrificar el mérito artístico por una causa política.

Todavía me da risa cuando me acuerdo de una manifestación que los pintores de las escuelas modernas hicieron enfrente del Museo de Arte



Retrato de Henrietta Yurchenco, pintada en blanco y negro por Basil Yurchenco y aunque el fondo no fue completado tuvo influencia del artista mexicano Rufino Tamayo. Elaborado en el departamento de los Yurchenco en San Marks Place en Manhattan, Nueva York. [Fotografía de Emilio Espinosa, 2001.]

Moderno, en demanda de que sus obras se exhibieran a la par de las europeas. La policía llegó intempestivamente y detuvo a todos los que cupieron en su camioneta, conocida como Black Maria. Para los artistas fue sólo una aventura y le sacaron todo el jugo posible. Cuando el sargento de la estación de policía les pidió sus nombres, dieron los de sus pintores favoritos: Rembrandt, Picasso, Matisse, Cézanne y Leonardo da Vinci. Creo que al final les impusieron una pequeña multa por alterar el orden. Pero para la comunidad artística los detenidos quedaron como héroes, defensores de los derechos de todos ellos, y durante meses no se dejaron de escuchar todo tipo de bromas en este sentido en los cafés del Village.

WNYC

Por fin llegó una nueva etapa de mi vida, completamente inesperada y que definió mi futuro para siempre. A finales de los años treinta, Chenk entró en contacto con los directivos de la estación de radio municipal, la WNYC. Luego de años de estar controlada políticamente, la estación se independizó con la elección de alcalde Fiorello H. LaGuardia, quien nombró a su jefe de campaña, Morris Novik, director de la misma. Financiada por el ayuntamiento y sin anuncios comerciales, la estación se dedicó a las artes —música y teatro en vivo— así como a otros programas culturales.

Un día Chenk se enteró de que había una vacante en la WNYC. Me presenté con Isaac Brimberg, el ingeniero en jefe y estratega de la estación, y poco después conocí a Novik. Yo tenía entonces veintitrés años, nunca antes había estado en una estación de radio y no sabía distinguir un micrófono de un desarmador. Pero los debí haber impresionado porque poco después me contrataron.

Dos años estuve en la WNYC y empecé con unos programas de música folclórica mundial, los primeros que se transmitían por la radio en Nueva York. Después llegó una sorpresa: en enero de 1940, Novik me llamó a su oficina.

—¿Te gustaría encargarte de un festival de música americana? Dick Pack, nuestro jefe de publicidad, está seguro de que tú lo puedes hacer. Hemos pensado que podría durar unos diez días, entre el cumpleaños de Lincoln y el de Washington.

Mi corazón brincaba de regocijo.

—Seguro —le dije muy seria y con toda calma— me encantaría hacerlo. Salí de su oficina bailando.

Preparamos programas con todos los estilos: música clásica, folclórica, para teatro, música popular. Organizamos conciertos en nues-

tros estudios y transmisiones a control remoto en las salas de la ciudad. Con la ayuda de Novik y del alcalde arreglamos conciertos con las mejores orquestas, coros, conjuntos de música de cámara, y con los conservatorios y las universidades. Estoy segura de que todos los compositores que alguna vez escribieron una nota solicitaron participar en el programa del Festival. Después de todo, la WNYC era el único lugar en la ciudad en el que un compositor desconocido podía conseguir un público y en donde las obras nuevas eran bien recibidas.

Todavía conservo en la mente la imagen del joven Leonard Bernstein corriendo por los pasillos de la estación para llegar a tiempo para tocar su sonata de piano en el programa de la Liga de Compositores. Aaron Copland, Roy Harris, Henry Brant, Norman Della Joio, David Diamond, Morton Gould y Vernon Duke Dukelsky, participaron. Elie Siegmeister llevó a su American Chorus y Earl Robinson, cuya *Ballad for Americans* estaba causando furor, interpretó *I Dreamed I Saw Joe Hill Last Night* —su apología del líder de la IWW ejecutado en el estado de Utah en 1916 por agentes del gobierno contrarios al movimiento sindical.

En 1940 y 1941, este festival fue un acontecimiento cultural de primera línea y recibió una avalancha de publicidad, comentarios de la crítica y llegó a los titulares de la prensa. Sin embargo, me apena decir que a pesar de ser la productora nunca recibí una sola mención. La política de la estación consistía en no otorgar créditos individuales por el trabajo que ahí se hacía.

Aunque la WNYC me daba mucha libertad, tuve que andar con mucho cuidado con la música de temas políticos. Aun así, decidí arriesgarme y programar un fragmento de *No for an Answer*, una nueva obra teatral de Mark Blitzstein, célebre como un autor de izquierda, y Novik, desde luego, se sintió incómodo con el programa. —Pídele a Blitzstein —me dijo— que no haya propaganda izquierdista. Pero hay que decirlo de manera diplomática —me advirtió—, no queremos que nos acuse de censurarlo.

Cuando nos vimos en su apartamento, le expliqué a Mark la postura de la estación. Se rió y dijo:

—Está bien, no escogeré nada político. Y lo cumplió: eligió para el programa una escena romántica. Estaba escuchándola desde el cuarto de control y de pronto se me heló la sangre: ¡Se estaba desarrollando un encuentro sexual! Dios mío, pensé, ¡parecía que estaban haciéndolo ahí, en el estudio! Nunca se me ocurrió pensar en el sexo, sólo en la política. En ese tiempo estaba prohibida rotundamente cualquier canción con letra abiertamente sexual; era una ley no escrita. Esperé a que cayera la guillotina, segura de que algún puritano llamaría a la estación

para protestar por nuestra depravación moral. Pero nadie llamó. Aún hoy estoy convencida de que nadie, ni los directores de la estación, estaban escuchando la WNYC esa tarde de febrero de 1941. Tal vez habían salido a almorzar.

Cuando terminó el festival, motivada por la crítica excelente y el entusiasmo del público de la ciudad, decidí producir una serie de programas sobre música contemporánea. Para entonces ya conocía a la mayoría de los compositores jóvenes en la ciudad, y además a los compositores que habían salido huyendo de los nazis y de la guerra en Europa. Pese a que no teníamos presupuesto para pagar a los ejecutantes, era una oportunidad para ejecutar nuevas obras en vez de las sofocantes repeticiones de los clásicos conocidos.

El programa "Compositores de hoy y mañana" estuvo dedicado a la presentación de música de vanguardia. Desde el principio, Chenk me advirtió que me estaba arriesgando a que me atacaran los radioescuchas conservadores e insistió en que formara un comité de apoyo. Yo sabía que él tenía razón, pero tampoco me deba tiempo para eso. Cuando llegó el ataque, no vino del público de la WNYC, sino del alcalde LaGuardia. Llamó una noche, justo al final del programa: obras de concierto de Krenek, Stefan Wolpe y Schoenberg, la música más disonante de esa época.

—¿Qué clase de música es esa? —gritó el alcalde—. ¿Quién quiere escuchar tal cacofonía? ¡Dígale a Novik que lo quiero ver en mi oficina a las 9:00 de la mañana!— Y colgó.

Era el último programa de la noche y sólo un locutor y los ingenieros se dieron cuenta de la llamada del alcalde.

—Ahora sí te van a cortar tus alas —se burlaron.

A la mañana siguiente llegué muy temprano, un poco nerviosa pero con la cabeza en alto. No iba a dejarme intimidar por el equipo técnico. Como a las once apareció Brimberg, todo sonrisas y diciendo:

—No te preocupes, nada va a pasar.

Aparentemente Novik ya había hablado con el alcalde y le había dicho:

—Tampoco me gusta esa música, pero si usted quiere que Nueva York sea la capital del mundo musical, no puede censurar nuestros programas, aun cuando no sean de su agrado.

El alcalde se calmó y dijo:

—Está bien, me has convencido.

Cuando pienso en ello, debo admitir que admiro a esos dos hombres: a Novik, por enfrentarse así al alcalde, y a LaGuardia por su inteligente perspectiva de la ciudad. Esa decisión me permitió tener libertad

para hacer lo que considerara mejor, con el apoyo incondicional de la administración.

De los refugiados europeos que vinieron a la estación, ninguno más destacado que Bela Bartok, el genial compositor húngaro. Tan pronto llegó a la ciudad de Nueva York planeamos un programa en su honor. Primero lo fui a entrevistar a su hotel, en compañía de Theodor W. Adorno, psicólogo y alumno de Arnold Schoenberg, también refugiado. Bartok era un hombre menudo, con rasgos finos y una actitud gentil que escondía una voluntad de hierro. Adorno, de inmediato, metió la pata.

—Señor Bartok —le dijo—, acabo de leer la partitura de su *Cuarto cuarteto para cuerdas*. Me parece que usted ha escrito una obra atonal.

Por supuesto, la atonalidad era el fundamento de la teoría de Schoenberg. Bartok le miró de frente, sus ojos azules lanzaban destellos cuando le dijo:

—Señor Adorno, usted puede creer lo que le dé la gana.

Pocas semanas después tuvo lugar el concierto, pero Adorno se cuidó bien de no ofender a Bartok y evitó hacer referencia a la atonalidad. Rudolf Kolisch, del Cuarteto Kolisch, y Eduard Steurman, interpretaron la *Sonata para segundo violín y piano* de Bartok. El público estaba maravillado, no tanto por la música sino por la técnica de Kolisch. Debido a una herida sufrida en la Primera Guerra Mundial tocaba el violín al revés que de costumbre: utilizaba la mano derecha para la digitalización y la izquierda para mover el arco. Los músicos que había entre el público no dejaban de hablar del asunto.

También conocí a otros igualmente famosos dentro del grupo de refugiados que vinieron a la estación en aquellos años. Otto Klemperer, el distinguido director, fue alguien con quien tuve varios encuentros curiosos. Estaba un día en mi oficina cuando la recepcionista me llamó por teléfono suplicando:

—Chenk ¿puedes venir a la recepción? Aquí hay un señor que me está gritando. (Siempre me llamaban en situaciones delicadas.)

Corrí a la recepción y allí encontré al señor Klemperer, muy enojado y gritándole a la pobre recepcionista. Debo decir que Klemperer tenía un aspecto terrible en aquellos días. Más de seis pies de alto, y recién recuperado de una operación de un tumor benigno en el cerebro, con un parche negro en un ojo, la boca torcida y blandiendo su bastón en el aire.

Me le acerqué.

—¿Cuál es el problema, señor Klemperer? —pregunté con el tono más suave que pude.

Apuntándome con su bastón, gruñó:

–El taxi está esperando abajo. ¡No voy a dirigir el ensayo a menos de que ustedes le paguen al taxista!

Volví a correr, ahora hacia la oficina del director, conseguí el dinero y envié a alguien a pagarle al taxista que aguardaba 25 pisos abajo. Klemperer me sonrió graciosamente y desapareció en el estudio. Yo volví a mi oficina.

Media hora más tarde, mi teléfono volvió a sonar. Esta vez la llamada era de los ingenieros en el cuarto de control:

–Chenk, ven por favor. Dentro de quince minutos empezamos la transmisión y no hemos podido hacer una prueba.

–Pero, ¿por qué no? –pregunté.

–¡Porque le tenemos miedo, por eso! –contestaron.

Entonces entré cuidadosamente al estudio donde estaba en proceso el ensayo de un concierto para clavicordio de Bach.

–Señor Klemperer –le dije en voz baja–, los ingenieros tienen que hacer una prueba.

Me miró por un instante.

–Por supuesto –me contestó con una sonrisa–, ¿por qué no me lo pidieron?

A partir de ese momento fue gentil como un corderito y el programa transcurrió sin problemas.

Volví a verlo en una fiesta en casa de Rudy Kolisch, poco después del programa. Todos los alumnos de Schoenberg estaban ahí: Adorno, Steuerman, Edith Weiss-Mann, el clavicordista, y Oscar Levant, el famoso pianista de George Gershwin, quien a su vez era también discípulo de Schoenberg. Todos evitaban mirar de frente a Klemperer, quien aún tenía el ojo cubierto, la boca torcida y el bastón. De pronto, molesto, Klemperer enfrentó a sus amigos diciendo:

–¡Mírenme! –y se quitó el parche del ojo, y agregó– ¿Qué les pasa? Ya pueden ver como soy de verdad, mírenme.

Todos estaban muy apenados, pero con el vino, la comida y abrazos la tensión se disipó.

La última vez que vi a Klemperer fue en la ciudad de México, poco después de mi llegada en 1941. La embajada de Estados Unidos me había llamado: el señor Klemperer estaba en la ciudad como director huésped y necesitaba ayuda para redactar una carta que no podía escribir por los daños sufridos durante una antigua operación quirúrgica.

Al pobre de Klemperer le fue muy mal en México. Una agencia privada lo había contratado para dirigir algunos conciertos en el Palacio

de las Bellas Artes, pero eso ofendió a Carlos Chávez, el famoso zar de la música en México. Nadie iba a México a menos que fuera a través de Chávez. Cuando las invitaciones venían de otra fuente, reaccionaba de forma poco amable. Sin embargo, Klemperer se enfrentó al poder de Chávez. Cuando sus músicos encontraron cerrada la entrada al teatro para el ensayo del último concierto, los reunió y ordenó que empezaran el ensayo detrás del Palacio. En menos de diez minutos las puertas se abrieron y el ensayo siguió sobre el escenario.

Aventuras en la música

Mis programas en la WNYC se iniciaron con una serie semanal llamada "Aventuras en la Música", la primera en difundir música folclórica internacional por radio en Nueva York. En 1940 casi no había discos comerciales. Entonces fui en busca de músicos vivos. Descubrí todo un mundo: cantantes y conjuntos, coros, instrumentistas y bailarines que vinieron de los cuatro rincones del globo. (Hace algunos años, llamé al Departamento de Población para averiguar el número de grupos étnicos residentes en la ciudad. Me dijeron: "Doscientos, más o menos.") Sarat Lahiri, un hindú, tocaba el sitar; el gitano español Villarino, la guitarra flamenca; un chino, su maravillosa pipa en forma de almendra. George Herzog, catedrático de la Universidad de Columbia, un día llegó con su esposa Elizabeth cargando un montón de tablillas de madera, una marimba africana primitiva, ordenándolas del tono más grave hasta el más agudo. Primero, cada uno tocó una melodía, sólo después lo hicieron juntos y cada vez más rápido hasta que alguno perdía el ritmo y era eliminado del juego.

Una de las personas más interesantes que tuve en mi programa fue la soprano Elsie Houston, descendiente del Sam Houston de Texas. Nacida en Brasil, había vivido por años en París, miembro de un círculo musical que incluía compositores como Heitor Villa Lobos y Burlle Marx, todos profundamente interesados en su propia música popular. Elsie era una belleza carismática —una mujer de figura escultural, cabello negro y enormes ojos negros. Se ganaba la vida como cantante en el exclusivo centro nocturno Blue Angel.

La última vez que vi a Elsie fue a fines de 1940, en un concierto de música de cámara en el Museo de Arte Moderno. Los músicos estaban por empezar a tocar cuando Elsie entró a la sala. Todos se detuvieron a verla avanzar por el pasillo. Iba elegantemente ataviada con un vestido negro y la cabeza envuelta en tul rosa —una visión esplendorosa realmente. Los músicos esperaron hasta que ella ocupara su asiento y entonces empezaron a tocar. ¿Quién podía fijarse en algo más cuando ella estaba

ahí a la vista de todos? Elsie falleció hace muchos años, y yo aún conservo una grabación de sus inolvidables interpretaciones.

Pero lo más importante de todo fue la música de mi propio país. En las manifestaciones políticas escuchábamos canciones políticas como *Bandera Rossa*, el himno de los comunistas italianos; *Peat Bog Soldiers*, de los campos de concentración alemanes, y viejos cantos de la International Workers of the World: *Solidarity Forever*, *Casey Jones*, *The Union Scab*, y *The Preacher and the Slave*, con el coro:

Comerás una y otra vez,
en esa gloriosa tierra sobre el cielo;
trabaja y juega, vive de paja,
pues tendrás pastel en el cielo cuando mueras.
(¡Eso es una mentira!)

Pero oíamos muy pocos cantos que reflejaran la lucha política y social de ese momento, hasta que llegaron los músicos de las áreas devastadas por la crisis económica de la Depresión. Aunt Molly Jackson, su hermano, Jim Garland, y su hermana, Sarah Ogun, de las minas de carbón de Kentucky; Woody Guthrie, de las polvorientas regiones de Oklahoma, y Huddie Ledbetter (Leadbelly), negro del sur. Todos ellos no sólo habían conservado sus tradiciones musicales rurales, sino que también habían compuesto nuevas canciones. Escuchar a Leadbelly cantar sobre Jim Crow en la capital de la nación, y a Aunt Molly proclamar su fe en el sindicato, a pesar de las amenazas de muerte, o a Woody Guthrie cantar sobre el "Dust Bowl" de Oklahoma, fueron experiencias mucho más vívidas que los reportajes en los periódicos.

Tuve un éxito rotundo con mi primer programa, dedicado a los problemas en las minas de Kentucky. En 1940, las huelgas violentas de los mineros se convirtieron en causas célebres. Si bien los periódicos y revistas publicaron noticias, la mayoría de las estaciones de radio se quedaron en silencio, pero yo no. Como era joven y atrevida, preparé un programa de canciones sobre el asunto. (En ese tiempo todavía no teníamos censor.) La gentil Sara Ogun cantó su conmovedora *I Am a Girl of Constant Sorrow* (Soy una mujer siempre triste); Jim Garland, su punzante *I Don't Want Your Millions, Mister* (No quiero sus millones, señor). El guión —excelente— lo escribió Paul Kresh; todavía tengo una copia entre mis documentos.

Pero fue la última canción, Tom Joad —cantada y compuesta por Woody Guthrie—, la que nos dejó con la boca abierta. Woody caminó

hacia el micrófono, se acomodó la guitarra, colocó un pie sobre una silla, rasgó las cuerdas por uno o dos segundos, y empezó a cantar la triste balada de injusticia social que termina con palabras luchadoras:

Dondequiera que hay niños llorando y hambrientos
dondequiera que hay pueblo sin libertad
dondequiera que hay hombres luchando por sus derechos
allí voy a estar, mamá
allí voy a estar.

Al llegar al final de la canción, reinaba un absoluto silencio en el estudio, cada quien estaba inmerso en sus propios pensamientos. Habíamos escuchado una canción sobre gente totalmente extraña, de lugares desconocidos, y aun así sentíamos como si los hechos nos hubieran ocurrido a nosotros mismos.

De pronto el estudio se llenó de sonido. Los teléfonos empezaron a llamar, la gente nos decía que era el mejor programa que habían escuchado. Todos estábamos caminando en el aire, emocionados por el éxito. Al final todos salieron a la calle. Paul Kresh me contó después que caminaron por Park Row, cerca del Puente de Brooklyn, Woody cantando y tocando su guitarra seguido por las mujeres, los hombres y los niños de la vecindad.

Ese programa fue mi entrada en la actividad folclórica de mi país. Después vino mucha gente a la WNYC, tuvimos una gran actividad. Un día recibí una llamada telefónica. Escuché una voz que decía:

—Mi nombre es Pete Seeger. Yo canto canciones populares, ¿podría darme una audición?

Algunos días después me esperaba un joven alto y flaco cargando un banjo. Al caminar hacia el estudio, le pregunté:

—¿Cómo es que tú cantas música folclórica?

Me contestó en un correcto inglés.

—Ocurrió así: fui a Harvard por un tiempo, y luego decidimos separarnos por acuerdo mutuo. Después estuve una temporada en los Apalaches, aprendiendo a tocar el banjo y canciones con los músicos del lugar. Tal vez me cansé de cantar madrigales en Harvard.

El ingeniero vino al cuarto de control, Pete afinó su banjo y empezó a cantar, su manzana de Adán subía y bajaba. A los pocos minutos, todos estábamos extasiados. El cuarto de control se llenó de gente, incluidos el director del programa y nuestros publicistas. Sabíamos que teníamos una estrella entre nosotros.

—Pete —le dije—, eres maravilloso. Por favor, ven cada vez que quieras.

Seeger se hizo famoso y aún hoy se le considera como la voz verdadera del pueblo de Estados Unidos. Hemos sido amigos desde nuestro primer encuentro.

Poco después, Pete me invitó a conocer a sus amigos, los Almanac Singers, quienes habían empezado ya a hacer historia en la música popular. Compartían una enorme buhardilla en la calle 10 Poniente, la Meca para los jóvenes urbanos con interés en la música de las regiones rurales, completamente desconocida en aquella época. Primero conocí a Lee Hayes, un hombre corpulento y afable, un expredicador de Arkansas, y el cocinero y panadero del grupo.

Mientras comía el pan recién salido del horno, llegaron los demás miembros: Pete Hawes, un hombre encantador originario de Nueva Inglaterra; el escritor Mill Lampell y Bess Lomax Hawes. Más tarde, en los años cincuenta, Pete Seeger y Lee Hays ganaron fama internacional como el núcleo de los Weavers. Cuando pertenecían a los Almanacs, se vestían con camisa a cuadros y pantalones de mezclilla; pero ya con los Weavers, aparecían con traje de etiqueta, camisa blanca y corbata —que indicaba su popularidad entre la clase media. Éste era, en esencia, el mismo público de izquierda de los años treinta y cuarenta, pero más viejos y ricos, y con familia.

Bess Lomax, la hermana del gran Alan Lomax —una de las figuras más destacadas del mundo folclórico—, llegó a ser la respetable directora del programa de música popular de la National Endowment for the Arts (Fundación Nacional para las Artes). Mill Lampell escribía guiones para Hollywood, lo metieron en la lista negra durante la era McCarthy, y años después regresó para acusar a sus colegas de cobardía durante esa época difícil. Pete Hawes fue a Puerto Rico, donde vivió hasta su muerte en un accidente ecuestre.

En 1940, cuando los conocí, todos eran jóvenes, idealistas, personajes pintorescos, temperamentales y de un talento formidable. En un día de campo me di cuenta de la habilidad que tenía esa gente del campo para improvisar rimas —la mejor de ellos era Molly Jackson. A pesar de su poca educación formal, parecía que componía coplas con la misma naturalidad con la que respiraba, y su ritmo lírico era impecable, hasta al hablar lo hacía poéticamente. Molly me impresionó desde la primera vez que la vi durante una manifestación, pidiendo dinero para el sindicato minero. Traía un vestido holgado, sin forma, y el cabello recogido hacia atrás, era una figura heroica, indomable. Seguro que los dueños de las minas le tenían miedo y por eso la echaron de la región; la verdad es que nosotros también le teníamos miedo —su lengua era tan filosa como un cuchillo.

Leadbelly

Y si Aunt Molly tenía el talento de un poeta, Leadbelly era el mejor músico del grupo –y el maestro de todos. Era una enciclopedia de la música tanto sureña como de la música afroamericana y angloamericana. Esto no debería sorprendernos pues blancos y negros, aunque segregados socialmente, se han copiado unos a otros desde los días de la esclavitud. Como me dijo en una ocasión Jim Garland: “Los negros y los blancos trabajaron juntos en las minas, codo con codo. Escuchábamos a los vagabundos cantar en el río cercano a nuestra casa, y adoptamos sus canciones. Es cierto que no cantamos el blues como ellos, pero para nosotros ellos eran el blues”.

El departamento de Leadbelly, en la parte oriente de Manhattan, era una escuela de música popular: les enseñó a sus alumnos el acompañamiento verdadero para cada tipo de música, así como el blues, las baladas y los cantos religiosos. Si bien todos trataban de imitarlo, nadie podía igualar su voz o la claridad y sonoridad de su guitarra de doce cuerdas. Un día, en 1940, recibí una carta de Woody Guthrie, en que escribió:

La vida no ha sido muy buena para Huddie [Leadbelly] le hace bien cantar y decir cómo lo ha tratado. Sinceramente creo que de todos los intérpretes de música popular que he visto es el mejor. Se equivoca la gente de la radio al dejar fuera a Leadbelly; es como extraer el alcohol del vino, o sacarle los resortes al mecanismo de un reloj[...] Huddie toca un pequeño y viejo acordeón de cuatro dólares, y uno casi puede escuchar los tristes cantos de su gente en los pantanos y las selvas, resonando en los musgos de Louisiana.

Le dimos a Leadbelly su propio programa semanal de quince minutos, llamado “Folk Songs of America” (Canciones Populares de América). Siempre estaba puntual –yo ponía a tiempo mi reloj a su llegada–, vestido en un traje gris de doble solapa, camisa blanca y una corbata de moño negra. Nos sentábamos en mi oficina y diseñábamos el guión. Ya al aire, Leadbelly hacía comentarios espontáneos sobre su vida en el sur, su juventud en la zona roja de la ciudad, las drogas, el duro trabajo en el campo, sus conquistas amorosas y sus desengaños, y los años que vivió encarcelado en las granjas correccionales. Aún ahora, entretengo a mis nietos con su fábula Grey Goose, que trata sobre la muerte y la resurrección. En realidad es una afirmación de que los negros sobreviven a pesar de la discriminación y opresión.

Leadbelly no escribió de temas políticos, pero su *Bourgeois Blues*, una canción sobre el racismo en la capital del país, era una airada protesta:

Voy a decirle a toda la gente de color,
que quiero que entiendan
Washington no es lugar
para ningún hombre de color.
Porque es una ciudad de burgueses,
oh sí, es una ciudad de burgueses.
Tengo el Blues del Burgues,
me aseguraré de difundir la noticia.
Los blancos en Washington,
ellos saben cómo.
Te arrojan una moneda,
sólo para ver al negro agacharse.

En una fiesta en mi casa, con los ojos rojos por el vino, Leadbelly se acercó al gran pintor mexicano Rufino Tamayo. –Cántenos un blues mexicano –le pidió.

–No tenemos blues en México –le contestó Rufino, un poco asustado.

Leadbelly acababa de cumplir una sentencia en la isla Riker's por asalto. No obstante, alguien le dio una guitarra a Rufino y cantó *La Llorona*, del Istmo de Tehuantepec. Leadbelly escuchó con toda atención y, obviamente conmovido, palmeó la espalda de Rufino:

–Ya lo ve, señor Tamayo, ¿no le decía yo? Todos tenemos los blues.

Y tenía razón; él sintió la tristeza de la canción, aun en otro idioma y una música ajenos a los suyos, y sabía que las emociones son universales.

Woody Guthrie

Cuando conocí a Woody Guthrie en 1940 era un desconocido. Fue Woody quien en la década de los cuarenta le dio vida al movimiento de la música urbana popular. Woody tocó un nervio contemporáneo. En el ambiente catastrófico de la depresión económica ¿quién habría sido tan tonto para confiar en los voceros del gobierno o en los ricos y en los poderosos con intereses en el status quo? Pero Woody, un hombre esbelto, de cabello crespo, parecía una persona común y corriente que había sufrido terriblemente, igual que nosotros; todos confiábamos en él. Aunque él se identificaba indudablemente con la política de izquierda, sus opiniones eran propias; nadie le decía qué o cómo cantar, y siempre

escribía con el corazón de sus experiencias –y lo hacía con sentido del humor y con la destreza de un escritor.

Lo irónico es que él no confiaba en nosotros. Éramos demasiado intelectuales, demasiado ciudadanos; no formábamos parte de su familia. Estar con Woody era como caminar sobre un cristal –todo el tiempo teníamos que cuidarnos de no astillarlo. Si bien admirábamos sus canciones y su integridad, era casi imposible llegar a ser su amigo íntimo. Sí, Leadbelly y los de Kentucky hablaban el mismo idioma, pero nosotros, los neoyorquinos, éramos sospechosos.

Woody nació en Oklahoma y llegó a California como otros miles para escapar de las tormentas de arena que destruyeron buena parte de las tierras del Medio Este. Vino originalmente a Nueva York a recabar fondos para sus paisanos refugiados en la Costa Oeste. Nunca abandonó ni su optimismo ni su visión de un Estados Unidos generoso y justo.

Yo lo conocí como compositor de canciones, pero él era sobre todo un escritor. Amaba su máquina de escribir. En todos los años de nuestra amistad, en lugar de hablarme por teléfono, me enviaba cartas. Más tarde, cuando escribí su biografía, encontré un tesoro entre sus ensayos, su columna en el periódico comunista titulada “Woody Sez”, y en las anotaciones en los márgenes de sus libros y en los relatos sobre su juventud. Durante la Segunda Guerra Mundial, escribió literalmente cientos de cartas a Marjorie, su segunda esposa. Algunos de sus comentarios eran tan vívidos, y tan escandalosamente graciosos, que todavía me encanta citarlas. Aquí menciono algunas de mis favoritas.

Al describirse a sí mismo, dice:

Llego apenas a los cinco pies y algunas pulgadas con los calcetines de mi hermano. Mi cabello es ondulado cuando se me han pasado dos cortes, y muy rizado, con cuatro. No tengo malos hábitos excepto los míos y nunca bebo, a menos que esté solo o acompañado.

El siguiente es un breve extracto de una carta a una sobrina recién nacida, que Woody escribió en Texas, cuando muy joven:

Que tus días sean de resplandecientes cosechas, cuando tus estaciones armonicen con el atardecer, y tu amanecer se incline a besar tu mediodía[...] Que tu alegría madure como dulce fruto y tu radiante pensamiento fortalezca al mundo. Que veas la realidad del sufrimiento y descubras la omnipresencia de Dios. Porque Dios es verdad, es amor.

Este lenguaje erudito y su fe en Dios pueden sorprender a sus admiradores, sin embargo Woody era un hombre muy complejo. Para él, Jesús era el campeón de los pobres, un trabajador como él que exhortaba a los ricos a enmendar sus costumbres. Expresaba estas creencias en su canción *Jesus Christ*:

Jesucristo era un hombre que viajaba por los caminos,
un hombre trabajador, sincero y valiente.
Le dijo a los ricos: "Den sus riquezas a los pobres",
Pero ellos dejaron a Jesucristo en su tumba.

Otro de mis favoritos es el incomparable comentario de Woody sobre la censura en las emisiones de la Costa Oeste:

El agente de la radio nos solicitó amigablemente no cantar temas que tomaran partido con nadie, en ningún lado, con ninguna lucha, idea o convicción de tipo religioso, político, legal o ilegal, o ningún otro punto de vista que pudiera incitar a alguien, en cualquier lugar, a pensar, hacer, moverse o realizar alguna acción que esté de acuerdo o en desacuerdo con una sola palabra, canción o conversación. [Nota: Esta serie duró poco tiempo, él fue despedido.]

Woody era un sureño sin prejuicios raciales o religiosos, y su amplitud de criterio nos maravillaba. Se había casado con una muchacha judía, Marjorie Mazia, miembro de la compañía de danza de Martha Graham, y tenía una relación muy activa con su suegra, una poetisa yiddish. Y durante toda su vida luchó a favor de los derechos de los negros.

La última vez que vi a Woody fue poco antes de su muerte. Un día Peter Seeger me llamó:

–Chenk, los Weavers darán una fiesta para un nuevo integrante del grupo [...] Me gustaría que vinieras, Woody estará ahí.

No lo había visto hacía mucho tiempo, pero estaba al tanto sobre su larga lucha contra el Mal de Huntington. Mi esposo y yo llegamos a la hora convenida, hablamos con algunos amigos, pero no vimos a Woody. En ese momento entró Pete.

–¿Han hablado ya con él? –nos preguntó ansioso–, ahí está –y señaló a un hombre atado a una silla de ruedas, con las mejillas hundidas, rodeado de gente. Por un momento no lo reconocí, casi no tenía cabello. Marjorie encendía su cigarillo, no podía comer ni hablar.

Nos quedamos diez minutos más y nos fuimos de la fiesta, caminando por la Calle 52. A pocos pasos vimos a Marjorie y Woody esperando su auto afuera del estacionamiento público. Me detuve para hablar con ellos. –Woody –dijo Marjorie– ¿recuerdas a Henrietta, de aquellos días en la WNYC? Si te acuerdas, sólo parpadea.

Woody parpadeó. Besé a Marjorie, toqué la mano de Woody y me alejé. Al llegar a la Séptima Avenida, empecé a llorar, no pude controlar mis lágrimas y sentí que se me partía el corazón. Woody murió al año siguiente. Mis alumnos ofrecieron un concierto en el City College en su memoria, con canciones y extractos de sus escritos, un homenaje realmente conmovedor. Hoy día su canción *This Land Is Your Land* es el himno extraoficial de Estados Unidos y a su autor se le celebra como a un héroe nacional.

Además de los programas semanales que ya mencioné, realicé otros dos: uno sobre el calipso, la música de la isla de Trinidad con el genial Duque de Hierro y su excelente conjunto, y el segundo, "South American Way" (Camino de Sudamérica). Cuando el encargado, Evans Clark, director de la fundación Twentieth Century Fund, salió para América Latina en un viaje de negocios dejó el programa en manos de Gustavo Durán. De él no sabía nada salvo que era un refugiado español, músico, y que lo rescataron los ingleses al final de la derrota de las fuerzas republicanas. Una vez en Estados Unidos, Gustavo se casó con Bonte Crompton, quien pertenecía a la alta sociedad estadounidense.

Gustavo fue, sin duda, una de las personas más fascinantes que conocí en mi vida. Era guapo, carismático y brillante, y tenía una vida como pocos de este mundo. Un intelectual, un esteta, era el supremo comandante militar de Madrid durante la Guerra Civil Española. Ernest Hemingway le decía El Niño Bonito. Más tarde su amigo André Malraux lo usó como héroe en su novela *L'Espoir* sobre esa lucha. Pero durante los años de nuestra amistad nunca hablaba de España y la guerra allá. Sólo con el paso de tiempo me enteré de sus capacidades: trabajaba en proyectos culturales primero para el Museo de Arte Moderno y después para la Unión Panamericana. Durante la Segunda Guerra Mundial fue el principal asesor de Spruille Braden, nuestro embajador en Cuba, y después en Argentina cuando estaba Perón.

Tuve otra sorpresa en 1953, en Nueva York, esa vez encontré a Gustavo en las Naciones Unidas como director de uno de los departamentos de economía.

–Aconséjame algo –le pedí–, la próxima semana salgo para España.

–Supongo que te entenderán –me dijo en broma.

Yo reí, era un comentario jocoso porque hablaba ya muy bien el español, aunque con acento mexicano.

La última vez que nos encontramos fue en una fiesta en casa de Alan Lomax. Allí estaba: más viejo, pero todavía un hombre dinámico. Me cogió del brazo y me llevó a un rincón.

—Ah, Henrietta —me dijo en voz baja agonizante— yo sé lo que es morir; tuve un infarto y, sí, yo creo que me morí por un segundo, pero reviví.

A pesar de que escuchar sus palabras me agitó sobremanera, nos quedamos charlando de nuestras familias, de Bonte, ahora en una silla de ruedas, de mi trabajo en España y Marruecos. Murió algunos años después en Grecia, durante una misión para las Naciones Unidas. Olvidado por generaciones en su propia España, hace poco le elogiaron en una biografía titulada *El soldado de porcelana*, por Horacio Vázquez-Rial. Sí, mejor tarde que nunca. Una persona inolvidable, de conciencia, de talentos superiores, y más que nada, todo un ser humano.

A pesar de que mi trabajo en la WNYC ocupaba mi tiempo durante seis días de la semana, de vez en cuando me podía escapar, ver a mi familia y mis amigos, comer en restaurantes buenos. Entre esos momentos recuerdo algunos eventos memorables: en casa de Margaret Mead vimos tres películas documentales de la isla de Bali, que en aquel tiempo parecía el paraíso mismo —la mejor de todas fue la de Miguel Covarrubias, quien había pasado un tiempo por allá en compañía de su esposa Rosa. Pero aun más inolvidable fue que en el transcurso de la noche Margaret, ya en su noveno mes de embarazo, empezó a verse un poco cansada y pálida. Todos nos fuimos poco después. A la mañana siguiente nos enteramos de que nació su hija en el hospital, ¡y la misma Margaret dirigió la película del nacimiento! ¡Qué mujer!

El único descanso completo de la semana eran las visitas semanales a Peter Bitterman, un arquitecto a quien Chenk admiraba enormemente. Peter había trabajado en los planos originales para la Feria Mundial de 1939, y era todo un almacén de conocimientos. Los domingos, después de mi programa de las once de la mañana, tomaba el trolebús que atravesaba el Puente de Brooklyn hacia el elegante y tranquilo sector de Brooklyn Heights. Él vivía en un espacioso edificio del siglo XIX, propiedad en algún tiempo de Roebling, el constructor del Puente de Brooklyn —de quien se decía acostumbraba observar desde el techo el avance de la construcción. Peter y su esposa, Eleanor, compartían el departamento con Hannes van Wight, el pintor abstracto, y su esposa. Las paredes estaban pintadas de un amarillo chino con el techo en un profundo azul

índigo. Llenaron la casa con artículos raros, brocados orientales, esculturas africanas, vasijas indúes y cristalería europea, objetos comprados en tiendas de segunda mano, a las que hoy se conoce como tiendas de antigüedades, y probablemente vendidos a los comerciantes por inmigrantes pobres para obtener algunos dólares.

Peter era un soberbio cocinero. Sus frijoles estilo Boston, cocinados durante 24 horas a fuego lento, eran los mejores que yo había probado. El preparaba todo –pan, molletes, delicadas frituras y omelettes, mermeladas y jaleas. Sentados en un amplio comedor de forma ovalada con vista del puerto de Nueva York, veíamos zarpar los barcos, grandes y pequeños, mientras que saboréamos taza tras taza de café. ¡Qué momentos deliciosos!

Pero igual que Cenicienta, al dar la una y media me tenía que regresar corriendo a Manhattan, tomar el elevador hasta el piso 25 del Edificio Municipal, y llegar a tiempo para las audiciones de los locutores. Sólo Seymour Siegel, el director de los programas, hacía soportables esas tardes al bromear con los candidatos:

–Por favor dígame –les decía–, ¿qué significa para usted aquel mural en la pared? Como eran unos murales abstractos, los pobres candidatos se quedaban confundidos, sin saber qué decir. Pero debo confesar que nosotros disfrutábamos mucho esas tardes aburridas.

Pero toda esa vida de emociones llegó a su fin. Al inicio de la primavera de 1941, Chenk y yo perdimos nuestros empleos. El FBI estaba investigando a los pintores sospechosos de ser “comunistas”. Además, fue un tiempo lleno de angustia, la caída de París, la marcha triunfante de los nazis por Europa, el pacto nazi-soviético que nos causó tanta confusión. Chenk y yo pensamos en escapar a otro lugar. Un día llegó una llamada telefónica.



III. MÉXICO 1941-1946

Quizá nunca habría ido a México si no hubiera sido por nuestra amistad con Rufino Tamayo, el gran pintor mexicano. Tamayo y su bella esposa Olga vivían en Nueva York en los años treinta, mucho antes de ser él famoso. Chenk y yo solíamos visitarlos en su pequeño y algo oscuro pero encantador apartamento de Manhattan. Rufino tenía su caballete en un rinconcito, cerca de la ventana, por donde apenas entraba la luz del día. Sus tubos de pintura, los pinceles y trapos para limpiar se encontraban sobre bancos a su alrededor. Las pinturas terminadas estaban recostadas contra la pared.

Durante nuestras visitas a los Tamayo siempre se hablaba de la nueva escuela de pintura mexicana. Chenk hizo un viaje especial a Dartmouth College para ver los murales de Orozco y admiraba a Siqueiros y Rivera –en ese tiempo no se conocía a Frida Kahlo–, pero ninguno como Tamayo. Él era el pintor de los pintores, el mago que transformó el tema más humilde en arte.

Un día, en la primavera de 1941, Rufino habló por teléfono, diciendo: –Acabamos de comprar un auto. ¿Quieren ir a México con nosotros? Sin pensarlo ni un minuto aceptamos la invitación.

Fue el momento más apropiado para salir de Nueva York, mi trabajo en WNYC estaba terminado, y también el de Chenk en el Proyecto de Arte de la WPA. Teníamos la intención de quedarnos en México hasta que se nos acabara el último centavo.

Olga y Rufino no sólo nos hablaban de la pintura mexicana sino también del país mismo, la política, la vida intelectual y social. Pero sobre todo me quedé fascinada por sus relatos sobre los indígenas, su extraña música y sus bailes rituales, sus ceremonias paganas. El símbolo más visible de ese pasado era la cara de Rufino, tan parecido a una escultura indígena que vimos tiempo después.

En junio de 1941 nos dirigimos al sur sobre la Costa Este y luego a lo largo de Texas hasta Laredo. Era una época terrible, pues un día antes los alemanes invadieron Polonia, en territorio soviético, y la Segunda Guerra Mundial empezaba en serio. Nos quedamos preocupados; sin embargo, seguimos nuestro viaje. Dos días después tuvimos la primera vista del magnífico valle de México y, poco después, llegamos a la ciudad de México.

La primera vez que la vi quedé maravillada. Nunca había visto luz solar tan transparente o brillante. Todos los edificios se veían recortados contra el cielo azul intenso. Las esbeltas palmeras que bordeaban las calles, se mecían con la suave brisa. Era el principio de la temporada de lluvias y México estaba floreciendo, una fantasía de colores y aromas.

Al igual que otros extranjeros, visitamos los sitios turísticos: Xochimilco, las pirámides de Teotihuacán, la ermita de la Virgen de Guadalupe, etcétera. Durante nuestros paseos por la Alameda, me imaginaba estar en el México del siglo XVIII, en un domingo. Nos detuvimos a la sombra de los árboles frondosos. Desde allí observamos el desfile de elegantes galanes montados a caballo cortejando a las chicas bien cuidadas que paseaban por los senderos.

—¡Deja de soñar! —me decía mi esposo al oído—. Estás en el siglo XX.

Cuánta razón tenía: ya no había aristócratas en caballos, sólo gente pobre vendiendo baratijas a los turistas.

Tuvimos que ajustarnos a tantas nuevas condiciones como la altura, que nos dejaba sin aliento, y la comida, a la que fácilmente nos acostumbramos: los gusanos de maguey, la iguana —de sabor similar al del pollo—, la sopa de huitlacoche y los tamales oaxaqueños que comíamos a gusto, así como la fruta tropical que no había en Nueva York: zapote negro, mamey, tuna y papaya. En todos mis años en México nunca me enfermé del estómago; estoy segura de que tengo un estómago, de acero, ya que ningún microbio se atrevió a entrar.

Pero era la gente de la ciudad la que más despertaba mi curiosidad. Mis primeras amistades fueron de la clase media: intelectuales, artistas, músicos y bailarinas.

En una fiesta para apoyar la guerra contra el fascismo conocimos a Waldeen, la creadora del famoso ballet *La Coronela*. Desde el momento en

que la conocí, hasta su muerte en 1993, fuimos las mejores amigas. Un poco mayor que yo, fue como una segunda hermana.

Pocos años atrás, Waldeen había tenido un éxito arrollador en México como primera bailarina del ballet de Micho Ito. Fascinado por su talento y carismática personalidad, el Sindicato de Electricistas la invitó a venir a México a formar una compañía de ballet. Vino algunos años después y organizó una compañía de danza moderna, la primera en México. Su primera obra de éxito fue *La Coronela*, con música de Silvestre Revueltas y escenario de Gabriel Fernández Ledesma.

Waldeen era una figura poderosa, dentro y fuera del teatro. Su madre, una "dama" sureña de Estados Unidos, y su padre, un aristócrata alemán –de categoría menor, me aseguró Waldeen– hicieron todo para hacerla avanzar en su carrera. Waldeen vivía sólo para su arte pero, como muchas artistas de aquel tiempo, era rebelde en todos los aspectos: el arte, la política y su vida personal. Siempre se comportaba como una *grand dame*, de manera gentil y refinada. Pero bajo la superficie, apenas oculta, palpitaba una fuerza formidable. Como amiga era la más cariñosa, la más comprensiva, la más fiel que he conocido en mi vida.



Waldeen, querida amiga y bailarina. "Para Chenk: con mucho amor; y feliz Navidad y Año Nuevo mientras regresas... Waldeen". [Ciudad de México, 11 de diciembre de 1945.]

Waldeen, Chenk y yo decidimos vivir juntos. Rentamos un departamento en la Avenida Veracruz, cerca de la estatua de la Diana. A pesar de tener muy poco dinero, de uno u otro modo juntábamos lo suficiente para comer, pagar la renta, la luz y los servicios de una sirvienta. No nos alcanzaba para tener teléfono. Amueblamos el departamento con artículos comprados en mercados de segunda mano y en tiendas pequeñas: telas, canastas, sarapes, máscaras, vasijas de barro y vidrio, en fin, toda la artesanía maravillosa que produce el pueblo mexicano. Ah, sí, nos ayudó mucho la naturaleza: los domingos íbamos al mercado de flores a comprar violetas, gladiolas, claveles y orquídeas. Lo mejor de todo era por la noche cuando, sentados alrededor de la chimenea, comíamos antojitos con tragos de tequila, y charlábamos con amigos.

Nuestra casa se hizo un centro internacional. Seki Sano, el ex compañero y socio de Waldeen venía con frecuencia. Era un hombre encantador, carismático y de talentos extraordinarios; fundador en Japón del "pequeño teatro" al estilo Occidental, hablaba catorce idiomas, tocaba el oboe, era actor y director de teatro, además de un gran cocinero. Tenía una historia bastante violenta: encarcelado y torturado por sus ideas de izquierda, Seki escapó de Japón a la Unión Soviética, después se fue a Estados Unidos, y luego a México, donde trabajó en el teatro hasta su muerte en los años sesenta.

Llegaron los refugiados españoles, los miembros de las Brigadas Internacionales, quienes lucharon al lado de los republicanos y a la gente de todo el mundo. Recuerdo encuentros con la elegante Isabel Palencia, con el escritor alemán Bodo Uhse, con Rene D'Harnoncourt, el director del Museo de Arte Moderno en Nueva York y con el compositor español Rodolfo Halffter, un amigo muy querido. También conocí a muchos mexicanos como los pintores José Chávez Morado, su esposa Olga Costa, a Gabriel Fernández Ledesma, su esposa Chabela Villaseñor talentosa cantante, compositora y actriz, a Fernando Gamboa, director del Museo de Historia, Blas Galindo, y a otros más. Muchas veces estuvieron en casa las alumnas de Waldeen—la ambiciosa Guillermina Bravo, la gentil Ana Mérida y Amalia Hernández, quien más tarde formó el Ballet Folklórico.

Nadie era más querido que el poeta chileno Pablo Neruda, en aquel tiempo cónsul de Chile. A pesar de sus simpatías de izquierda, había sido diplomático en muchos países del mundo. (Más tarde supe que los gobiernos latinoamericanos solían mandar a los disidentes a países lejanos en puestos diplomáticos). Era hombre de imaginación y sal, y personalmente encantador, cariñoso y preocupado por el bienestar de todos. Me acuerdo de una visita que hice yo al consulado cuando me enseñó su



Seki Sano, querido amigo actor y director de cine. [México, 1944.]

colección de conchas, pequeñas y frágiles gemas marinas de color rosa, amarillo claro y naranja.

–Las junté yo mismo –me dijo–, en todos los lugares: islas aisladas por el Pacífico, donde fui cónsul –y agregó orgullosamente–: ¿Sabes que ha sido calificada como la mejor colección del mundo?

La última vez que vi a Pablo fue en el aeropuerto, cuando regresaba a Chile. Fuimos todos en tropel a despedirlo, dos grupos de mariachis tocaron *Las golondrinas* mientras subía al avión. Pablo vino a Nueva York varias veces –sus admiradores lo cargaron en hombros por las calles de la ciudad–, lo busqué en Chile durante la campaña de 1970, cuando Allende fue elegido presidente, pero por desgracia nunca lo encontré.

Nos divertíamos juntos, íbamos a paseos al campo, bailábamos danzón en el Hotel Reforma y bebíamos mucho tequila. Cuando se inauguró el hipódromo, aposté un dinero que me prestaron algunos amigos, pero perdí hasta el último centavo. Jugando a la baraja tuve más suerte: una vez gané hasta 35 centavos!

Poco a poco me fui interesando en la política. En los primeros años en México de vez en cuando oí comentarios de desprecio por la cultura estadounidense y la preferencia por todo lo que fuera francés. Por ejemplo, al conocer al poeta Carlos Pellicer la primera pregunta que me hizo

fue esta: –¿Usted habla francés, verdad?. –Cuando le dije que no, me miró con ojos desconfiados. Seguramente me consideraba tosca e ignorante, en fin, una americana.

Los amigos mexicanos eran realistas; la influencia de la intervención francesa estaba ya casi olvidada. Su preocupación actual era Estados Unidos, el Coloso del Norte. Al principio de la guerra mi país estableció una oficina de la Economic War Board en el Hotel Imperial –de inmediato fue bautizado como el “Hotel Imperialista”.

Para envenenar más las relaciones entre los dos países, ocurrieron los llamados Zoot-suit Riots en Los Ángeles, ataques salvajes de la policía en contra de los mexicanos. Nuestros amigos mexicanos dejaron de hablarnos por mucho tiempo, como si fuéramos los responsables.

Con la política del Buen Vecino, dirigida por Nelson Rockefeller, esperamos que mejorara la actitud hacia América Latina. Pero el programa comenzó con el pie izquierdo: primero nombraron a un franquista como agregado cultural de la Embajada de Estados Unidos, lo que de inmediato ofendió a toda la comunidad artística e intelectual. Su primer acto oficial fue negar una visa a un músico destacado, invitado a un congreso en Estados Unidos. Cuando le pregunté el porqué, me dijo:

–Es un “rojo” –después invitó a los más destacados músicos, bailarinas y pintores a una fiesta: fue un desastre completo, con muy poco de comer y beber. Pero poco después, el Departamento de Estado, enterado ya de su mala fama, lo retiró de su puesto y tuvo que volver a Washington. Luego llegó un diplomático de carrera, quien hizo poco pero al menos no fue ofensivo.

En contraste, la embajada rusa se ganaba rápidamente el favor de los mexicanos –sus fiestas eran el tema de conversación en la ciudad. Como yo acababa de llegar, nunca me invitaron, pero me contaban del lujo de esos eventos con enormes mesas de bocadillos de esturión, caviar, carnes y pescados ahumados, pasteles finos, etc. Además casi nadaban en grandes cantidades de champaña y vodka. Pero lo más significativo de esas borracheras eran las diversiones: lecturas de poesía, música de balalaika y películas sobre los avances del último Plan Quinquenal.

En el México de aquel tiempo, los rusos cacareaban mucho los éxitos del socialismo, entre ellos la creación de un nuevo hombre, que veía a la mujer como su igual, no como objeto sexual. Pero resultó que al poco tiempo empezaron a perseguir a las mexicanas en el más puro estilo capitalista. En un momento de la borrachera, Waldeen invitó a uno de esos jóvenes a nuestra casa, pensando que siendo un “nuevo hombre soviético” nunca aparecería por ahí. Pero a la hora de la cita, allí estuvo, tocando el timbre. Nuestra sirvienta, Petra, abrió la puerta y le dijo:

–Lo siento, la señorita no está –¡claro que Waldeen estaba escondida detrás de la puerta! Cuando se fue, Waldeen comentó:

–Los hombres no dejan de ser hombres –decepcionada del nuevo hombre soviético.

Poco a poco empecé a fijarme en la vida de las mujeres, tan distinta a mi propia manera de ser. Todo los días veía mujeres caminando por las calles, en los cafés y en los restaurantes, vestidas siempre de negro. Por curiosidad les pregunté a mis amigas:

–¿Quiénes son?

–Son viudas –me contestaron.

–Entonces, si están de luto, ¿por qué se ponen tanto maquillaje y aretes de brillantes? –pregunté.

–No entiendes nada, Henrietta –me decían burlándose de mí–. Esas mujeres están en el mercado en busca de un nuevo marido. Como son viudas tienen derecho por la iglesia de casarse otra vez.

Entre las alumnas de Waldeen, había una de familia muy rica y destacada, joven guapa, inteligente y educada en Estados Unidos. Cuando ella quiso casarse con un abogado, la familia se opuso.

–Es un liberal –le dijeron–, y no es para ti.

Pero ella insistió y se casaron. En los primeros seis meses de matrimonio fueron a conciertos y exposiciones de arte, adquirieron una excelente biblioteca y obras de arte. Entonces, casi sin darse cuenta, su vida cambió: dejaron de ir a los conciertos, su esposo se llevó los libros a su oficina y no le permitía ninguna actividad fuera de su bienestar. Desesperada, ella pidió el divorcio. Ahora sus padres se pusieron al lado del marido. Sólo cuando los médicos dijeron que la vida de su hija estaba en peligro, aceptaron el divorcio. Posteriormente ella se convirtió en una de las más ilustres mujeres de México, y volvió a casarse y divorciarse algunas veces más. Pero ella era sólo una excepción.

En nuestro círculo artístico había mujeres muy talentosas, respetadas por nosotros, pero desconocidas por el público. Frida Kahlo y Olga Costa, las esposas de Diego Rivera y José Chávez Morado, respectivamente, dejaban el lugar a sus ilustres maridos. En la actualidad, Frida Kahlo es más famosa que su marido, pero en aquellos días era “la esposa de Diego, que también pintaba”.

Me acuerdo también de las dificultades que tuvo Waldeen como coreógrafa en el cine mexicano durante los años cuarenta. Los hombres, padres o esposos de sus bailarinas, armaron un escándalo: no querían close ups de las piernas ni de las caras de las chicas. Así es que las mejores bailarinas de Waldeen tenían que estar en las últimas filas, donde difícilmente se les podía ver.

Parte de mi educación fue aprender la forma del engaño sexual. Los hombres vivían sus amoríos abiertamente; pero las mujeres tenían que ocultar sus movimientos. Hacían complicados planes para engañar a sus madres, padres y hermanos. Confieso, sin sentir ni una gota de culpabilidad, que Waldeen y yo les ayudábamos, mentábamos, inventábamos cuentos, hicimos todo para proteger a nuestras amigas. Sólo tienen las mexicanas rival en las árabes, que son las más diestras en el arte del engaño.

Oaxaca

Mi primer contacto real con la vida indígena ocurrió en la ciudad de Oaxaca, en diciembre de 1941. Habíamos visto algunas fiestas indígenas en San Miguel Allende y en Taxco, en donde vivimos los primeros seis meses, pero estábamos rodeados por mis paisanos en plan turístico y yo quería perderlos de vista.

El viaje en tren fue una experiencia que jamás quisiera repetir. Debido a la temporada de lluvias el tren tuvo que pasar sobre estructuras temporales. Todavía recuerdo que avanzábamos lenta y penosamente por todo el viaje. ¿Llegaríamos vivos a Oaxaca? Yo temía lo peor, pero finalmente, luego de 24 horas, llegamos sanos y salvos.

¡Qué lugar tan maravilloso era Oaxaca, con sus edificios de piedra verde pálido y sus espaciosas plazas! La Catedral de Santo Domingo –con su magnífica bóveda labrada y su laberinto de patios interiores– me recordaba el inmenso poder de iglesia católica.

La suerte estaba con nosotros. Había por doquier carteles anunciando una fiesta indígena de las siete regiones del estado. Pero lo más importante de todo fue que por primera vez en varios siglos iban a resucitar La Guelaguetza, una ceremonia prehispánica que honra a los jefes de las tribus. El ritual, solemne y majestuoso, lo vimos desde lo alto de una montaña, cerca de las imponentes ruinas de Monte Albán.

Durante la semana que duró el festival tuve mi primera impresión de la cultura indígena. En compañía de otros que llegaron de México –Blas Galindo, Frances Toor, Luis Sandi– nos dimos cuenta de la diversidad indígena, de las distintas lenguas, los vestuarios, los bailes y la música. Los más sofisticados eran los zapotecos del Istmo de Tehuantepec, pero más me llamaron la atención los rústicos mixes y mixtecos, tan primitivos que huían asustados al ver aproximarse algún auto. A un lado estaban las mujeres de las aldeas de las montañas con sombrero de media jícara, falda hecha en telar casero y huipil de algodón. Por otro lado estaban las istmeñas vestidas de seda o terciopelo

ricamente bordada. Y ese tocado blanco, almidonado, que rodeaba su cabeza ¡qué maravilla!

De toda la música que escuché, la única que me emocionó de verdad fue la del istmo. ¡Esos músicos zapotecos tocaban con una técnica fabulosa! El trompetista y el marimbero eran virtuosos, tan buenos como los mejores jazzistas de mi país. Pero, pensaba, esa música sofisticada al igual que la más primitiva (aunque tocada en instrumentos nativos) tenía herencias europeas. Seguramente, me dijeron mis compañeros, la música prehispánica existe en muchos lugares, pero muy lejos de aquí a donde no se llega ni en tren o autobús. Cuando concluyó el festival, y el último indígena había salido con sus máscaras e instrumentos musicales, la ciudad de Oaxaca continuó su propia fiesta. Habría sido una temporada muy fértil de no haber sido por un acontecimiento: Estados Unidos, y poco después México, entraron en la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo decidimos quedarnos en Oaxaca. Todas las noches, hasta la víspera de Navidad, hubo actividades y eventos. En la "Noche de los Rábanos" vendieron en la plaza muñecos tallados en enormes rábanos; a la noche siguiente, enormes figuras en máscaras caminaban sobre zancos por las calles –después los vería en España. La tercera noche vendieron buñuelos, bañados en miel, servidos en platos de barro crudo; cuando uno acababa los tiraba al suelo. A las dos de la mañana, cuando nos íbamos a dormir, la plaza estaba cubierta con trozos de barro, pero al día siguiente no había nada de tiradero: ¡los presos habían limpiado todo!

Lo mejor de todo, y lo último, fue que vimos las procesiones de la Noche Buena que van de los barrios a la Catedral. Estas calendas –figuras de papel en forma de aviones, coches, la luna, o lo que sea, en lo alto de unas pértigas– estaban alumbradas por dentro con unas velas. Encabezadas por unas bandas de viento que tocaban marchas, al final entraban por las puertas de la Catedral. En ésta, llena de indígenas, con el aire impregnado del perfume del incienso y de las flores, se oían los dulces sollozos de bebés envueltos en rebozos de sus madres.

Luego de todos los festivales, el día de Navidad resultó tranquilo. ¿Estaban todos durmiendo o curándose la cruda? Pero Chenk y yo empezamos a sentir nostalgia por nuestras propias costumbres –el árbol de Navidad, los villancicos, el pastel de calabaza, la blancura del invierno y más que todo, nuestras familias queridas. Sin embargo, ya habíamos hecho amigos; con ellos pasamos el día muy feliz bebiendo mezcal y comiendo los deliciosos tamales oaxaqueños. Pudiera haber sido peor.

* * *

Regresamos a la ciudad de México por tren. Ya estábamos en guerra; los japoneses habían bombardeado a Pearl Harbor. Al pasar por Puebla compramos el periódico para saber las últimas noticias del frente. En el tren viajaban con nosotros dos muchachos indígenas que iban a México a buscar trabajo. Chenk trató de explicarles la guerra.

–Estados Unidos y México están en guerra con Japón –dijo.

–¡Qué bonita es la revolución! –respondieron, a todas luces contentos con lo que les dijo Chenk.

–No, no –protestó mi esposo– no es una revolución, es una guerra entre México y Japón –y les enseñó un mapa– Aquí está México y allá Japón. Otra vez repitieron:

–¡Qué bonita la revolución!

Hicimos a un lado nuestra clase de política. Pelear contra gente conocida y dañina, lo entendían, pero pelear contra gente que estaba lejos y era desconocida era para ellos algo incomprendible.

Llegando a México, mi cabeza era un torbellino de esperanzas y planes para el futuro. Pero primero tuve que confrontarme con la realidad de la guerra: mi hermano ya estaba en la marina, muchos amigos en el ejército, y mi padre y mi madre estaban trabajando en la industria de la guerra.

¿Qué iba a hacer con mi vida? ¿Regresar a Estados Unidos o quedarme en México? Un día llegó una carta de Nueva York que cambió mi vida para siempre.

Michoacán y Chiapas, 1942

En esa carta John H. Green, un ingeniero de sonido conocido en Nueva York, me dijo que quería venir a México con su grabadora –una enorme máquina Fairchild. ¿Le podía arreglar un viaje de campo a algún sitio? Mi corazón latió con fuerza, ¡tal vez ahora conseguiría hacer lo que estaba en mi subconsciente desde que llegué! Pero ¿cómo iba a arreglarlo? Waldeen vino al rescate. Me presentó con el doctor Enrique Arreguín, ex rector de la Universidad de San Nicolás, en Michoacán. En pocos días recibimos la aprobación a mi proyecto de parte del doctor Anguiano, rector de la universidad. Sin embargo tuve que buscar otros fondos para cubrir todos los gastos. Recurrí a Benito Coquet, director del Palacio de Bellas Artes, quien me ofreció una camioneta y un chofer. Y añadió –también va con ustedes Roberto Téllez Girón, de la Sección de Música, quien les puede ayudar mucho–. Mi español había mejorado en esos ocho meses en México, pero estaba agradecida de que Roberto me acompañara.

La máquina grabadora tiene una fácil técnica de manejo; si se siguen las instrucciones no hay grandes dificultades: éstas empiezan al salir de la ciudad cargando el aparato en primitivos medios de locomoción por caminos malos, a lomo de caballerías, etc. Si la máquina todavía funciona al llegar a destino, es que se ha tenido suerte; cualquier golpe puede estropearla, y los golpes ocurren fácilmente.

Para empezar la grabación hay que procurar ante todo que el aparato esté nivelado y que la mesa o soporte sea fijo. Para obtener buenos resultados deben usarse agujas de zafiro, las cuales si se cuidan bien pueden durar mucho tiempo. En cuanto se refiere a la colocación del micrófono resulta una técnica en sí misma, pero voy a hacer unas sugerencias sobre el particular. Hay dos maneras de colocar el micrófono: cerca de los ejecutantes (en primer plano) o a cierta distancia de los mismos; esto último es más fácil porque se evita la necesidad de manejar los dos controles de tono y volumen; sin embargo los resultados no son tan satisfactorios como en el primer método. Para conseguir una grabación que dé énfasis a los tonos agudos debe ponerse el indicador del "tone-control" en el número 40; esta es la posición adecuada porque da los mejores resultados para poder sacar copias posteriormente y también aminora algunos defectos que de otro modo serían más audibles.

No es necesario llevar el soporte para el micrófono, porque se cae; mejor buscar una persona que sepa seguir unas instrucciones quien podrá transportar el micrófono en la mano. Este sistema de trabajo es conveniente por dos razones: 1º el micrófono se convierte en un instrumento móvil y permite captar sonidos incidentales o cambios rápidos que pueden presentarse; 2º en caso de grabar voces de viejitos, que apenas se oyen, es posible poner el micrófono muy cerca de la boca, cosa que con el soporte resulta imposible.

La mayor preocupación en cuanto a la grabación en el campo es la manera de obtener energía eléctrica. No deben usarse acumuladores más que cuando se trabaje cerca de pueblos donde sea fácil y rápido cargarlos; de lo contrario resultan un peso inútil en cuanto se descargan, y ello ocurre –en las mejores circunstancias– a las 4 horas de uso. Esto se puede solucionar transportando a la vez una máquina para cargar nuevamente los acumuladores, pero su peso y volumen son tan grandes que no resulta práctico. Son necesarios dos acumuladores y un convertidor para transformar la energía directa en alterna que es la que necesita la máquina grabadora.

Lo mejor es llevar un motor de gasolina capaz de producir energía eléctrica alterna, desde luego son también voluminosos, pero menos que el total de los acumuladores, el convertidor y el aparato para cargarlos. Su gasto de gasolina es mínimo y por tanto no plantea problema de transporte. El inconveniente es que con el motor la producción de energía no es estable y fija sino variable y ello repercute en la marcha de la máquina grabadora; tal falla se puede aminorar con la utilización de un "contravolt",

pero no hay que olvidar que éste no es un regulador automático y hay que manejarlo a mano. Estas dificultades no deben desanimar, pero es mejor conocerlas de antemano en vez de encontrarse sorprendido y sin defensa en el campo.

CD, La música y el III, 2002, "Recopilación de música indígena", vol. VI, núm. 4, octubre de 1946, pp. 9-10.

Llegó John Green el día indicado y, a la mañana siguiente, el 1 de abril, salimos hacia Morelia. Todavía no sabía quién pagaría la gasolina y el hotel, pero decidí arriesgarme —una decisión atrevida de mi parte, pero por una buena causa. Así que no me sentí mal. Al llegar a Morelia nos dirigimos de inmediato a la Universidad. El licenciado Anguiano me brindó una cálida bienvenida. En media hora firmó los recibos oficiales para pagar la gasolina y el hotel, además de darme recomendaciones y muchos consejos. Al día siguiente salimos para Pátzcuaro, nuestro primer destino.

RE: Results of expedition to record the folk music of the State of Michoacan, Mexico

TO: Charles Beeger, Alan Lomax, Charles Stevens

HOW THE TRIP WAS ORGANIZED

The project was sponsored by the Section of Music of the Ministry of Public Education and the University San Nicholas de Hidalgo and the Governor of Michoacan. The extent of their sponsorship was as follows: 1. The Ministry of Public Education supplied us with the means of transportation. 2. The Governor of Michoacan arranged that our living expenses were covered. 3. All other expenditures, such as, the cost of the disks and remuneration for the musicians were covered by members of the expedition.

"Results of expedition to record the folk music of the State of Michoacan", México, 1942 (inédito).

Nos desviamos de la carretera principal para poder ver las primeras poblaciones purépechas: Santa Fe de la Laguna y Tzintzuntzan. Finalmente, al salir de una curva, apareció el lago de Pátzcuaro como en un sueño. Me quedé sin habla, maravillada por ese lugar encantado. ¡Qué sereno y majestuoso estaba entre las azulosas colinas! Esa fue mi primera vista, pero no sería la última porque regresaría varias veces durante los siguientes sesenta años. Ah, sí, ¡comprendí de inmediato que era suelo sagrado purépecha!

Ya por fin estaba yo en territorio indígena —no como turista, sino en plan de investigador. Por cierto que Pátzcuaro mismo era una ciudad

puramente colonial; su gran catedral, sus casas con floridos patios y sus calles estrechas, todo parecía un pueblo andaluz. Pero la presencia indígena, viva y palpable, y las jacarandas, cubriendo las calles con pétalos púrpura, nos señalaban que estábamos en tierra americana.

Caminamos felizmente por los mercados del pueblo. Todavía recuerdo la belleza del vestuario de las mujeres –faldas oscuras, blusas blancas, su negro cabello tejido con listones de colores y collares de semillas rojas con colgantes de peces de plata. Había abundancia de todo: cebollas blancas de largos tallos, rojos jitomates, chiles verdes y frijoles de todos colores. Pero lo que más me gustó fue el tesoro del lago: pescado blanco y trucha. Preparado con crema agria el pescado blanco fue un plato sin igual.

Para empezar nuestro trabajo presentamos la carta de recomendación del licenciado Anguiano al director de un centro experimental de pesca. Un hombre simpático y culto con un conocimiento profundo de la región, tanto de la naturaleza como del pueblo indígena. Siguiendo su consejo fuimos en nuestro camión por caminos sin pavimentar a las aldeas que rodeaban el lago. Al explicar el motivo de nuestro viaje, aparecieron de pronto guitarristas y cantantes jovencitos por todos lados. Sí, nos prometieron, vamos a Pátzcuaro, sí, queremos grabar nuestros cantos. Y, tal como nos dijeron, durante la semana siguiente llegaron muchos, guitarra en mano, listos para cantar y tocar. Sin embargo, la bonanza no llegó del lago, sino de Paracho, donde el gobierno tenía un internado indígena. Esos chicos y chicas, cantando en dúos o tríos, sabían una cantidad formidable de canciones en lengua purépecha.

Al terminar en la zona lacustre, recorrimos aldeas de la Sierra y la Cañada –aunque grabamos poco porque se nos acabaron los discos y no había donde comprarlos. En tres semanas en zonas indígenas grabamos más de 125 canciones, incluyendo además los corridos de lugares mestizos. Lo que yo no sabía era que iba a regresar muchas veces más, acumulando canciones por centenas, pero esa historia sigue en páginas más adelante.

Una vez en México, me di cuenta de que mi viaje había despertado mucho interés entre antropólogos, músicos y folcloristas. En aquel tiempo la Sección de Música tenía en su archivo partituras de música recopiladas entre algunos grupos indígenas, pero nada de grabaciones. Como todos querían escuchar las grabaciones, y para preservar los delicados discos de acetato –que se deterioraban después de tocarlos algunas veces– decidí dar una conferencia pública. Para eso me patrocinó la Escuela de Antropología, dirigida entonces por el gran sabio que era el doctor Daniel Rubín de la Borbolla, quien se hizo mi amigo y mi guía hasta su muerte en 1992.



Primera expedición de grabación a indígenas purépechas. Músicos cantando al micrófono. Michoacán, México. [Fotografía de Bill Miller, 1942.]



Primera expedición de grabación a indígenas purépechas. Mujeres y hombres jóvenes viniendo a grabar. Michoacán, México. [Fotografía de Bill Miller, 1942.]



Doctor Rubín de la Borbolla, amigo y mentor. [México, D.F., 1944.]

Ese primer encuentro fue algo cómico. Para hacer la traducción me acompañaron mi marido y el ingeniero Weitlander, del Museo de Antropología. Éste era todo un caballero, muy cortés, escuchaba muy atentamente la traducción al español de mis palabras. Nos pusimos de acuerdo en que yo daría una conferencia, tal vez en la Biblioteca Benjamín Franklin, de la embajada de Estados Unidos en tal y tal fecha. Además citamos otra reunión para la siguiente semana, pero solamente él y yo. Ese día, al cruzar el Zócalo en medio del tráfico horrendo, lo vi esperándome en la esquina de Madero. En un inglés perfecto, me dijo con una sonrisa de desprecio: –Are you trying to get yourself killed? (¿Quieres que te maten?).

Escribí la conferencia en inglés, la tradujo al español Salvador Ordóñez, director del Conservatorio de Música, y la leyó Roberto Téllez Girón, quien me acompañó en el viaje. Lo único que hice fue escoger las canciones y manejar el tocadiscos. Pero, para lucirme bien, salí al escenario en un traje sastre verde limón y en la cabeza un turbante rosa solferino –mi color favorito. (Confieso aquí que, durante mi vida entera, he aprovechado cada oportunidad de mostrar mis talentos de actriz.)

De pronto me ofrecieron oportunidades de trabajo. Primero el distinguido doctor Manuel Gamio, director del recién creado Instituto Indigenista Interamericano, me pidió preparar una serie de programas de radio –un proyecto conjunto con la Pan American Union en Washington, dirigido por Charles Seeger. Para estimular la creación de obras orquestales basadas en música indígena, ofrecimos becas a compositores latinoamericanos.

Thank you for your kind introduction, Dr. Borbolla. When we first conceived this trip, we had no idea that we would be presenting our material to the anthropologists rather than to the musicians. This fact may account for our slight nervousness this evening. And if the anthropologists in the audience will kindly remember that we are primarily musicians, perhaps they can forgive us our unscholarly approach.

Before we hear some of the examples of Tarascan music, I would like to say a few words of a general nature. I wish to make clear first, the concepts on which we have operated and then a short survey of the work we have accomplished.

The anthropologist ^{has been} ~~is~~ perhaps more interested in the specific problem of aboriginal music than the folklorist, however, both groups ^{are now} ~~are~~ ~~concerned~~ concerned with the preservation of the musical tradition. ~~The study~~ ^{The study}

"Delivered at Benjamin Franklin Library", 1942, Introduction by Dr. Daniel

Gamio, ya en sus 60, era un caballero de la vieja escuela: alto y esbelto, digno y elegante, y una persona adorable. Siempre de traje, se sentaba al escritorio fumando un cigarrillo en una larga boquilla, con las cenizas cayendo sobre el chaleco. No le gustaba hablar de cosas frívolas, pero en un momento de candor una vez me dijo:

–Querida, hace mucho tiempo decidí dejar las aventuras amorosas por las alegrías del gallinero –refiriéndose a sus numerosos hijos y nietos.

Desde ese tiempo hasta que salí de México en 1946, Gamio fue un amigo sin igual. Sin su consejo, sin su protección, hubiera sido como un barco sin timón.

PERSONAL

HENRIETTA YURCHENCO, de Nueva York, músico y directora de radio presentaciones musicales y folklóricas.

1. Encargada de programas especializados en la estación radio emisora municipal de la ciudad de Nueva York, WNYC, hasta la primavera de 1941.
- A. Lista de programas producidos y dirigidos en esta estación:
 - A. "Adventures in Music" de Enero de 1940 hasta marzo de 1941. Un programa semanal presentando el folklorismo musical a través del mundo. Este programa fue premiado con el primer promedio en el congreso anual de "Education by Radio" que fue provocado en Columbus, Ohio, en 1940.
 - B. "Folk songs of America" canciones folklóricas cantadas por los mejores cantores de los Estados Unidos, tales como "Leadbelly", Woodie Guthrie, Peter Seeger, etc.
 - C. "Songs of the Seven Million" Un programa folklórico de la música de todas las diferentes nacionalidades que viven en Nueva York. Estos programas fueron presentados a millones que visitaron la Feria Mundial de Nueva York, 1940, en la sección conocida por el nombre de "American Commons".
 - D. "Calypso" Un programa de la música popular de la isla de Trinidad, presentando el famoso cantor "El Duque de Hierro" y su banda. Este programa recibió mención honorífica en el congreso anual de Education by Radio" en 1941.
 - E. "American Music Festivals" de 1940 y 1941 (Febrero 12-22)

Esta fiesta incluyó en once días más de sesenta programas presentando todos los diversos aspectos de música en los Estados Unidos y casi todas sus regiones. El festival contenía dos secciones, erudita y música folklórica. La sección de la música erudita, en el presente y el pasado, la música sinfónica, coral, de cámara y de ópera estaban oída además de una sección especial dedicado a la música de film, ballet y teatro. Los compositores representados fueron personas como Aaron Copland y Roger Sessions y también los más jóvenes desconocidos. La sección acerca de la música folklórica estaba dividida en dos partes: la música de la ciudad, enclufa los mejores ejemplares de "Hot Jazz" con las personas como Benny Goodman, Frankie Newton etc., y la música del campo comprendiendo las canciones desde las llanuras del Oeste hasta los bosques del Norte, y desde los campos de algodón en el Sur hasta las regiones de alta mar con canciones de pesca de ballena, etc.

Este festival fue aclamado por el público y los críticos como el primer y más grande proyecto jamás emprendido por cualquiera estación Radio Emisora.

- F. "Here is Music" un programa semanal presentando canciones de todas partes del mundo, coleccionadas y cantadas por el grupo llamado "The Consort" de la Universidad de Nueva York bajo la dirección del Prof Roy Mitchell.

- 3 Expediciones en el campo
 - A. Viaje a Cape Cod en Nueva Inglaterra para grabar discos de la música de los pescadores portugueses en la primavera de 1941.
 - B. Expedición para grabar en discos la música folklórica en el estado de Michoacán. Este viaje estaba patrocinado por la Sección de Música de la Secretaría de Educación Pública y la Universidad Michoacana. La expedición estaba en este estado durante el mes de abril de 1942.
 - C. Expedición para grabar en discos la música indígena en el estado de Chiapas y en el Ismo de Tehuantepec, ~~Chiapas~~ Oaxaca. Estaba patrocinado por el Instituto de Antropología e Historia y el Gobierno de Chiapas. La expedición estaba en esta región durante Agosto - Octubre of 1942.
4. En Preparación
 - A. Serie de programas de ~~radio~~ - transmisiones ^{basados en} de la música indígena de los distintos países Americanos para el Instituto Indigenista Interamericano.

CD, La música y el III, "Propaganda de radio 1940-1943" (facsimil).
PROPA 420603 SFa-1-2

34

No. 1570.

Julio 17 de 1942.

Sr. Eduardo Noguera,
Director del Museo Nacional.
P r e s e n t e .

Muy estimado y fino amigo:

Este Instituto está desarrollando un proyecto relativo a música indígena, en colaboración con la Unión Panamericana, en el cual nos está ayudando la Srta. Henrietta Yurchenco. Le suplico atentamente se sirva prestarnos por unos cuantos días seis u ocho discos de música indígena que la citada señorita eligió en la colección de los que ustedes tienen.

A nombre del Instituto presento a usted mis atentos agradecimientos por este servicio y me ofrezco a sus apreciables órdenes como afectísimo amigo y atento seguro servidor.

Manuel Gamio.

CD, La música y el III, "Propaganda de radio 1940-1943" (facsimil).
PROPA 420717

Num. 2663.

México, 23 de Noviembre de 1942.

Sr. Prof. Don Carlos Chávez
Director de la Orquesta Sinfónica de México,
P r e s e n t e.-

Este Instituto está organizando una corta serie de programas radiados, con composiciones hechas a base de motivos indígenas del Continente, por los más distinguidos compositores. Siendo Ud. uno de los más altos exponentes de América en materia musical, este Instituto desearía tener el honor de contar con una composición de Ud., que sería la primera de esa serie, los discos de la cual serán enviados a todos los países del Continente.

La Señorita Henrietta Yurchenco, Colaboradora de este Instituto en la formación de esos programas, se servirá explicar a Ud. detalladamente nuestros propósitos.

Anticipando a Ud. a nombre del Consejo Directivo de este Instituto nuestros más expresivos agradecimientos por la atención que preste a esta solicitud, contribuyendo con su alto prestigio al buen éxito de nuestro proyecto, me es grato reiterar a Ud. las seguridades de mi más atenta y distinguida consideración,

MANUEL GAMIO

MG/mag

CD, La música y el III, "Propaganda de radio 1940-1943" (facsimil).
PROPA 421123b

January 14, 1943

Mr. Aaron Copeland
Hotel Empire
61st and Broadway
New York, N.Y.

Dear Mr. Copeland:

Mr. Charles Seeger of the Pan American Union Music Division, has suggested that I write to you in connection with an Indian music project which the Inter-American Indian Institute is carrying out in cooperation with the Pan American Union. This project calls for the preparation of eight 15-minute recorded transcriptions for radio broadcast. Each program will include four or five minutes of Indian music recorded by ethnologists in various Indian regions of the continent, several minutes of narration and six to eight minutes of symphonic arrangements composed by noted composers in the various countries where the basic Indian music has been recorded. These arrangements will be played by the University of Mexico's 60-piece symphony orchestra.

We have already negotiated with Carlos Chavez of Mexico, Andres Sas of Peru, and Isamitt of Chile to make adaptations of Indian music in their respective countries. However, we have not arranged with any U. S. composers to make the compositions based on Indian music in this country, and it is for this reason that I am writing to you. We are able to pay only \$75.00 for a six to eight minute orchestration, and we can make available to you five or six recordings of Iroquois, Pueblo, Navajo and other Indian tribal music of the United States. Mr. Seeger felt that you could do a superb job on such an assignment--"treating the music with sparseness, expanding on the change of speed in the drum beats and getting over the drum and melody idea." Copies of the transcriptions will be sent to the Latin American countries for rebroadcast; it is felt that this series of radio programs will contribute significantly in the endeavor to foster better understanding of the many cultures in the hemisphere and perhaps open new vistas to young composers of the suggestiveness of Indian music in developing modern themes.

We would like to arrange for two compositions based on U. S. Indian music. Please let me know if you are interested in doing one of these; I would appreciate your suggestions as to other U. S. composers who might be interested in a similar task.

2

I am returning shortly to my work at the Inter-American Indian Institute and would appreciate very much your addressing your reply to me there at Londres 64, Mexico, D.F. I am sending a copy of this letter to Dr. Manuel Gamio, Director of the Institute.

Very sincerely yours,

Emil J. Sady.

EJS:KMN

cc: Dr. Gamio

CD, La música y el III, "Propaganda de radio 1940-1943" (facsimil).
PROPA 430114-1, 2

100

No. 298

México, D.F., a 23 de febrero de 1943.

Sr. Prof. Candelario Huizar.
Presente.

Estimado Profesor:

Este Instituto está organizando una serie de programas de radio de música indígena en el que colaboran compositores de varios países de América entre ellos México naturalmente que es la sede de la Institución, los discos respectivos serán remitidos oportunamente.

A dichos países nuestro proyecto es que en cada disco se dediquen cinco minutos o poco menos a la presentación hablada del programa. Cinco minutos o menos a los motivos musicales indígenas tales como han sido directamente tomados en las regiones indígenas. Por último cinco minutos o algo más a la composición para orquesta sinfónica que haga el compositor.

Esta labor no percibe lucro alguno pues como todas las que desarrolla el Instituto tiende a mejorar o a dar a conocer aspectos de la vida indígena del continente, entre los cuales el musical es de los más importantes.

Conociéndose en este Instituto la originalidad y belleza de sus composiciones me permito invitar a usted a que se sirva hacer una para el programa arriba aludido.

Inspirándose en los motivos indígenas que tendríamos el gusto de suministrar a usted. La retribución que podríamos dedicar para esa composición es de \$360.00.

Si como espero este programa inicial que comenzamos a desarrollar alcanza buen éxito organizaremos otros de mucha más importancia en el futuro.

En espera de su contestación quedo de usted como su atento amigo y seguro servidor.

EL DIRECTOR

MG/rmr.

DR. MANUEL GAMIO.

CD, La música y el III, "Propaganda de radio 1940-1943" (facsimil).
PROPA 430223

Chiapas-Istmo de Tehuantepec

Una vez terminados los programas me llegó otra oportunidad inesperada de investigación. Un día vino a verme Bernardo Reyes, fotógrafo y mano derecha del gobernador de Chiapas.

—Hemos escuchado sobre usted y su trabajo en Michoacán —me dijo—. ¿Le gustaría ir a Chiapas?

Por supuesto, le dije que sí. Algunos días después me informó que el gobernador me esperaba en Tuxtla Gutiérrez; Alfonso Caso, el distinguido director del Instituto Nacional de Antropología e Historia, me prestó su grabadora, unos discos y un ayudante, Raúl Guerrero, antropólogo interesado en la música.

Hicimos el viaje en tren, y después de dos pesados días llegamos primero a Ixtepec. De allí, con algunos conocidos de Raúl, fuimos a Tehuantepec. —Tienes que ver el río —me dijeron los nuevos amigos—, allí vas a ver el paisaje maravilloso y una vida que no ha cambiado en siglos. Pasamos la tarde tranquilamente contemplando las palmeras que se mecían con la brisa y, a lo lejos, las colinas matizadas de azul y gris. A lo largo de las orillas, las mujeres lavaban su ropa, sus lozanos cuerpos envueltos en jorongos, piel morena y cabello negro brillando en el sol. Mientras, los hombres llevaban a sus bestias por agua, sin dar ni una mirada a las mujeres.

Al día siguiente empezamos a trabajar; primero hicimos grabaciones de Zenobio, el famoso pitero indígena, ya viejo y ciego, y luego de un conjunto de marimba. ¡Que sorpresa! Fue el mismo que oí en Oaxaca.

Pero más que la música me quedan recuerdos de las circunstancias de la grabación. Hacía un calor del infierno esa tarde. Mientras yo manejaba el micrófono y Raúl la grabación, un ejército de jejenes me atacó las piernas. Como tenía que estar inmóvil, los insectos casi me comieron y de cada poro me goteaba la sangre. De allí en adelante, siempre me escondía detrás de faldas largas, blusas de manga larga y medias, pero a veces me vencieron al lanzar otros ataques.

El último día pasamos un largo rato en el mercado de Ixtepec. Me asombraban las jugosas piñas y la gran variedad de mariscos: las enormes langostas, las jaibas, los camarones y los pescados. Pero también me fijé en las mujeres, no solamente por lo elegante de su vestuario, sino por la aparente importancia de su presencia. Esa fue mi primera impresión, pero no la última, porque regresé muchas veces durante los siguientes cincuenta años para conocerlas más a fondo.

INFORME SOBRE LA MUSICA INDIGENA DEL ESTADO DE
CHIAPAS BASADO EN UNA EXPEDICION HECHA A TRAVES
DE ESE ESTADO EN EL VERANO DE 1942

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

AL: Lic. Alfonso Caso, director del Instituto de
Antropología e Historia de Mexico

DE: Henrietta Yurchenco, directora de la expedición

OBSERVACIONES GENERALES

La expedición fué patrocinada conjuntamente por el Instituto de Antropología e Historia y el Gobernador del Estado de Chiapas, Doctor Rafael Pascacio Gamboa. Henrietta Yurchenco y Raul Guerrero fueron los miembros de la expedición. La expedición permaneció en el estado de Chiapas aproximadamente dos meses.

RESULTADOS DEL VIAJE

Fueron grabados aproximadamente cien sonos. Un disco de la antigua lengua Chiapaneca fué grabado por la única superviviente de la tribu que habla ese idioma. Se decía que tenía 117 años de edad en la fecha de la grabación.

Se tomaron unos setecientos pies de película de color de 16mm. Parte de ella se hechó a perder debido a un accidente que ocurrió cuando nuestra mula de carga se cayó en una torrentera.

LISTA DE REGIONES Y PUEBLOS CIRCUNVECINOS DONDE LA MUSICA FUE RECOPIADA

Esta lista está compilada de acuerdo con los grupos lingüísticos:

1. ZOQUE + Región de Tuxtla Gutierrez
 - a. Tuxtla Gutierrez
 - b. Ocozocoautla
2. CHIAPANECO
 - a. Chiapa de Corzo
3. TZOTZIL + TZELTAL
 - a. Ixtapa
 - b. Zinacantan
 - c. San Felipe Ecatepec
 - d. Chamula

CONCLUSIONES

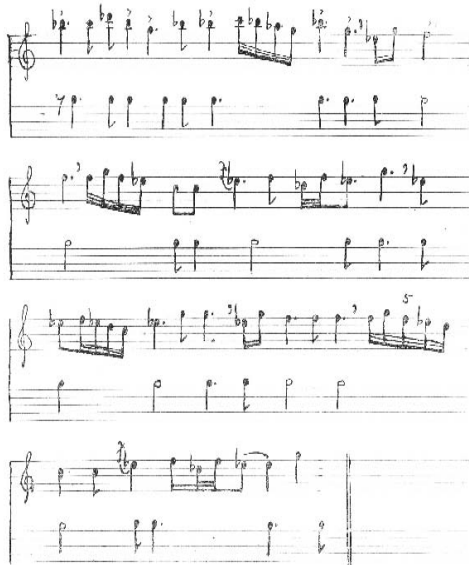
La música que hemos grabado puede ser considerada solamente como una parte de toda la que existe en el Estado de Chiapas. Mi impresión es la de que existe más que la que afloró a la superficie durante nuestra estancia en el Estado, particularmente en la región de San Cristóbal de Las Casas. Una investigación más detallada tendrá que ser realizada en viajes subsiguientes.

Música del tipo de las salmodias para los difuntos y las que oímos, en forma enteramente accidental dentro de la iglesia de Santo Domingo en San Cristóbal de Las Casas completamente llevada a cabo por iniciativa de los indios será más difícil de obtener porque tiene que ser grabada en el momento psicológico.

Una parte completa del Estado resta para ser investigado; se trata de la región próxima a Tabasco, de la región de los Lacandones y de la frontera Guatemalteca. Esto significará otro viaje de investigación.

Henrietta Yurchenco
Henrietta Yurchenco
Feb., 1943

"Informe sobre la música indígena del estado de Chiapas", basado en una expedición hecha a través de ese estado en el verano de 1942 (inédito).



Partitura para pito de carrizo y tambor.

CD, La música y el III, "La música indígena en Chiapas", en Henrietta Yurchenco, México, 1943. HY VIII-4-1043-p310

Nos despedimos de nuestros amigos el 8 de agosto, y salimos hacia Tuxtla Gutiérrez. Nuestra llegada ya estaba anunciada en los periódicos, el gobernador brindó gran apoyo, incluidos los servicios de un guía del Departamento de Asuntos Indígenas.

La lluvia –torrencial– nos acompañó durante todo el viaje por los pueblos; el camino a San Cristóbal de las Casas estaba cubierto de barro resbaloso. Al llegar a Tenajapa todo el pueblo estaba esperándonos. De mi diario de 8 de diciembre:

La sesión de grabación fue caótica, pues estábamos rodeados por cientos de personas, niños arriba de los árboles, hojas y flores cayéndonos encima mientras grabábamos.

Una noche me invitaron a una fiesta; la primera experiencia con hombres de provincia. En mi diario aparece:

Septiembre 13. Voy a un casino y me meto en muchos problemas. ¡Dios, este lugar me pone la carne de gallina! Todos los hombres están armados, muchos perdidos de borrachos, y unos se pelearon por mí. En primer lugar, soy extranjera, y segundo, voy sola, sin marido o familia.

En ese momento decidí que jamás en los viajes de campo iba a coquetear, a usar ropa provocativa, ni a ir sola a las fiestas, en otras palabras, que me comportaría como una monja, intocable: eso me permitió estar a salvo.

En esa primera visita a Chiapas tuve muy pocos resultados importantes; no fue más que abrir la puerta al mundo indígena. En ese viaje, por ejemplo, grabamos solamente música instrumental, en viajes posteriores encontré cantos prehispánicos, un tesoro completamente desconocido en aquel tiempo.

Lo que está pegado a mi memoria es un viaje a San Bartolomé de los Llanos y la ruta a Comitán, un porvenir de viajes futuros. Empezamos en lancha por el río Grijalva, los cocodrilos flotaban cerca de la lancha y unos pájaros de color azul brillante volaban sobre nuestras cabezas. Viajábamos con trabajadores que iban a tender unas líneas telefónicas a Comitán.

Al mediodía nos detuvimos en un claro del bosque donde una cocinera magnífica nos sirvió, de ollas enormes, mole con pollo, pollo con hierbas y pollo con arroz, tan deliciosos que incluso hoy se me hace agua la boca al recordarlo. Y todo en medio de la silenciosa selva chiapaneca. ¡Increíble!

Finalmente llegamos a una pequeña hacienda en donde empezamos el viaje a caballo. Al llegar a San Bartolomé, los músicos y el encan-

tador cura del pueblo salieron a recibirnos. Había arpas, violines, guitarras, tambores y trompetas, todos listos para la grabación. Pero la suerte no estaba con nosotros ese día; conectamos nuestro equipo de corriente alterna a la corriente directa del lugar y se quemaron todos los cables.

¡Qué tragedia para nosotros! ¿Qué hacer? Había un rayo de esperanza: en Comitán vivía un electricista que podía componer la máquina. Así que preparamos lo más rápido posible nuestra salida de San Bartolomé. Por sugerencia del cura, nos acompañaron los músicos indígenas para hacer allá la grabación. A la mañana siguiente iniciamos la larga jornada, yo a caballo, los indígenas a pie. Durante interminables horas viajamos lentamente por el bosque, y cuyo suelo hinchado de lodo por las recientes lluvias llegaba hasta las ancas de los caballos. Aburrida y fatigada, pasé el tiempo contando las orquídeas que florecían sobre los troncos de los árboles.

Por fin escuché la corriente ruidosa del río, pero al llegar a la orilla no vi a nadie, mis compañeros habían desaparecido. ¿A dónde fueron, qué camino tomaron, a la derecha o a la izquierda? Recordé entonces un viejo dicho: si le sueltas la rienda a un caballo, seguirá a otros caballos. Así que dejé libre a mi caballo y se fue por la izquierda. Durante unos quince minutos seguí la estrecha vereda a lo largo del río. No encontré a nadie, ni un alma. Estaba perdida. En ese momento pasó un indígena. —No, no —me dijo—, sus amigos se fueron por el otro lado. Poco después llegaron mis amigos a todo galope, ¡estaba a salvo! Más tarde me di cuenta de que me acordé mal del dicho. Va así: si dejas la rienda suelta a un caballo, ¡volverá a su propio establo!

Pero, la cosa no terminó allí. Luego tuvimos que cruzar el río; a primera vista casi me desmayé de susto, parecía un Niágara Falls en pequeño. ¿Cómo iba a cruzar con mi caballo, tan débil y tan viejo? Pero, al otro lado del río nos esperaban rancheros mestizos, que vinieron a nuestro rescate. Cambié mi jamelgo por un enorme caballo blanco. Abrazando la montura tan fuerte como podía y subiendo los pies bien arriba, me lancé con el caballo al río. ¡Qué animal tan extraordinario! Cinco minutos después me depositó al otro lado sin ningún daño.

A pesar de que me vieron cruzar el río los indígenas no quisieron arriesgar sus propias vidas. Cuando alguien trató de avergonzarlos, dijeron: —Ella es un diablo. Ella quiere morir, nosotros no —y con eso, desaparecieron camino abajo y regresaron a San Bartolomé.

Pasamos la noche en un rancho donde, entre la borrachera y las bromas sobre mi valor, otra vez fui puesta a prueba; me ofrecieron un chile y me dijeron que no picaba. Al comerlo casi brinqué al techo, sentí que moría, mi boca quemaba como si tuviera lumbre. Después estaban muy apenados por la

"broma" y el resto de la noche pasó sin incidente. Dormí como muerta hasta los primeros rayos del sol. Todavía cansados montamos nuestros caballos rumbo a Comitán, una jornada de diez horas a través de piedras y más lodo.

Llegué tan envarada que tuvieron que bajarme del caballo y depositarme suavemente en el suelo. En Comitán nos esperaba el obispo, conjuntos de marimba y los indígenas tocando violines, pitos de carrizo, tambores y arpas; todos estaban ahí para darnos la bienvenida. Por primera vez en una semana, dormí esa noche en un hotel, ¡con una cama, un colchón y sábanas limpias!

Como nos aseguraron, un electricista muy capaz reparó nuestro equipo y quedó como nuevo. Dado que los caminos eran tan malos y las aldeas no tenían electricidad, los músicos vinieron a Comitán para las grabaciones. En cambio, en viajes siguientes llevamos un motor de coche como fuerza eléctrica, así que fue posible ir a los sitios más retirados del país.

Llegó el tiempo para salir. Solamente pensar en el viaje de regreso me produjo un ataque de nervios. Estoy segura que el gobernador advinó mi angustia porque envió una avioneta para regresarme a Tuxtla.

Según mi diario:

Octubre 7. Regreso apresuradamente al hotel, tomo mis cosas y llego a la pista aérea. Raúl y yo nos acomodamos en la pequeña cabina, junto al piloto. Salimos a las 12:10. Arriba, no se veían ni lodo ni burros, sólo el cielo, ¡un cielo maravillosamente azul! Aterrizamos en Tuxtla a las 13:00 horas tras un viaje de 50 minutos que habíamos hecho en 10 días a caballo.

Mi última semana empezó con una inspección de carreteras con el gobernador en Chiapas y terminó con una fiesta de mujeres en el Istmo. Sencillamente él quería de mí lo que yo quisiera darle.

–Necesitas un hijo –me susurró al oído. Como necesito un hoyo en la cabeza, pensé.

Me ofreció una de sus orquídeas negras premiadas y un terreno para una casa. Me dije, aquí estoy, con la máxima autoridad del estado y su mano derecha en el asiento enfrente. Si grito, ¿quién me oye?

Mientras yo le daba vueltas a mi situación, llegamos a Chamula. ¡Salvada! Debido a un asesinato el gobernador tuvo que quedarse a investigar el asunto, así que regresé a Tuxtla con mi virtud intacta. Antes de despedirme de Bernardo, le di una maliciosa sonrisa. Perdiste ¿verdad que tu plan fracasó? ¡Lástima!

Al día siguiente Raúl y yo regresamos a Ixtepec, justo para ver el último día de una fiesta en honor de las mujeres. Con Charlie Frey, el arqueólogo americano, que también se encontraba en el Istmo, vimos un desfile que segu-

ramente no tiene igual: primero pasaron mujeres de las sociedades cooperativas marchando al ritmo de una banda de música; arrojaban dulces y juguetes a los niños de los cestos que llevaban sobre la cabeza. Pero lo más curioso eran unas carretas tiradas por bueyes, arrastrando hojas de plátano por la calle polvorosa. Al acercarnos, oímos música, ¿pero de dónde salía? ¡Casi escondidos en el interior, estaban tambores y flautistas tocando alegres sones!

De lejos oímos gritos y música. Al acercarnos a una plaza encontramos mujeres borrachas bailando y bebiendo, los hombres alrededor, aparentemente orgullosos de ellas. Tan pronto nos vieron, los únicos extranjeros, nos ofrecieron un trago tras otro de mezcal, así que bebí hasta que casi quede inconsciente.

Solamente tengo una vaga idea de lo que pasó en las siguientes dos horas; me acuerdo que nos empujaron dentro de la casa del mayordomo (el anfitrión de la fiesta), comimos iguana, fruta y, por supuesto, tomamos más mezcal. Por último, bailamos con las mujeres. Fue una escena de locura, cada minuto se caía una mujer u otra vencida por el alcohol, pero cinco minutos después se ponía de pie y volvía a bailar.

Llegó el momento de escapar, no pude aguantar más y mi cabeza estaba a punto de estallar. Con la ayuda de Charlie, pude regresar a mi pensión. Lo único que quería era tenderme en la hamaca del patio y dormir, dormir, dormir.

No fue posible: la hamaca estaba ocupada por una muchacha con un bebé en brazos. Me senté esperando que se fuera, medio enojada e impaciente. Pero no se movía de allí ni me hizo caso. De repente oigo sonidos musicales ¡ella estaba cantando y cantando melodías encantadoras! Por primera vez oí:

Ay, Sandunga,
Sandunga, mamá por Dios,
Sandunga no seas ingrata,
Mamá de mi corazón.

Luego me cantó, *La Llorona*, esa joya que Rufino Tamayo me cantó en Nueva York:

Ay de mí, llorona,
llorona de azul celeste,
aunque la vida me cueste, llorona
no dejaré de quererte.

Pero ni esperanzas de grabar esas canciones, nuestra grabadora estaba en un vagón de equipaje en ruta a México.

Un proyecto de la Biblioteca del Congreso, 1944-1946

Mi sueño se convirtió en realidad. Poco después de regresar de Chiapas, el doctor Gamio me dijo con voz emocionada:

–Acabo de recibir una carta de la Biblioteca del Congreso. Quieren saber si nos interesamos en copatrocinar un proyecto para grabar música folclórica en México. Nos darían el equipo y discos, y nosotros pondríamos el sueldo y el transporte. ¿Te interesa? –mi corazón latió apresuradamente.

–Claro –respondí de inmediato– ¡claro que quiero hacerlo!

A pesar de mi interés en todos los tipos de la música popular, lo que me fascinaba –después de mis viajes exploratorios– era la posibilidad de encontrar música prehispánica, todavía viva y palpitante. Antes de dejar Nueva York, un eminente antropólogo me aseguró que la cultura indígena ya no existía, que había sido destruida por los europeos. Pero según ciertos antropólogos mexicanos, todavía existía entre las tribus más primitivas del país. Al informarle a Gamio mi plan de trabajo me dio una conferencia sobre los peligros que iba a encontrar.

–Para una delicada mujer como tú, el camino será largo y difícil y encontrarás insectos y víboras venenosas, y nada de confort –no le hice caso. Ya había tenido mi bautizo de fuego en Chiapas y no tenía miedo de nada.

Poco tiempo después, Gamio consiguió la aprobación del proyecto del entonces secretario de Educación Pública, el poeta Jaime Torres Bodet –posteriormente director de la UNESCO–, y además asignó al fotógrafo Agustín Maya a que me acompañara. Sin embargo, mi sueldo no estaba a discusión. Aunque era poco más de una propina, nunca me quejé: lo único que yo quería era hacer el trabajo.

Mientras esperaba el equipo de Washington, mi vida personal cambió, Chenk regresó a Estados Unidos para ingresar al ejército. La despedida fue triste, pero también me sentí liberada. Nuestro matrimonio, a pesar de intereses en común, empezaba a pesarme. Ahora era dueña de mi tiempo y mi vida. Como esperábamos, debido a su débil rodilla, no lo aceptaron, así es que fue a Harvard a estudiar arquitectura con Walter Gropius y Marcel Breuer, dirigentes de la famosa Bauhaus destruida por los nazis.

Cora-huichol, 1944

Un cálido día de mayo, salimos Agustín y yo hacia la región cora. Llevamos cien kilos de equipo de grabación, discos, bolsas para dormir y suero antialacránico.

C O P I A.

THE LIBRARY OF CONGRESS

WASHINGTON.

Reference Department

Music Division

April 26, 1943.

Dr. Manuel Gamio, Director
Instituto Indigenista Interamericano
Londres # 64
México, D.F.

Dear Dr. Gamio:

From our previous correspondence on the subject I note that you are keenly interested in recordings of American Indian music. In this connection I should like to point out that we are making plans to record various types of folk music in the other American Republics. It has occurred to me that the Instituto Indigenista might cooperate with the Library of Congress for the recording of indigenous music in Mexico. We are able to provide the recording machine and the blank discs for recording and for making copies. The usual procedure is for one copy of each record to be deposited in the Library of Congress, and one copy in the local institution with which we are collaborating, which in this case, of course, would be the Instituto Indigenista. We provide funds for shipping this material to and from Mexico, and we can also dispose of a certain sum for field expenses.

In the event that you can envisage the possibility of - such a collaboration, will you please inform me regarding the following points: 1) With what personnel would you propose to work? 2) In what areas would you propose to operate (please give ethnographical as well as geographical specifications)? 3) Approximately how many records do you envisage making, and what is the probable estimation for the duration of this project? 4) Can you count on the official backing of the Mexican

2.

Government for this work? 5) Can the Instituto Indigenista make any economic contribution toward the field expenses?

You will understand, of course, that such a project must be presented through regular diplomatic channels, and receive the approval of our Department of States as well as of the Mexican Government before it can be put into execution. However, we are authorized to undertake preliminary negotiations in this matter, and if you can submit to us a detailed plan of action, we shall be very glad to give it our careful consideration.

Sincerely yours,

(Firmado)
Gilbert Chase.
Assistant for Latin American Music.

CD, La música y el III, "Propaganda de radio 1940-1943" (facsimil).
PROPA 430426-1,2

Secretaría
de
Educación Pública

Dependencia DIREC. EDUC. EST.
DEPTO. DE BELLAS ARTES
Sección DE MUSICA
Mesa DE CORRESPONDENCIA
Núm. del Oficio 10181
Expediente J350.2/P

México, D.F., a 28 de junio de 1943.

Sr. Dr. Manuel Gamio
Director del Instituto Indigenista
Interamericano.
P r e s e n t e .

Con relación a la colaboración de esta Sección con el Instituto Indigenista Interamericano del que es usted digno Director, en la realización del proyecto de la Biblioteca del Congreso de Washington, tengo el gusto de transcribir a usted el oficio que el G. Director General de Educación Extra-escolar y Estética me envía el día 23 del actual, y que a la letra dice:

"En relación con mi oficio número 4593, de fecha -
16 del mes en curso, reitero a usted instrucciones
en sentido de que de acuerdo con la proposición
que hizo la Biblioteca del Congreso de Washington,
una vez que se han iniciado los trabajos de inves-
tigación sobre nuestra música, la Secretaría de
Educación Pública celebrará contrato con la señora
ENRIQUETA YURCHENCO, agregándole que esta Dirección
General dará las facilidades necesarias con que la
misma cuenta de entre su personal técnico al efec-
to seleccionado para lo cual deberán gestionarse -
en su oportunidad los pasajes y los viáticos corre-
pondientes, colaborando también por estos motivos -
en el trabajo de referencia."

Lo que hago de su conocimiento para los efectos a que
haya lugar.

Atentamente,
EL JEFE DE LA SECCION

LE/mta. 7760

LUIS SANDI.

CD, La música y el III, "Propaganda de radio 1940-1943" (facsimil).
PROPA 430628

July 5th, 1943

His Excellency The
Ambassador of the United States of America in Mexico

My dear Mr. Messersmith,

I am addressing you concerning a letter (a copy of which I am enclosing) which I received some time ago from Mr. Gilbert Chase of the Library of Congress in Washington in which he proposed a collaboration between his Institution and the Instituto Indigenista Interamericano for the purpose of recording on discs the folkmusic of Mexico.

The Instituto Indigenista found it impossible to finance such a project, in which it is tremendously interested, but it has secured the support of the Music Section of the Department of Fine Arts of the Ministry of Public Education of Mexico. Therefore, the Instituto Indigenista will act only as coordinator and organizer of said project.

The conditions for the development of this project are as follows:

1. The LIBRARY OF CONGRESS a) will send the recording apparatus for this work; b) will provide the blank recording discs and present copies of the original record to Mexico; and c) will supply part of the field expenses which include remuneration for the native musicians in the various regions, repairs for technical equipment and rental of gasoline motor for power supply.
2. The MEXICAN MINISTRY OF EDUCATION a) will supply personnel for this work, which includes: Henfieta Yurchenco, musicologist (enclosed is the official confirmation of her appointment), Roberto Téllez Girón, musicologist employed by the Section of Music of the Department of Fine Arts and Luis Sandi, head of the Section of Music of the Department of Fine Arts; b) will also provide for the travelling expenses entailed in the various trips taken for the purpose of collecting music.

Al llegar a Tepic, fuimos a ver al gobernador a fin de pedirle consejo para nuestro viaje a Jesús María, nuestro primer destino al otro lado de la Sierra Madre. Tuvimos suerte, un capitán y un coronel del ejército estaban a punto de hacer el mismo viaje para entregar dinero a la comunidad.

The above project will last at least one year, the minimum time requisite for recording in some of the important regions of the Republic. I am also enclosing an itinerary of the different trips which cover the outstanding sections for musical research in Mexico.

The letter from Mr. Chase states that the above project must be approved by the American Embassy in Mexico and then by the State Department in Washington. In accordance with these specifications, I am submitting this plan for your approval, being assured that such an activity in the nature of cultural cooperation between our two countries will meet with your entire approbation.

I wish to express in advance my appreciation of your consideration in this matter and anticipate a reply as soon as you find it conveniently possible.

Sincerely yours,

Manuel Gamio

CD, La música y el III, "Propaganda de radio 1940-1943" (facsimil).
PROPA 430705-1,2

Desde el principio me di cuenta que las advertencias de Gamio no eran una exageración, sino la pura verdad. Pasamos la primera noche, de calor sofocante, en una pequeña pensión, sin electricidad ni baño, donde tuve mi primera experiencia con un alacrán venenoso, esos que matan en hora y media. Antes de acostarme Agustín revisó cada centímetro del cuarto con su lámpara eléctrica, pero no encontró nada. Le di las buenas noches, me lavé la cara y me acosté. Un momento antes de cerrar los ojos me acordé de que no había cepillado mis dientes. Al alumbrar los zapatos que había dejado debajo de la cama un momento antes, vi un enorme alacrán verde encima de mis calcetines. De inmediato lo maté de un zapatazo; después tenía un poco de náusea pensando en el peligro en que estaba.

Al día siguiente empezamos nuestro viaje por la Sierra Madre en mula. ¡Qué verdes montañas! Un momento bajando a tierra caliente y media hora después subiendo a bosques de pinos. Agustín iba a la cabeza de la hilera de burros y mulas cargados con nuestros equipos y cosas

THE TRIP - The first part of the trip was made by train from Mexico to Guadalajara, and thence by train to Tepic, capital of the State of Nayarit. Here the personnel remained a number of days preparing the itinerary. Accompanied by a military guard, a coronel and captain of the National Army of Mexico on their way to fulfil a mission in the same region we were to visit, the expedition continued by train to the town of Ruiz. We then proceeded by bus to El Venado. There we rented mules in order to travel to our first destinations, San Pedro Ixcatan and San Juan Corapan. This trip took 6 hours, over very bad mule trails. These towns are situated on either side of the River San Pedro and are located in very hot country. Three days were spent here recording.

Difficulties were encountered in finding mules since the party was large and the cargo very heavy and delicate. We met with this problem during the entire trip because at this time of the year the Coras go to work on the coast taking with them all their mules - in order to bring back provisions such as corn, sugar, salt, etc. to last during the rainy season. The trip to Jesus Maria was made by the following route:

"Report on expedition to record on discs the music of the Cora Indians of Mexico", 1944 (inédito).

personales, a la mitad iba el dueño de la mula, detrás el coronel y el capitán y yo al final. Desde mi puesto pude ver el esfuerzo que hicieron los animales al trepar la ladera de la montaña, deteniéndose cada dos pasos para inflar sus costados. El descenso fue peor, pues como no había vereda tenían que saltar de un nivel a otro y las piedras sueltas los hacían resbalar. Había momentos que pensaba: ¿Saldré viva de este viaje?

Las primeras horas de la mañana, claras y frescas, eran las mejores para viajar. Pero pronto salía el sol y yo empezaba a quitarme la ropa, primero la chamarra de cuero, luego el suéter, en seguida pañoleta y guantes. A las once el calor era tal que mis manos y nariz se ponían de un rojo brillante. Solamente tuvimos relevo del diablo sol al llegar las brisas de la tarde.

A veces viajábamos de noche. Eran momentos maravillosos; las plantas, los cactus y los árboles bajo el pálido reflejo de la luna, tenían un halo misterioso como si estuviéramos en otro mundo, otro planeta. Mi sueño de descubrir tierras desconocidas estaba realizándose. Pero al pasar por oscuros poblados en el camino nos confrontamos con realidades como perros hambrientos que asustaron los animales y nos pusieron muy nerviosos, y un terror constante del agua de los arroyos. ¡Nadie puede ser tan tonto de creer que el agua de arroyo que parece limpia se puede beber! A veces tuve que tomarla, pero nunca me enfermé. Hasta ahora no sé si fue suerte o si tengo un estómago de acero.

Noche tras noche dormimos en el suelo, de comer llevamos café, tortillas, latas de pescado y frijoles, y lo que pudiéramos encontrar en el camino. Pero a veces viajamos días sin ver un alma, sólo kilómetros y kilómetros de cadenas montañosas, terreno seco y polvoriento, ni siquiera una víbora o un conejo cruzaban nuestro camino. Un día, cansadísimos y hambrientos llegamos a una aldea mestiza, en medio de un bosque de pinos, en donde trabajaban leñadores. Agustín corrió a pedirle a una mujer algo de comida para mí.

–Lo siento –dijo– no tengo nada qué darles.

Agustín insistió:

–¿Ni siquiera tortillas y frijoles?

–Sí señor, por supuesto que tengo tortillas y frijoles.

–¿Un huevo, tal vez? –se aventuró a pedir Agustín.

–Sí –dijo ella– claro que tengo un huevo –y agregó– algo de pollo, si quiere, pero de carne de res o de puerco, no hay nada.

Comimos como gente decente y luego, con la barriga llena, felizmente seguimos el viaje hasta la noche. Dormimos en campo abierto, bajo las estrellas, lugar no tan lujoso como el Hotel Plaza de Nueva York, pero con satisfacción completa.

De las diez semanas en territorio cora y huichol, pasamos más de seis en el camino. En el trayecto encontramos a una pareja de estadounidenses, misioneros protestantes de la Escuela Lingüística de Verano que estaban traduciendo la Biblia al idioma cora. En otra ocasión nos sorprendió encontrar a dos sacerdotes católicos estadounidenses. No quisieron invitarnos a su casa parroquial para evitar el chisme, entonces platicamos frente a la iglesia.

–¿Por qué están aquí? –pregunté.

–Nos mandaron para ocupar el puesto religioso vacío desde el régimen de Calles en los años veinte–. Entonces seguí con otra pregunta.

–¿Se preocupan también por el bienestar del pueblo? Seguramente ustedes se dieron cuenta de que es un lugar sucio y descuidado

–Esa no es nuestra misión –me contestaron– estamos aquí para decir misa y escuchar confesiones.

Vaya, pensaba, ¿cómo pueden hacer eso sin hablar español?

Pocos años antes de nuestro viaje, el Departamento de Asuntos Indígenas había cerrado su escuela, que por mucho tiempo había capacitado a los indígenas en carpintería, crianza de animales y educación básica. Incluso habían instalado una planta eléctrica, les habían proyectado algunas películas y se había formado la acostumbrada banda de viento. El edificio que albergaba a la escuela seguía ahí, pero estaba en ruinas.

Al llegar, por fin, a Jesús María, al otro lado de la Sierra Madre, nuestros problemas se amontonaron pues la distribución del dinero mandado por el gobernador no agradó a los habitantes. Se pelearon por el dinero y nos ignoraron por completo. Cuando finalmente nos vieron, nos acusaron de haber venido a “robar su música”. Ya sabía que los coras habían tenido malas relaciones con agencias nacionales; por razones desconocidas cerraron su escuela federal de oficios y artesanías y los indios quedaron muy resentidos. Finalmente, el jefe indígena de la comunidad se puso de nuestro lado. Al ofrecerle dinero, el ambiente cambió y todos quisieron cantar o tocar para “la máquina”.

La zona cora fue nuestra primera experiencia con un México antiguo, casi perdido en la sombra de la historia. Primero, fuera de Jesús María casi no había pueblos; la mayoría vivían dispersos en pequeños ranchos aislados o en cuevas enclavadas en las montañas. Hace un siglo, el gran antropólogo sueco-estadunidense, Carl Lumholtz, mencionó estas cuevas en su libro *México desconocido*. Así es que los músicos tuvieron que venir a Jesús María para hacer las grabaciones. Las hicimos siempre por la noche porque de día, en mayo, los hombres trabajan en las haciendas y granjas mestizas; ni modo, lo hicieron de buena voluntad. Sin elec-

trinidad, alumbrados por velas y lámparas de mano, cantaron en coro o a solo, tocaron sones para todas las fiestas del calendario cristiano. Pero más que todo me emocioné al oír los sones fúnebres de Semana Santa tocados en pito de carrizo y tambor. Para conseguir ese sonido misterioso cubrieron el tambor con una tapa de lana.

Pero un día hicimos un verdadero descubrimiento: cantos prehispánicos cantados por chamanes. Fuimos a una fiesta en un rancho cercano. En el centro, donde mujeres prepararon comida y los niños y perros molestaron a todos, vi a un anciano con un instrumento completamente desconocido: un arco de cazador con una calabaza grande de resonancia y tocado como percusión, llamado mitote. Con el pie juntando calabaza y arco el tocador golpeaba la cuerda al ritmo de la música con dos delgadas varas. Esa tarde cantó los antiguos cantos de siembra, que atraían la lluvia y el canto de los grillos.

—¿Quién le enseñó estos cantos? —pregunté.

—Dios me los dio, los sabía cuando nací.

—¿Y el mitote?

—Dios me lo mandó.



Músicos coras en un mitote en Jesús María, Jalisco, México.

[Fotografía de Agustín Maya, 1944.]

Un minuto después me dijo con una profunda tristeza:

—Cuando yo muera, todo esto morirá conmigo. Mi hijo no quiere saber nada de estos cantos.

Cuando le pedí la letra de sus cantos me dijo:

—Están en un idioma que ya no hablamos y no sabemos lo que dicen.

Lo que nos dijo el viejo era la verdad, ya que en Jesús María, donde tuvieron un leve contacto con al mundo de fuera, los jóvenes prefirieron la música mexicana. Todavía existían rasgos de creencias y costumbres antiguas, usaban el peyote para curar y rezaban a sus antiguos dioses y también a los santos cristianos.

Huichol

Una semana más tarde estábamos otra vez en camino, ahora para llegar a territorio huichol en Jalisco y tuvimos que hacer una larguísima vuelta por Zacatecas y entrar por el pueblo de Bolaños. En el curso del viaje me acordé de una leyenda huichol que leí en México.

En el principio, decían, la tierra era plana y llena de agua, el maíz se pudría. Un viejo murciélago vino al rescate. Lanzándose violentamente desde el aire, hizo algunos cortes para que saliera el agua, pero hizo los valles muy profundos y las montañas demasiado empinadas. —Qué malo quedó —se quejaron los ancianos huicholes—. El murciélago volvió a surcar el aire y entonces hizo las pendientes menos inclinadas y dejó algo de terreno parejo. Y así se quedó el mundo.

Muy bonito el cuento, pensé, pero la realidad es que el camino es nada más que constantes subidas y bajadas casi perpendiculares. Ocho días más tarde, quemados por el sol, desaliñados, exhaustos y odiando la vista de animales de cuatro patas, llegamos a Bolaños, un pueblo mestizo en las orillas de un río. Hacía un calor del infierno. Años antes los estadounidenses, buscando plata, construyeron un puente sobre este río, pero abandonaron la región por disturbios políticos. A nuestra llegada en 1944 el puente estaba casi en ruinas.

Tuve la gran suerte de encontrar una misión cultural de la Secretaría de Educación establecida en el pueblo. Sin la ayuda y consejo del jefe, el señor Bonilla, y sus valientes asistentes, hubiéramos fracasado por completo. Pasamos algunos días con ellos, fascinados por sus experiencias en ese rincón inaccesible del país.

—Cuando establecimos la misión, hace unos años, este pueblo, todos mestizos, no sabían nada de técnicas modernas. Entonces, entre otras cosas, enseñamos a las mujeres cómo usar la máquina de coser y carpinte-



Mujer huichola acarreado agua. Bolaños, Jalisco, México.
[Fotografía de Agustín Maya, 1944, Fototeca Nacho López, CDI.]

ría a los hombres. No cabe duda, el pueblo estaba muy agradecido, venían todos los días al centro a tomar sus clases —continuó—: nuestras dificultades empezaron al proponer la construcción de una presa.

—¿Y por qué? —le pregunté.

—Mira —me dijo— ahora el río provee agua para todas las necesidades del pueblo, pero en temporada de lluvias se convierte en una masa de lodo y tienen que filtrar cada gota. Lo que propusimos fue que el gobierno iba a darles el material, y el pueblo la mano de obra. Te juro, que estaban muy entusiasmados, sabiendo que significaba el final de esa miseria constante. Pero, desgraciadamente no lo logramos: el cura se opuso, acusándonos de ser anticristo. Cada año la crecida del río trae el mismo sufrimiento.

Hizo una pausa, y sacudiendo su cabeza tristemente dijo:

—No podemos luchar contra el cura; eso lo tiene que hacer el pueblo, no nosotros.

Y llegó la hora de salir hacia territorio huichol. Pero al ver las nubes acumulándose en el cielo supimos que la temporada de lluvias estaba por caernos encima. Y las advertencias de Bonilla nos alarmaron aun más.

—En estas montañas las lluvias destruyen los caminos, simplemente desaparecen por las laderas de la montaña y se tienen que hacer de nuevo

cada año, y lo peor de todo, a veces es casi imposible salir de la región durante meses enteros.

Mi corazón se paralizó. Me di cuenta de la tontería de viajar a montañas remotas en temporadas de lluvias. Pero ni modo, tuve que arriesgarme. Desde entonces tuve más miedo a la lluvia que a víboras venenosas o animales salvajes.

Durante la siguiente semana tuve experiencias que jamás podré olvidar por ser las más primitivas; sentí que estaba presente no en el siglo XX, sino en el XVIII o tal vez mucho antes. La primera noche del viaje a los huicholes la pasamos —el señor Bonilla, sus maestros, Agustín y yo— en un río seco.

—Mañana llegaremos a Huilotita —nos dijo Bonilla—. Es un rancho de algunas familias, donde hacen una ceremonia típica de los huicholes. En esta región no hay pueblos, solamente centros religiosos, la gente vive en pequeños ranchos dispersos por montañas, y sólo se reúnen durante sus fiestas.

A la mañana seguimos el camino, y en todo lo largo no vimos ningún animal. Al preguntar a Bonilla me dijo:

—Es porque no hay: hasta que llegaron los españoles en el siglo XVIII no había más que venados; ellos trajeron los pocos caballos, burros y ovejas que hay.

Llegamos al rancho a mediodía y ya estaban preparando la ceremonia que iba a empezar a la puesta del sol. Me explicaron:

—Es una ceremonia para curar a los enfermos del paludismo y piquetes de alacranes. Los alacranes son muy peligrosos, matan y hay que tener cuidado.

Tuve la mala suerte en la primera hora en Huilotita de levantar una piedra del suelo; en un segundo salieron una docena de esos bichos. Se me revolvió el estómago y corrí de allí lo más rápido posible, en adelante siempre tuve que revisar mi ropa y cada rincón de la choza donde dormía, y envolví mi cuerpo en un mosquitero antes de acostarme.

Al poco tiempo llegó el chamán, maracami en huichol, quien dirigía la ceremonia. Primero visitó a todos los enfermos, administrando hierbas curativas y diciendo rezos. Un hombre de gran personalidad, vestía ricamente con un quesquemetl, la orilla adornada con cuentas multicolores, cinturón y una faja de bolsitas cuadradas. Me dijeron que algunos diseños de los tejidos eran tomados, no de la naturaleza, sino de las alucinaciones del peyote, la droga sagrada de la tribu.

Poco después, de lejos vi llegando un hombre cargando dos pesos bultos cubiertos con tela de algodón. Al acercarse descubrí que eran una imagen de Cristo y un retrato de la Virgen de Guadalupe. El hombre los había llevado desde Tuxpan, el centro religioso a ocho horas de camino. Bonilla le preguntó en broma:



Maracami huichol en rezos. Huilotita, Jalisco, México.
[Fotografía de Agustín Maya, 1944.]

—¿Por qué hiciste el viaje? Ya sabes que es tiempo de sembrar no de perder tiempo en fiestas —el hombre soltó una maldición.

—No tengo la culpa —dijo— es que a este cabrón —señalando el Cristo— le gustan las fiestas, y yo tengo que llevarlo a donde él quiere.

—Explícame algo —le rogué a Bonilla—. Me dijiste que íbamos a ver una ceremonia pagana, entonces ¿por qué el Cristo y la Virgen?

—Mira —me dijo— a pesar de que en el siglo XVII los huicholes se hicieron cristianos, nunca abandonaron sus creencias antiguas. Simplemente añadieron los santos cristianos a sus viejos dioses. Por un lado tienen fe en los beneficios del peyote y por otro lado en el bautizo católico —hizo una pausa y siguió hablando—, de veras, ellos viven en un mundo en que todo está vivo, no sólo humanos y animales, la naturaleza también: montañas y ríos, por ejemplo, no son lugares donde viven los dioses, son dioses mismos. Para los huicholes el peyote, el venado y el maíz también son sagrados.

Ya estaba llegando la noche. Instalamos nuestro equipo a un lado de la ceremonia. Los indígenas, mujeres, ancianos y niños hicieron un círculo alrededor de un fuego. El maracami tomó asiento en la silla ceremonial, con un asistente a cada lado. En seguida empezó a cantar y así pasó toda la noche hasta el amanecer; de vez en cuando cantaron cortos



Hombres huicholes cargando imágenes cristianas, Huilotita, Jalisco, México.
[Fotografía de Agustín Maya, 1944.]

trozos de canto los asistentes, o los demás concurrentes. Más tarde nos dimos cuenta de lo que cantaban: las leyendas, creencias y costumbres de la tribu y rezos a los dioses y santos cristianos rogándoles curar a los enfermos. No fue posible grabar la ceremonia completa (por no tener discos suficientes) pero pude captar por lo menos una parte de cada nueva melodía. Yo hice mis propios rezos rogando a todos los dioses del mundo: ¡que no se fallaran las pilas eléctricas de la grabadora!

Solamente una vez el maracami interrumpió la ceremonia; a las tres de la mañana me pidió escuchar la grabación. Muy contento con lo que oyó, volvió a cantar hasta que los primeros rayos de luz aparecieron por el oriente.

En este punto el canto terminó, y el pueblo, medio dormido, se reanimó. Llevando velas encendidas se acercaron al maracami para el sacrificio de los animales. Traían gallinas, un toro, y nosotros una oveja. Mataron los animales y con la sangre que salía el maracami tiro gotas al fuego (el centro de la tierra) y luego a los cuatro puntos cardinales (donde viven los dioses huicholes, justo debajo del horizonte). Finalmente untó sangre sacrificadora al Cristo y la Virgen de Guadalupe que estaban ahí cerca.

Una vez terminados los sacrificios, todos, y nosotros también, ya muertos de hambre y de sed, comimos —no me acuerdo lo que nos dieron—,



Por la mañana después de una sesión de canto toda la noche por el chamán huichol y miembros de la comunidad serrana. Huilotita, Jalisco, México. [Fotografía de Agustín Maya, 1944.]

y bebimos tesgüino, su bebida sagrada de maíz. Animados por el tesgüino, los hombres empezaron a bailar acompañados por el panhuehuetl, el tambor prehispánico. Ese instrumento, solamente visto en los museos y los códices, era la primera vez que lo contemplábamos y escuchábamos en vivo. Tan primitivo como el panhuehuetl era el baile: los danzantes casi no levantaban los pies del suelo, todos sus movimientos eran pequeños y cerca de la tierra. Bailaban horas sin parar, siguiendo un ritmo sin acento del tambor.

Una vez terminada la ceremonia, el maracami nos platicó de las bases fundamentales de la vida huichol. En esencia dijo:

–Hace mucho tiempo, éramos nómadas y vivíamos del venado y el peyote. Entonces los dioses nos hicieron el maíz. Por eso, para asegurar la buena vida, hacemos rituales en honor de los tres. Ya sabes que cada año hacemos viajes para recoger el peyote, pero una vez en esos campos hago rezos al maíz y al venado, igual que hicieron nuestros antepasados.

Lo interrumpimos:

–Pero el peyote es una droga peligrosa, ¿por qué la toman?

–Pero nosotros comemos peyote –nos respondió– sólo en los viajes y en las fiestas de regreso. Y siempre pedimos a Dios que no nos vuelva locos.

Musical Characteristics.

Musical culture is both instrumental and vocal among the Huichol Indians. The vocal tradition is much more important and older than the instrumental, as can be seen by the kind of material recorded. The singing is in unison, with occasional use of falsetto. The Huichols seem to have some feeling for dynamics and voice quality. It is interesting to compare the discs of the songs used for dancing with those sung the night before the fiesta. There is always a very marked religious fervor and intensity in the manner of singing. In the records of the fiesta of the calabaza when the drum is utilized the voice as well is much more rhythmical than when unaccompanied, giving a very strong and forceful feeling.

Although the Huicholes can be heard playing their home-manufactured violins and guitars all day long it can not be said that they have a real instrumental tradition.

8 Although the melodic functions of these European instruments is obvious, the Indians use them more as percussion, employing only the simplest harmony. This region is one of the few in Mexico where no flute of any kind is found. The only indigenous instrument is the pre-hispanic drum "Panhuehuetl".

Music is the property of all. Everybody in the community knows the songs sung during the fiestas. However, the Maracamis are always males. I do not know if any women have ever been maracamis.

"Report on expedition to record on discs the music of the Huichol Indians of Mexico", 1944 (inédito).



Huichol tocando el tambor panhuebuel de origen prehispánico.
[Fotografía de Agustín Maya, 1944.]

Después agregó Bonilla:

—A mí me dijeron algunos peyoteros que al comer el peyote tuvieron visiones de venados saltando sobre las plantas y de maíz brotando a su alrededor. Como ves, las alucinaciones tienen un origen cultural. No hay venados ni palomitas de maíz en las visiones de ningún moderno adicto a la mezcalina.

Para entonces todos eran nuestros amigos. Un día tuve una sorpresa extraordinaria: canciones de mujeres. Todo lo que habíamos grabado era música ritual y cantada por hombres. Uno de los muchachos, el “secre” de Bonilla me dijo:

—Mi hermana sabe cantar, pídale que le cante.

De una belleza delicada y encanto natural, al preguntarle me dijo tímidamente:

—Cantaré, pero no quiero que mi madre se entere.

Cuando su familia estaba lejos, llevamos la grabadora a su casa. La muchacha tenía una voz alta y dulce y cantaba con una inocencia incomparable. Aunque las melodías parecían las de los rituales, la letra reveló el mundo familiar, personal, escondido, por ejemplo: cierto viaje de su her-



Henrietta Yurchenco y el señor Bonilla de la Misión Cultural del Departamento de Educación, Huilotita, Jalisco, México. [Fotografía de Agustín Maya, 1944.]

mano a Tepic, su manera de beber cerveza en la cantina, un avión volando en el cielo, y una canción de amor. Años después comprendí que, en todo el mundo, las mujeres son las que cantan de la vida íntima, las emociones y los sentimientos. Ese día en un remoto rancho de la sierra mexicana fue cuando oí por primera vez la voz de mujer, independiente e individual.

Decir adiós a los huicholes no fue nada fácil. Antes de salir el enfermero de la misión vacunó a niños y adultos y Agustín tomó fotos de todo mundo. Por último, tratamos de salvar la vida de una joven de 18 años picada por un alacrán. Dimos nuestro suero antialacránico a su hermano, pero más tarde supimos que murió una hora y media después del piquete.

Llegó el tiempo de lluvias. Dicen los huicholes que cuando escuchan el canto de grillos y ven las nubes negras saben que el tiempo de sembrar el maíz ha llegado. Entonces, dejan sus rancherías y van a los campos de cultivo en las laderas de la montaña. Allí se quedan hasta la cosecha. Un día después de la primera caída de agua salieron todos: Huilotita quedó completamente abandonada. Cuando pedimos que volviera alguien



La comunidad que estaba en ceremonia y están incluidos miembros de la Misión Cultural del Departamento de Educación de México, Henrietta Yurchenco está sentada al frente en el lado derecho. Huilotita, Jalisco, México. [Fotografía de Agustín Maya, 1944.]

para traducir los cantos, se negaron: no hay nada más sagrado que esa época de siembra.

El primer día del viaje de regreso pasó sin incidente. Pero al llegar al lugar donde dormimos en nuestro viaje de ida encontramos no un río seco sino un río turbulento. Más tarde supimos que los misioneros que salieron de Huilotita un día antes casi se ahogaron.

—Cuando hicimos campo ahí esa noche —dijeron— estaba seco. A medianoche oímos un ruido, como trueno, y un instante después el agua bajó en torrentes. Salimos de ahí apenas a tiempo.

Pero lo más peligroso de todo el viaje fue al llegar al río Bolaños, el último obstáculo antes de nuestro cuartel general; el nivel del agua había subido y tuvimos que cruzar por el puente. Yo me asusté al caminar sobre los podridos tablones y ver abajo, por los huecos, el río salvaje. Decidimos bajar de los caballos y pasar a pie hasta el otro lado. Despacio y con mucho cuidado llegamos al otro lado, salvos y sin daños.

Todavía nos faltaba la última etapa: un viaje de trece horas por caminos lodosos hasta llegar a la estación del ferrocarril. Pero una vez que Agustín

y yo estuvimos sentados en nuestros cómodos asientos, el largo trayecto de regreso por tren nos pareció el pináculo del lujo. No había caballos, ni muleros mal hablados, ni alacranes; no nos preocupamos de nada y sólo observamos tranquilamente la lluvia golpeando contra las ventanillas.

Otra vez a casa. Mi cara quemada por el sol, mis manos y mi nariz despellejadas, mi cabello opaco y la ropa sucia, yo era un desastre, pero feliz. Para recuperarme pasé mi primer día en el salón de belleza donde Sasha, mi amiga rusa, me hizo de nuevo. Luego tuve una larga comida con Daniel Rubín de la Borbolla y le conté todo lo que había pasado.

El doctor Gamio estaba fascinado con mis aventuras de viaje y dado que yo fui la primera en grabar música en la región huichol-cora me entrevistaron revistas, publicaron artículos junto con fotos de Agustín, y di una conferencia en el Instituto Indigenista. En fin, era una heroína por un instante.

Los seris

Un día, mientras Waldeen y yo tomamos el café de la tarde, oí una voz desde la calle gritar mi nombre. Allí frente de la casa estaba José Luis Martínez, el secretario de Torres Bodet.

–Henrietta –dijo– está firmado todo lo que querías y puedes salir cuando quieras.

Suspiré aliviada. Waldeen y yo nos abrazamos, bailamos y decidimos hacer una fiesta de la victoria.

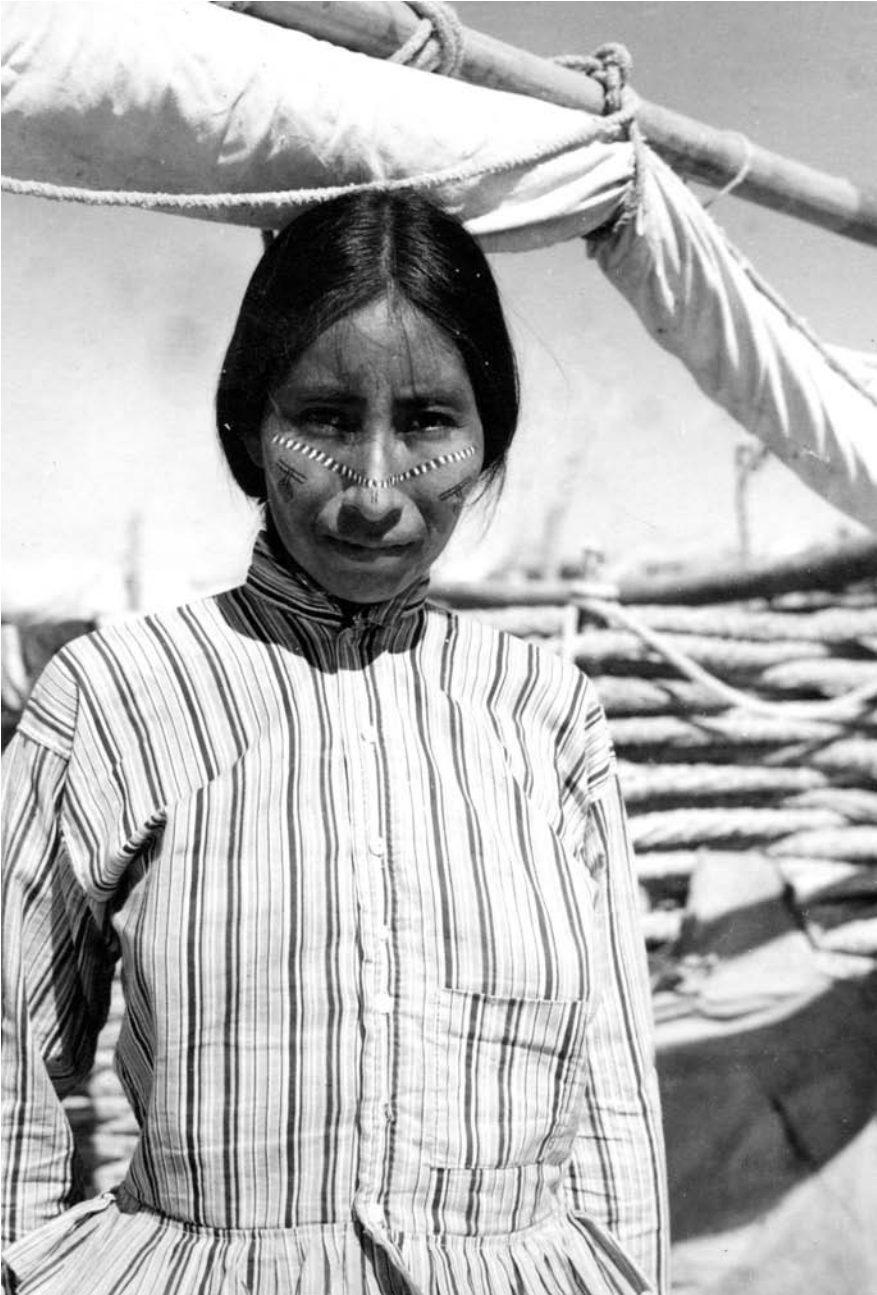
Cuando Agustín y yo salimos de viaje, a mediados de agosto de 1944, teníamos una vaga idea de dónde vivían los seris, en algún lugar del estado de Sonora. Antes de salir, habíamos leído unos informes de los etnólogos William McGee (1898) y de Carlos Basauri (1930) sobre los seris de la Isla Tiburón en el Golfo de California. Lo que ellos decían fue suficiente para darme un ataque de corazón: los seris eran guerrilleros con costumbres repugnantes que pelearon con todos los que llegaron a su isla hasta cortarles sus cabezas. Además, nunca se convirtieron en cristianos.

Lo primero que hicimos al llegar a Hermosillo fue ver al gobernador, Abelardo Rodríguez, ex presidente de México.

–No –nos dijo– los seris ya no viven en Tiburón y no son nómadas. Actualmente viven en Desemboque, una pequeña comunidad de la costa, y son miembros de un sindicato pesquero.

–¿Pero cómo vamos a llegar? –le preguntamos.

–No se preocupen –dijo– y de inmediato habló por teléfono. Su viaje está arreglado, los llevará el secretario del sindicato mañana en su camión a Desemboque.



Mujer seri en Desemboque, Sonora, México. [Fotografía de Agustín Maya, 1944.]

Hasta allí tuvimos mucha suerte, y nada más que dificultades después; por ejemplo, dos días de camino en el calor inaguantable del desierto, luego esperamos siete semanas para la llegada del motor de nuestra grabadora, enviado a Hermosillo por tren y nos quedamos incomunicados seis semanas porque el operador de telégrafos en Desemboque nos abandono (para ver a su amante), Chenk y el doctor Gamio pensaban que ya habíamos muerto.

Al llegar a Desemboque no encontramos nada de pueblo, solamente chozas colocadas, aquí y allá, por la playa donde vivían los seris. Mi hotel era el segundo piso de un edificio de piedra que, en temporada de pesca, servía de refrigerador. Para mi comodidad sólo tenía un catre y una mesita: mi excusado fue el desierto. Agustín dormía en el piso de alguna casa en su bolsa de dormir.

Nos acomodamos a esa vida primitiva muy fácilmente, ¿pero vivir sin comer? eso fue el problema grave. Como los seris eran pescadores y cazadores, no había cultivo local, ni fruta, ni arroz, ni verdura, nada. El hambre empezaba a afectarnos y cada día había menos y menos. Desesperados, pedimos a los seris que pescaran algo para nosotros; cerca de la playa veíamos bancos de peces que casi se podían agarrar con las manos. Pero para los seris la pesca era su manera de ganar dinero, no un alimento. Del mar sólo comían las enormes tortugas (caguamas), por su carne roja. Por fin los convencimos y desde entonces comíamos pescado todos los días, a pesar de que los seris nos miraron con desdén. Sin embargo, siempre teníamos hambre, la prueba es que al volver a México, ¡había perdido más de seis kilos!

Estuvimos siete semanas con los seris. Agustín tomaba fotos y, sentada en la playa, yo hablaba con las mujeres en medio de trapos y perros hambrientos. A veces las miraba dibujar en la arena y aprendí a cantar algunas canciones. Luego supe que casi nunca cantan en presencia de los mestizos, por temor a ser ridiculizados.

Poco a poco gané su confianza y me hablaron de sus creencias y opiniones. Los seris eran hermosos y se sentían superiores a sus vecinos mestizos.

—Míralos —decían— son chaparros, gordos y feos. Tú eres como nosotros, alta y delgada, con pies angostos (sólo medía 1.60 metros). También los criticaron por el trato que daban a sus mujeres embarazadas.

—Mira a esa pobre mujer —decían, indicando a una mestiza— trabajando, siempre trabajando. Nosotros sólo descansando y comiendo.

Para soportar el calor iba a nadar, siempre acompañada por mujeres, yo en traje moderno de baño, ellas en su vestimenta cotidiana: falda



Hombre joven seri en Desemboque, Sonora, México. [Fotografía de Agustín Maya, 1944.]

larga y blusa de cuello alto y mangas largas. Las mujeres nunca comentaron acerca de mi semidesnudez y los hombres no me miraban directamente. Yo nadaba lejos mar adentro; ellas se quedaban cerca de la orilla, con el agua a las rodillas, levantando y exprimiendo sus faldas de un lado y del otro en un gesto de limpieza.

Llegué a conocer distintas personalidades. Por ejemplo Sara Villalobos, mujer de unos 50 años con porte de duquesa, me robó mi lápiz de labios color magenta. Asimismo había dos hermanas, María Luz quien vendía marihuana, robó mi pañoleta en mis propias narices y siempre estaba de mal humor. Manuela que por el contrario era amable, y bondadosa.

Un día escuché unos gritos afuera de mi cuarto. Bajé las escaleras y encontré a una señora muy enojada, y rodeada de gente.

–¿Qué pasa? –le pregunté. Según mi diario, así me contestó:

–María Luz me dijo que mi hija –a quién Agustín había fotografiado esa mañana– va a salir bichi (desnuda) en la foto.

–Sabes que es mentira –le dije–. Está celosa porque Agustín no le tomó su foto.

De inmediato se tranquilizó y abrazándome me dijo:

–Tienes razón, sólo vine a hacer un escándalo –y regresó a su cho-



Mujer seri con pintura facial tradicional. Desemboque, Sonora, México.
[Fotografía de Agustín Maya, 1944.]

za. Para acabar con los chismes, al día siguiente Agustín invitó a María Luz a venir; llegó bien arreglada, su cara pintada con hermosos colores, como han hecho las seris desde tiempos remotos; estaba muy feliz de estar enfrente de la cámara de Agustín, pero continuaba replicando.

Siempre con hambre, y en su desesperación los seris hicieron cosas rarísimas: un día llegaron algunas indígenas de las montañas cercanas con un enorme tarro de miel. ¡Mientras que la comieron, fueron invadidos por un ejército de moscas! Se metieron dentro de sus ojos, bocas,

manos, cabello y ropa. Con cada bocado tragaron las moscas también. El espectáculo me tenía asombrada, o mejor dicho en shock. Seguramente, pensaba, después de ese banquete se van a enfermar, tener dolores de estómago. Pero nada, no había ni una queja de malestar. Tal vez las moscas sirven como una fuente de proteína.

En todos los años entre indígenas, nunca me sentí más a gusto que con los seris. Tal vez en el pasado mataron a sus enemigos con flechas envenenadas, o por estrangulación o mordidas, sin embargo, jamás sentí miedo. Me dejaron entrar en su vida interior, cantaron sus canciones y contaron sus historias, mitos, creencias religiosas cosas que nunca compartieron con los mestizos. Hasta ahora no sé si fue por ser extranjera, por ser mujer, o tal vez porque creyeron que tenía poderes de chamán. Un día me pidieron medicina para un bebé enfermo de catarro. Tomé mi botiquín de primeros auxilios y fui a la choza del enfermo. Cuando entré, vi a Nacho, el chamán principal, arrodillado en el piso, frente al niño, cantando, y escupiendo sobre las rojas raíces que tenía en su mano. Al verme, se detuvo, se hizo a un lado y me sonrió. Entonces, Manuela y yo administramos al pequeño un té de sulfa. Al terminar, Nacho volvió a su posición original y siguió cantando. Me había reconocido como curandera, es decir, un miembro de la profesión.

Después me contó Manuela las creencias sobre el origen de la música.

—¿Sabe usted que Nacho es curandero, pero también compositor? Sus canciones son regalos de dios.

—¿Cómo puede ser? —le pregunté.

—Ahora le voy a contar —me dijo—. Un día Nacho salió al monte a buscar pitahaya y otras cosas para comer. De lejos vio a una mujer acercarse; tenía pies pequeños y vestía falda larga y una blusa de manga larga. En su brazo llevaba una cesta llena de frutas: uvas, naranjas y pitahaya. “¿No me reconoces?” le preguntó. “Soy tu madre. Te he cuidado desde el cielo y sé todo lo que haces.” Le dio la fruta y le dijo que volviera con su tribu.

Manuela se detuvo.

—¿Y luego qué pasó? —pregunté.

—Dicen que Nacho estuvo acostado en su cama todo un año sin ver a nadie más que a la gente que le daba de comer. Mientras, la gente hacía fiestas todos los días, bailaba y bebía tepache y las mujeres trenzaban su cabello con flores y listones —hizo una pausa. ¿Sabe por qué estaba feliz? Porque dios nos envió a un profeta. Entonces Nacho llamó a todos y les dijo: “¡Escuchen! Voy a cantar las canciones que dios me enseñó. ¡Escu-

chen! para que puedan aprender" –Manuela continuó–: pronto todos aprendieron los cantos. Luego la gente vio a Nacho volar por las noches, con un cuchillo en su pecho y un agujero de bala en su cuello. Y ¿sabes Henrietta, que cuando Nacho canta a los peces, éstos vienen a la orilla y los hombres los atrapan con las manos? Sí, realmente todos creemos que Nacho tiene poderes mágicos.

Así pasaron semanas muy agradables, pero sin cumplir con nuestra misión. Un día llegaron algunos seris en un barquito de la Isla Tiburón. Nos dieron malas noticias: que nuestro motor estaba abandonado en la playa de la Bahía Kino, treinta millas al sur, junto con alimentos prometidos por el sindicato. Esa noche hubo consejo de guerra en mi cuarto; al final, decidimos rentar un bote a los yoris y remar hasta la Bahía Kino. Agustín decidió acompañarlos. A la mañana siguiente salieron cinco de ellos, y yo me quedé muy preocupada por un viaje tan peligroso por mar.

No había pasado una hora cuando volvió el operador del telégrafo de su larga visita a Estados Unidos. En seguida nos comunicamos con Hermosillo.

–El motor llegó hace tiempo –me dijeron–, pero fue imposible llevarlo por las lluvias. Estaremos con ustedes pasado mañana.

Un día después apareció el camión y los seris descargaron el motor y la comida prometida. Pasamos la tarde comiendo tortillas de harina, frijoles y sandías.

Instalé el equipo en mi "oficina". Los cantantes pusieron como condición que los yoris no estuvieran presentes mientras ellos cantaban. Todos querían cantar y tuve que organizar cita con cada uno. Eran tan inteligentes que anunciaban el tema de cada canción en español. Y con sus cantos pude averiguar un poco de su historia y costumbres; por ejemplo, que en guerra los seris sí cortaron las cabezas de sus enemigos. Cantaron de todos los aspectos de la vida: canciones de cuna y de amor, de cazar y pescar, cantos a los dioses y la naturaleza, y cantos especiales de la juventud y mujeres.

No ofender a nadie fue una de mis preocupaciones. Cuando me enteré de que Sara Villalobos estaba corriendo el rumor de que todos los que cantaban para la máquina iban a morir, supe que fue por celos. De inmediato la confronté:

–Sabes tan bien como yo que estás mintiendo. Ven mañana y vamos a grabar tus canciones.

Contenta y sonriente, se volvió al campamento casi bailando al caminar.

–Sí –me dijo–, mañana vengo.

En sólo tres días todos los discos se me acabaron; grabamos 80

canciones y no quedaba ni uno para un curioso violín rectangular de una cuerda, el único que he visto en mi vida. Ya estaba terminado la última sesión cuando oí gritos:

–Miren, ya regresaron.

En la distancia vimos el pequeño bote acercándose a la playa.

–¡Agustín, Agustín! –gritaba–, ¡ya está todo hecho, ya podemos irnos!

Pobre Agustín, el viaje fue una verdadera pesadilla. Al dormir una noche en una playa fueron atacados por miles de mosquitos, que por fin fueron arrastrados por el viento. Al llegar a Bahía Kino no encontraron ni motor, ni comestibles; los cuentos de los seris de Tiburón eran nada más que rumores sin fundamento. Luego vino el peligroso viaje de regreso, luchando contra el viento, la lluvia y el oleaje.

MUSICAL INSTRUMENTS.

Seri music is mainly vocal. The only instrument which has wide use is a one stringed violin played with a bow. This instrument is sometimes used to accompany the singers but is more frequently employed for dancing or played for amusement. Its form, as will be seen by the following drawing has no similarity in construction to the Occidental violin. It has a closer resemblance to the Chinese type.

"Report on expedition to record on discs the music of Seri Indians of Mexico", 1944 (inédito).

A la mañana siguiente, ya listos para partir, yo estaba feliz pero triste al mismo tiempo de dejar gente tan querida. Todos vinieron a despedirnos: Manuela, con lágrimas en los ojos, Nacho, el chamán, María Luz con mi pañoleta puesta, Sara con los labios pintados de magenta, y la madre de la hija que iba a salir bichi en las fotos. También estuvieron los mestizos: los soldados, y María, una madre soltera con tres hijos, que nos daba de comer, siempre cariñosa y graciosa.

Al llegar a México no hice más que comer. Aparentemente mi cuerpo quiso recuperar peso normal. Comía bien, pero en seguida de terminar el desayuno, la comida, o la cena tenía hambre otra vez. Entonces entendí una historia que María me contó de los seris:



Violinista seri con violín de una cuerda. Desemboque, Sonora, México.
[Fotografía de Agustín Maya, 1944.]

Sara Villalobos. The most interesting of them all. My constant companion. She stole my lipstick. She was the one who sold her daughter into marriage before she was eleven years old. Always complained about the lack of liquor and marijuana and said that she couldn't sing without it. She considered me every bit her equal. I used to accuse her of liking me only because I gave her make-up and fed her candy. She was highly offended and vowed it wasn't true. Sara had enormous pride in her body - she has the most beautiful walk I have ever seen, pure sensuousness itself.

RESULTS OF THE EXPEDITION.

More than 80 songs were recorded. I cannot estimate at the writing of this report how many are repetitions.

More than 50 photographs and 300 feet of 16mm color film were taken.

HENRIETTA YURCHENCO

Mexico, D.F., 31 de octubre de 1944.

"Report on expedition to record on discs the music of seri indians of Mexico", 1944 (inédito).

-Antes de venir a Desemboque vivimos con unas familias mestizas en Bahía Kino. Ella era panadera y hacía pan para todos. Un día, un seri vino a mi tienda y pidió 25 bolillos. Los puse en una bolsa y se los di. En seguida salió y sentado a la puerta, se los comió todos. Yo lo miraba horrorizada de verlo devorar los panes uno tras otro.

En poco tiempo recuperé no sólo los seis kilos sino algunos más.

Guatemala, 1945

En febrero de 1945 hice el primer viaje fuera de México en cuatro años. Patrocinada por el Departamento de Estado de Estados Unidos, el dinero cubrió mis gastos, pero no fue suficiente para pagar un fotógrafo. Ir sola y sin Agustín era una pérdida seria, pero esperaba que los guatemaltecos me ayudaran al llegar.

La parte más difícil del viaje fue cruzarla frontera. Tuve que caminar bajo un calor intenso a lo largo del puente internacional para llegar a Guatemala, con mi equipo arrastrado en un carrito por un maletero. Pasé la noche en un hotel patrocinado por contrabandistas y prostitutas, que olía a perfume barato y orines.

Como la aduana ya había notificado de mi llegada me pasaron en un tiempo récord. Volví a abordar el tren, llegué a tiempo a la ciudad de Guatemala, pero nadie me esperaba en la estación. Pasé otra mala noche en un cuarto sin ventilación y me sentí completamente abandonada.

Empero, al día siguiente mi suerte cambió; James Webb, el agregado cultural de la embajada estadounidense, había ido a buscarme a la estación, pero no me encontró. Sin perder tiempo, Jimmie arregló citas con el entonces ministro de educación, Jorge Luis Arriola y con Salvador Ley, director del Conservatorio de Música, excelente pianista y compositor, y también con antropólogos y con otros músicos.

Llegué justo después de la derrota de la dictadura del general Ubico y su títere, el general Ponce. Pronto regresó José Luis Arévalo del destierro en Argentina para asumir la presidencia y Guatemala se volvió loca celebrando la victoria. No hubo una sola noche en que no fuera a alguna recepción, coctel, cena o baile. Todos me ofrecían apoyo y consejo. En poco tiempo se publicaron artículos y entrevistas sobre mi trabajo y logros, y adquirí la posición de una estrella de cine.

Para empezar el trabajo, el señor Arriola me ofreció una camioneta, los servicios de un chofer, Tadeo, y dinero para gastos incidentales. A diferencia de México, Guatemala tenía carreteras a muchas zonas indígenas, sin pavimento, por cierto, pero por lo menos accesibles en auto. El camino a Rabinal, Baja Verapaz, nuestro primer destino, era uno de esos, construido por Ubico para que sus tropas pudieran llegar rápidamente en caso de rebelión indígena.

Rabinal era un enorme pueblo indígena donde, en aquel tiempo, sólo vivían algunas familias de ladinos, como llaman a la gente de costumbres europeas. Encontré alojamiento en una pensión de estilo colonial, sin electricidad. La regadera fue una curiosidad: un pequeño cuarto sin ventanas en el patio, así que me duchaba completamente en la oscuridad; en las dos semanas en Rabinal nunca vi mi cuerpo desnudo.

A mi llegada no sabía nada de la historia del pueblo, ni tenía la menor idea del folclore. Pero en Rabinal es donde hice uno de los más importantes descubrimientos de mi carrera: los únicos trozos existentes de la música erudita del Imperio Maya. Y esa música llegó a mis oídos por pura casualidad.

Primero llegaron indígenas a grabar sones para sus fiestas del calendario cristiano que, como en México, eran tocados con instrumentos nativos: pitos de carrizo y tambores. Pero, al día siguiente apareció un grupo de jóvenes con guitarra, violín y arpa tocando música que fácilmente identifiqué como pasodobles, música netamente española y moderna. "Pasodobles", pensaba yo, "en un pueblo indígena ¿de donde vienen?" Entonces pregunté a los jóvenes:

—¿Quién les enseñó a tocar esas piezas?

En ese momento, contestó el cura quien les acompañó a la grabación.

—Soy de España —me dijo— y amante de la música clásica. Después de un silencio largo, se me acercó, y susurrando a mi oído dijo: —Sabe, he tratado de convencer a los indígenas que dejen de tocar esos pitos de carrizo y tambores, pero es muy difícil. Los únicos que me hicieron caso fueron estos muchachos que acaban de tocar —y me miraba con ojos ansiosos.

—Dígame, padre —pregunté—, ¿quién compuso estas piezas? Tengo que apuntar el nombre en el sobre del disco.

Entonces se puso nervioso.

—No, no, no —exclamó—, no escriba nada, no puedo decirle.

Cuando terminamos la sesión y caminamos a la calle confesó que eran composiciones suyas.

—Si el obispo de Guatemala se entera de que escribo músicaailable, me va a regañar, y no sé que problemas tendré.

Mi relación con el cura de Rabinal terminó cuando trató de convertirme al catolicismo. Le di las gracias por la invitación de la manera más amable que pude. Fue la primera de muchas peticiones por poseer mi alma que recibí, luego vinieron rosacruces, pentecostés, budistas y otros en el curso de mis viajes.

Pero de suma importancia fue el descubrimiento de la música para el Rabinal Achí, una obra teatral quiché de la época prehispánica. Un día llegaron unos músicos con dos trompetas (sin válvulas) y un teponaztli. Era sin duda la música más extraña de toda Latinoamérica, primero, me sorprendí al escuchar un teponaztli de tres tonos en vez de dos, segundo, las trompetas, tocando melodías exaltantes, junto con el teponaztli tocaron en forma polifónica. Ésta fue la primera vez en que oí polifonía entre indígenas americanos, pero no la última, luego encontré más ejemplos en Chiapas en el siguiente viaje.

La historia del *Rabinal Achí* es tan fascinante que vale la pena contarla aquí: lo descubrió en 1855 el brillante clérigo belga Charles Etienne Basseur de Bourbourg, entonces administrador eclesiástico de Rabinal. Un día por casualidad oyó a sus sirvientes hablar de una obra de teatro que él nunca

había visto. Según uno de ellos, Bartolo Ziz, era muy antigua pero todavía viva, porque fue pasando de padre a hijo durante innumerables generaciones. Su curiosidad se despertó y de pronto Brasseur propuso ponerla en escrito. Durante doce días él y sus ayudantes indígenas se encerraron en un cuarto; primero escribieron la obra en lengua quiché, y de inmediato Brasseur la tradujo al español y al francés, su idioma nativo.

Un resumen corto: el *Rabinal Achí* trata de una guerra entre dos príncipes, uno de quiché y el otro de Rabinal. Empieza después de la captura de uno y termina con su sacrificio. El largo tiempo en medio, relatado en largos discursos (probablemente cantados) con interludios de mímica, canto, danza y música, revela muchos aspectos de la civilización maya.

No cabe duda que el *Rabinal Achí* es una obra maestra de la literatura americana, y una de las pocas existentes; pero al leerlo me impresionó por otra razón: su valor como documento, casi único, de la vida íntima de la nobleza maya. Allí nos podemos asomar a la crueldad y la intolerancia guerrera, los privilegios de la nobleza y la mujer como botín de guerra.

The image shows a musical score for three sections of the play *Rabinal Achí*. Each section is written for three staves: a vocal line (treble clef), a piano accompaniment (treble clef), and a bass line (bass clef). The first section is titled "Son del Quiché" and features a vocal melody with a piano accompaniment of eighth and sixteenth notes. The second section is titled "Presentación del Quiché-achi al rey" and has a similar structure. The third section is titled "Son de guerra. Alegro." and features a more rhythmic and energetic piano accompaniment with a vocal line. The score is presented in a clean, black-and-white format.

Rabinal Achí, fragmento, *MuskarchÄologie als Traditionsforscluong, 1856.*

¡Esperen! Todavía tengo que contarles el final del cuento de Brasseur; eso fue cuando los rabinaleros pusieron la obra en escena, como un homenaje a él. Siempre ocultado a extranjeros, tuvieron miedo de hacer una presentación. Pero ese astuto zorro los convenció de sus poderes mágicos, incluso, recitó una larga parte del texto ante los ancianos quienes quedaron impresionados. Brasseur cubrió todos los gastos, incluyendo el vestuario, la música y las máscaras.

El día anterior, el abad, hombre de talentos dramáticos, empezó la celebración en la catedral con una bendición, luego un grito de guerra, en seguida tambores y trompetas que acompañaron la danza inicial. Brasseur hacía la señal de la cruz sobre ellos, para recordar que el pasado maya había concluido. Brasseur hizo lo que los sacerdotes católicos siempre hacen, hoy día también: celebrar ceremonias prehispánicas en honor de santos cristianos.

Lo más divertido de todo fue la presentación de la obra completa. El abad observó todo sentado en una elevada plataforma. Había 36 actores –hombres y mujeres–, recitaron sus largos discursos y los cantantes y músicos llenaron el templo con sonidos triunfantes. Esa fue la última presentación puramente local, en “la manera antigua”.

Tadeo y yo nos despedimos con tristeza de nuestros amigos en Rabinal y volvimos a la ciudad de Guatemala. Sucia y cubierta de polvo, primero quise bañarme en el amplio cuarto de baño de la pensión, donde había espejos grandes. Casi me desmayé: estaba cubierta de puntos rojos. ¡Ay dios, pensé, tengo sarampión, Pero no, no era eso, ni otra misteriosa enfermedad tropical: sólo piquetes de pulgas. Tengo la suerte de no sentirlos, a pesar de que me piquen igual que a los demás, una virtud que me envidian muchas personas.

Estaba preparando mi próximo viaje cuando alguien me habló de los ixiles, una tribu del norte de Quiché. Edith Hoyt, una pintora de Estados Unidos, que viajaba por sitios desconocidos, me contó que en una aldea ixil, Chajul, había visto un curioso espectáculo.

–Se llama El Baile de las Canastas –me dijo, y agregó: la música es la más curiosa que he oído en todo mi tiempo en Guatemala. Además, ese baile es completamente desconocido por antropólogos y folcloristas.

De inmediato fui a hablar con Arriola e hicimos planes de viaje. Sonriendo me dijo, para mi sorpresa:

–Arévalo –el nuevo presidente– acaba de nombrarme embajador en Portugal. Tengo unos días libres antes de partir. ¿Puedo ir contigo?

Al día siguiente, Salvador Ley, el director del Conservatorio de Música llamó.

–Henrietta, ¿puedo ir yo también? Nunca he ido tan acompañada en un viaje como este.

–Encantada –les dije– vamos a trabajar y divertirnos al mismo tiempo.

Ya éramos cinco: Tadeo, Edith, Salvador, Arriola y yo. Al llegar a Chichicastenango, el primer destino, me sentí de inmediato en casa; estábamos otra vez en territorio indígena. Era Jueves Santo, había procesiones por las calles y la catedral estaba llena de indígenas vestidos con ponchos de lana, turbantes y huipiles de brillantes colores. Mujeres y hombres arrodillados, rodeados de orquídeas y azucenas, el olor de copal abrumador, y el llanto de niños envueltos en rebozos de sus madres, una escena inolvidable.

Pasamos algunos días muy a gusto en el famoso Mayan Inn; nadamos, comimos, bebimos buenos vinos, bailamos danzones y conversamos hasta la medianoche. Además, reclutamos más acompañantes Maud Oakes, pintora y experta en el arte indígena de Estados Unidos, Ernestina, fotógrafa guatemalteca, su hijo de seis años y su perro.

Una mañana temprano, con la camioneta llena, salimos de Chichicastenango rumbo a la región ixil. Atravesamos vastos valles rodeados por azules montañas, salpicados por rebaños de ovejas negras, cafés y blancas. Paramos unos momentos en Quiché donde, por suerte, encontramos una botella de Scotch genuino, un tesoro en la época de la guerra. Una hora después llegamos a Sacapulas, lugar de depósito de sal, donde por un dólar compramos fruta a montón y la marchante nos regaló una papaya enorme y jugosa.

Por fin, todos cubiertos de polvo del camino, llegamos en Nebaj, el primer pueblo ixil. Primero fuimos a ver al maestro Carlos Gordillo, un nabajeño que había conocido en Guatemala y que afortunadamente estaba en Nebaj. A pesar de ser ladino era amigo de los indígenas y conocedor de su vida y costumbres. Sin esta relación cariñosa no hubiéramos tenido éxito en nuestra investigación.

Con suficiente bebida a la mano y hambrientos, pasamos la primera noche en casa de Carlos. Allí primero un conjunto de marimba nos ofreció una hermosa serenata, después me regalaron un ramo de rosas blancas de las matas del jardín, pero lo más interesante fueron las historias contadas por Carlos.

–¿Qué sabes acerca del Baile de las Canastas? –le pregunté. Para nuestra sorpresa, contestó:

–Nada, no sé nada.

Al día siguiente al llegar a Chajul encontramos a todo el pueblo

esperándonos con música. Habían guitarras, curiosos tambores cuadrados con parches de cuero, pitos de carrizo, trompetas de metal y un teponaztli. Instalamos nuestro equipo en un enorme patio y grabamos todo lo que ellos quisieron tocar.

Por fin llegó el momento culminante.

–¿Quién toca para el Baile de las Canastas? –pregunté a los músicos.

En seguida se me acercaron el trompetista y tocador del teponaztli

–Somos nosotros –me dijeron. Luego me explicaron que el baile consistía de nueve escenas y música para cada una.

Entonces grabamos todos los sonos, incluyendo una cantada. Lo que oímos fue una música alegre con ritmo de baile. Seguramente, pensé, esa es música popular, muy distinta al lúgubre sonido del *Rabinal Achí*.

Esa noche nos congregamos todos, entusiasmados por lo que habíamos oído y visto. Gordillo, que había consultado con los chamanes del lugar –balbastiches, en ixil– ya sabía el significado del baile.

–El Baile de las Canastas –empezó Carlos –celebra el origen del maíz. En tiempos pasados, los ixiles, que vivían de la caza, estaban muriendo de hambre porque había escasez de animales y aves. Desesperados, buscaron la manera de salvar a su pueblo. Finalmente descubrieron que la semilla del maíz estaba escondida en el vientre de una doncella llamada Mariquita, cuidadosamente protegida por Matagtanic, un viejo hechicero. Afortunadamente un semidios llamado Tzunun, que vivía entre ellos, ofreció robarse a Mariquita y fertilizar la semilla. Para distraer a Matagtanic, Tzunun, que podía tomar la forma de hombre, gorrión o quetzal, arregló una expedición para cazar aves en el bosque e invitó a Matagtanic. Mientras, Tzunun entró a la casa, ganó la confianza de la joven y fertilizó la semilla. Cuando Matagtanic descubrió que Mariquita había sido seducida, estaba furioso y pidió que los dioses mataran a Tzunun. Sin embargo, como tenía el poder de regenerarse, Tzunun volvió a la vida, y Mariquita dio a luz a la planta del maíz, salvando así a los ixiles del hambre.

–¿Y qué de las canastas? –insistimos–. ¿Qué significan?

–¿No lo ven? –contestó Carlos– las canastas, puestas encima de altos postes, son redes para atrapar a los pájaros en los árboles.

Pero sin ver el baile solamente nos quedamos con una vaga idea de lo que era la obra. Decidimos ponerla en escena: Edith y algunos indígenas fueron a Totonacapan a rentar los trajes. Arriola, que tuvo que regresar a Guatemala, prometió enviar a un camarógrafo para filmar el evento, y los indígenas estaban dispuesto a hacerlo, con la promesa de dinero.

Finalmente todo estaba listo, los indígenas con sus trajes, Miguel Ángel con su cámara y las canastas a las espaldas de los danzantes. Pero,

estaba lloviznando y las nubes se negaban a desaparecer. Esperamos y esperamos, media hora, otra media hora.

De pronto, detrás de las nubes, el sol apareció en todo su esplendor. Las trompetas y el teponaztli empezaron a tocar, los actores-danzantes ejecutaron la obra de principio a fin. Edith pintaba, Maud tomaba fotografías y el camarógrafo filmaba.

Finalmente terminó. Todos los que fueron a ver el espectáculo dejaron sus sitios en la ladera de la plaza y se fueron a casa. También el conjunto de marimba dejó de tocar. Pagamos a los músicos, recogimos los trajes y regresamos a Nebaj para descansar y comer, pues nos moríamos de hambre.



Mujeres de Chajul, Guatemala. [Fotografía de Maud Dakes, 1945.]

Pero esta historia tiene un mal final. Años después me enteré de que la película filmada por Miguel Ángel se quemó en un incendio en el Ministerio de Educación. Lo único que tengo son las maravillosas diapositivas de Maud Oakes y las grabaciones. Además, al regresar a la región Ixil en 1979, otra vez con Carlos Gordillo y Salvador Ley, llegamos en una época represiva. Al preguntar a una antropóloga con años de trabajar en Chajul si sabía algo del Baile, me dijo:

—Nada, no sé nada. Muchos ixiles ya viven en "aldeas modelo", organizadas por el gobierno con el motivo de "civilizarlos" y hacerlos



Hombre indígena de Chajul, Guatemala.
[Fotografía de Maud Dakes, 1945.]

olvidar su propia cultura. No quiso decir más, pero al ver a Arriola, después de tantos años, me dijo con voz agonizante: No te acerques al río porque allí flotan todos los días cadáveres y miembros humanos.

Volviendo a 1945, la última semana en Guatemala fue una cascada de actividades: cenas, conciertos y un informe público de nuestras actividades. Según mi diario:

Me despidieron con flores, dulces, besos, abrazos y lágrimas, así como con la promesa de vernos nuevamente. En el aeropuerto pude ver por última vez a mis amigos atisbando sobre la barandilla. Ahí estaban Farnsworth, Chamberlain y Webb, de la Embajada, y Sal-



Mujer indígena de Chajul, Guatemala. [Fotografía de Maud Dakes, 1945.]

vador, Edith y Ernestina (sin niño ni perro) diciendo adiós mientras abordaba el avión. ¿Cuándo volveré a ver a esos amados compañeros de mis años dorados?

Chiapas, 1945

Mi segundo viaje a Chiapas queda en mis memorias por algunas razones: primero otro descubrimiento de música y costumbres prehispánicas, esta vez en las aldeas, una batalla fenomenal con pulgas, y un viaje con lluvias torrenciales. Era ya primavera cuando llegué a San Cristóbal, mi cuartel general en Chiapas. Y me vi inmersa en un torbellino de actividades. Pocos días después vino Edith Hoyt de Guatemala. Como me sentía tan vulnerable por mi vida personal en ese momento agradecía su cálida amistad.

Caminamos por calles empedradas, bordeadas por casas con balcones blanqueados y fuimos a misa a la catedral. Años después pude averiguar que San Cristóbal era una réplica de pueblos antiguos españoles. Sólo un anuncio de luz neón rompiendo la noche me recordaba que estábamos en el siglo XX.

La similitud con España terminó ahí. San Cristóbal era en 1945 el centro de comercio indígena de Chiapas, el mercado y las calles llenos de tzotziles y tzeltales, de piel de bronce, que compraban y vendían textiles, cerámica, artículos de cuero, artesanías, etc. Por las calles pasaban ovejas, burros y perros hambrientos.

Vi muchas cosas que despertaron mi curiosidad. ¿De dónde venía tanta variación en las formas, colores, diseños de los artículos de ropa indígena? Un día, durante una visita al Departamento de Asuntos Indígenas, pregunté al señor Clemente, uno de sus directores:

–Cuénteme acerca de sus trajes.

Él rió de buena gana.

–Es una larga historia. Primero, los españoles trajeron a las ovejas, segundo, ellos asignaron a cada pueblo algo que los distinguiera: un sombrero, un diseño o color. De esa manera se podía identificar a los indígenas en caso de rebeldía, y hubo muchas, y así perseguirlos y atraparlos.

Muy distinta es la ropa simple de los hombres, los huipiles de las mujeres estaban muy elaborados con dibujos y colores caprichosos.

–¿Por qué? –pregunté a Clemente.

–Creo –dijo– que los indígenas, como los mestizos, quieren ver a sus mujeres vestidas con ropa bonita.

¿Sería esa la verdadera razón? ¿Las mujeres indígenas se visten sólo para complacer a sus maridos? De pronto recordé mi primera visita a Chiapas, cuando en una excursión con el gobernador pasó una mujer indígena vestida con un huipil viejo y gastado, pero debajo algunos nuevos. Entonces el gobernador le preguntó:

–¿Me vendes tu huipil, el bonito?

Meditó por un momento y luego negó con la cabeza.

–No –dijo tímidamente– es para mi hermana.

–Te daré 50 pesos –dijo el gobernador. Pero fue inútil, ella siguió diciendo que no. Era claro que ni el temor del gobernador, ni el dinero le harían cambiar su decisión. Nunca sabré por qué no vendió ese huipil, pero sé que para las indígenas el tejer tiene significado especial: es una de las pocas mañas y formas de expresión artística propias de las mujeres.

Años después al hablar del asunto con Daniel Rubín de la Borbolla, máxima autoridad en artes populares latinoamericanas, me dijo algo sorprendente:

–Siempre he creído que las mujeres fueron las primeras matemáticas.

–¿Y eso, por qué? –pregunté con un gesto de escepticismo.

–Piénsalo –dijo– el tejer es uno de los trabajos más antiguos del

mundo; se tiene que contar cada puntada, y saber sumar, restar y multiplicar, para que salga bien. Claro que no puedo probarlo, pero la idea tiene posibilidades, ¿verdad?

Para facilitar nuestro trabajo hicimos las grabaciones en San Cristóbal, donde había electricidad, y no tuvimos que hacer viajes interminables por resbalosos caminos ni dormir en el suelo. Para los indígenas era un descanso de sus tareas del campo. Por primera vez grabamos canciones preciosas (que no encontramos en mi primer viaje), y muchas piezas en instrumentos de cuerda –guitarras, violines y arpas. Una vez terminadas las grabaciones, los músicos se fueron al mercado a beber cantidades de comiteco y comprar enseres de plástico.

Luego tuve una experiencia que viene muy de vez en cuando; por invitación de un fiscal religioso fuimos Clemente y yo a grabar música del pueblo de Chamula. Cargamos la camioneta con grabadora y motor, que había llegado de México poco antes, algunos litros de gasolina y tomamos el camino corto hacia el pueblo.

A nuestra llegada nos esperaba el fiscal, indígena de mucha dignidad y orgullo. A primera vista Chamula nos encantó por ser tan primitivo, con calles polvorientas y casas de techo de paja y muros blanqueados; solamente la pequeña iglesia era evidencia de la época colonial. De inmediato salimos del siglo XX y entramos en otro mundo. Al apuntar nuestra cámara a las montañas en la distancia, el fiscal nos dijo:

–No está permitido porque son nuestros dioses viejos –en seguida paramos en frente de unas chozas y otra vez nos dijo que no.

Ya estábamos completamente confundidos, pedimos explicaciones.

–Bueno –dijo el fiscal– les voy a decir por qué: Esas son casas de nuestros santos cristianos; cada uno tiene su propia casa y adentro hay cosas que usaron durante su vida y abrió la puerta del Niño Jesús. Pasen ustedes –nos dijo– y verán. ¡Qué encanto, qué imaginación! Estaba amueblada con una cuna, juguetes y ropa, como para un bebé real. Sí, me di cuenta, otra vez, que el que los indígenas se identifiquen con los santos es porque, en su concepto, son humanos, aspiran, aman, luchan como ellos. Además –continuó el fiscal– cada santo tiene su propia canción. Si quieren venir a mi casa mi esposa y yo les cantamos algunas.

Por la tarde llevamos nuestro equipo a un cuarto donde nada más había una mesa, algunos bancos y que estaba iluminado solamente por una vela. Una vez que estaban sentados el fiscal y su esposa, envuelta en un largo rebozo, puse el micrófono entre los dos y la aguja sobre el acetato. A mi seña empezaron a cantar, primero muy bajito y luego con confianza. En un momento sabía que escuchaba algo que nunca había

encontrado entre los indígenas de América: una canción en forma de canon. Déjenme explicar, la canción tenía cuatro frases traslapadas; primero el fiscal cantó la primera frase y, antes de que la terminara, su esposa empezó a cantar repitiendo la misma frase, no exactamente sino con ciertas variaciones. Así seguirían hasta el final.

CONCLUSIONS

Unlike many Indian regions of Mexico, the Tzotzil and Tzeltal regions still adhere to a musical culture which has vitality. It is a folkmusic which not only serves a definite social function within the community but is also a personal expression. Everyone in these Indian towns knows and participates in the singing - men, women and children. Music has to a large extent broken away from the rigidly ritual concept of music typical of homogeneous primitive societies.

Although it was impossible to ascertain exactly how old the songs were or who created them, there can be no doubt that some free invention is practised by the musicians. This gives birth to new songs from time to time.

"Report on expedition to record on discs the music of Chiapas", México, mayo-junio de 1945 (inédito).

Me quedé muy impresionada con esa forma de cantar. Y quise saber si fue capricho del fiscal y su esposa, o si era típica de la región. Una semana después tuvimos la respuesta, cuando encontramos una pieza instrumental en que la trompeta tocaba una melodía, mientras que la flauta hizo una variación y el tambor fue una tercera voz. Más tarde pude averiguar que desde México hasta Tierra del Fuego, tribus indígenas han tenido sus propios sistemas musicales polifónicos desde antes de la llegada de los sistemas europeos.

El fiscal tradujo una de las canciones del tzotzil al español.

–La que cantamos –dijo– es un rezo a San Pedro, pidiendo que nos proteja.

Padre San Pedro
hazme tres favores
y dame tres bendiciones
No me abandones en el camino
Ahora voy a casa a dormir
Así que por favor
no permitas que nada me suceda
y si despierto mañana
daré gracias a Dios.

Un recuerdo muy gracioso de Chiapas fue un encuentro con un viejo, mejor dicho, con un filósofo indígena. Un día me invitó a dar un paseo por su aldea. –Ven, niña –dijo– déjame enseñarte algo. Y me llevó a una pequeña plaza rodeada por arbustos y árboles en flor. En el mero centro había uno más grande que los demás, con un tronco enorme cuyas ramas cubrían la plaza casi por completo. –¿Ves esas raíces? –me dijo orgullosamente– ese es el centro del mundo. En otras palabras, donde estoy yo es el lugar más importante del mundo.

Me pareció provinciano pero reflexionando, también hay provincianos en Nueva York, Londres o París. Cualquiera que piense que su forma de vida es la mejor, la más sabia, la más inteligente, la única es un provinciano en mi opinión.

Cuando habían acabado todos los discos cerré el negocio, alquilamos caballos, Edith, Clemente y yo hicimos un recorrido por los altos de Chiapas. Sin equipo, sólo con ropa suficiente y el lujo de una botella de ron, fue un descanso, tiempo de relajarse. Por lo menos eso era lo que esperábamos. ¡Dios mío! Fue lo contrario.

En una aldea dormimos tres noches en una cama de ramas de pino en el Ayuntamiento y con sábanas limpias (del maestro que estaba de vacaciones). El primer día a las tres de la mañana oí a Edith que me gritaba: –¡Henrietta, este lugar está lleno de pulgas y me están comiendo viva!

Medio dormida se me ocurrió que quizá un poco de ron mataría a los malévolos bichos. Fue un sacrificio inútil, las pulgas se entusiasmaron de nuevo y nos atacaron de manera viciosa. Pasé una hora matando a las que podía atrapar entre mis dedos pulgar e índice. Por mi parte hubiera pasado la noche durmiendo si no fuera por Edith; pues ya saben que

tengo la gran suerte de no sentir los piquetes de pulgas y así es como pude sobrevivir en los campos y selvas de México.

Finalmente las pulgas se cansaron o tenían una cruda y nos dejaron dormir el resto de la noche. Pero esa historia no terminó ahí, sino que fue igual la siguiente noche, mandamos entonces a algunos indígenas al otro pueblo donde habíamos dejado nuestras propias cosas de dormir para traerlas, pero esas también estaban llenas de pulgas y pasamos la tercera noche sin dormir. Con ojos irritados, cansadas y de mal humor, montamos caballos y tomamos el camino de regreso a San Cristóbal.

¡Que desastre de viaje! El cielo estaba nublado y la lluvia por llegar. Cuando Chamula, el siguiente poblado, estaba a la vista desde lo alto de una colina, el cielo se abrió y en pocos minutos estábamos mojadas hasta los huesos. Para llegar más pronto, desmontamos los caballos y bajamos la colina a pie. Habíamos dado algunos pasos cuando nos hundimos en el suelo que era puro barro; nos deslizamos el resto del camino casi cayéndonos a cada paso. Y lo peor de todo fue que al llegar a las afueras de Chamula, encontramos una cerca bastante alta alrededor del pueblo. Estábamos paradas en la lluvia sin saber qué hacer, estábamos desesperadas, vencidas y disgustadas, cuando llegó Clemente y nos ayudó a saltar la cerca.

Mientras tanto, los indígenas nos observaban desde una choza cercana; de vernos tan mojadas y hechas una facha, se doblaban de risa. Una hora después el sol brillaba rompiendo las nubes y nosotras proseguimos el viaje a San Cristóbal.

Regreso a Estados Unidos, 1945

Repentinamente fui llamada a los Estados Unidos. Un día Gamio recibió una carta de Charles Seeger, que entonces era la cabeza de la Unión Panamericana, que me requería para revisar los programas de radio hechos tiempo atrás. Mi estancia en Washington fue breve, visité la Biblioteca del Congreso y la Unión Panamericana; tuve una mirada de Washington en tiempos de guerra y visité unos días a mi familia en New Haven, no eran más ricos que antes, a pesar del dinero que ambos padres ganaban en las industrias del tiempo de guerra, mi hermano había ido a la guerra en el Pacífico y mi hermana estaba trabajando en un proyecto de la Universidad de Yale.

Pasé un tiempo en Cambridge con Chenk, esperando salvar nuestro inestable matrimonio; recuerdo que en esa breve visita conocí a sus maestros y las casas que ellos construían para sí. Walter Gropius, el encantador Marcel Breuer y Richard Hudnut habían llegado de Bauhaus,

esa escuela alemana de diseño arquitectónico moderno, sin embargo cada uno había producido su propia estética. La casa de Gropius era cómoda, fresca e informal, llena de aire acogedor; por otro lado la casa de Breuer era totalmente moderna, como una pintura de Mondrian, llena de espacios angulares y de colores brillantes. Aunque tratamos de congeniar, Chenk y yo nos separamos a finales del otoño de 1945 y yo regresé a México.

Mi relación con Juan también se desbarataba, me sentía totalmente confundida camino al aeropuerto, "bueno –me decía–, ya terminaste tu relación con Chenk, pero no puedes pasar el resto de tu vida con Juan, eso sería estúpido, es un seco académico sin imaginación, pegado a sus libros, murmurando artículos aburridos y tú perteneces al mundo de las artes, no, esto no puede ser". Poco sabía yo que mi futuro estaba siendo decidido por mí, dado que Camile en un momento de embriaguez había tenido un romance con Juan mientras yo estaba en Estados Unidos, Waldeen, quien supo del romance trató de detenerme de ver a Juan, no le presté atención ni escuché el tono de advertencia en su voz y ciega-mente me apresuré a su casa, un día Camile vino a verme y me dijo:

–Perdona el dolor que te he causado, pero no puedo deshacer las cosas que ya están hechas. Y eso fue el segundo final, me apresuré a mi departamento con el corazón destrozado y las lágrimas incontrolables, "¿por qué no me lo dijeron?, ¿por qué mis amigos no me habían dicho la verdad?", estaba destruida, deprimida, no comía nada, me distraía con conciertos, cenas y fiestas, pero oía una voz en mi cabeza que me decía "no te desesperes, volverás a vivir, a trabajar y a amar otra vez, Juan no era para tí"; escuché esa voz persistente y sobreviví.

Tarahumara-yaqui, 1946

El último viaje antes de regresar a Estados Unidos lo hice al norte, a los tarahumaras y los yaquis. Torres Bodet dio permiso para que Agustín me acompañara como siempre, pero solamente para la primera etapa del viaje.

–¿Cómo esperan que vaya sola a territorio yaqui? –pregunté al doctor Gamio. Sonrió, rodeó mis hombros y dijo:

–Estarás perfectamente bien. Ya sabes cómo cuidarte –cuanta confianza, pensé. Iba a territorio desconocido, cargada con 100 kilos de equipo, armada sólo con una carta del Secretario de Educación. ¡Qué pasa si los indios no confían en mí! Ni modo, me acostumbré a la idea de ir sola, a pesar de que no me gustó.

Unos días más tarde Agustín y yo salimos de México con destino a

PROYECTO DE GRABACION E INVESTIGACION DE MUSICA INDIGENA

Plan de Trabajo para 1946, a realizar por Mrs. Henrietta Yurchenco, bajo el patrocinio de la Secretaria de Educación Pública de México y con la colaboración de la Library of Congress de Washington y el Instituto Indigenista Interamericano.

- 1) Realizar un viaje de tres meses para recopilar la música indígena de las regiones Tarahumara y Yaqui.
Dicho viaje debe realizarse durante los meses de Febrero a Marzo, ambos inclusive por ser la época mas propicia teniendo en cuenta sobre todo las condiciones climatológicas.
- 2) Dar en México, al regreso de dicho viaje, una serie de Conferencias sobre la música recopilada en los 4 viajes realizados.
- 3) Redactar el correspondiente Informe sobre el viaje.
- 4) Hacer el estudio analítico e interpretativo de toda la música indígena recopilada desde 1944.

Presupuesto :

Se necesita:

- a) Un nombramiento en comisión para la Sra. Henrietta Yurchenco por el año 1946, a razón de 500 pesos mensuales. En 1944 percibía 290 pesos; el aumento de 210 pesos mensuales está perfectamente justificado por la gran carestía de la vida y los aumentos de sueldos que ha habido en todos los sectores sociales: intelectuales y obreros.
- b) Viáticos durante 3 meses, a razón de 6 pesos al día como mínimo. Total importarían 720 pesos. Por tratarse de un nombramiento de comisión y no de planta, la Sra. Yurchenco no tiene derecho a Viáticos; en otras ocasiones se ha resuelto el problema con una Orden de Pago.
- c) Boletos en ferrocarril hasta la región Tarahumara y Yaqui; y regreso.
- d) Para gastos distintos de ferrocarril (camiones, caballerías, etc); se ha calculado en otras expediciones 100 pesos mensuales. Total 300 \$

Nota.

La Library of Congress sigue ayudando facilitando: equipo para grabar, discos virgenes y \$5 dolares por cada mes en el campo para gastos imprevistos como son: gratificación a los músicos, reparación del equi-

- 2 -

po, transporte del mismo, guías, etc.-Ademas la Library of Congress se encarga de hacer las copias de los discos originales, con destino a esa Secretaria de Educación Pública.

Otra Nota:

En diciembre de 1943, al hacerse el primer convenio sobre investigación de música indígena, se me asignó un sueldo de 290 pesos mensuales. Pero al no poder asignarseme viaticos por estar a Comisión, se me dió una compensación mensual de 100 pesos, es decir que durante el año 1944 percibió la Sra. Yurchenco en realidad 390 pesos al mes.

En diciembre 1944 y durante todo el año 1945 se me renovó la comisión a razón de 290 pesos, pero sin la compensación por viaticos; solicitado por tanto, por estimarlo de justicia, se me conceda el derecho a percibir la citada suma, o sean 100 pesos al mes por 1945, o sea un total de 1200 pesos.

Tampoco se me abonó el importe del pasaje en avion de Mexico a Guatemala y regreso hasta Tuxtla Gutierrez, realizado en marzo y mayo de 1945 con motivo de la grabación de música en Guatemala.- El justificante de dicho gasto fué entregado por mí personalmente al Sr. Oficial Mayor de esa Secretaria en julio de 1945; pero no obtuve entonces una resolución.

Atentamente

México D.F. 2 enero 1946

Henrietta Yurchenco.

CD, La música y el III, "Propaganda de radio 1940-1943" (facsimil).
PROPA 460102-1,2

Guachochi, una aldea tarahumara en las montañas de Chihuahua. Primero volamos a Parral, de allí fuimos en camión a Baquiriachi, un viaje incómodo y frío de nueve horas por algo que difícilmente podía llamarse camino. Allí es donde tuvimos verdaderos problemas para llegar a Guachochi. Muy amablemente nos dijeron:

—Ustedes pueden escoger: esperar un camión que pasa por aquí cada diez días más o menos, o ir a caballo. Además —nos advirtieron— tal vez han venido en busca de algo que no existe. Nunca —nos dijeron— hemos escuchado cantar a los indios.

No hice caso de esto último, no era la primera vez que lo escuchaba. Según mi diario:

Abril 19-20. Estaría loca si me montara en otro caballo. Paso molesta el resto del día y decido esperar al camión. Pero, nos vino una sorpresa: al atardecer, llegaron unos políticos de Chihuahua; van de paso hacia Guachochi y prometen llevarnos con ellos. ¡Debe haber un Dios o algo así! El trayecto es un placer, ya que el candidato, Bermúdez, es un poeta (como todo mundo en México) y amigo de Pablo Neruda, etc. Cargamos todo el equipo que pudimos en el auto y enviamos el resto en animales de carga.

¡Qué camino! ¡Qué ascensos por la montaña! La sola idea de que tengo que regresar por el mismo camino, me llena de pavor. Pero los bosques de pinos son hermosos y todo el trayecto es a través de un territorio fresco y encantador. "Cuatro horas después llegamos a Guachochi y encontramos grupos de indígenas, entre ellos un conjunto de danzantes, sus caras pintadas de blanco y las piernas y brazos con rayas y líneas en zigzag. Como ya era Semana Santa, pensaba que estaban celebrándola, pero me equivoqué por completo. Los políticos los habían contratado como parte de su campaña en territorio indígena".

En mi diario hay una lista muy larga de mis quejas, cosas que en viajes anteriores no me molestaban. Ya tenía ganas de volver a mi país, ver a mi familia, olvidar muchas cosas de mi vida personal. Entonces no aguantaba bien el espantoso frío de noche, falta de baño, pobre comida y otras cuitas que voy a contar más adelante.

Resolví el problema del baño primero gracias a que justo en las afueras del pueblo había una cascada. Me llené de valor, caminé sobre las resbalosas rocas y me zambullí en el agua helada. Fue un shock, salí congelada, pero limpia.

Luego el frío de noche, según mi diario: "me acosté totalmente vestida con bata, suéter, calcetas y una botella de agua caliente en el estómago. ¡Sí que me veía linda!".

En cuanto a comer, al final de la temporada de secas no hay más que tortillas, frijoles, rebanadas de papa fritas en aceite rancio, manzanas secas y carne seca y correosa. No hay leche porque las vacas andan pastando. Cuando llegas a verlas están tan flacas que puedes contar las costillas, una a una".

Además vi algo que me quitó el apetito; mientras estaba sentada frente al fuego en la cabaña donde vivía, me pareció que la pared de la

chimenea se movía. Me acerqué para ver mejor en la oscuridad y descubrí que sí, algo se movía, cientos de cucarachas marchaban como soldados en un desfile. ¡Ugh! Se me revuelve el estómago, voy a la cama sin cenar. Sueño con pasteles de zarzamora, helado y donas. Muero de hambre.

Pero un día Agustín apareció con una jarra de leche; me salvó la vida. Fue la única vaca mantenida por el pueblo a pesar de la falta de agua y pasto. Dijo:

–Es para ti. Me tomé hasta la última gota, sabía a néctar de los dioses.

Hice una amistad cariñosa con María, viuda de un inspector federal escolar. Una de mis primeras preguntas fue:

–¿Qué comen los tarahumaras en tiempo seco?

–Cazan ardillas y ratones de campo –me dijo. ¡Qué asco! –pensaba–, pero yo he comido iguanas en Tehuantepec y seguramente que no hay animal más feo en el mundo entero.

Durante horas y horas de noches frías, María me contaba la historia de sus largos años en la región Tarahumara. ¡Que heroísmo!

–Ahora tenemos una escuela federal –me dijo en voz dulce pero llena de emoción– antes la educación estaba en manos de los jesuitas. Después de una pausa, continuaba: por muchos años ellos amenazaron a mi esposo que era un inspector de escuelas federales. Claro, no querían intervención del gobierno. Pero mi esposo no les tenía miedo y año tras año viajaba a los distintos poblados. Pero llegó un día en que lo encontraron solito en el bosque y lo mataron. Cuando murió decidí quedarme y continuar su trabajo, y aquí seguiré hasta que muera.

Si no fuera por ella hubiéramos entendido muy poco de la vida de Guachochi. –Los tarahumaras –nos contó– son católicos pero no en todos sentidos. Por ejemplo, en sus casas no encuentras ni altares, ni imágenes de santos, ni Jesús en la cruz. Un día nos llevó a la iglesia colonial en las afueras del pueblo. Mírenla –dijo riendo– está en ruinas, cuando el cura pasa por aquí cada seis meses, la mira y dice: “ni las moscas se paran por aquí”. Los jesuitas dicen que esta región está poseída por demonios. Y los indígenas no les hacen caso, pues adoran a Dios a su manera.

Muy pronto reconocí que estábamos otra vez en territorio del México antiguo en su último tiempo, una mezcla de costumbres paganas y cristianas. Durante nuestra estancia pudimos averiguar, hablando con los chamanes, muy inteligentes y perceptivos, su vida y prácticas religiosas prehispánicas: vivían en chozas de madera o en cuevas, eran seminómadas, cazaban con arco y flecha, y pescaban con las manos; adoraban antiguos dioses, usaban

HENRIETTA YURCHENCO

ARCHIVE OF FOLK CULTURE
LIBRARY OF CONGRESS

JULY, 1991

MUSIC OF MEXICO (TARAHUMARA AND YAQUI) RECORDED APRIL - JUNE 1946
BY HENRIETTA YURCHENCO FOR THE LIBRARY OF CONGRESS, THE INTERAMERICAN INDIAN INSTITUTE AND THE MEXICAN MINISTRY OF EDUCATION.

LWO 5111 REEL 92 B

AFS 8166 A TARAHUMARA

1.- and 2.- Baile de los Matachines

B TARAHUMARA

1.- and 2.- Baile de los Matachines

Played by M. Figueroa and M. Pellejeros, violin and rattle

Recorded in Baquiriachic, Chihuahua, Mexico May 1946
by H. Yurchenco.

AFS 8167 A TARAHUMARA

1. and 2. Yumari

Evaristo Seguro- Singer with rattle

B TARAHUMARA

1. and 2. Baile de los Matachines

M. Figueroa and M. Pellejeros- violin and rattle

Recorded in Baquiriachic Chihuahua, Mexico. May 1946
by H. Yurchenco.

AFS 8168 A TARAHUMARA

1.- Yumari

Francisco Martinez- Singer with rattle

2.- Dutuburi (Tutuguri)

Basilio Moreno - Singer with rattle

B TARAHUMARA

1.- Yumari

Basilio Moreno - Singer with rattle

2.- Dutuburi

Eduvigis Loya- Singer

Recorded in Guacho chic, Chihuahua, Mexico. April 1946
by H. Yurchenco.

LWO 5111 REEL 93 A

AFS 8169 A TARAHUMARA

1.- El coyote de cola larga

Eduvigis Loya - Singer

RECEIVED

AUG 8 1991

Archive of Folk Culture

"Report on expedition to record on discs the music of the tarahumara indians of Mexico", april 1946 (inédito).

peyote como curación, sacrificaban animales, y cantaban canciones puramente prehispánicas acompañados por sonajas o raspadores.

En cambio, para celebrar las fiestas cristianas tenían un sistema musical con raíces europeas: cantaban a dos voces, tocaban violines y guitarras, y durante Cuaresma cubrían sus tambores con tela para tener un sonido fúnebre.

Como en otros lugares del mundo la fiesta religiosa se convierte en tiempo de celebración.

Guachochic, Chihuahua
May 3rd, 1946

Dear Dr. Gamio,

This is really the first chance I have had to write you since I left Mexico City. Mail leaves and arrives with great infrequency in this region, as you can imagine.

I hope to back in Parral tomorrow night and write this letter before starting back so that you may receive it immediately.

The trip, thus far, has been more of a success than I had expected. At the moment I have already recorded more than 85 songs, all of which were recorded in two places, Baquiriachic and Guachochic. Fortunately, since there is a procuraduría of Asuntos Indígenas here many Indians come in from different and distant towns, and I was thus able to record music from these places.

The equipment has given me a good deal of trouble. At the beginning I thought it would be impossible to do anything. Somehow or other Maya and myself were able to repair the damage sufficiently to enable us to record. As usual the Library of Congress by its carelessness is to blame for my troubles. The new microphone cable they sent me was badly soldered and came apart the first day. However, I feel very happy that we were able to overcome these problems and successfully finish the recording.

There are a number of things I must ask you to do for me. ~~and I beg you~~ Before I left I gave Comas the old microphone and its cable. Will you please have the cable only sent to me. I will undoubtedly need more blank records. Please send me ten records. Comas knows where they are. When Agustín packed my things he forgot to include my medicine kit. All I want is the bottle containing quinine. These three things should be sent by air to Guaymas via Aeronaves in my name with instructions to hold until I arrive. I think it would be best to send the office of Aeronaves in Guaymas a short note telling them that I will pick the things up around the 12th of May, which is approximately when I expect to arrive. I will be very grateful if these things can be attended to as rapidly as possible so that I may find everything in Guaymas when I arrive next week.

Agustín Maya will probably arrive in Mexico by Wednesday May 8th. He will have with him the recordings already made in the Tarahumara country and several personal things of mine. He will leave them at his own home and anyone from the office can pick them up there. His address is Arcos de Belén #55 interior 16.

There is just one other point - when I left Mexico City by salary from Educacion Publica hadn't come through yet. Would Comas be so kind as to inquire at the ~~pagador~~ pagaduría sometime this week. Unfortunately, the two pagadores that I know there are on vacation and the new ones do not know me. I'm afraid that if my check finally comes through and I do not collect them they will send them back to the Hacienda. Please tell Comas that I am terribly sorry to bother him about this matter, but he is the only one who can arrange it. If, by chance, the check still hasn't come in, will be return to remind them at Educacion at the beginning of the next quincena.

If anything urgent comes up you can reach me for the next few weeks at the Centro de Cap. Economica Para Indígenas, Vicam, Sonora.

Thank you so much, Dr. Gamio, I really hate to bother you with so many details, but there is no help for it.

My best regards to all in the office and hope to be back with you soon again.

Sincerely yours,

Henrietta Yurchenco
Henrietta Yurchenco

P.S. How did the radio program go?

–Sí –me dijeron– es cuando hay bastante carne sacrificada, bailamos, cantamos día y noche, bebemos tesgüino es tiempo de olvidar las reglas.

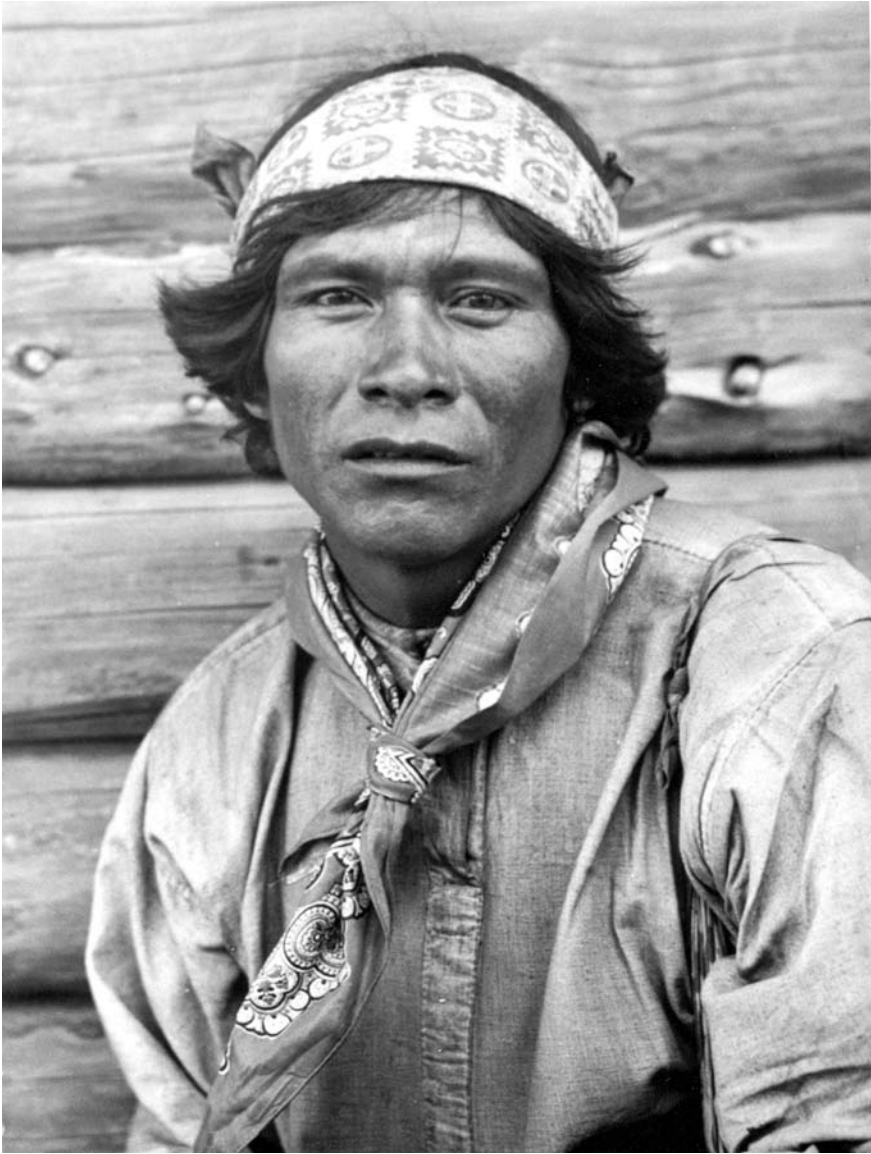
Entramos más y más en la vida de Guachochi. Un día mientras tratábamos de componer un alambre quebrado del micrófono, vinieron algunos jóvenes. Una vez que estaba arreglado nos dijeron que conocían algunas canciones y querían grabarlas. En dos horas tuvimos doce canciones en el disco. Uno de los muchachos, Edubijis Loya, les ayudó a acordarse de la melodía o la letra. Desde ese día llegaron cantantes de toda la región a cantar, no la música ritual, sino canciones de su vida diaria, de eventos ordinarios, que ellos mismos compusieron.

–Usted, Enriqueta –me dijo Loya con una sonrisa– nos ha dado un motivo para no olvidar nuestros cantos. No siempre tenemos una marchante de canciones.

¡Sin duda, no hay mejor estímulo para la creación artística que el dinero!



Indígenas tarahumaras representantes políticos. Guachochi, Chihuahua, México. [Fotografía de Agustín Maya, 1946.]



Tarahumara, Guachochi, Chihuahua, México.

[Fotografía de Agustín Maya, 1946, Fototeca “Nacho López”, CDI.]



Grupo de tarahumaras, Guachochi, Chihuahua, México.
[Fotografía de Agustín Maya, 1946, Fototeca “Nacho López”, CDI.]



Paisaje-Guachochi, Chihuahua, México.
[Fotografía de Agustín Maya, 1946, Fototeca “Nacho López”, CDI.]

Pero, detrás de esa aparente alegría había otra realidad; ellos nos dijeron que el suicidio era algo común entre la juventud y algunos preferían morir que sufrir la censura de sus padres. A pesar de saber ese fenómeno curioso, los últimos días en Guachochi pasaron muy a gusto. Agustín estaba encantado de la vida tomando fotos de ese pueblo tan guapo, alto, de caras fuertes y lleno de dignidad.

Lo más gracioso de todo fue que el último día se juntaron todos para traducir los textos de las canciones al español. No olvidaré jamás la inteligencia de los chamanes que lo hicieron.

Como sospechaba, el viaje de regreso a Parral en camión de carga fue un lío. Cada diez kilómetros tuvimos que bajar y empujar el camión a lo largo de un camino quebrado y lleno de polvo. A veces pensaba que íbamos a tumbarlo por completo, pero llegamos bastante bien, a pesar de la espalda pelada. Pero, al reflexionar un momento, pensé, mejor diez horas en camión de carga que tres días montada en mula. Una vez en ciudad Chihuahua me despedí de Agustín; fue la última vez que me acompañó en mis viajes y me quedé triste. Era un compañero incomparable y un fotógrafo con imaginación y destreza. Los pocos días allá me trataron los funcionarios locales como una reina, di una conferencia por radio y el Club de Leones ofreció una comida en mi honor.

Mis dificultades surgieron de nuevo de una fuente inesperada. Mi próximo destino, Hermosillo, estaba directamente al oeste, a distancia muy corta de Chihuahua al otro lado de la Sierra Madre, pero no había vuelo directo. Tuve que volar a la frontera de Estados Unidos y de allá tomar otro vuelo por la Costa del Pacífico a Hermosillo.

Al llegar a la frontera, me dieron un golpe: no me dejaron reclamar mi equipo por estar bajo el control aduanal. Me dijeron que tenía que esperar permiso de la Secretaría de no sé qué, unos diez días. Durante cuatro días fui a protestar con el agente, después vinieron los agregados idiotas de Estados Unidos y de Inglaterra a defenderme, les enseñé mi carta oficial, etcétera, y nada, no me hicieron caso. Al último día (tenía reservación de avión) fui otra vez a hablar con el agente, que siempre olía a licor.

—Señora —me dijo— si usted quiere pagar la multa entonces le devolvemos su máquina.

Entonces entendí todo: ¡la mordida! ¡Qué tonta eres!, me dije.

—¿Cuánto es? —le pregunté, ahora muy amablemente.

—Doce dólares —me contestó y agregó: —con este recibo puede pasar tranquilamente, no la van a molestar en el aeropuerto.

Pagué los doce dólares, recuperé mi equipo, y al día siguiente fui al aeropuerto. El taxista llevó mis cosas a una choza en medio de una pradera, y allí me esperaba el inspector de la aduana. Me miró a lo largo de un minuto.



CD, La música y el III, "Propaganda de radio 1940-1943" (facsimil).
PROPA 460514

Tarahumaras. The Yaqui Deer Dance, a pantomimic dance-drama of the hunt and capture of the deer, may illustrate the pre-agricultural period. Although it is performed during Christian holy days, its origin is pre-Hispanic. A single male performer sings to the accompaniment of two notched sticks and a water drum. The water drum, a half-gourd placed in a vessel of water, is struck with a wooden stick. During the dance the singer offers short strophic melodies about the beauty of nature and animals. This, for example, is about the Owl, *El Tecolote* (example 1):

I am a creature of the night.
Even though no one harms me,
I still complain.
I am no more than what I am—
I am a creature of the night.

Example 1 Recorded in Vicam, Sonora, 1946.
(Library of Congress: AAFS 92B)



"Recorded in Vicam-Sonora", International Folk Music Journal, 1946.

Mrs. Henrietta Yurchenco
 c/o Mrs. Edw. Weiss
 250 Cedar Street
 NEW HAVEN, Conn.

June 23rd

Dear Mr. Gamio,

46

I'm so sorry to leave without saying goodbye but, as luck would have it, I caught a bad cold on Thursday and was in bed most of the time up to my departure. Having an Ericsson phone in the house there was no way of calling you.

As you know, this is not goodbye - I shall be back soon. I am extremely grateful to you for all you have done. The Institute; I feel, is my second home.

I shall write to you within a very short time.

My very best regards and hopes for future success.

Sincerely,
 Henrietta Yurchenco



SECRETARIA
DE
EDUCACION PUBLICA

46

FORMA C.-G.-1.

DEPENDENCIA SECRETARIA PARTICULAR.

SECCION _____

MESA _____

NUMERO DEL OFICIO 2092

EXPEDIENTE _____

ASUNTO: Se toma nota del curso que siguen los trabajos de grabaciones musicales autótonas.

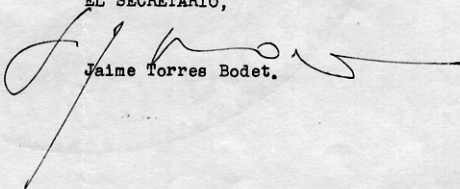
México, D.F., a 27 de junio de 1946.

C. Dr. Manuel Gamio,
D i r e c t o r,
Instituto Indigenista Interamericano,
Liverpool No. 2,
C i u d a d.

En respuesta a su oficio número 911 de fecha 15 de junio actual, doy a usted cumplidas gracias por su amabilidad al informarme del curso que siguen los trabajos de grabaciones musicales autótonas, de los cuales se ha venido ocupando la señora Enriqueta Yurchenco.

Atentamente,

SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCION,
EL SECRETARIO,


Jaime Torres Bodet.

JLM/DCHG/gpg.

AL CONTESTAR ESTE OFICIO, CITARSE LOS
DATOS CONTENIDOS EN EL CUADRO DEL ANILLO
SUPERIOR DERECHO.

CD, La música y el III, "Propaganda de radio 1940-1943" (facsimil).
PROPA 460627

46

No. 754.

México, D. F., a 9 de agosto de 1946.

Mrs. Henrietta Yurchenco,
c/o. Mr. Edw. Weiss.
250 Cedar St.
New Haven, Conn, U. S. A.

Estimada señora Yurchenco:

Acabo de recibir su carta de fines de agosto. Espero confiadamente que se reponga Ud. del todo y que al llegar a Washington a mediados de este mes este ya en condiciones de iniciar las copias de los discos y a hacer gestiones en relación con la posibilidad de ser designada como asesora técnica de música indígena para el II Congreso Indigenista de Guzco. El Gobierno peruano no ha hecho todavía las invitaciones oficiales y yo tengo la sospecha de que va a haber algún aplazamiento en la fecha de la celebración; las actividades de organización de dicho congreso indudablemente ocuparán mucho tiempo si se quiere que tenga la importancia, seriedad y eficacia que tuvo el Primer Congreso.

Su artículo sobre Técnica de Música Indígena en el Campo está ya impreso y corregido, aparece en el número de octubre, y como está en español no pienso que sea necesario enviárselo para correcciones. Oportunamente le enviaremos 50 sobretiros.

El Doctor Comas no ha descuidado ni por un momento el cobro de sus cheques, y mensualmente le ha ido enviando a Ud. la cantidad oportuna en dolares. Sé que el día 6 pudo cobrar su quincena correspondiente al día primero de septiembre; y hasta ahora ha podido ir venciendo la resistencia del señor Pagador. Tenga Ud. la seguridad de que aquí no dejaremos de hacer todo lo posible para que pueda cobrar su sueldo hasta fin de año.

Ahora bien es desde luego indispensable que antes de fin de año las copias de los discos estén hechas, ya que la Secretaría de Educación Pública, muy justificadamente desea ver los resultados de la Comisión que está Ud. desempeñando.

2

Seguimos sin tener la menor noticia del Dr. Spivacke, supongo desde luego que los dos paquetes de discos habrán llegado bien.

Me alegro que esté Ud. decidida a terminar rápidamente los 2 informes que faltan de sus dos últimas expediciones hechas en México, así como también el resumen general de todos sus viajes de Investigación de Música Indígena que como Ud. sabe muy bien estoy dispuesto a publicar como Folleto aparte del Instituto, tan pronto como Ud. me lo envíe debidamente corregido. Recuerde que hablamos convenido que se incluirán algunos fragmentos de Música Indígena.

Nada más por hoy.

Un saludo cordial de su atento y buen amigo.

DR. MANUEL GAMIO.
DIRECTOR.

MG/em

CD, La música y el III, "Propaganda de radio 1940-1943" (facsimil).
PROPA 460809-1,2

–Señora –me dijo– ¿pasó usted el año pasado por Guatemala?

–Si –le dije– ¿por qué me pregunta?

Con una sonrisa, contestó:

–Yo le revisé sus cosas entonces, pero ahora no hay necesidad.

Pase usted, y bienvenida.

Regreso a México, 1960

Al poco tiempo de haber regresado del norte de África y España, el *New York Times* reportó que Daniel Rubín de la Borbolla estaba en Nueva York para la inauguración de salas renovadas del Museo Metropolitano. Como Director del Museo de Arte Popular Mexicano se encontraba entre los invitados extranjeros de honor para celebrar el evento.

Inmediatamente llamé al Consulado Mexicano y pregunté:

–¿Cómo puedo ponerme en contacto con el doctor Rubín de la Borbolla? Y dejé mi número telefónico.

En poco tiempo Daniel me llamó y me dijo en su tono usual de chiste: –Me voy a México mañana en la mañana.

–No antes de que me veas –casi le grité.

Calmándome un poco me dijo: –Bueno tengo una hora a las cinco de la tarde ¿puedes venir?

A las cinco en punto yo estaba en el hotel y, como era de esperarse, la cita de una hora se alargó hasta cuatro, una norma regular para cualquier cita con él.

–Já –gruñó desaprobatoriamente– España, pero qué haces ahí –interrogó.

–No le estoy haciendo reverencia a Franco.

–Pero tú dejaste pendiente de hacer mucho trabajo en México –me reclamó.

–Tal vez regresaré –le dije en tono de broma.

Y así fue, en el verano de 1964, después de 17 años regresé con mi hermana Ruth y mi esposo Irving. Tan pronto el avión se iba acercando al Valle de México noté que apenas podía distinguir la tierra debajo, toda el área estaba cubierta de una gran nube gris amarillenta.

–Pero ¿qué es esto? –les pregunté a una aeromoza en tono de alarma.

–Ah, es sólo la contaminación –respondió tranquilamente y se fue a atender otros problemas.

Tomamos un taxi que rápidamente nos llevó por el Periférico, una nueva vía que circundaba la ciudad, y pude ver las primeras imágenes del México moderno envuelto en una densa neblina y rodeando rascacielos, me sentí perdida. La ciudad era muy grande, muy impersonal, muy ajetreada (luego crecería en proporciones gigantescas hasta los 20 millones de habi-

tantes). Pero ahí, en esa luz de sol que atravesaba la contaminación, estaban mis viejos favoritos, el Palacio de Bellas Artes de mármol y la graciosa Casa de los Azulejos de Sanborn's, eso me alegró el corazón. Era maravilloso estar de regreso, maravilloso pasear otra vez entre calles familiares, pasear libremente por la Alameda y admirarse ante el Gran Palacio de Cortés o ante la Catedral con su fachada ornamentada para siempre.

Mis amigos aún se encontraban ahí, Dasha tan sutil como siempre, ahora casada con el atractivo Raúl Ugalde, Olga Costa con su marido José Chávez Morado, ambos buenos pintores y muchos otros. Rubín de la Borbolla y su esposa, Sol Arguedas, me invitaron a cenar en su nuevo hogar en San Ángel, una espaciosa casa decorada con el mejor arte tradicional y que iba a ser mi casa en las décadas por venir, sólo Waldeen no estaba, se había ido a Cuba a formar un grupo de danza moderna.

Todos nos reunimos en una fiesta, cantamos, bebimos y comimos como lo habíamos hecho en los viejos tiempos, cuando todos éramos jóvenes y cada día había una aventura, un tiempo para coquetear, para arrastrar los peligros y placeres del amor; pero sobre todo recuerdo esa fiesta porque redescubrí una de mis canciones favoritas, *La Llorona*, una leyenda mexicana de una mujer con lamentos, la había cantado por décadas, su aire melancólico me seguía, pero un día se fue, ya no recordaba nada, la había escuchado en 1942 cantada por Chavela Villaseñor una hermosa y dotada mujer, la heroína de la película de Serge Eisenstein *Thunder Over Mexico*, y coleccionista de canciones de su estado nativo Jalisco.

Chavela había muerto hacía pocos años, según me dijo Dasha. Pero pregúntale a Olga Costa, ella sabe todas sus canciones. Esa noche, Olga la cantó como yo la había escuchado hacía tiempo, esta vez la grabé en mi pequeña grabadora Sony. Y pude haberme ahorrado trabajo, pues años después descubrí que había grabado a Chavela en 1942 y lo había olvidado por completo. He honrado su memoria incluyendo esta grabación y otras tres en un reciente disco compacto de canciones mexicanas de amor, las voces en el último verso concluyen con estas últimas líneas inolvidables:

Cinco sentidos tenemos
los cinco los precisamos,
y los cinco los perdemos,
cuando nos enamoramos.

Ay, ay, ay, ay, Llorona,
Lloroncita, cielo lindo.

Tenía un fantasma más del cual descansar: Juan Comas. Con gran anticipación fui a su oficina en el departamento de Antropología de la Universidad Nacional, él me recibió amablemente en la puerta quizá tan nervioso como yo, le pregunté por Camile con quien se había casado, él me preguntó por mi familia, qué estaba haciendo, cuánto me iba a quedar y entonces la visita terminó, me llevó de vuelta a la parada del camión, se disculpó por no llevarme a casa y nos dijimos adiós. Ya en camino me preguntaba cómo había sido posible que yo me enamorara de una persona tan seca, nada quedaba de mis viejos sentimientos hacia él, ¿qué demonio me había seducido?, nunca lo volví a ver. Estuve en México en 1979 cuando murió y reanudé mi amistad con Camile, pero nunca floreció, simplemente se marchitó en la vaina y esa parte de mi vida había finalizado.

Concentré mi atención en mis propios intereses, mis viejos amigos –ahora una generación de mayores– me llenaron de rumores sobre la disminución de la cultura indígena y folclórica, la desafortunada influencia del rock and roll, etc. En verdad, sus hijos adolescentes estaban escuchando a Bob Dylan, los Beatles y los Rolling Stones. Pero en la década de los sesenta el rock era más que un entretenimiento, era la expresión de la rebelión de la sociedad. Estudiantes universitarios mexicanos, como los estadounidenses y otros más en el mundo, estaban involucrados en los problemas políticos. Además, y eso era tal vez lo más importante, aunque siempre hubo música para adultos y niños, el rock fue el primer tipo de música creado específicamente para adolescentes y jóvenes ¡éste no desplazaba ningún otro tipo de música, simplemente llenaba el vacío!

Con Rubín de la Borbolla recorrí el Museo de Arte Folklórico, que estaba lleno de un impresionante arreglo de textiles, juguetes, muebles, joyería, cerámica y objetos de cobre y plata.

–Pero Daniel –le dije– a mí me dijeron que el arte popular estaba en una situación terrible, entonces ¿cómo es posible tener un acervo así en tu museo?

Él se quedó perplejo: –No creas todo lo que escuchas –me dijo– desde que tú estuviste, el gobierno y los bancos han revivido industrias que dábamos por muertas y desaparecidas. Por otro lado, se han impulsado nuevos diseños y materiales, nuevas formas y técnicas. Y noté que el museo estaba lleno de compradores.

–¿Cómo es el negocio? –pregunté.

–Muy bueno –contestó– inclusive vendemos sus piezas alrededor del mundo.

–Bien –dije– puedo ver que las artesanías populares están floreciendo, pero ¿qué hay sobre la música?, ¿recuerdas todo el trabajo que hice en los años cuarenta, todavía está vivo?

—Ahora has regresado —dijo— eso es lo que tú tienes que encontrar por ti misma.

Años antes había prometido regresar al estado de Michoacán, el escenario de mi primer viaje, fue ahí donde escuché la música purépecha que inspiró mi trabajo en pueblos indígenas. Tan pronto como pude abordé el autobús y viajé por la misma carretera por la cual había pasado 22 años antes; una carretera angosta de dos carriles, con curvas que revelaban paisajes encantadores. La primera vista que tuve de Mil Cumbres con un sinfín de cadenas montañosas distantes me llenó de emoción, llegué a Morelia, la capital del estado, en un autobús de segunda clase, cargado de indígenas que llevaban canastas enormes llenas de víveres y gallinas. A mitad del camino el camión se descompuso, afortunadamente un taxi nos recogió y nos llevó sanos y salvos a Pátzcuaro. La última vez que lo había visto fue en 1942, pero estaba igual, misterioso, sereno fresco y gris, en la luz del día que se apagaba.

Pedazos de historia vinieron a mi mente, cinco siglos antes este hermoso lugar había sido el centro del Imperio Purépecha, una de las grandes civilizaciones mexicanas, se dice que los aztecas, derrotados por los conquistadores españoles, enviaron cartas a Tzintzuntzan, la capital purépecha, pidiendo ayuda, pero les fue rechazada, los aztecas eran el enemigo de todos y los purépechas, así como otras tribus, no se apresuraron a hacer un rescate y como Tenochtitlán, la capital azteca, cayeron también las otras civilizaciones menores.

Poco había cambiado el pueblo desde 1942; mis primeros recuerdos fueron reconfortantes, ¡ni siquiera los empedrados habían quitado!, y en el mercado, sentadas en el piso, estaban las mujeres vendiendo sus mercancías como en el pasado. Cuan hermosas se veían en sus rebozos rayados negros con azul, con sus brillantes trenzas negras decoradas con listones de colores y sus voluminosas faldas atadas a la cintura con cinturones tejidos de lana. Como en los viejos tiempos, frutas y vegetales, trucha dorada y pescado blanco fresco estaban atractivamente ordenados en pequeños montoncitos en los puestos de comida, vendedores cercanos mostraban jorongos de lana, cerámica roja y verde, y sombreros finamente tejidos hechos de hierbas que crecen en la ribera del lago; me aventuré felizmente entre la gente y sí ¡todo estaba igual!

Visité el nuevo Museo de Arte Popular, ubicado en un encantador edificio colonial con habitaciones amplias y un hermoso patio. Teresa Dávalos, la directora, me aseguró que los radios de transistores, así como artículos de plástico, que había visto en el mercado, no significaban la pérdida del folclor:

–Mira esto –me dijo guiándome a una exhibición de brillantes piezas de cobre labradas a mano–, éstos están hechos en el pueblo de Santa Clara, que hasta hace pocos años era un pueblo en miseria y ahora es una industria floreciente; y eso sólo es un ejemplo.

–Pero ¿qué hay de la música? –pregunté.

–Eso también lo apoyamos –continuó Teresa– hay más música, danza y compositores que antes. Cada año tenemos festivales patrocinados por el gobierno con reconocimientos y premios en dinero para los mejores artistas. Todo mundo quiere el dinero, por supuesto, pero eso también es un asunto ligado al orgullo. Sólo para asegurarte que no estoy imaginando las cosas, ¿por qué no vas a la isla de Jarácuaro y ves por ti misma?

Unos días después contratamos a un taxi que nos llevó a lo largo de un camino polvoso y lleno de hoyos alrededor del lago, y después en una canoa llegamos a la isla, en medio del lago. Los cantantes, músicos instrumentistas y compositores que había conocido me convencieron de haberme tropezado con una bonanza musical jamás imaginada, ni siquiera en mis sueños más fantasiosos.

Esa visita en 1964 era sólo el comienzo. Los siguientes años pasé mis vacaciones de verano y de invierno con mis alumnos de City College grabando en toda la región purépecha. Sin dinero propio fui lo suficientemente afortunada por recibir patrocinio de la Sociedad Filosófica Americana y ayuda del gobernador de Michoacán, Agustín Arriaga. Y debo reconocer, por supuesto, que sin el apoyo de la gente, mestizos e indígenas por igual, nunca hubiera podido hacer nada. En la ciudad de Uruapan, la entrada a la región montañosa de los purépechas, Arturo Macías, un arquitecto dedicado al folclor, me dirigió a los músicos de la zona. Cada día llegaban músicos a casa de Arturo a grabar, un arpista ciego que se ganaba la vida en la plaza del mercado tocando una canción por un peso y un trío de cuerdas que cantaban en un extraño falsete iban diario a la casa de Arturo a grabar su música, el mejor, por mucho, era un trío de niñas mestizas, las hermanas Pulido, y sus tías, las hermanas Solorio, que cantaban canciones indígenas y con quienes formé una larga y buena amistad.

Por mi cuenta encontré músicos con y sin escuela por todos los rumbos de la zona; por ejemplo, los hermanos Bautista, Joaquín, el guitarrista, y Francisco, el violinista, graduado en el Conservatorio Nacional de Música, de familia de músicos desde el siglo XIX. En ese tiempo su pueblo natal, Paracho, famoso por la manufactura de guitarras, tenía una escuela de música ampliamente respetada. A pesar de que la escuela ya no existe la familia Bautista aún recuerda con orgullo su pasado musical. No sé exactamente cuándo las dos formas más populares de canciones

purépechas, la pirecua en tres cuartos de tiempo y el abajeño en seis octavos de tiempo, fueron creadas, o por quién, pero supongo que no lejos del siglo XX; la forma no ha cambiado desde entonces, sólo ha ganado nuevas palabras, pero la música está basada en estructuras viejas.

Durante años había estado grabando música del pasado, las llamadas canciones tradicionales y estilos instrumentales, yendo hacia atrás en la historia. En Michoacán la música era del momento, las viejas canciones eran olvidadas y las nuevas estaban en boca de todos. El compositor más prolífico del área, Juan Victoriano, del pueblo de San Lorenzo cerca de Uruapan, expresaba el principio clara y simplemente, un día le dije:

–Juan, cada vez que vengo aquí grabo tus canciones más nuevas, pero nunca aquellas que escribiste hace años, ¿por qué? Él me miró sorprendido. –Señora –contestó– ¿por qué debería cantarlas?, ya han sido cantadas hasta por las hermanas Pulido (las hermanas mestizas referidas anteriormente).

Por supuesto, admito que hay cierta lógica en esta actitud, pero como profesionista que soy quería grabar todas sus canciones, desde la primera hasta la última, y finalmente lo convencí, sin más desapareció hacia su casa y regresó unos minutos más tarde con un altero de cuadernos de notas. En esos viejos cuadernos había escrito todas las letras de sus canciones en su propio lenguaje indígena, el recordaba todas las melodías al tocarlas en su violín con la ayuda de su amigo en la guitarra.

Las semanas pasaban convirtiéndose en meses, me di cuenta de que la música en Michoacán era una gran industria, en cualquier lugar adonde fuéramos llevábamos cargando nuestra grabadora y nos rodeábamos de cantantes y guitarristas ansiosos de cantar sus propias canciones o las de otros, y dado que éramos la gran atracción en el pueblo toda la gente se congregaba a ver. Dondequiera encontrábamos artistas dedicados, perfeccionistas y desilusionados cuando daban un concierto pobre, algunas veces nos buscaban donde nos hospedábamos y nos preguntaban si los podíamos grabar de nuevo, canté mal ayer cuando estabas en el pueblo, se quejó un cantante, podrías grabar mi canción otra vez.

Desde luego que mis estudiantes entrenados en la universidad tuvieron que acostumbrarse a principios diferentes a los propios. Algunas veces tenían que afinar las guitarras para los músicos indígenas, creyendo estarles ayudando.

–Ah, eso se escucha maravilloso –les decían, admirando el saber de los estudiantes. Sin embargo, al ir pasando la sesión de grabación, los instrumentos iban desentonando y nunca se molestaban en reentonarlos. Un día una de mis estudiantes, Jody, trató de tocar en un violín que creía que estaba en un estado lamentable.

–Nadie puede tocar en esta cosa –dijo, tratando sin éxito de tocar una pieza en él; al poco tiempo el dueño apareció y acomodó el violín debajo de su barba, acomodó el arco en las cuerdas y sonaba bien. Jody se rascó la cabeza y comentó: –Bueno, ¿estaré loca?, nunca lo hubiera creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos. En ese momento decidimos ya no tratar de mejorar la manera indígena de tocar la música y dejarlo por la paz.

Como pasa con nosotros, los compositores se “traicionaban” unos con otros, prestando canciones de uno a otro, o copiando arreglos instrumentales, lo que trajo acusaciones de plagio; un día cuando nos preparábamos para dejar Jarácuaro oí gritos detrás de mí y esperé a que un pequeño grupo se acercara:

–Señora –me dijeron– somos la familia de Nicolás Suárez, a lo mejor ha oído usted de él.

–Claro –contesté– era un famoso compositor de los años veinte. Suárez se había convertido en una persona bien conocida por sus canciones románticas, había sido invitado a cantar a la ciudad de México, al llegar le saturó el ruido de la ciudad y se apresuró a regresar a casa para nunca aventurarse más; envueltos en risas de mi conocimiento de su pariente lanzaron su protesta.

–Usted sí sabe –dijeron acusativamente– que la mayoría de las canciones cantadas en la casa de Antonio Cruz pertenecen a nuestra familia, nos robaron lo que es de nuestra propiedad. Sólo pude simpatizar con ellos y asegurarles que les daría el crédito apropiado ahora que todo había sido grabado en casete.

Como he descrito antes, a los indios mexicanos les encanta el teatro y Michoacán tiene su propia variedad. Juan Macario Santos, maestro de una escuela local de Jarácuaro, contaba el siguiente incidente:

–Dice la historia que hace muchos años, y quién sabe cuando exactamente, la gente de un cierto pueblo cerca del lago de Pátzcuaro estaban celebrando la Semana Santa con una obra de la pasión; uno de ellos fue escogido como Cristo y los espectadores que actuaron como parte del espectáculo se dejaron llevar tanto por el papel que hacían en el drama, que literalmente apedrearon de muerte al actor de Cristo. Fue una cosa terrible les digo, la familia reclamó a las autoridades, pero no pudieron hacer nada, después de todo no podían perseguir al pueblo entero. Los parientes fueron parcialmente aplacados cuando les sugirieron que el señor había muerto en un estado de gracia, esto sucedió hace mucho tiempo, pero la gente todavía habla de eso.

Como en otros lugares de habla española desde la Edad Media, en Pátzcuaro se celebra la Navidad con pastorelas y, como describe Macario, es una mezcla pagana de historias bíblicas y hasta pasajes de *Las mil y una noches*. En la isla de Jarácuaro donde nací –comentó–, las pastorelas son una lucha entre el

bien y el mal. Por un lado la adoración de los nobles pastores y en el otro siete demonios negros con máscaras negras y colmillos, y largas lenguas rojas con ojos rojos, suficientemente realista como para asustar a los niños.

La descripción de Macario, meramente descriptiva, evita hablar de un significado más profundo. Sin embargo un día en la casa de Juan Victoriano en San Lorenzo presencié una escena de las pastorelas, revelando un lado inesperado de las actitudes indígenas hacia la autoridad, primero tres tímidas niñas cantaban las canciones especiales compuestas por Victoriano, luego él recitaba el texto formal en español, leyendo un manuscrito impreso rentado, repentinamente el público se convulsionaba de la risa, en vez de tomar en serio las rígidas y pomposas líneas, se burlaban de ellas, burlándose a su vez de los manierismos de la clase social alta.

Uno de los eventos que realmente me dio risa fue que siempre he notado el tacto con el cual la iglesia católica maneja las creencias persistentes. Aunque los purépechas son los más modernos de las tribus que visité en la década de los cuarenta, aún conservan algunas costumbres meramente prehispánicas; en 1946 justo a tiempo para el festival de Corpus Christi, en una fiesta cristiana que cambia fecha pero que coincide con la entrada de la estación de lluvias, es decir, la estación de siembra, un día las autoridades indígenas de la isla de Pacanda nos invitaron a su celebración, en una brillante mañana de domingo en julio. La lancha de la comunidad nos recogió en el puerto de Pátzcuaro, con nosotros se encontraba el sacerdote de este pueblo y un grupo de jóvenes mujeres de su parroquia que iban de paseo. Al llegar inmediatamente fuimos a la iglesia aromatizada con incienso, en donde hombres y mujeres se arrodillaban en las frías piedras del piso y los perros merodeaban desconsoladamente entre los creyentes; de pronto el sacerdote que había hecho el viaje en unos mugrientos jeans remangados en los pies, apareció en el altar decorado de flores en una vestimenta de blanco royal con decorados de oro para la misa. Afuera las gigantescas campanas sonaban, los cohetes se mandaban al cielo mientras que dentro de la iglesia las alabanzas estaban siendo entonadas por cantantes de voces altas, acompañados de un armonio.

Cuando la misa concluyó todos nos enfilamos hacia fuera para presenciar el ritual de plantación prehispánico, grupos de toros adornados con flores y orejas de semilla de maíz jalaban viejos azadones de madera alrededor de un atrio de tierra haciendo surcos para plantar simbólicamente las plantas de la semilla del maíz. Un cazador que usaba una máscara de Hitler, llegó repentinamente y entraba y salía del círculo de gente actuando como payaso y sonriéndoles a los niños, de vez en cuando apuntaba su rifle a una concha de armadillo que colgaba de un hilo.

Mientras la fiesta pagana tenía lugar, el sacerdote apareció desde la iglesia y dirigió la procesión por los surcos, detrás caminaban las mujeres indígenas solemnes y descalzas, llevando velas encendidas, los hombres cargaban un enorme pescado de papel, unidos en una línea, y los demás caminaban atrás con nosotros al final; echaban cohetes al aire y detrás de los árboles se veían líneas de fuegos artificiales, tronando en una rápida secuencia de fuego, culminando en ruidos ensordecedores. Tres bandas tocaban simultáneamente, cada una su propia pieza sin inmutarse de los otros y, por supuesto, repiqueteaban las campanas de la iglesia, mientras tanto, un partido de basquetbol se jugaba en una cancha vecina, los niños pasaban por un momento, veían la ceremonia con mirada desinteresada y continuaban su juego.

Cuando terminó la procesión le pedí al joven sacerdote una explicación.

—Primero déjeme asegurarle que la iglesia no interfiere con estos rituales antiguos, antes de los españoles los indígenas pedían a los dioses paganos lluvia y ahora como católicos le solicitan favores a la virgen.

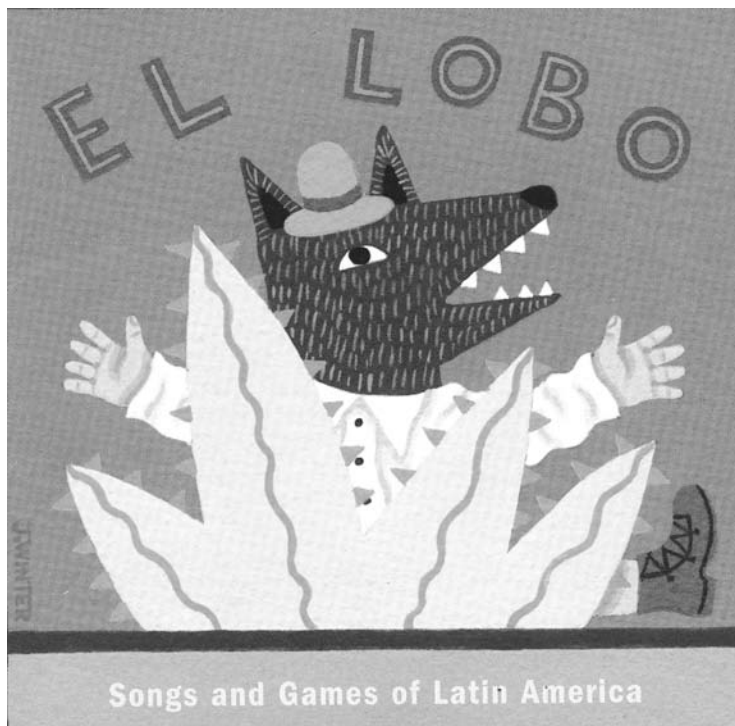
—¿Qué me puede decir sobre el cazador y la concha de armadillo y la máscara de Hitler qué me dice de él? —el sacerdote sonrío.

—Él es el entretenimiento, el personaje dual, malo y cómico a la vez, y el armadillo que mata es la materialización del mal, él es el único personaje dramático de la fiesta, es el filósofo, el comentarista de la vida.

—¿Qué clase de comentarios hace? —le pregunté.

—No sé de cierto, porque yo no entiendo la lengua, bueno aún no me queda claro, pero me imagino que el filósofo que apunta al armadillo dio en el blanco haciendo reír y divirtiéndonos ante la autoridad.

Aunque la cultura indígena ha absorbido gran parte de mi atención, nunca he perdido interés en las canciones y los juegos de niños, todos sin importar su color o sus raíces; las canciones de adultos son serias, pero los niños cantan, corren, bailan y se imaginan. Sin importar a donde voy siempre he grabado sus canciones y juegos; en Uruapan conocí a la familia Illsley, norteamericanos que se habían asentado ahí después de la Segunda Guerra Mundial, Bundy una delgada y alta mujer y Walter, quienes tenían seis hijos, cinco de ellos nacidos en México, y llevaban un excelente negocio de telas de lana tejidas a mano. Me encantaba su casa, un lugar informal donde los niños dormían cuando querían y comían a deshoras, en un tipo de restaurante de autoservicio las 24 horas. Walter había estado en China después de la guerra y había seguido la ruta de Mao Tse-Tung y su ejército triunfante en contra de los japoneses, Bundy era un miembro práctico de la familia y mantenía la casa y el negocio a flote.



Portada del disco compacto *El Lobo. Cantos y juegos de Latinoamérica*, de niños de México, Ecuador y Puerto Rico, Recorder Kids, 1998.

Un día Bundy me sugirió que grabara a los niños del vecindario que llegaban a jugar y cantar en su casa todos los días después de la escuela, Cathy su hija de diez años se ofreció a ser mi asistente. El día que llegué con mi equipo, Bundy salió a la calle, sonó un silbato y en diez minutos los niños ya venían corriendo, las niñas mayores cargaban a las más pequeñas en brazos, todos impacientes por cantar, mi corazón se derritió al verlos, las niñas bien hermosas con su piel café aterciopelada, cabello brillante negro y grandes ojos negros, entonces las oí cantar ¡no podía creer lo que escuchaban mis oídos, tal perfección, el ensamble sin error alguno!

—¿Habían ensayado?

—De ninguna manera —contestó Bundy— esa es la manera en que cantan todos los días que juegan juntas.

Sacamos a las niñas más pequeñas y grabamos a las de diez y doce años, Cathy orgullosa de su autoridad las mandaba de un lugar a otro.



Henrietta Yurchenco acompañada por el doctor Rubín de la Borbolla y otros funcionarios, entrega al director del INI Arturo Warman copia de su acervo de música indígena grabado en los años cuarenta, 1990. [Fototeca Nacho López, CDI.]



Henrietta Yurchenco en una conferencia en el INI donde se anunció que el Acervo de Etnomusicología llevará su nombre, la acompañan el director Guillermo Espinoza y Benjamín Apan. 1994. [Fototeca Nacho López, CDI.]



Henrietta Yurchenco con las hermanas Pulido a las que grabó por primera vez 29 años atrás, en el auditorio del Instituto Nacional Indigenista, en la ciudad de México, 1994. [Fototeca Nacho López, CDI.]

Tiempo más tarde saqué a la venta un disco de larga duración con sus canciones que se hizo muy popular en las escuelas de Nueva York.

En 1966 fue el último viaje de grabación, pero mi relación con los purépechas continuó. En 1994, al terminar una plática en la ciudad de México, de repente escuché mis propias grabaciones en todo el auditorio y, bajando por el pasillo central venían las hermanas Pulido, 29 años después, pero inmediatamente reconocibles, ahí estaban vestidas de la misma forma que lo habían hecho años antes, las faldas largas y blusas blancas con el largo cabello trenzado con listones de colores, me quedé perpleja era una verdadera sorpresa, subieron al escenario nos abrazamos y el público se encendió con aplausos. ¡Ah! hubo emoción, abrazos y lágrimas de alegría, las hermanas cantaron mis canciones favoritas y yo me les uní si no con las palabras, por lo menos con las melodías.

Desde entonces he regresado varias veces a Michoacán y también a la ciudad de México.

–Verás a todos tus viejos amigos –me dijeron en un viaje, mientras íbamos por carretera hacia Michoacán– tenemos una invitación a cenar en la casa de Juan Victoriano, en San Lorenzo.

Mi corazón empezó a latir más rápido, ¡que maravilla –pensé– lo estaré viendo después de 30 años! ¿Cómo se verá ahora, nos reconocere-

mos? Las preguntas pasaban una y otra vez por mi mente. Unas horas más tarde atravesábamos el patio de su modesta casa y ahí justo a la entrada estaba Juan, su cara envuelta en sonrisas; después me enteré de que había pasado una noche sin dormir en anticipación a mi visita, nos abrazamos como viejos amigos y nos rodearon sus hijos Cecilia y Pedro, ahora casados, sus cónyuges y sus hijos, todos deseando los mejores deseos y esperando abrazarme también.

De repente Dominga, su hermosa mujer, se quedó parada frente a mí, sin decir una sola palabra, me miró a los ojos, me abrazó, me besó y sus lágrimas brotaron incontenibles. No puedo recordar otra ocasión que me haya conmovido tanto. En los años sesenta, durante todas las sesiones de grabación en su casa ella había estado al fondo, resentida, tal vez celosa y ahora estaba allí: toda una presencia a la cual reconocer. Durante toda mi estancia en la región, ella atendió todos los eventos públicos, conciertos, pláticas y ceremonias en mi honor, una mujer digna.

La amistad con Juan y Dominga se extendió a sus hijos. Una vez estando en Uruapan llegó su hijo Pedro, un hombre muy inteligente quien estaba ansioso de convertirse en periodista.

–Pedro –le ofrecí– ¿te gustaría ser mi asistente? Él prácticamente brilló de emoción.



Henrietta Yurchenco con Juan Victoriano, violinista y compositor y su hijo, en una sesión de grabación en San Lorenzo, Michoacán, México.

[Fotografía de Joaquín Huerta, agosto de 2002.]



Henrietta Yurchenco con Juan Victoriano, violinista y compositor y su esposa Dominga en San Lorenzo, Michoacán, México. [Fotografía de Lilia Cruz, noviembre de 1994.]

—¿Qué debo hacer? —me preguntó.

—En tu niñez —dije—, ¿quién te contó historias, dichos, sobre tu familia, sobre el pueblo?

Pedro se detuvo un momento, pensó y con los ojos parpadeando dijo:

—Entiendo lo que estás diciendo, fue mi mamá la que pasó gran parte de mi niñez conmigo, ella me contó esas historias.

—¿Qué me puedes decir sobre dichos y proverbios?

—Alteros de ellos —contestó.

—Bien —le dije— sólo prepara tu grabadora y videgrabadora y vamos a trabajar. Hasta donde sé, continúa haciéndolo hasta ahora.

Pronto descubrí a otras mujeres como Dominga, con una nueva actitud hacia la vida. Años antes había escuchado de una trabajadora social, en una estación de un poblado purépecha, historias de abuso sexual de hombres en contra de sus mujeres; finalmente las mujeres amenazaron a los hombres con violencia si no dejaban de abusar de ellas, no conozco las consecuencias de este acto, pero a mediados de los años noventa era evidente el cambio, las mujeres indígenas empezaban a poner sus propios negocios y se preparaban para el éxito.

Esta música se titula *me dejaste Alegría y tristeza* Composición 10 de
 Juan Victoriano Cúora FECHA 10 de noviembre 1994
 P.R. Juan V. C.

Esta piececua se titula *Recuerdo*

1.- *Me dejaste con Alegría,
 y tristeza, y yo suspiro,
 porque ya me queda, fluyendo,
 por ahí doctora enrieta,*

R.- *Si Dios nos presta la vida
 Para volvernos a encontrar pronto
 este año noventa y cinco Ay
 Doctora enrieta no olvides nuestro
 Mexico querido,*

2.- *Este recuerdo que me dejaste, una flor de tu país,
 linda y hermosa, para plantar aquí en
 México lindo y en michoacan,*

Juan Victoriano

Partitura "Me dejaste alegría y tristeza" de Juan Victoriano a Henrietta Yurchenco, 10 de noviembre de 1994 (inédito).



Benjamín Apan, su esposa Alicia, Sol Rubín de la Borbolla, Directora del Museo Nacional de Culturas Populares en México, Henrietta Yurchenco, una persona no identificada y Pedro Victoriano, en Uruapan, Michoacán, México. [Fotografía de Lilia Cruz, 1996.]

La radio ha invadido las comunidades indígenas, el Instituto Nacional Indigenista ha establecido más de una veintena de estaciones de radio en diferentes distritos indígenas. En el poblado de Cherán, la mitad de las trabajadoras de la estación eran mujeres; en una ceremonia en mi honor, una joven mujer indígena hizo una traducción simultánea de mis comentarios en español al purépecha. Dirigidas por indígenas, las estaciones no sólo transmiten música a la comunidad, también sirven de archivo musical, donde los compositores graban sus nuevas canciones, además, los jóvenes locutores abren puertas al mundo a sus radioescuchas, incluso encontré los últimos éxitos del caribe, los Beatles y otras estrellas de los sesenta.

Mientras que mis investigaciones en esos años fueron exitosas no puedo olvidar que los sesenta fueron una época de inestabilidad política en todas partes del mundo. Estuve en México antes y después de los terribles eventos de 1968, cuando centenas de estudiantes fueron reprimidos en la Universidad Nacional y otros cientos más hechos prisioneros. Llegué un día al aeropuerto sólo para enterarme de que varios de mis viejos amigos estaban encarcelados a pesar de no haber cargos en contra de ellos.



Citlali Ruiz, Directora de Radios INI, Henrietta Yurchenco y Lilia Cruz, antropóloga amiga, al regresar de la inauguración de la Radio INI de Etchojoa-Sonora, en donde Henrietta entregó copia del material que grabó en esa región en los años cuarenta, 1996.

Mi amiga Waldeen regresó de su larga estancia en Cuba con los sentimientos destrozados, como muchos otros intelectuales, por la situación en la isla. A pesar de haber tenido un éxito significativo como coreógrafa de "ballets modernos masivos", estaba preocupada por la influencia soviética en la vida cultural cubana. Hay una historia al respecto que la tengo pegada en la memoria.

En una reunión política de bailarines, el representante soviético hizo el siguiente comentario:

–La danza moderna es creación del imperialismo capitalista, el ballet clásico es la verdadera expresión del proletariado.

–No podía creer lo que escuchaba –decía Waldeen– el ballet clásico fue creado originalmente para placer de la realeza rusa, aún hoy en día a las mujeres las pintan como muñecas y los hombres son figuras de machos afeminados, ¡no es mi idea un ballet de trabajadores!

Istmo de Tehuantepec 1971-1972, 1992

Me prometí a mí misma regresar al Istmo de Tehuantepec y 26 años después estaba en camino, pero esta vez con dos estudiantes de City College, Jennifer Sookne y Meryl Gordón, y mi hijo Peter que ahora cursaba el primer año de la escuela de medicina. Fuimos en tren a Oaxaca y luego tomamos un taxi a lo largo de una nueva carretera hacia el Istmo, después de horas de espectaculares paisajes montañosos el camino poco a poco fue descendiendo a nivel del mar. ¡Que familiar me parecían las palmeras, los campos de piñas y las mujeres con sus largas faldas cargando canastas, y el calor!

¡Pero momento!, no era lo mismo, primero en el pueblo de Tehuantepec encontramos un cómodo hotel que, para nuestra sorpresa y agrado, tenía una alberca y un restaurante bastante decente. En una caminata hacia el centro del pueblo vimos un nuevo mercado techado, una sucursal bancaria con aire acondicionado y una tienda de discos en la que tocaban con alto volumen jazz, The Beatles, rock and roll y la última música del Caribe. Incluso el viejo tren, El Tehuano, que cruzaba el Istmo del Atlántico al Pacífico, ya no se usaba.

Me arrastró un alud de recuerdos, ¿cómo podría olvidar ese viejo tren con su cascabeleo?, ¿y las mujeres ostentosas y agresivas que comerciaban y cargaban sus atados de langostinos colgados en ganchos para abrigos? Recuerdo la frustración del conductor cuando las comerciantes obstruían los pasillos con sus enormes canastas con productos, y todavía puedo oír los gritos de las mujeres ofreciendo sus mercancías después de cada silbatazo, la cacofonía de sus voces, el jaleo y el empujar, el desarreglo colorido; todo eso que ya no se veía en la década de los setenta.

¿Por qué estaré tan fascinada por este pedazo de tierra, plano, polvoso y caliente? He visto escenas más dramáticas en otros lugares, sin embargo, éste me tiene atada, tal vez estoy fascinada por los sitios arqueológicos imponentes como Monte Albán y Mitla, justo a las afueras de la ciudad. Nunca podré olvidar esa joven niña que en 1942 susurraba *La Sandunga* mientras arrullaba a su pequeño bebé en brazos; en este viaje oí todas las versiones con Pablo Castañejo, un hombre de Juchitán que se acompañaba con guitarra. Desde luego pertenecen a los tesoros melódicos del mundo, inolvidables canciones de amor tan sensuales y profundas, llenas de deseos, lamentos y culpas. Sin embargo la música es territorio masculino, ellos son los poetas, ejecutores y compositores, pero muchas de las canciones son sobre el amor, un amor muy difícil de obtener y conservar. Las mujeres conocen las canciones, pero no las cantan en público, su esfera musical está dentro de la iglesia católica.



Mujer del Istmo. [Fototeca "Nacho López", CDI.]

Yo estaba obsesionada con la letra de *La Llorona*. ¿Quién era esa mujer?, ¿por qué esa mujer y esos versos tan trágicos? No recuerdo quién me contó la historia sobre el origen de la canción, que escribí en mi diario y dice: "Un hombre rico puso una casita para su amante que era una simple y pobre muchacha con quien compartía su vida y su amor; ella tenía tres hijos de él. Sin embargo, su familia lo casó con una rica mujer de sociedad y su amorío terminó. Ella enloquecida por el dolor del abandono, acuchilló a sus hijos de muerte y después corrió salvajemente por las calles de la ciudad. Hasta hoy en día la gente dice que la ve por las calles llorando por sus hijos y vengándose de los hombres." A pesar de que esta historia es de fuentes coloniales hay semejanza con un cuento prehispánico; en éste una diosa muere después de dar a luz a su primer hijo y regresa a la tierra asaltando a niños y adultos. En realidad ninguna de estas leyendas hace referencia a *La Llorona*, pero el nombre ha permanecido como símbolo de un aspecto trágico del amor y de la vida misma. A continuación presenté un párrafo de la versión del estado de jalisco, cantado por Chavela Villaseñor en 1942:

yo tenía una barca de oro
para irme a La Habana
y por seguirte, mi tesoro,
perdí mi Guadalupana,

esta última línea se refiere a que perdió la protección de la virgen de Guadalupe, la santa patrona de México.

El siguiente verso es del Istmo, es un raro párrafo cantado por Pablo y dice:

Dicen que no tengo duelo porque no me ven llorar,
hay muertos que no hacen ruido y es más grande su penar.

Pero la gente del Istmo es tan fascinante como su música; antes que nada se ven muy diferentes a la del centro de México, entre caras morenas hay ojos verdes, piel morena, pelo rubio, signos visibles del mestizaje con otros pueblos. En el siglo XIX los franceses bajo el mando de Napoleón enviaron a Maximiliano a gobernar México, con él llegaron europeos a la región, para tratar de construir el canal que conectaría al océano Pacífico con el Atlántico a través del Istmo de Tehuantepec; esto nunca sucedió y los inversionistas se fueron tan pronto el proyecto del canal fue trasladado a Panamá.

Las mujeres del Istmo fueron las que realmente llamaron mi atención pues son las mujeres más elegantemente vestidas de México y, como los kimonos ceremoniales japoneses, su vestimenta de fiesta está decorada por satines bordados y terciopelos que cuestan una fortuna; hasta hoy en día el objeto más apreciado es el collar de oro de monedas mexicanas que datan del siglo XIX, quién sabe a que precio; pero como Lorelie Lee, ellas creen, que los diamantes y en este caso el oro, son los mejores amigos de la mujer.

Sin embargo la parte más distintiva del traje es el tocado, diseñado a partir de un vestido de niña almidonado y plegado de encaje en un blanco impecable que se cree originario de China, las tehuanas lo ponen en su cabeza a través del hueco para el cuello y el encaje almidonado forma un halo alrededor de la cara o lo arreglan en la cabeza para que los pliegues hagan un abanico que cae como cascada hacia su espalda.

Estas mujeres también son fuertes figuras económicas, son las verdaderas jefas en los mercados y esto, aunque no es algo inusual pues las mujeres en todo el mundo trabajan en los mercados, sin embargo en el Istmo son las dueñas de los negocios, algunas de ellas son ricas y además son dueñas de tierras o cafés, un gran contraste con el resto de mujeres que había conocido, siempre echando tortillas, embarazadas y con un bebé en las rodillas.

Las mujeres del Istmo no pierden su tiempo en amabilidades; un día cuando caminaba entre los puestos del mercado de Tehuantepec, una vendedora me gritó:

–Ven a comprar mis calabazas.

–No las puedo usar –le dije– no vivo aquí.

Entonces ella gritó:

–Jódete –y me indicó que me fuera con una seña.

Una calurosa tarde mis alumnos y yo fuimos invitados a un baile concurrido principalmente por mujeres y niños; debajo de un tejado la orquesta se protegía del sol, tocando todas las canciones que recordaba de los años cuarenta, la *Sandunga*, *La Llorona*, *La Petenera*. Las mujeres bailaban entre ellas y moviéndose sin esfuerzo a través de la pista, ignorando completamente el ritmo de la música. A nuestra llegada suspendieron la música y el baile, y todo mundo se juntó a nuestro alrededor llenándonos de preguntas:

–¿Todas estas personas son tus hijos? –me preguntó una vieja mujer– ¿van a vivir aquí, usar nuestra ropa y aprender nuestro lenguaje?

A diferencia de los niños en el centro del pueblo que estaban ansiosos por obtener centavos de los turistas, estas mujeres no tenían ningún interés de aprender el inglés. Un momento después una vieja mujer sin dientes ya nos estaba enseñando nuestras primeras palabras en zapoteco, "¿tulalu?", cuál es tu nombre.

Intercambiamos puntos de vista, y yo les pregunté sobre el movimiento de liberación femenina en Estados Unidos.

–Hemos oído –contestaron algunas– y ya es tiempo de que haya uno aquí. Otra mujer explicó la vida de las mujeres exactamente como la vivía la mayoría: –claro, todos trabajamos juntos, hombres y mujeres, en la mañana hacemos el desayuno, lavamos los trastes –se cruzó de brazos– después planchamos y barremos –entonces saltó de su silla para hacer movimientos como si estuviera barriendo todo el piso– y después viene la noche... –dejando la oración abierta vio hacia el techo dobló uno de los dedos de la mano y le pico el ombligo a cada uno de los niños que estaban por ahí.

A diferencia de los otras indígenas, las zapotecas que conocí hablaban abiertamente de sus vidas privadas, del matrimonio, incluso del sexo.

–¿En qué mes estás? –pregunté inocentemente a una mujer con el vientre inflamado, ella sonrió y negó con la cabeza, obviamente apenada por mi pregunta.

–No, no está embarazada, interrumpió otra mujer, es su esposo, han estado casados durante siete años y no hay nada que lo demuestre,

no tiene huevos. Ella sonrió enseñando sus rosas encias, hasta que las toses de otras mujeres la detuvieron, en ese momento las otras mujeres voltearon a ver a la joven y movieron sus cabezas en apreciación a ella. En esta sociedad una mujer sin niños está hasta abajo en la escala social.

Y así es aquí estaba yo en una parte de México en donde las mujeres no son amas de casa, sino comerciantes en el mercado y se ganan la vida y comparten los quehaceres domésticos con sus hombres. Sin embargo las relaciones sexuales son exactamente como en el resto de México, en las semanas en que estuve en el Istmo pude escuchar suficientes historias sobre infidelidades e irresponsabilidades de los hombres como para llenar un libro; la expectativa de las mujeres es ser monógamas mientras que los hombres tienen libertad de dormir con quienes quieran. Sin embargo el sexo antes del matrimonio es bastante común y los hijos ilegítimos no son estigmatizados.

Una noche, después de una larga sesión de grabación, nos refrescábamos en el jardín del hotel y le pregunté a un músico, Benjamín Betanzas:

—¿Qué piensas del machismo en el Istmo?

—Sí —admitió— está aquí porque un hombre tiene que tener respeto, si su esposa se va y el esposo la encuentra, abusa de ella y algunas veces hasta la mata ¿que otra satisfacción puede tener el hombre?

Lo que vi con verdadera sorpresa fue la actitud de las mujeres hacia la homosexualidad, algo que había aprendido en una visita a la región 20 años atrás. Una vez más en el Istmo, esta vez con unos amigos mexicanos, Victoria Eugenia Landeros una dotada y joven diseñadora de modas, y Joaquín Huerta, un economista y fotógrafo, fuimos invitados a una comida en mi honor en el Centro Cultural de Juchitán en la que conocimos a poetas y músicos, y recibimos grabaciones de sus obras más recientes. Mientras comíamos la especialidad del Istmo, iguana rostizada, que tiene un sabor a pollo, pero con más huesos, hablamos sobre las mujeres.

—Ah —dijo el joven músico— nuestras mujeres son ejemplares, fuertes, inteligentes y muy abusadas. Yo, sin alzar la voz y preguntando tan inocentemente como pude, le dije:

—Y entonces, ¿por qué sus mujeres no tienen los mismos derechos sexuales que ustedes tienen? Pude haber soltado una bomba en vez de esa pregunta. Tiempo después ya de vuelta a la ciudad de México, Victoria Eugenia felizmente describió esta respuesta a todos los amigos.

—Se quedaron con la boca abierta y no dijeron ni una palabra.

Hasta tiempos recientes la homosexualidad había sido un tabú, algo que se debería de barrer bajo el tapete, no lo recuerdo como un tema de conversación en México hasta un día en una ceremonia de boda en Juchitán.

Las tehuanas estaban vestidas con su ropa de gala, sentadas en bancas debajo de una carpa enorme, los hombres estaban esparcidos por ahí y por allá, la mayoría en la fila de hasta atrás, más como visitantes que como invitados. La banda tocaba y el baile estaba en su esplendor, de repente un precioso ornamento colgado del techo se abrió como pétalos de flor y voló una paloma hasta llegar al cielo, después supé que los diseñadores de estos efectos especiales eran los homosexuales de Juchitán, Marinela Miamo, una antropóloga italiana estudiosa de la zona del Istmo durante largo tiempo me explicó:

–Ellos son los artistas de la ciudad, diseñan casi todo, desde una decoración para boda, algunos son poetas, compositores, músicos o pintores, conforman un grupo muy talentoso.

–¿Y cómo se siente la gente referente a ellos? –le pregunté perpleja.

–depende con quien hables –dijo Marinela– las mamás de los homosexuales no tienen ningún problema, son la seguridad de las mujeres, algunos se casan y tienen sus propios hijos, pero la mayoría se quedan en sus casas y cuidan a sus madres y hermanas cuando los esposos las dejan o cuando están enfermas o muy viejas para trabajar o han quedado viudas. Sabemos que introducen a jóvenes al sexo, pero eso aparentemente no les molesta a las mujeres. No sabemos que pasará ahora, ya que el SIDA ha llegado hasta aquí y las personas tal vez no vayan a ser tan accesibles.

–¿Qué me puedes decir sobre las lesbianas? –le pregunté.

Marinela moviendo la cabeza contestó:

–Oh no, las mujeres no las aceptan porque ellas no tienen hijos –y continúa– hay suficiente tensión aquí entre hombres y mujeres, las mujeres se quejan porque los hombres pasan su tiempo bebiendo, tomando con sus amigos o coqueteando con otras mujeres; –bebió un poco más de su café y continuó– por mucho que las mujeres amen a sus hijos homosexuales, ellas realmente quieren hijas, he visto a muchas mujeres llevar a sus niñas de cinco años al mercado y a la edad de diez ya saben todo el tejemaneje del mercado.

–Una pregunta más Marinela –persistí– y con todo el poder económico que las mujeres tienen aquí, ¿por qué no he visto ni una sola mujer en el gobierno local?, todos son hombres.

–Bueno bueno –ríe encojiéndose de hombros– yo siempre les he sugerido que se propongan para puestos oficiales, pero ellas dicen que la política es un negocio feo, entonces dejan que los hombres lo hagan.

–Pero supongamos que tienen quejas, ¿qué hacen entonces? –le pregunté.

–Lo suficiente; cuando un hombre abusa de alguna mujer, todas van al Palacio Municipal a protestar, entonces puedes imaginarte lo que

pasa cuando un gran grupo de tehuanas enojadas atormenta el Palacio Municipal, demandando sus derechos, los políticos lo único que pueden hacer es lo que les dicen, no sé cuánto tiempo vaya a durar esta situación, pero es la manera en que está actualmente.

No la menos importante de mis actividades, en mi última visita al Istmo fue la de renovar unas viejas amistades; al poco tiempo de haber llegado localizamos la casa de Milo Cortés, el líder de la banda más popular del área, un gran músico de marimba, sí esa era su casa, su nombre estaba escrito fuera de la puerta, tocamos y una joven mujer contestó.

–Por favor –le dije– ¿Milo Cortés vive aquí? Ella me vio fijamente. –Soy Henrietta Yurchenco, estuve aquí hace muchos años grabando su grupo.

–Yo te recuerdo –lloró lanzando sus brazos alrededor mío y abrazándome– tú viniste con tu hijo y con tus estudiantes. En un momento Milo y el resto de la familia se apresuraron a darme la bienvenida, su esposa, sus hijos crecidos, los cónyuges de sus hijos y su gran número de nietos, todos nos dieron la bienvenida a la casa. Después nos hicieron gran número de preguntas: “¿dónde se quedan, si nos quedaríamos con ellos?, ellos tienen suficientes hamacas para que todos durmamos ahí y después podríamos ir juntos a comer al campo y ¿cómo está mi hijo? ah, tienes dos nietos ¿y cuándo los vas a traer, será pronto?”.

Era el tipo de bienvenida que uno sólo puede soñar, me habían recordado como un tiempo alegre en sus vidas. ¿Que más podría pedir en mi vida y en mi trabajo? A pesar de que no nos quedamos con ellos, sí comimos juntos y fuimos al campo a nadar en una noria rodeada de bosque tropical, asamos pescado del río y mariscos en un asador antiguo y disfrutamos de su cálido cariño y de su amabilidad genuina. Ahora llegaba el tiempo de irnos, en nuestro último día Victoria Eugenia, Joaquín y yo nos dirigimos a Salina Cruz, un pueblo de la costa del Pacífico ahora lleno de actividad y convertido en una fea ciudad industrial; buscamos el pequeño restaurante donde yo había probado un incomparable caldo de pescado, pero ya no estaba, se veía como cualquiera de los pueblos contaminados en Estados Unidos, que se extendía por millas a lo largo de la costa y, a la distancia, podíamos ver los barcos cargueros. Los tres nos quedamos en silencio con nuestros brazos alrededor uno del otro y simplemente viendo las olas que rompían en la playa y después lentamente caminamos de vuelta al taxi.



IV. ESPAÑA 1953

En el verano de 1953 me embarqué rumbo a España con Peter, quien tenía entonces cinco años. Tras cinco días de viaje llegamos a la costa portuguesa. Al navegar hacia Lisboa avistamos pescadores en sus botes tipo góndola y vimos los peces saltando del agua como graciosas bailarinas. ¡Todo era tan distinto, tan novedoso, tan fascinante!

Al día siguiente desembarcamos en La Línea, el puerto español próximo a Gibraltar, y de allí pasamos a un pueblo cerca de Marbella. En el camino pensé que estaba de vuelta en México, pues la vegetación y la gente me parecían muy familiares. Finalmente nos instalamos en una modesta pensión y pasamos una semana completa de descanso, nadando en las aguas azules del Mediterráneo, durante días soleados en playas interminables.

¡Vaya estilo de vida!, pensaba. Confieso, sin embargo, que no tuvimos problemas con el nuevo horario: comer un poquito cada dos horas, dormir una siesta, una merienda ligera a las diez u once y, al final, ver a los niños bailar en la plaza o ir al cine. Seguramente, el dicho "dormirse temprano y levantarse temprano hacen a un hombre sano, rico y sabio" no tiene sentido en el Mediterráneo, sino sólo en los países puritanos.

Diez días más tarde abordamos el autobús hacia Granada. Desde la primera visita quedé encantada. Por fin pude ver la Alhambra y el Albaicín, y los lugares donde vivieron Federico García Lorca y Manuel de Falla que para mí sólo existían a través de las fotos, los libros y la música. Un día Peter y yo subimos a los palacios moriscos por la vereda de la Alhambra. Sólo oíamos el sutil murmullo del agua corriendo a los costados del camino. En nuestro ascenso pasamos por la casa de De Falla, lo que me hizo recordar sus *Noches en los jardines de España* y, más adelante, las fuentes, *El pimiento y el tomate*. Pero no estaba preparada para la opulencia de la Alhambra, y la sensualidad de El Patio de los Leones en el palacio veraniego; por primera vez pude apreciar la grandeza, el lujo, que fue el Islam en su apogeo.

Vagando por los palacios encontré detalles fascinantes: Washington Irving ocupó ahí una de las habitaciones mientras escribía sus célebres *Cuentos de la Alhambra*. Irving encontró a unos gitanos acampados en las habitaciones, en medio de trapos y muros ennegrecidos por los braseros de carbón que utilizaban para preparar comida. Años más tarde las autoridades españolas los echaron del lugar.

En Granada tuvimos nuestros primeros y únicos ratos de lujo en España: Peter y yo pasamos cuatro deliciosos días en el ex convento de San Francisco, ahora un parador para el turismo. Rodeados por artículos moriscos de bronce y losa, jardines, espaciosos patios, hermosas fuentes y una vista incomparable del Valle de Granada, vivimos como reyes de leyenda. La comida, el delicado cangrejo como entrada, el succulento pescado a la parrilla y los excelentes vinos tintos me echaron a perder para siempre. Pero esta vida de sueño terminó pronto: pocos días después tuvimos que ceder nuestras habitaciones al hijo del presidente de Francia y regresamos a nuestra modesta pensión.

Así terminé de ser turista. De ahí en adelante me metí, como siempre, en el mundo artístico y en las causas políticas. La primera música que oí en Granada fue la música flamenca. Una noche fuimos al café La Chirimía en el Albaicín, el barrio gitano. Ese "café cantante" tenía fama desde el siglo XIX, cuando el flamenco estaba en su apogeo. No sé como sería en aquellos años, pero en 1953 era un sitio sombrío y humilde.

La Chirimía era también un burdel. Me presentaron a la cortesana principal, una atractiva mujer de unos 40 años. Muy cordial y cariñosamente, me dijo sin afectación que ella se había acostado con todo mundo, desde el primer ministro hasta el más modesto caballero. Volví a verla varias veces, llevando a Peter conmigo. Mientras conversábamos, ella acunaba a mi hijo en su regazo y le prodigaba caricias. Aparte de sus amantes y de sus músicos de flamenco me hablaba también de cosas serias.

—Créame, señora —me decía— García Lorca fue asesinado por la Guardia Civil en la plaza de la Catedral, mientras rezaba. Lo odiaban porque decía la verdad sobre ellos en sus obras de teatro y en su poesía. Arrojaron su cadáver en una fosa común a las afueras del pueblo.

Y suspiraba:

—Ay, Federico, qué poeta tan grande.

Y así seguía hablando y hablando. De pronto se dirigía al viejo guitarrista que se había detenido a escucharla:

—Crees que eres un hombre —le decía, al tiempo que le picaba las costillas—. Quizás algún día lo fuiste, pero ya no.

El viejo sonreía, besaba su mano y se marchaba.

—Escuche —me decía— si va a Madrid le puedo dar una carta para el Ministro de Cultura; la va a tratar bien. Todavía tengo algo de influencia con mis ex amantes.

No acepté su ofrecimiento, pero se lo agradecí.

A veces la encontraba en el café principal de Granada pero ella era muy discreta y nunca hablaba con alguien a quien hubiera conocido en La Chirimía, así que pasaba de largo por mi mesa sin siquiera mirarme. La Chirimía y el mundo exterior eran dos universos distintos y nunca se mezclaban.

Poco a poco fui conociendo a los granadinos. Siempre hablaban de política con mucho cuidado, algunos en favor y otros en contra. Me di cuenta de que en el cine, por ejemplo, nadie aplaudía al ver a Francisco Franco en la pantalla. Pregunté el porqué a un joven, quien me contestó: —Ya le tenemos muy visto, señora. Entre los partidarios del régimen se encontraba el señor Arqueada, quien nos invitó a tomar café una tarde en su hermosa casa antigua. Tenía un jardín en flor, una biblioteca magnífica y unos instrumentos antiguos de cuerda, de valor incalculable.

Más tarde me contaron cómo fue que el señor Arqueada, hombre de pocos recursos, adquirió esa fortuna. Él era franquista y durante los primeros años, después de la Guerra Civil, fue recaudador fiscal. Ante la amenaza de las severas multas por los impuestos no pagados, la gente sobornó a Arqueada con sus posesiones de arte antiguo. Cuando lo conocí, era un ciudadano respetable que llevaba una vida apacible; cada año prestaba sus instrumentos al festival musical de Granada. La gente murmuraba sobre la forma en que adquirió su botín, pero lo dejaban tranquilo.

A pesar de su postura política, Arqueada era gran admirador de García Lorca. Mientras su esposa ofrecía a Peter dulces y nosotros bebíamos café, Arqueada me llevaba al fondo del jardín. Ahí, con el soberbio valle de Granada salpicado por esbeltos cipreses, me decía con añoranza:

–Este era el lugar favorito de Federico. Solía venir aquí con frecuencia y su discurso era poesía pura.

Suspiraba y movía la cabeza con consternación.

Conocí, por ejemplo, familias divididas por cuestiones políticas. –Mi padre –me contaba un amigo– era republicano, pero yo estaba en el otro bando. Era un joven impulsivo y realmente creía que Franco iba a salvarnos del comunismo. –Cuando cumplí 18 años –relató– me uní al Batallón Azul y luché en el frente ruso. He vivido lamentándolo. Los soldados españoles eran tan brutales, unos asesinos; yo estaba completamente decepcionado. Volví a España y nunca volví a involucrarme en cuestiones políticas. Aunque mi padre y yo vivíamos en la misma casa, no nos dirigimos la palabra durante 25 años.

Sí, en el mundo de Franco todo parecía tranquilo, todos sonreían, todos eran amables. La vida en España era como sus calles provincianas: ordenadas en el exterior y turbulentas en el interior. Las calles eran una monótona sucesión de muros y los patios adentro albergaban flores, limoneros y naranjos, pájaros cantando y grillos en sus jaulas.

En la calle advertí un gran número de niños lisiados que pedían limosna. ¿Quiénes eran estas criaturas deformes y miserables y por qué había tantos?

–¿Qué edad tienes? –le pregunté a un pequeñín que, según su tamaño, tendría unos seis o siete años.

–Tengo doce años, señora –fue la respuesta.

Con horror descubrí que estos niños eran huérfanos, nacidos después de la Guerra Civil. Aunque la guerra había terminado hacía 17 años, las secuelas de la devastación se encontraban por doquier.

Luego de varias semanas en Granada, Peter y yo, acompañados por Maga, una arquitecta estadounidense, emprendimos un viaje de exploración de la provincia. Armados con cartas de presentación, abordamos el autobús y nos dirigimos hacia el sur, a Orjiva, en la cadena montañosa de Alpujarras. Casi al llegar al pueblo, me fijé en el único pasajero que había además de nosotros. Era un hombre atractivo de unos 30 años. Saqué mi carta y me senté junto a él.

–¿Conoce usted a este hombre? –le pregunté, señalando el nombre en el sobre.

–Señora –me dijo– esa carta está dirigida a mí.

Ese fue el comienzo de nuestra amistad.

Orjiva era un pueblo pequeño, sin hoteles ni restaurantes. Los viejos se reunían cada día en el café para tomar un jerez, jugar damas y charlar. Era un cerrado círculo al que no podía ingresar ningún forastero. Sin embar-

go, el doctor nos salvó la vida. Su casa se convirtió en nuestro hotel; ahí nos bañábamos y pasábamos la tarde con su pequeño círculo de amigos, intelectuales tratando de huir del tedio de la vida provinciana.

Nos acostumbramos a la vida local. Por ejemplo, por la mañana desayunábamos en el café del lugar. Alguien pagaba la cuenta cada día, sin que nos diéramos cuenta de quién era. Un día, uno de ellos, amigo del doctor, volvió el rostro y me saludó inclinando la cabeza. Le agradecí en la misma forma. Esa noche visitamos al doctor.

–¿Por qué lo hacen en secreto? –le pregunté.

–Señora, es algo delicado –dijo y luego soltó una sonora carcajada– como ir al baño. Uno no lo anuncia, sólo va y ya.

Pero un día recibimos una invitación a una gira a las montañas donde se estaba construyendo una planta de luz. El ingeniero de la obra, amigo del doctor, nos dijo:

–Un inspector los recogerá mañana temprano, calculen que estarán todo el día con nosotros.

Efectivamente, a la mañana siguiente llegó el inspector, subimos al coche y partimos hacia la planta. Era un hombre inteligente y bien informado. Conforme ascendíamos por un costado de la montaña, pasamos por unas aldeas arboladas.

–¿Quiénes son esa gente? –le pregunté– no parecen andaluces.

–Ah –contestó el inspector– se dio usted cuenta. Luego de la victoria en Granada, la última ciudad mora en España, los reyes Fernando e Isabel dieron permiso de vivir en Orjiva a los moros que se quedaron. Cinco años más tarde, los reyes los echaron de allá, los empujaron a la costa, y de allí en barca al África. Para repoblar el área, los reyes trajeron campesinos del norte de España. Los que viven aquí hoy día son sus descendientes.

Finalmente llegamos a nuestro destino: parecía la superficie lunar, montañas desnudas, sin un solo árbol o siquiera un arbusto. Nuestro amigo el ingeniero nos estaba esperando.

–Primero quiero que vean la obra desde lo alto de la montaña. De allá pueden ver el Mulhacen, la cumbre más alta de España. Luego los invito a almorzar a mi casa.

Nos trepamos a un teleférico que nos levantó en un ángulo alarmante. Luego nos nivelamos y subimos cada vez más alto. A la distancia podíamos ver el Mulhacen, no tan alto como los Andes o los Alpes, pero no por ello menos imponente. Al llegar al punto más alto nos recibieron unos trabajadores, nos ofrecieron bebidas refrescantes y luego descendimos al campamento.

David, el ingeniero, nos condujo a su casa. En la terraza había gran cantidad de jazmines, limoneros, naranjos, geranios, claveles y hiedras en los muros. La cocinera nos sirvió una comida deliciosa acompañada con excelentes vinos. Peter y Maga, pasaron la tarde comiendo dulces y jugando con los obreros, mientras David y yo tomábamos el café en la terraza.

—Cuéntame —le dije— cómo hiciste todo esto. La tuya es la única casa en este desierto.

—Nada había cuando llegué —me dijo—, durante seis meses viví en una tienda de campaña igual que mis trabajadores, traíamos la comida y vivíamos de la mejor manera posible. Al mismo tiempo, iba construyendo poco a poco esta casa en medio de las rocas. Luego traje mi caballete y mis pinturas, mi guitarra, mi tocadiscos y mi radio, así como mis plantas, es decir, todas las cosas que amo. En invierno la nieve vuelve intranquilos los caminos, así que paso meses aquí sin ir a ningún lado —hizo una pausa—, ¿sabes, mi ama de llaves y su esposo cocinan y cuidan la casa. Pero sin mi música y mis pinturas no hubiera sobrevivido.

Bebimos café y brandy en silencio, mientras yo miraba el agostado paisaje.

—¿Quiere que le lea algo de poesía? —me preguntó.

Asentí con la cabeza.

—¿Qué tal *El romancero gitano*? —sugirió. Yo había leído una traducción de la obra maestra de Lorca pero me arrellané en el cómodo sofá y me dejé llevar por la magia del gran poeta trágico. Estaba escuchando a Lorca en su propio ambiente, y en español. "¿Qué significa esa palabra?", "¿cuál es el sentido de esa historia?", preguntaba yo de vez en vez. Y eso que parecía tan nebuloso, tan abstracto en Nueva York, de pronto adquiriría sentido. Lorca tenía raíces profundas en la tierra española, conocía sus costumbres populares, su historia, sus triunfos... y sus vicios. Ningún escritor español ha escrito sobre los gitanos, o sobre las mujeres, con más compasión y comprensión. Aquella tarde en la terraza de ese recóndito rincón del sur de España, vivirá por siempre en mi memoria.

En el curso de viajes cortos por la Alpujarra y la llamada Costa de Oro de Andalucía tuve la gran suerte de conocer a muchas personas, simples y sin trastornos profundos, pero siempre interesantes. En un pueblo de la Alpujarra reunimos a los niños para grabar sus canciones de juego.

—Silencio —ordenaba Peter a los ruidosos chiquillos— mi madre está grabando.

Y ellos se callaron a pesar de no entender ni una de sus palabras. Fue una tarde alegre y entusiasta pero, al día siguiente, me dijeron los niños:

–No podemos cantar más para usted porque nuestros padres nos critican por cantar para extranjeros.

En otro viaje fuimos a Fuengirola, un pueblo costero conocido por sus fandangos cantados y bailados por gitanos.

–Bienvenidos –dijo el alcalde, un tipo desagradable– no tenemos hoteles aquí pero hay una pensión justo en la playa.

Guiados por un asistente, que tenía facha de pistolero, seguimos por la playa hasta llegar a un edificio alto.

–La pensión de Isabel –nos explicó– está en uno de los pisos.

Afortunadamente el elevador funcionaba y subimos al octavo piso. Tocamos a una puerta y de inmediato apareció una inmensa mujer que nos miró con ojos un poco hostiles, pero nos invitó a pasar.

–Sólo tengo una habitación –dijo con firmeza– y les advierto, no hay mucho que comer aquí.

Le aseguré que Peter dormiría en mi cama y no había problema con la comida.

El primer día pasó sin incidentes. A la mañana siguiente, cuando desperté, Peter había desaparecido. Minutos después, lo encontré en el comedor cuyas ventanas daban al mar. Sentado sobre almohadas, con un babero alrededor del cuello y las manos limpias, Peter estaba desayunando.

–Come tu desayuno –le dijo Isabel, y Peter obedeció, sin entender una palabra. Ya ve –me dijo con tono recriminatorio– me obedece en todo lo que le digo.

Eso era algo que yo no lograba obtener sin gritos de protesta. Acepté su superioridad en esta materia.

Isabel y su esposo llegaron a Fuengirola en busca de tranquilidad. Sus días eran tan predecibles como el día y la noche. Después del desayuno, él iba con sus amigos a tomar café y jugar cartas, y ella se quedaba cuidando la casa. Nunca vi que cambiara esa rutina.

Pero la aparente calma escondía una verdadera tragedia: Isabel no podía tener hijos y además padecía una dolorosa enfermedad del hígado. Después de algunos días me di cuenta de que Peter se convirtió en un hijo sustituto, su consuelo durante horas de dolor. Isabel solía abrazarlo y besarlo con tanta pasión que casi le quitaba el aliento. Aunque era bastante autoritaria, Peter la obedecía sin chistar. Sabía que lo amaba; estoy segura de eso.

A pesar de sus advertencias, Isabel nos sirvió comidas de *gourmet*. Sus legumbres a la vinagreta, el calamar relleno con picadillo en salsa de azafrán y el pollo en salsa de almendras son algunos platillos que todavía recuerdo con particular fruición.

Durante esas dos semanas en Fuengirola conocimos algunas muchachas de Madrid. Con ellas fuimos a pescar pulpo, a nadar en aguas azules, donde se ven bancos de peces plateados, rayados, rosados y blancos bajo la superficie del mar. Luego al mediodía comíamos sardinas que los pescadores cocinaban en pequeños fueguitos en la playa. Las envolvían en papel estraza y las vendían a los turistas. Con los dedos impregnados de grasa, comíamos ávidamente todo, hasta los huesos blandos, y tomábamos el vino manzanilla. Era la gloria.

Después de comer y dormir la siesta, las chicas visitaban mi habitación. Al ofrecerles cigarrillos en la playa siempre los rechazaban, pero en mi habitación sí aceptaban fumar. En pocos minutos mi cuarto parecía un fumadero de opio, tan denso era el humo de los cigarrillos. Entonces empezaban las confidencias. Les pregunté:

—¿Por qué visten de negro las mujeres?

—Es obligatorio, por cuatro años tras la muerte del padre o de la madre, y un poco menos para otros familiares. Si mueren muchos una mujer puede vestir de negro casi toda su vida .

—¿Cómo es que ustedes no visten de negro? —pregunté.

Riendo dijeron:

—Porque aquí nadie nos conoce. Es lo mismo con el cigarrillo. Cuando regresemos a casa nos vestiremos de negro otra vez; todas tenemos algún pariente muerto recientemente.

Fuengirola está grabado en mi memoria porque allí es donde hice mis primeras grabaciones de música española. Una noche nos invitaron a una fiesta de fandango. A diferencia de los profesionales de Granada, los gitanos del lugar eran gente ordinaria, cantaban y bailaban por diversión. Todos los pasos eran sencillos, brazos levantados con gracia natural, y sus voces apasionadas y bruscas. Cuando salimos a la una de la mañana, muertos de sueño, ni se daban cuenta. Al día siguiente supe que la fiesta no terminaba hasta los primeros rayos del sol. El pobre de Peter se quedó dormido en medio de la algarabía y lo tuve que llevar a casa en brazos.

Cuando volvimos a Granada era ya el otoño, las primeras lluvias habían caído y las montañas lucían un capelo blanco. Al atardecer recorrimos las calles, deteniéndonos a comprar los jugosos caquis y almendras tostadas que sólo se encuentran en España.

Bueno, aprendí mucho en mi primer viaje a España, pero era solamente observadora y no participante. Esa forma de ser terminó al enamorarme de un granadino. Paco era un pintor que vivía como otros españoles: esposa e hijos por un lado y amantes por el otro.

Pero Paco cometió un error imperdonable, pues se enamoró de mí. El sexo es juego, diversión, pero el amor es algo serio. Nuestra relación se discutía en los cafés y sus amigos le informaban sobre todo lo que yo hacía, incluso conversaciones con otros hombres. Claro, eso resultó en escenas de celos. Recuerdo una acalorada pelea porque desayuné con un viejo de 80 años.

—¿Por qué te encelas de un hombre que tiene un pie en la tumba?
—le pregunté.

—Es un hombre ¿verdad? —me gritó.

Así que yo me encogía de hombros y pensaba: “¡Gracias a Dios que no vivo aquí!” Pero éramos jóvenes y el amor llenaba nuestras vidas, aunque sabía que iba a terminar pronto. Planeábamos cada momento para estar juntos, cómo escapar para tomar un trago, cómo inventar pretextos para sus llegadas tarde a casa.

Al igual que otros hombres, Paco tenía la obligación de mantener a su familia y comer al mediodía en casa. Luego era libre de hacer lo que le daba la gana. Su esposa sabía de sus aventuras con otras mujeres y las toleraba, como otras mujeres. Pero cuando se enteró de que su esposo estaba enamorado, su tolerancia desapareció. Un día Paco vino al hotel muy perturbado.

—No vayas a salir hoy —me dijo— mi esposa te está acechando, dice que te va a marcar, que te va a cortar.

Durante varios días mis amigos en la pensión me advertían cuando ella estaba cerca y no salimos a la calle. Para entonces faltaban pocos días para irnos de España. Por supuesto, yo jamás me hubiera quedado en Granada como amante de Paco, viviendo en alguna casita fuera de la ciudad. Eso tenía que terminar.

La noche antes de nuestra salida, nos citamos a tomar café en un restaurante que era nuestro favorito. Peter y yo le esperamos una hora pero Paco nunca apareció. Recorrimos la ciudad, buscándole por todos lados, y por fin tristemente volvimos a la pensión.

Eran aproximadamente las seis de la mañana cuando apareció Paco despeinado y confundido. La noche anterior, la policía lo aprendió y lo llevaron a la cárcel por órdenes de la esposa. Fue acusado de mantener a “la americana” y a su hijo. Aunque Paco negó los cargos, lo golpearon durante un largo interrogatorio. Finalmente, cansados del juego, lo dejaron ir.

Los españoles son unos románticos irredentos. Ninguna condición humana es tan anhelada como ese amor secreto que rompe con las reglas de la sociedad. El amor, tal como es presentado en la música y la literatura españolas —*El amor brujo* de Manuel de Falla, *La Celestina* de Fernando de Rojas, o *Bodas de sangre* de García Lorca— es un sortilegio, una fuerza irresistible que irremisiblemente nos atrapa. Nunca he escuchado a un español tomar el amor a la ligera o hacer bromas al respecto. Tampoco en los refranes populares: las mujeres pueden ser denigradas, pero el amor nunca.

España, 1954

Al volver con Peter a Nueva York, en el otoño, Chenk y yo nos separamos. Obtuve una beca de la American Philosophical Society, y en la primavera de 1954 me embarqué hacia Europa, dejando a Peter con su padre. Pasé algunos meses en Italia, hechizada por Roma, Florencia y Venecia. Luego visité España por segunda ocasión, pero esta vez en un viaje de grabación —el primero desde mi última expedición a México en 1946. Gracias al progreso, la nueva grabadora pesaba diez libras en vez de las 200 que pesaba la que yo usaba en los años cuarenta.

Además viajaba sola. Así que pude explorar Madrid a gusto. Pasé varios días en el Museo del Prado completamente absorta con los cuadros de Velásquez, el brillante Zurbarán, la sensualidad de *La maja desnuda* de Goya, y sus retratos de la familia real. A diferencia de Velásquez, quien los pintó como si fueran divinidades, Goya los retrató como eran, poco atractivos a pesar de las joyas y sedas. Durante caminatas por el Parque de Recreo y Descanso, observaba a chiquillos elegantemente vestidos vigilados por sus nanas de cofia blanca, y hombres mayores leyendo tranquilamente sus diarios. También conversé con colegas que me hablaron de la gran riqueza de música popular que iba a encontrar en cada región.

Pero, antes de empezar mis investigaciones tenía que saber a dónde ir y con quién hacer contacto. La ayuda llegó de un lugar inesperado: la Sección Femenina del Partido Falangista. Incluso antes de mi primer viaje a España, en 1953, había oído en el Carnegie Hall un soberbio concierto de un grupo español de baile y música folclórica. Al llegar a España me informaron que ese grupo fue parte de una red nacional organizada por la Sección Femenina del Falange, llamada Coros y Danzas. En Madrid fui a verlas. Ellas me ofrecieron una ayuda inestimable: una lista de lugares y los nombres de sus representantes.

Durante los meses siguientes, viajando por aquí y por allá, hice un descubrimiento sorprendente: que España no tenía sólo una sino muchas

caras. A sus tierras durante milenios llegaron migrantes del oriente, del sur y del norte, fenicios, celtas, griegos, romanos, musulmanes, judíos y gitanos. Y sí dejaron huellas de su presencia: cierto vestuario, pasos de baile, estilos de cantar o tocar un instrumento musical, o un ritmo. Y, el milagro de todo, todavía a mediados del siglo XX, eran huellas vivas y palpitantes.

Otra cosa nueva que me complacía era que, por primera vez, tuve la gran suerte de trabajar con las mujeres. En las aldeas ellas se encargaban de todo, juntaban a los músicos y cantantes y me cuidaron como si fuera yo su hija, nunca me dejaron sola hasta las últimas horas de la noche. Pasamos mucho tiempo juntas y, como todas las mujeres, hablamos de la vida. Noche tras noche me contaron relatos de humillaciones, frustraciones y sueños perdidos.

No recuerdo todo, pero algunas cosas quedaron pegadas en mi memoria. Por ejemplo, en Zamora, al noroeste de España, una entusiasta joven, Julia se llamaba, se convirtió en mi compañera. Pronto aprendí a apreciar su inteligencia y sensibilidad.

—Ah —suspiró— todo está mal aquí. Nuestro cura es un casanova, todos lo saben, pero no hacen nada al respecto. Ninguna muchacha está a salvo si él está cerca.

Después me habló de su propia vida.

—Mira —me dijo— no soy dueña de mi propia vida. Yo quise casarme con un chico portugués, pero mis padres no me dejaron por ser extranjero. Yo estaba desolada, lo amaba tanto. Luego mis padres eligieron para mí a un agente de ventas. ¿Qué vida puedo tener con él? Siempre está viajando. ¿Y cuando no está qué hago yo? Aquí las casadas no pueden trabajar; te quedas en tu casa o pasas el tiempo con tus parientes. Además, ni siquiera me gusta. Ni modo, me caso con él porque mis padres me ordenan.

Después de un silencio largo, continuaba con más calma.

—No entiendo nuestras costumbres. Sabes, Enriqueta, cuando voy a un baile y estoy divirtiéndome, de pronto se me ocurre que tendré que pagar por esta alegría. No puedo divertirme sin sentirme culpable.

En otro pueblo mi contacto era una joven casada, con un hijo. Era una belleza, se parecía a las Madonas retratadas por los pintores medievales españoles. Mientras tomábamos café y pastel en su humilde e incómoda sala hablabamos durante un largo rato.

—Estoy tan contenta de que estés aquí —me dijo. No tengo con quién hablar desde que mi esposo me abandonó. Mi vida es una tragedia. He pedido a la Santa Sede me conceda el divorcio, más bien, la anulación del matrimonio.

–¿Cómo puedes obtener la anulación si tienes un hijo? –pregunté.
–La iglesia no concede divorcios –replicó– sólo anulaciones; fingen que el matrimonio no se ha consumado.

Luego me contó su historia:

–Hace siete años, después de que nació mi hijo, mi marido me dejó. Se fue con otra mujer, ya tienen varios hijos, y viven en un pueblo cercano.

Sus ojos se llenaban de lágrimas al decirme:

–La gente me rehuye, como si todo eso fuera mi culpa.

Pero lo peor de todo fue lo siguiente:

–Un día, fui a tomar un café con un conocido. Fue algo sin importancia y completamente olvidado. Pero una semana después recibí una carta de mi esposo regañándome. Me decía: “Yo sé lo que hiciste, pero, te advierto, que sigues siendo mi esposa y ensuciaste mi nombre.”
¿Por qué soy culpable?

Le hice otra pregunta, a pesar de que ya sabía la respuesta:

–¿Podrás casarte una vez que tengas la anulación?

–Ay, no –me dijo– sólo hay un hombre para cada mujer.

–¿Y para cada hombre? –insistí.

–Tantas mujeres como quieran –dijo. Es la ley de la naturaleza.

Lo dijo sin amargura, era algo que ella creía.

Además de mujeres decepcionadas por el matrimonio, conocí, por otro lado, solteras, un número sorprendente. Sentadas alrededor de una mesa en las frías noches otoñales, con un calentador de carbón a los pies (que dejaba fría la espalda), platicaron de su vida; eran las mozas que cuidaron los niños, cocinaron, bordaron y limpiaron la casa.

–Sí, cuando era joven –me dijo una– tenía muchos pretendientes, era bonita entonces. Íbamos a fiestas y bailes, nos divertíamos mucho. Pero decidí no casarme porque, a decir verdad, no quise ser sirvienta de un hombre. Prefiero trabajar para mi familia aunque trabajo igual o más duro.

Pero un día tuve la rara oportunidad de escuchar a hombres hablando de mujeres. Una tarde, mientras que tomaba café con otros huéspedes del hotel, me decía un madrileño: “Tengo absoluta confianza en mi hija, ella puede salir y hacer lo que quiera, pero estoy seguro que no hará nada incorrecto”. Entró en la conversación un sevillano: “Estoy seguro que si das libertad a las mujeres, quedarán embarazadas en menos de una hora”.

En el caso del madrileño, no sé si tenía seguridad de la virtud de su hija, o solamente esperanzas. Tampoco sé si el sevillano pagaba tributo

a la sensualidad femenina o a la virilidad masculina; puede ser que a las dos. En el fondo ambos estaban de acuerdo en una cosa: prohibido el sexo a las mujeres antes de casarse. Como no mencionaron reglas sexuales para hombres, concluyo que para ellos no existían.

De vez en cuando ocurren cosas inesperadas: fui a Puebla de Sanabria, lugar fronterizo con Portugal, y encontré no solamente cantantes excelentes y sino también a la familia de la gran estrella de opera Victoria de los Ángeles. Además ese pueblo fue el más primitivo que vi en el país y merece una descripción. Llegando en una noche tan oscura como la boca de un lobo, no sabía a dónde dirigirme. Pero tuve suerte, pues también bajó del autobús otro pasajero, un joven sacerdote. Me acerqué para pedirle ayuda. "Venga", me dijo, "la voy a llevar con una señora que conozco, Ella la acomodará". Un taxi, ya viejo y acabado, nos llevó al centro del pueblo, de allí subimos en completa oscuridad una larga escalera de piedra. Cuando yo estaba casi sin aliento llegamos frente una enorme puerta de madera. Tocamos y casi de inmediato se abrió. En la entrada apareció una mujer con una vela en la mano. –Pase –me dijo– no tenemos lujos aquí pero es bienvenida. Me guió a una amplia habitación iluminada por un foco de 20 watts, donde sólo había una cama, una silla y un pequeño lavamanos. Yo estaba cansada y con frío, pero pronto la señora apareció con una taza de chocolate, galletas y una botella de agua caliente que puse en la cama para calentar los pies. Dormí como muerta.

Al día siguiente me desperté con la luz del sol. Corrí a la ventana para ver el pueblo. Bueno, pensaba, estoy en el siglo X. Las calles eran empedradas y las pequeñas casas de dos pisos y blanqueadas con cal. Pero, lo más encantador de todo fueron los balcones, cubiertos con pimientos, tomates y hojas de tabaco, madurando en el sol. Me vestí rápidamente y bajé las escaleras al patio. En un momento estaba completamente rodeada por gallinas, cerdos y cabras, perros y gatos. Al salir a la calle me topé con más animales. Parecía que la gente de este pueblo felizmente comparte espacio con sus amigos de cuatro patas.

La señora me indicó que podría tomar mis alimentos en la casa de su vecino, cruzando la calle. Como Puebla de Sanabria es lugar de caza, cada día disfrutaba exquisitos guisados de urogallo y otras aves. Poco después de mi llegada, cuando bajé a desayunar, encontré gente esperándome.

–Hemos sabido que ha venido por la música –me dijeron– nosotros somos músicos también como nuestros padres y abuelos –añadieron.

Entonces me percaté de que llevaban unos periódicos bajo el brazo. Los desplegaron frente a mí mientras decían:

–Tal vez usted ha escuchado acerca de Victoria de los Ángeles, pariente nuestra. En estos periódicos hay fotos de ella; sabemos que ha cantado en su país.

Por un momento quedé sin habla.

–¿Victoria de los Ángeles? –dije casi gritando cuando recuperé el habla. Pero si es una de las más famosas sopranos del mundo.

Y seguí hablando sobre su forma de cantar, su fama, etcétera, me escucharon en silencio y luego dijeron:

–Ay señora, debió usted escuchar a su madre cantar.

¡Qué modestial, pensé, ¿o es que un hijo no debe superar a la generación anterior? Las veía todos los días. Los hombres siempre me saludaban con una ligera reverencia y las mujeres me abrazaban.

El sacerdote cumplió con su palabra. Todos los días se juntaron en una casa las mejores cantantes del pueblo para grabar sus cantos. Pero un día lo hicimos detrás de una tienda al aire libre. Al oír la música la gente del pueblo empezó a llegar. Dentro estaban tan apretados que no quedaba ni un centímetro libre. Sin embargo, algunos empezaron a bailar. Hombres y mujeres giraban dibujando graciosos pasos, mientras que el gaitero y el percusionista tocaron una pieza después de otra. De pronto uno de ellos dijo:

–Alto ¿por qué bailan?, ¿qué clase de tontos son ustedes?, ¿no ven que la señora no tiene cámara?

Por un momento, los danzantes se detuvieron, me miraron con miradas apenadas. Luego se animaron otra vez, danzantes y músicos se lanzaron a la calle, el baile comenzó de nuevo y no se detuvieron hasta que todos estuvieron agotados.

–Gracias, gracias –decían al marcharse– nos divertimos muchísimo. Va a venir nuevamente ¿verdad?

Al volver a Madrid y casi al último minuto, decidí pasar los restantes días de mi viaje en un pequeño poblado en la provincia de Ávila. Estuve varias noches en una vieja granja donde se cocinaba en un fogón abierto. Sobre todo recuerdo que me comí un enorme y delicioso flan yo solita.

Me presentaron a la mejor cantante del lugar, una señora simpática, ya entrada en años.

–Claro que voy a cantar –me dijo– pero esta noche tengo que ir a Ávila a visitar a un sobrino enfermo. Me esperas pasado mañana.

–¿Estás segura? –pregunté.

Abrazándome me contestó:

–No te preocupes. Si me hubieras pedido llorar no regresaría, pero como me pediste cantar, aquí voy a estar.

Y cumplió su promesa. Volvió a los pocos días y cantó todas las canciones que sabía, acompañada por parientes y amigos.

Después de eso empaqué mis cosas, puse la grabadora en mi maleta y partí para América, no sin recibir una petición:

–Por favor –me dijo un amigo– diga a todos los americanos que España es más que flamenco y corridas de toros.

Se lo prometí y nunca olvidé mi promesa.

Ahora que lo pienso, nunca pagué a ninguno de los cantantes. Y no es que no les haya ofrecido un pago, sino que no lo aceptaron. Todavía recuerdo la reacción de una cantante de cabellos negros y ojos chispeantes al ofrecerle dinero:

–Señora –me dijo irguiendo majestuosamente su metro ochenta de estatura– aquí canto por gusto, no por el dinero.

Galicia, 1989

En 1985, mientras dictaba una conferencia en la Universidad de Copenhague, una colega puso una revista en mis manos.

–Lee este artículo –dijo. Lo escribió Marisa Rey, una antropóloga española, vecina mía.

Publicado en una revista feminista británica, *Spare Rib*, el artículo era un informe de sus investigaciones en Galicia. Literalmente lo devoré; estaba fascinada por lo que descubrí, ya que en ese rincón de Europa todavía existen pueblos matriarcales.

–Sé que te sorprenderá –me dijo Marisa cuando la conocí– pero Carmelo Lisón Tolesana, otro antropólogo español, hizo los primeros estudios que yo proseguí más tarde. Las gallegas controlan la economía, y la vida política, heredan sus posesiones a sus hijas y comparten el trabajo, sea de la casa o de construcción, con los hombres.

–Pero, Marisa –le pregunté– ¿que papel juegan en la vida personal?

–Primero tienes que entender –continuó– que hablamos de aldeas sumamente primitivas de la costa. En esos lugares encuentras curanderas, que saben hacer abortos, y mujeres sabias, respetadas por el pueblo. Todavía hay miegas, esas mujeres perseguidas por la Inquisición como brujas malvadas.

Marisa echó a reír.

–Solamente que ahora las mujeres las consideran sus protectoras.

–¿Y los hombres no les tienen miedo? –pregunté.

–No sé si es cierto, pero algunos me contaron que las han visto

en callejones y lugares aislados; van vestidas de blanco, llevando velas, sonando campanas y susurrando rezos. Dicen también que ellas les amenazan. "Viajen de día", canturrean, "porque la noche nos pertenece".

El interés que despertó en mí, algunos años después me llevó a un viaje a Galicia con dos alumnas, Neva Wartel y Laura Martin, y con la antropóloga Sandra Hernández. Antes de partir leí todo lo que pude sobre la historia de la mujer, que era bastante poco. Muy pronto me di cuenta de que la historia escrita es la historia del hombre. Por lo menos encontré dos obras recién publicadas: *When God Was a Woman* por Merlin Stone y más significativa *The Gods and Goddesses of Old Europe* por Marija Gimbutas, la arqueóloga. Ella llegó a la conclusión de que antes de la invasión de las tribus bárbaras de Asia, Europa era básicamente poblada por pequeñas comunidades matriarcales. Sus conclusiones fueron desafiadas porque se encontraron otras poblaciones patriarcales dispersas por la misma región.

Primero pasamos algunos días en Santiago de Compostela. ¡Que ciudad tan imponente, la sede del poder católico del país, el santuario sagrado de las romerías medievales! Luego salimos a explorar las aldeas de la fría y rocosa costa atlántica. Pasamos un día entero hablando con maestras y curas, pero no había nada de interés. Cansadas y frustradas decidimos regresar a Santiago. De repente, pasamos junto a un grupo de hombres y mujeres que descansaban bajo un frondoso árbol a la vera del camino. Nos presentamos y les expliqué el motivo de nuestro viaje.

–Tal vez –les pregunté– ustedes conozcan a la gente que se sabe las canciones del lugar.

Sonrieron, se miraron unos a otros y dijeron:

–Todos somos cantantes, si quiere le cantamos ahora mismo.

En los días siguientes hicimos muchas grabaciones, siempre en casa de la mejor cantante, mujer ciega y de años. Además, una tarde las niñas se vistieron en sus trajes típicos y filmamos las danzas. ¡Qué gusto, qué energía! Dieron vueltas y pasos complicados con la rapidez y la perfección que sólo pueden tener los jóvenes. Cantaban como aves en una pajarera, siempre a dos voces en armonía, con el estilo que ya había oído en Latinoamérica. Una noche me despertó el ruido de una fiesta bajo la ventana del hotel; eran hombres y mujeres cantando juntos, pasando un buen rato. Pero, según su costumbre, sólo las mujeres cantaban en las sesiones de grabación. Además vimos a muy pocos hombres, aparte de los pescadores, porque los gallegos salen a trabajar a otras regiones y países extranjeros.

Otra sorpresa nos esperaba. Un día hicimos un viaje en nuestro coche a las montañas costeras. Horas y horas pasamos por caminos estre-

chos y solitarios sin ver a nadie. Salpicadas aquí y allá encontramos pequeñas y casi desiertas comunidades. Las calles eran tan estrechas que el coche no pudo dar vuelta, y las casas de piedra tan rústicas que pensaba:

–¡Esas, por lo menos, se hicieron hace mil años!

Estaba equivocada. Más tarde, al preguntar a mis amigos historiadores en Santiago, me dijeron:

–No, no, tienen dos milenios de estar allí.

Por fin, empezamos nuestra bajada hacia la costa. De repente, tuvimos que pararnos; en medio camino, bloqueando nuestro paso, estaban unas vacas guiadas por dos campesinas. ¡Que tipazas! Altas y robustas, vestidas de negro con enormes sombreros de paja. Se nos acercaron con sonrisas y cariñosas palabras de bienvenida.

–Ay niñas –preguntaron– ¿de dónde son ustedes?

Les tomamos fotografías, nos dijeron adiós con besos y abrazos. Al llegar a nuestra pensión mis alumnas y yo nos pusimos a discutir el encuentro con las pastoras.

–Esas mujeres –les dije– no se parecen a las demás españolas.

–Entonces –me preguntaron– ¿de dónde son?

–Esa nariz larga y pronunciada es muy parecida a la que vi en Irlanda –les dije. Hay que saber que los celtas invadieron a Europa hace miles de años y establecieron civilizaciones importantes. ¿Se acuerdan que al principio del viaje vimos las ruinas celtas en Portugal?

–Ahora entiendo –me interrumpió Neva– por qué hace poco se juntaron músicos de Irlanda, Francia y España, todos de descendencia céltica. Querían saber si todavía conservaban algo de la música antigua, común a todos.

Nuestra estancia en Galicia llegó a su fin. Yo tenía que seguir a Austria y las demás regresaron a Nueva York. A pesar de que fue un viaje corto, todas estaban de acuerdo en que Galicia era un lugar fascinante en todos sentidos. Y un acontecimiento en el último momento confirmó esa impresión: cuando pagaba la cuenta de la pequeña pensión en Lira, se me acercó un pescador, uno de los que empiezan cada día con un aperitivo en el bar. Amablemente, con la cabeza inclinada y sin mirarme a la cara, dijo:

–Gracias, señora, por venir a nuestro pueblo. Estamos orgullosos de que hicieran su investigación aquí. Espero que regresen pronto.

Me quedé sin habla. A diferencia de los españoles, estos gallegos nunca cortejaron a mis alumnas, ni presumieron de ser hombres.



V. MARRUECOS-ISRAEL 1956

Mi interés por los judíos sefaraditas comenzó en Madrid, en 1954, al conocer a algunos judíos procedentes del Marruecos francés. Ellos llegaron a Madrid para probar suerte; ¿podrían volver a la tierra que los expulsó hacía casi 500 años? Entre ellos había un animoso hombre de unos 40 años con el que desarrollé una cordial amistad. Sofisticado y encantador, había sido secretario privado de El Glaui, el Sultán de Marrakesh, ciudad del sector francés.

—¿Un judío en un puesto tan alto musulmán? —exclamé.

—Sí —me dijo. El Glaui es un hombre inteligente y tolerante, y amigo de los judíos. No olvides que los sefaraditas han vivido con los árabes durante siglos en España y después 500 años en el norte de África.

En una ocasión, mientras tomábamos café, me dijo:

—Déjame darte un consejo. ¿No sabes que los sefaraditas todavía cantan los viejos romances españoles? Estoy seguro que los encontrarás en cualquier lugar donde vivan judíos españoles. Son nuestro cordón umbilical con España.

Dejó de hablar un rato largo.

—Te doy un ejemplo —empezó de nuevo— en 1907, mi padre entregó al alcalde de Burgos las llaves de nuestra casa allá, que habíamos conservado por casi 500 años.

Durante mis recorridos por España, ese mismo año, escuché otra historia que despertó mi curiosidad. En Toro, el viejo maestro de música me contó de una visita de su viejo amigo Manrique de Lara, un reconocido recopilador de romances.

Una tarde, mientras caminaban por las polvorientas calles del pueblo, se toparon con algunas mujeres sentadas afuera de una casa, bordando y cantando cancioncillas. Manrique les preguntó si sabían algunos romances. Al principio dijeron que no, pero al oír a Manrique de Lara cantar, algunas empezaron a cantar también.

—Ese romance —me dijo el maestro— mi amigo lo había escuchado años atrás en Estambul, cantado por una mujer sefardí. Esa historia quedó grabada en mi memoria. Casi de inmediato solicité una beca de la American Philosophical Society y en pocos meses recibí la noticia de que, ¡Bendito sea!, me la habían concedido. En marzo de 1956 volví a despedirme de mi hijo y familiares en el puerto de Nueva York y partí con destino a Tetuán en el Marruecos español.

Al llegar a Madrid me dijeron en la Embajada de Estados Unidos:

—Ha venido justo a tiempo para ver un evento importante. Mañana Franco devuelve el territorio español de Marruecos al rey Mohamed. Queda terminada la ocupación europea de ese país. Habrá un gran desfile en el centro de la ciudad. Nosotros supimos que después de la derrota francesa, España tendría que salir de allí también.

La ciudad desbordaba entusiasmo; banderas por doquier, bandas musicales tocando marchas y pasodobles y las calles colmadas de gente. Hasta los cafés de la Gran Vía, la principal avenida madrileña, estaban vacíos.

Yo, al igual que todo el mundo, veía el desfile que recorría la Gran Vía. ¡Qué espectáculo de esplendor oriental! Había por lo menos una centena de magníficos corceles blancos ricamente ataviados con terciopelo rojo y galones dorados. El rey iba en un carruaje rococó negro del siglo XVIII, como los que se utilizan para las coronaciones, jalado por cuatro caballos con paso marcial. Olvidé en dónde estaba Franco, con su rígido y sobrecargado uniforme militar. Pero ¡a quién le importaba Franco! La estrella del desfile era el rey marroquí.

Al día siguiente salí para La Línea y de ahí, a través del Mediterráneo, hacia Tánger. Me detuve en Córdoba para ver la famosa mezquita. Otra vez me crucé con el rey, y de nuevo presencié un desfile elegante. Córdoba, con sus casas blanqueadas a la cal, posee una atmósfera íntima, una dimensión humana que la hace placentera y acogedora. En los balcones de hermosa herrería, había pimientos y tomates madurán-

dose, así como delicadas flores de brillantes colores bajo el fulgurante sol de España.

Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, tomé el tren Madrid-La Línea. Todos en mi compartimento estaban dormidos, pero con los primeros rayos del sol se despertaron y empezaron a conversar. Un momento después un pasajero se dio un golpe en la rodilla y exclamó: "Así me gusta: como si fuéramos una familia". En mis largos viajes en Francia nadie hablaba con nadie y las horas pasaban en silencio total. Pero en España esto es imposible. Me acuerdo de una película en que Greta Garbo dice: *-I want to be alone* -quiero estar sola. Eso es imposible en España. Para ellos estar solos es un castigo, una calamidad. En todos mis años en España nunca me dejaron sola excepto para dormir, siempre había alguien a mi lado.

Cuatro horas después llegamos a La Línea, de donde salía el barco hacia Tánger. Allí fue donde tuve mi primer vistazo de las opiniones del hombre mediterráneo acerca de la mujer, o mejor dicho, de la mujer independiente. Mientras que tomaba café en una cafetería a orillas del muelle se acercó un hombre y amablemente me preguntó:

-¿Le importa si me siento con usted?

-No -respondí- siéntese por favor.

Al poco tiempo le informé que iba a Tetuán. Me preguntó:

-¿Tiene familia allá?

-No -le dije.

Él insistió:

-Entonces tiene amigos.

Otra vez le dije que no, y agregué:

-Voy a estudiar la música sefardí.

-Oh -exclamó- ¿es usted judía?

-Sí -respondí.

-¡Yo también! -exclamó. Bienvenida.

Estoy segura de que no creyó nada de lo que le dije; seguramente pensó que era una prostituta o algo semejante. En su mundo, una mujer decente sólo viajaba sola para asuntos familiares como una boda, *bar mitzva*, o un entierro.

Confirmé mis sospechas varias semanas después en Tetuán. Al encontrarle por casualidad me invitó a tomar un café. Conversamos por un rato y luego me propuso rentar un departamento para mí; él me visitaría de vez en cuando. Para no aburrirme tal vez pudiera hacer algún trabajo en la estación radiofónica local. Reí a carcajadas por dentro: ¡qué *chutzbah*, qué tipazo más chocante! Tan dulcemente como pude le dije:

–Gracias por el honor, pero he venido para trabajar, nada más.

Se puso de pie, hizo una ligera reverencia, pagó la cuenta y se marchó. Aunque luego lo encontré en la calle varias veces, nunca me habló.

Llegar a Tánger por barco fue toda una aventura. Es muy fácil sentirse apabullado por la algarabía de los maleteros y los promotores de los hoteles. Estos chicos, muy listos, hablan al menos tres o cuatro idiomas y venden todo, desde objetos usados hasta sexo. A gritos exponían sus ofertas: “¡Señora, mi primo puede conseguirle *kife* barato!” o “¿Le interesaría una ‘casa discreta’ para observar a las parejas?” y dejaban el resto de la oración al aire. Durante décadas Marruecos fue un paraíso para los homosexuales europeos, pero también para sus propios hombres. Más tarde, me aseguraron que, una vez casados, los hombres nunca volvían a tener relaciones con otros hombres.

El modesto hotel en Tánger, en el sector marroquí, fue mi entrada en la vida del lugar. Carmen, la esposa española del dueño portugués, me introdujo al mundo del Islam, visto, claro, a través de su mirada europea.

–No entiendo a esta gente –me decía en tono desesperado. Las pobres campesinas llegan cada semana en busca de trabajo. Cuando no lo encuentran, vienen al hotel pidiendo socorro. “Ayúdenlas”, les digo a nuestras chicas, “tenemos suficiente comida y pueden dormir en sus cuartos”. Pero ellas se niegan. “Es su suerte”, dicen y les dan la espalda a estas pobres muchachas.

En un mar de ignorancia, Carmen luchaba por mantener la mente activa. A veces visitábamos la librería internacional que ofrecía una colección más o menos extensa de obras en varios idiomas. Ocasionalmente íbamos al mercado, sobre todo los viernes, el domingo musulmán. Además de marchantes y de muchos hombres y mujeres completamente cubiertos en *djellabas*, exponiendo únicamente su cara, veíamos el mundo musulmán en toda su diversidad: niños mutilados y mendigos pidiendo esas monedas que el musulmán está obligado a darles para asegurar su entrada al cielo. Lo peor de todo fue la vista de un leproso ciego, cojo y sin nariz, un espectáculo tan espantoso que tuve que huir del sitio. Sin embargo, en rincones fuera del sol, los hombres fumaban *kife*, completamente desligados de su alrededor.

También vi cosas maravillosas, montones de dátiles, higos, chirimoyas, así como hierbas aromáticas. En pequeñas tiendas vi artículos finísimos de piel, tan suaves como la seda, los famosos tapetes orientales, los perfumes y la joyería de plata y oro. Desgraciadamente, sin dinero, solamente podía mirar, pero no comprarlos.

Con el paso de tiempo, cada vez me interesaron más y más las mujeres musulmanas. Era realmente imposible conocerlas, siendo yo extranjera y sin parientes marroquíes. Tuve la suerte de encontrar a un joven inteligente, guía de un pequeño museo, que estuvo dispuesto a conversar conmigo.

–Usted no entiende –me dijo. Los musulmanes no pensamos como los europeos. Las europeas hacen todo lo posible por atraer a un hombre antes de casarse. Se maquillan y usan ropa atractiva que deja ver sus cuerpos, bailan voluptuosamente y coquetean con todos.

Como yo no dije nada, él prosiguió:

–Nuestras mujeres están protegidas, los padres eligen a sus esposos, pero no sin su consentimiento. Cuando se casan hacen todo lo posible por mantener el interés de sus maridos. Recurren a todo lo que les han enseñado desde niñas –como tener una casa hermosa– y divierten a sus maridos con cantos, bailes y les sirven en todo.

Entonces protesté:

–¿Pero por qué lo hacen si saben que su marido pronto tomará otra esposa?

Eso puso fin a la conversación.

Más tarde tuve oportunidad de hablar con una mujer pobre de las montañas, quien dio una respuesta a mi pregunta.

–Me gusta nuestra forma de vida –me dijo. Si no quiero dormir con mi esposo, se va con la otra; no tengo que soportarlo como ustedes las europeas.

Y prosiguió:

–Cuando sale el rojo (la menstruación) y cuando se pone grande la barriga (el embarazo), me deja sola.

–Pero si estás enamorada de tu esposo –le dije– ¿no sientes celos?

Me miró, en sus ojos había un mar de tristeza, pero nada me dijo. Tristeza y resignación, eso había en su cara.

La persona más conocedora de la vida marroquí fue el escritor y compositor Paul Bowles, a quien traté brevemente en Nueva York y México. Durante mi estancia allí fue mi guía y una fuente de información. Paul vivió en Tánger desde 1934 –a excepción de unos años en Sri Lanka– hasta su muerte en el año 2000.

–Si quieres saber algo de las mujeres de aquí –me dijo Paul– déjame contarte este incidente. Un día vi un círculo de gente; en el centro estaba un hombre golpeando a una mujer. Y golpeándola en serio: patadas y puñetazos. La cara de la mujer sangraba. Después de un rato el hombre se alejó. Aparentemente era el marido y quería avergonzarla en

público. De inmediato otro hombre intervino y siguió golpeándola. Cuando pregunté "¿Quién es el segundo hombre?", me dijeron: "Nadie, un desconocido"; "Entonces, ¿por qué golpea a una mujer que ni conoce?", y me contestaron: "porque si el esposo la golpea, quiere decir que es una mala mujer y así hay que tratarla".

Paul agregó:

—Pero no creas que las mujeres son pasivas. Se vengan. Ocasionalmente, los periódicos dan la noticia de la muerte de algún marido envenenado o por comer vidrio molido. Las escucho en el departamento que está arriba del mío cantando y bailando todo el tiempo, pero nunca sabes realmente lo que están tramando. Las mujeres viven juntas y conspiran juntas contra el marido.

En Tánger probé hashish por primera vez. Fue un fracaso completo. Durante años Paul tomó la droga como sustituto del alcohol, que no toleraba. Además, me dijo:

—Oigo mejor los sonidos musicales que de otra manera se me escapan.

Un día me invitó a probarlo. Siempre estaba abierta a nuevas experiencias y acepté. Fui a su departamento y comí una buena cantidad. El hashish se llama "jalea" porque se mezcla con una pasta de higos y dátiles. No sentí absolutamente nada y por fin salimos a cenar a un restaurante.

Primero tuvimos que bajar una colina para llegar al restaurante en el Zoco Chico. Caminamos y caminamos, pero me parecía que no avanzábamos, como si yo estuviera en una bicicleta fija y pedaleara y pedaleara sin moverme de lugar. Pero de pronto estábamos al pie de la colina. En seguida rodeamos por una calle y nuevamente pensé: "¿Nunca se va a terminar esto?". De pronto llegamos al restaurante.

Subimos las escaleras del restaurante, nos instalamos y como siempre, hablamos de cosas serias. En unos minutos me di cuenta de que casi no entendía nada de lo que me decía Paul, ni tampoco mis propias palabras.

—¡Maravilloso! —exclamó, al enterarse de mi condición. ¡Es el efecto del hash! Casi perdí la esperanza.

Después de cenar, me dejó en mi hotel.

—Mañana en cuanto despiertes —me dijo— me llamas para contarme tus alucinaciones.

Fui a mi habitación y en un segundo me perdí en un profundo sueño. Desperté a la mañana siguiente sintiéndome bien. Llamé a Paul y le dije:

—Lo siento, no tengo nada que informar; creo que me diste un somnífero en vez de hash.

—No tienes remedio —me dijo y ese fue el fin del experimento.

Más tarde, en Tetuán, tuve otra experiencia fascinante con Paul, me llevó a un conservatorio de música. En este pequeño y modesto lugar se conserva la música culta de la España islámica de la Edad Media. Los músicos se congregaron en derredor nuestro.

—Aquí en Tetuán, tocamos al estilo de Granada —nos decían—, en Túnez tocan al estilo cordobés y en Argelia al estilo sevillano. Entonces nos mostraron sus partituras.

—Como saben, en la antigüedad la música se aprendió de un maestro, pero ahora escribimos nuestras partituras en notación occidental, como ustedes. Aunque es imperfecta para nuestro sistema oriental, nos ayuda a preservarla. Sin ella, la música se habría perdido para siempre.

Al final de esa memorable tarde oímos un ensayo, una muestra de la música que seguramente escucharon los nobles musulmanes, rodeados de poetas y filósofos, en las plácidas noches de la Alhambra. A primera vista, todavía bajo dominio español, Tetuán era una ciudad cosmopolita. A mediodía, los europeos, la gente del Medio Oriente y África nos reuníamos en el café a la sombra de la magnífica torre de azulejos para tomar té caliente. El frío de la primavera era una bendición. El refrán que dice que Tetuán es "La Novia de los Vientos" es preciso y exacto. Siempre me atendía el mismo mesero. —Ya sé, señora —me aseguraba— quiere el té sin azúcar. Pero un día decidí bromear con él.

—Sabe usted —le dije— que en Nueva York, donde vivo yo, hay una torre más alta que la suya, se llama el Empire State Building.

No dijo nada durante un largo rato. Después en tono muy serio, declaró:

—Seguramente que fue hecho por un *genie*.

Por un momento tuve una ojeada de otro mundo. Pensé, para él los cuentos de *Las mil y una noches* sobre *genies* y *afris*, esos espíritus que hacían palacios al instante, eran reales.

Ahora bien, en Tetuán fue donde tuve mi primer contacto con una comunidad sefaradí. De ellos solamente sabía que vivían codo con codo a veces con los musulmanes, a veces con los cristianos en España, y en Marruecos desde tiempos remotos. No es por nada que el refrán dice: "Ráscale a un español y encontrarás un judío o un moro".

Luego de instalarme en una pensión oscura y desaseada, la única a mi alcance, fui a la escuela judía, establecida por la Alianza Francesa en el siglo XIX. Allí conocí a Esther Benchimol, la inteligente directora del departamento de español, quien me presentó a las mejores cantantes y personajes de la comunidad. La más divertida era una potente octogenaria. Medimos fuerzas desde el primer encuentro.

–¿Cómo sé que sí eres judía? –preguntó con suspicacia.

Traté de impresionarla describiendo las celebraciones familiares para Rosh Hashaná (el año nuevo), la pascua hebrea, el *Purim* y el *Sucloth* (festival de cosecha). Por fin dijo:

–Ya estoy convencida de que eres judía porque hablas muy bien el español.

Lo que no le dije fue que había aprendido el español en México y que mi familia solamente hablaba el yiddish, idioma de los judíos de Rusia.

Con todo lo imperfecta que era, me hizo su confidente:

–Lamento que hayas llegado tan tarde a mi vida. Cuando era joven y tenía todos mis dientes, solía cantar los romances del Cid.

Le pedí que lo recitara, pero se negó.

En mi segunda batalla, esta vez con las mujeres pobres de la comunidad, tuve que mostrar mis talentos caseros. Nos reuníamos por las tardes en el patio de sus casas para hacer dulces y charlar. Recibí malas notas inmediatamente. No entendían que una judía dejara a su hijo y marido para viajar a un país extranjero en busca de canciones. Sí, en efecto, tenían un gran respeto por los romances antiguos, pero la familia estaba primero. También estaban convencidas de que yo, como estadounidense, apenas era judía. Según los rumores, los estadounidenses nunca iban a la sinagoga y las mujeres eran iguales a los hombres. Yo llenaba todos los requisitos. Por lo menos una cosa sí la hice bien: quitar los pétalos del jazmín para preparar un rico dulce que ellas hacían con miel y especias.

En breve comprendí que había llegado en tiempos difíciles. Durante los tres meses allá ocurrieron robos de casas y negocios, y amenazas de quemar las sinagogas. Estaban inquietos, ansiosos, y con ganas de huir a Israel, a Estados Unidos, o a cualquier lugar en busca de seguridad y paz.

Ante un futuro desconocido y un presente a punto de terminar, me platicaron del pasado; cuentos sobre su larga estancia en Marruecos. Judíos y moros habían vivido en un ambiente de tolerancia, se ayudaban entre ellos en sus deberes religiosos, en sus negocios y en la vida social. Más tarde, en España, una sefaradí de 80 años me contó sobre su amistad con el rey de Marruecos.

–Cuando vivíamos en Fez éramos muy amigos del rey Mohamed y su familia –me dijo. A menudo comíamos juntos en el palacio. Siendo kosher, llevábamos nuestros trastes, nuestra comida, y nuestros sirvientes lo preparaban todo. El rey respetaba nuestra religión y nosotros la suya. No había ningún problema.

Todos los días caminaba por las estrechas calles de la *mellab*, el barrio judío, donde vivían las cantantes. Hombres vestidos de negro, los

religiosos, los compradores y los niños de las escuelas llenaban los callejones. Al llegar a sus edificios pobres tenía que subir a pie un sinfín de escaleras para llegar a sus humildes domicilios.

En mi primer encuentro con Alicia Benassayag, la mejor cantante de Tetuán, ella exclamó:

–¡Quiere que le cante en estos tiempos tan terribles! Señora –me dijo tristemente– otra vez volveremos a ser judíos errantes, vagando por el mundo entero. Pero ahora, gracias a Dios, tenemos nuestro país propio, Israel. Y levantaba los ojos hacia el cielo en muestra de gratitud.

A pesar de su mal humor cantó. En ese comedor modesto con su niña sollozando en sus brazos hice grabaciones de cantos de boda y viejos romances españoles. Ese repertorio, un tesoro musical, también es una espléndida y rara fuente de información sobre la vida íntima de la Edad Media.

Otra de mis cantantes favoritas era Esther Cadóch Israel, una rotunda morena mujer que vendía churros en el mercado. Solía venir a mi cuarto para grabar sus canciones. Cantaba los romances de manera tan apasionada que los personajes y los eventos terribles se volvían vivos, como si hubieran ocurrido la noche anterior y estando ella presente. Siempre me aseguraba que todos los problemas se resolvían al final de la canción: los malvados eran castigados, las inocentes –siempre mujeres– reivindicadas al mundo siguiendo el mejor camino.

En el curso de mi estancia en Tetuán llegué a conocer a toda su familia, tan diferentes unos de otros que parecían de familias distintas, algunas de piel blanca y ojos claros, y otras, como Esther, morenas de ojos negros. Una noche nos reunimos para grabar sus cantos como solían hacerlo, en familia. Todas tenían voces fuertes pero de sonido dulce, batieron palmas o una pandereta al ritmo, cantaron solas y en grupo. Fue una noche maravillosa, sin ensayo ni plan alguno, animadas tan sólo por el amor de la música. Mientras cantaban se acordaban de la distinguida historia de sus antepasados en España, de un tío, un médico oficial de Burgos, y otro, el matemático de cierto conde, etcétera. No existe la historia de los judíos de Europa Oriental, sólo recuerdos de matanzas y discriminación.

La más gentil y tierna de las cantantes era Flora Benamor, de voz y maneras suaves, dulces, llena de emoción. Su modesto departamento era un oasis de calma y paz, siempre limpio y bien arreglado. Si tenía niños, nunca los vi. Mis visitas le dieron la única oportunidad de mostrar su talento musical a alguien fuera de su familia. Cada día cantaba un repertorio distinto para que yo tuviera todas sus canciones: el romancero y los

hermosos cantos de boda, en realidad canciones de amor. Escuchando a Flora pude, al fin, apreciar el valor de la música sefaradí, lo dramático de la letra y de las melodías que me llegaban al alma.

Después de algunas semanas me di cuenta de que los cantos en español solamente los cantaban las mujeres. Y los hombres, ¿yo me preguntaba, ¿ellos no cantan? La respuesta a mi pregunta me la dio Abraham Laredo, un comerciante y sabio de la comunidad sefaradí. Me invitó a un servicio en su sinagoga. Como es la costumbre ortodoxa, las mujeres estaban sentadas en el balcón y los hombres en el piso abajo. Primero escuché lecturas de la Biblia, y después oí una voz espléndida. Era el talentoso Solomón Siboni, el *bazzan* de la sinagoga, cantando el repertorio religioso en hebreo. Me llamó la atención por su estilo de cantar muy oriental.

Invité a Siboni a grabar sus cantos. Era un hombre muy generoso y muchas veces vino a mi hotel: cantaba los poemas religiosos (*piyyutim*, en hebreo), canciones de luto (*kinot*), salmos, y siempre me explicaba el significado de la letra. En su juventud estudió con un maestro en Fez y sabía 600 canciones. Sólo pudimos grabar 40. Esos poemas eran obras de grandes poetas sefaraditas como Judah HaLevy y Ben Gabiról, conocido por los cristianos como el filósofo Avicena. Las melodías venían de muchas fuentes, bailes folclóricos, improvisaciones de cantantes o compositores desconocidos. Hace algunos años alguien me informó que Siboni murió en Guatemala.

Marruecos-Israel

Pasaron muchos años antes de que yo volviera a Marruecos. Casi había abandonado mi trabajo allá por tener otros proyectos. Pero en 1983, luego de que saliera en Folkways Records un disco con música grabada en 1956, surgió un nuevo interés. Además, Sam Armistead, el gran estudio del romancero español, me dio un empujón.

—Está bien el disco —me dijo— ahora tienes que publicar un libro con un estudio amplio.

Le hice caso y poco después mi universidad me dio una beca y regresé a Marruecos. Esta vez tenía dos compañeros: Allen Cooper, un ex alumno de CCNY, y Paige Lyons, antropólogo y editor asistente de la *American Record Guide*.

Primero pasamos unos días en Madrid. ¡Qué sorpresa la de encontrar comunidades judías, las primeras desde la expulsión de 1492! Pronto establecí contacto con el nuevo instituto de cultura sefaradí Arias Montano.

—No vas a encontrar judíos en Marruecos —me dijo el director.

Casi todos se fueron, algunos a Canadá, Israel o Estados Unidos y otros a España; ahora tenemos catorce nuevas comunidades.

Quando le dije que iba a Tetuán me miró con un dejo de ironía.

–Pues buena suerte. Yo no tengo la menor intención de ir.

No fueron palabras muy alentadoras, pero, ni modo, yo estaba decidida a ir.

Primero pasamos unas semanas con la comunidad judía de Málaga. ¡Qué distinto al Marruecos de 1956! Su sinagoga parecía próspera y ofrecía servicios sociales, y para los jóvenes bailes y excursiones. De inmediato busqué al rabino. Para mi sorpresa, el rabino Cohen era también el *hazzan* y ex alumno de Solomón Siboni, a quien yo había grabado en 1956.

Como en Tetuán, me tuve que identificar como judía. Una vez que convencí al rabino, éste miraba a mis amigos con aprensión:

–Pero ¿qué con ellos? –preguntó con recelo.

Finalmente tuve que admitir que ni Paige ni Allen eran judíos, y que la familia de Allen se había convertido al cristianismo años antes. Así que técnicamente era cristiano, pero ajustando un poco la verdad, le dije al rabino que era judío y que, como otros judíos estadounidenses, no hablaba hebreo, ni había tenido *bar mitzvah*. Pronto se arregló este asunto: una noche de viernes, Paige y yo nos quedamos en el hotel mientras que Allen asistía a los servicios. Cuando dieron las once y Allen no volvía, comenzamos a preocuparnos. Finalmente, llegó Allen, luciendo una amplia e inocente sonrisa: –Soy judío, acabo de hacer mi *bar mitzvah* –anunció.

Todos los días íbamos a la sinagoga. Una tarde le dije al rabino Cohen que quería hablar con las mujeres de la congregación. El *shamus* (guardia), que estaba escuchando, me dijo al salir de la oficina del rabino:

–¿Para qué hablar con las mujeres? Sólo cuentan chismes.

–Precisamente –le dije– ¡justamente por eso!

Dos días después, una docena de mujeres, incluyendo la esposa del rabino, se reunieron en una sala de la sinagoga. Comimos pastelillos caseiros y bebimos el aromático té con menta, igual que en Marruecos. Durante dos horas me hablaron de los cambios en sus vidas tras su mudanza al suelo español. Tuvieron libertad de viajar, ir a la universidad, tener carreras y ser mujeres independientes en lugar de esclavas de los hombres. Y siempre expresaron su amor y esperanza para Israel. Sí –me dijeron–, la vida es mejor aquí, los españoles nos dieron la bienvenida con brazos abiertos y nos quedamos.

Por fin tuvimos que salir todos deseándonos buen viaje y mucha suerte. Tomamos el barco trans mediterráneo que nos dejó en Ceuta, una de las dos ciudades que quedaron bajo control español después de su

independencia en 1956. Ceuta es nada más un mercado de pequeños negocios que venden equipo electrónico a precios baratísimos. Pero, hay que tener mucho cuidado porque muchos artículos (los míos también) son defectuosos. Merece la fama de ser refugio de contrabandistas.

Nuestra visita a Ceuta hubiera carecido de interés alguno si no fuera por un encuentro chistoso con la comunidad judía. Un viernes por la noche fuimos a la sinagoga, un templo moderno que servía a 200 judíos, la mayoría hombres de negocios. Primero di instrucciones a Allen: tienes que hacer lo mismo que los demás hombres y no olvides que la Biblia se lee de derecha a izquierda. Como de costumbre Paige y yo nos sentamos en el balcón con las demás mujeres, y Allen en el primer piso con los hombres.

Había empezado el servicio cuando oigo un silbato, psst, psst. No le hice caso. Otra vez oí psst, psst y otra vez psst, psst. Por fin, di una mirada al corredor donde vi al shamus haciéndome señas inconfundibles. Salí afuera. –Su amigo abajo –me dijo– ¿de verás es judío? No sabe nada, ni la página donde estamos, ni cuando dar vuelta a la página. Yo lo calmé. –Claro, que es judío –le aseguré sin reírme– tuvo su bar mitzvah, pero ya sabes que no todos los Americanos saben leer el hebreo. El shamus se fue cabeceando y murmurando: –¿y éstos se llaman judíos? ¡Bah!

Algunos días después tomamos un taxi a la frontera entre Ceuta (en territorio español) y Marruecos. Lo que vimos fue una escena de locura: centenares de gente esperando sus visas en los puestos de aduana. Nos quedamos desesperados, no sabíamos qué hacer. De repente apareció un moro a nuestro rescate, un ángel del cielo.

–Soy guía –nos dijo– ven conmigo y arreglo todo.

En quince minutos pasamos por la aduana, cogimos un taxi y fuimos a toda velocidad hacia Tetuán.

–¿Adónde quiere ir? –me preguntó.

–Al café cerca de la torre –le dije.

Por fin llegamos. El taxi se paró en frente de la hermosa torre donde había pasado tantas horas agradables en 1956. Pero, no había nada, ni mesas, ni gente, ni el café, sólo algunos moros cercanos observándonos con ojos desconfiados. Tetuán había cambiado casi por completo. Fuera de la Plaza de España y el bazar, la ciudad parecía un lugar de espantos. El barrio judío estaba habitado por unas cuantas personas, todas las cantantes que conocí en 1956 habían salido, o murieron. Solamente quedaban la clínica de salud y el Centro Social.

Inmediatamente fuimos al centro para hablar con la trabajadora social. Hablamos de la vida de los tiempos del poder español. Después me dijo algo sorprendente.

—¿Sabe usted que Franco nos salvó la vida? Si no fuera por él hubiéramos muerto en los campos de concentración.

—¡Cómo puede ser —grité— un fascista, amigo de Hitler, que salvó a los judíos!

—Sí —me dijo— al principio de la guerra hubo una reunión de Hitler y Franco en la frontera con Francia. Hitler propuso que marcharan sus ejércitos por lo largo de España para llegar a Gibraltar y así capturar el Mediterráneo. Pero Franco se lo negó por tener miedo de que Hitler controlara España y sus posesiones en África. Así, sin intención nos salvó.

Lo que dijo esa señorita fue verdad, según unos documentos históricos que leí al regresar a Nueva York.

Un día vino a verme un muchacho de unos trece años.

—Mi abuela te quiere ver —me dijo y se fue corriendo. Yo no tenía la menor idea de quién hablaba. Media hora después vino otra vez. —Mi abuela dice que te espera mañana a las cuatro —dijo y otra vez desapareció.

Completamente intrigada, al día siguiente fui al lugar indicado por el joven. Subí las escaleras y en el momento de tocar el timbre me acordé de quien me mandó a llamar: mi vieja amiga, Esther Benchimol, la maestra de la escuela de la Alianza Francesa. Al abrir la puerta estaba allí con los brazos abiertos y me envolvió en un abrazo tierno y cálido. Al instante me di cuenta de que era ciega.

—Tengo 80 años —me dijo.

Y le contesté: —Para mí, tú siempre eres joven.

La mesa estaba llena de pasteles y dulces que ella y su hija hicieron para mi visita.

—¿Te acuerdas —me dijo— que me regalaste una botella de cointreau verde para *shavouth* (fiesta judía después de Pascua)?

—Mira —le dije— el mismo día compré una botella de cointreau amarillo y la llevé a Nueva York.

Con una risa me dijo:

—Acabo de tirar la botella vacía.

—Ay, Esther —le dije— y yo, como tú, tiré la mía el otro día. Seguramente nos estábamos acordando de los tiempos pasados.

Luego me contó sus experiencias juveniles, una judía en el mundo católico. Su entrenamiento de maestra lo recibió en un convento francés. El cura director se enamoró de ella. —Siempre ponía su mano sobre mi rodilla, pero jamás le hice caso.

Tuvimos discusiones sin fin acerca de los méritos de nuestras creencias religiosas, pero creo que gané todas. El judaísmo es superior en todos sentidos.

Salí de Tetuán preocupada y deprimida. Los siguientes días en Tánger fueron aun peores; fui con Allen y Paige a la casa de ancianos donde vivieron sefaraditas que no pudieron salir por ser viejos o enfermos. Un ciego nos cantó romances y canciones populares, y les grabamos. Para entretenerlos Allen tocaba ragtime en el piano, pero se pusieron muy alegres al oír pasodobles, el baile popular de su juventud.

Pero lo que más me molestaba eran señales de antisemitismo, hostilidad hacia la gente del Occidente, y más que todo hacia las mujeres. Los marroquíes trataban con cortesía a los turistas de lujo. Pero como viajábamos sin guía y además nos presentábamos como judíos, tuvimos que aguantar desprecio y muy a menudo insultos. Un día escupieron a Allen al salir de la sinagoga y en el hotel jamás me entregaron mensajes enviados por judíos de la comunidad. "No menciones la palabra Israel en la calle", nos aconsejaron nuestros amigos judíos.

No pude olvidar la gloria que eran España y Marruecos cuando el Islam era centro intelectual y artístico, y Europa estaba hundida en la Edad del Oscurantismo. Habían científicos, médicos, matemáticos y filósofos; judíos, cristianos y musulmanes, poetas y músicos ejecutaron sus artes en la Alhambra y los jardines de Córdoba. Y ahora, en el siglo XX, estaba extinguido ese espíritu aventurero, audaz e inventivo de siglos anteriores. Lo que vi fue un Islam paralizado e incapaz de aceptar al mundo moderno.

En aquel tiempo los pocos judíos que quedaron en Tánger estaban divididos en su opinión sobre el futuro. Los hombres de negocios gozaron una amistad cordial con el nuevo rey, Hassan II, el hijo de Mahamed V. Durante nuestra estancia celebraron el Día de la Independencia en su yate amarrado en el puerto. Pero otros eran pesimistas –tenemos que irnos –decían– nos van a matar a todos.

Muchos años han pasado desde mi viaje en 1983, y todavía no está resuelto nada; siguen y siguen las dificultades entre moros y judíos en todo el mundo musulmán.

Paige, Allen y yo nos quedamos desesperados. De prisa regresamos a España y de allá a Israel.

Israel

Tuvimos suerte de llegar en tiempo de paz relativa. Despacio recorrimos los callejones de la Vieja Ciudad de Jerusalem, comimos *babaganoush* y *pita* en pequeños restaurantes y compramos algunas joyas baratas de los palestinos. Observamos asombrados como miles de hasiditas vestidos de

negro marcharon una noche de viernes al Muro Occidental en formación militar. Nos mezclamos con gente de África, Europa y el Medio Oriente. En el transcurso de un día conversé en español con un judío búlgaro, en yiddish con judío polaco y en inglés con otras personas.

En el mercado encontré frutas y verduras que nunca había visto antes. Mi madre siempre nos contaba sus recuerdos de las enormes manzanas, coliflores y pepinos de la Ucrania de su juventud. Nunca le creímos pero ahí estaban, en el mercado Carmel, exactamente tan grandes como ella nos decía años atrás.

Antes que nada quise localizar a Alicia Benassayag, la cantante de Tetuán. A través de colegas de la Universidad Hebrea, la encontré en Ashkelón, donde la famosa Dalila de la Biblia cortó el cabello de Sansón. Alicia compartía un pequeño apartamento con su hija, a quien conocí de bebé llorando en brazos de su madre, mientras ella cantaba. Alicia me contó la historia de su desgarradora huida de Marruecos: cada miembro de la familia partió con un rumbo distinto, a veces ayudados por un amigable policía marroquí o por organizaciones judías. Finalmente se reunieron en Marsella y de ahí partieron hacia Israel. Aunque la vida era una lucha constante, estaban agradecidos por vivir en un Estado judío, a pesar de la amenaza palestina.

La conversación con Alicia finalmente se situó en el presente. Casi de inmediato la madre y la hija, una moderna israelita con título universitario, se enfrascaron en una acalorada discusión acerca de derechos de la mujer. Las voces subieron de tono y pronto aquello se convirtió en un encuentro a gritos. Alicia dijo:

–Los hombres son más listos que las mujeres y se les debe obediencia y respeto. Ninguna mujer debe trabajar fuera de su casa y si lo hace, sólo será para ayudar a su esposo, no para ella misma.

–¡Nunca! –respondió la hija– soy tan lista como cualquier hombre y quiero tener los mismos derechos que ellos.

Aunque las grabaciones de Alicia, registradas en los archivos de la Universidad Hebrea, estaban bien en un escenario ella negándose a seguir discutiendo –decía.

–Sólo las mujeres sin vergüenza se exhiben en público.

Nuestra última semana en Israel se vio interrumpida por la violencia. El Hannukah había llegado, así que escuchamos los cantos de la temporada y comimos *latkes* de papa en el hotel Rey David, en Jerusalén (nos alojábamos en la YMCA, hotel más económico). Luego fuimos a Tel Aviv. Qué maravilla estar cerca del mar, disfrutar de la fresca brisa invernal y comer pescado en los restaurantes de la playa. El Mediterráneo fulguraba

bajo la luz solar. De pronto nuestra paz se hizo añicos: una bomba había estallado en un autobús local de Jerusalén, la primera en años, otro ataque violento de los palestinos. La Embajada de Estados Unidos, que estaba frente a nuestro hotel, de inmediato erigió un andamio alrededor del edificio y impusieron medidas de seguridad rigurosa. Nerviosos todos, nos quedamos hora tras hora frente a la televisión en espera de las últimas noticias. Era tiempo de marcharnos. Adelantamos nuestra partida unos días y volamos de vuelta a Nueva York.

* * *

Al regresar a Nueva York pasé mucho tiempo –no obstante mis clases en la universidad, los artículos por escribir y los discos por preparar– pensando en mis experiencias en Marruecos e Israel. Me di cuenta de que por primera vez mi trabajo entre los judíos sefaraditas se refería principalmente a una música cantada solamente por mujeres. Todas las investigaciones anteriores las había hecho entre hombres, tanto del mundo hispano como mi propio país. Ni modo, no tenía otro camino; así que decidí dedicarme al estudio de la mujer en la música. En ese tiempo el tema apenas se estaba explorado.

En 1984 recibí dos becas, una de la Fundación Nacional para las Humanidades (NEH) y otra de mi propia universidad. Durante los siguientes años mis investigaciones me llevaron más allá de la música, abrí caminos nuevos, hice nuevos descubrimientos, leí todo lo que pude sobre el folclor musulmán, cristiano y judío, obras como *Las mil y una noches*, *Disciplinas clericales*, *Relatos árabes*, los cuentos de los hermanos Grimm; además hice una comparación del romancero con la balada británica, entre otras cosas.

Primero, encontramos que la mayoría de los romances tratan sobre escándalos sexuales o "crímenes de pasión" de la nobleza cristiana, en los que se ve muy claramente el machismo del hombre mediterráneo. En la mayoría, las mujeres son víctimas de la violencia masculina: violación, incesto y mutilación. En algunos cuantos *las mujeres* cometen crímenes horribles, como infanticidio o canibalismo.

Luego, fui en busca de otros ejemplos de cultura popular española: leyendas, mitos y relatos para confirmar las actitudes hacia las mujeres expresadas en el romancero. De todo lo que leí, los refranes fueron los más entretenidos. Cuarenta mil de ellos recopilados entre hombres españoles por Francisco Martínez Marín. Escogí 200 que tenían que ver con el género: la hostilidad en contra de las mujeres está expresada con sal y picante.

Por ejemplo: "Mujeres buenas, en todo el mundo, dos docenas; mujeres malas, a millaradas". Y había otros peores: "El infierno es una mujer sin gobierno"; "La mayor parte de su saber lo aprendió el diablo de

una mujer". Incluso el amor era considerado como una condición transitoria que disminuía la estatura del hombre. El matrimonio recibió malas calificaciones: necesario pero desgastante y aburrido.

Siguiendo otro camino, buscaba historias, relatos, cualquier documento feminista en la cultura popular. Sí, existen historias sobre reinas, famosas cortesanas, y mujeres de talentos extraordinarios, pero de mujeres ordinarias, nada. Pero en esa búsqueda tuve suerte: en una librería de Tetuán, encontré dos tomos de cuentos de las judías sefarditas, recopilados por el folclorista español Larrea Palacín; traduje 25 de los cuentos al inglés. Entre ellos habían historias que mostraban que las judías, muy caseras, muy religiosas, de moral regida, sin embargo eran listas; supieron luchar para sus interés entre ellos como encontrar marido (por medios bien o mal), y como control sus maridos infieles. Además como *Las mil y una noches* tienen elementos mágicos, príncipes que vuelan, muertos que vuelven a vivir, etcétera.

Aquí hay que agregar que en la literatura culta las mujeres tuvieron más suerte. En la obra *La casa de Bernarda Alba*, de García Lorca; el cuento corto *Doña Berta*, de Leopoldo Alas y *La Celestina*, de Fernando de Rojas (publicada en 1499), las mujeres son presentadas como víctimas en una sociedad machista represiva.

Surge una pregunta: ¿por qué las judías preservaban esas canciones de historias cristianas? Indudablemente estas melodías fueron para ellas un cordón umbilical a España, un recuerdo de la vida distinguida que gozaron los judíos antes de la expulsión. Pero, yo creo que existe otro motivo: advertir a las jovencitas que, al violar el código de conducta sexual, iban a sufrir una muerte horrenda y causar la destrucción de su familia.

De los romances de mujeres violentas, creo que en el fondo las admiraban por su arrojo y valentía. ¿Por qué cantaron *La Gallarda*, por ejemplo, de la prostituta que mata a 100 hombres, o *Yo me era un pobre Lucero*, sobre una mujer que mata a su marido, lo guisa y lo sirve a su hijo? Seguramente porque eran relatos fascinantes. Esa razón es tan buena como cualquiera otra para seguir cantándolos.



VI. PUERTO RICO 1967

Para la década de los sesenta yo había pasado ya muchos años en el mundo hispano, pero conocía muy poco del Caribe. Mis alumnos portorriqueños del City College me decían: "Tiene que ir, le va a encantar. Es un paraíso tropical, podrá nadar en aguas azules y cristalinas, llevarse frutas del árbol a la boca y la gente es muy amable". ¿Cómo podría resistirme? Compré mi primer boleto de avión a Puerto Rico en 1967 y después volví una y otra vez, dejando mi cuenta en el banco casi en ceros, pero me sentía feliz. Además en vez de ir sola, me acompañaron mi hijo Peter y mis alumnos.

Mis años en países hispanos no me prepararon para San Juan. Al principio creí que todavía estaba en Estados Unidos. Por todos lados los anuncios comerciales estaban en inglés: "9 million Hamburgers sold"; desde la comida hasta la ropa interior tenían etiquetas de Estados Unidos. Tampoco podía entender los precios. Por ejemplo, ¿por qué los plátanos y el café, que se producían en la isla, costaban más que en Estados Unidos? "Es porque se envían a Estados Unidos y nos los devuelven empacados. Si además sumamos la ganancia del intermediario, nosotros pagamos más que ustedes", me explicaron. Otro ejemplo. Un día iba en autobús hacia Mayagües, una ciudad en la costa occidental de Puerto Rico. En el camino pasamos por la periferia de una enorme base militar estadounidense. "¿Por

qué estamos aquí?", le pregunté a un pasajero, un joven soldado americano que iba a unirse a su regimiento. "Te digo con una sola palabra: Cuba".

Como me lo habían dicho mis alumnos, me quedé encantada con mi primera vista de la isla. El viejo San Juan, el corazón de la ciudad colonial, estaba restaurado y tenía un aire romántico de viejo mundo. Las hileras de casas estaban pintadas en tonos pastel, con sus balcones de hierro forjado. Todo me era tan familiar como aquello que había visto en Andalucía. Incluso el famoso restaurante La Malagueña, el favorito de los políticos y de la alta sociedad portorriqueña, tenía un aire español.

En cambio, el Condado era como Miami, con casinos y hoteles tan grandes que casi no se alcanzaba a ver el mar. Era un patio de juegos para el turismo y fuera del alcance de los pobres portorriqueños.

Mis primeros encuentros con el pueblo también fueron muy agradables, pequeños pero inolvidables. Por ejemplo, un día en un autobús lleno de gente, de pronto me di cuenta que alguien me miraba fijamente, un agradable hombre de color. Al ver que yo me había dado cuenta de su mirada, tocó el ala de su sombrero, inclinó la cabeza y volvió a sentarse. En otra ocasión, esperando el autobús, empezó a llover. Pero una mujer que estaba cerca, al ver que yo no llevaba paraguas, se acercó y me cubrió con el suyo.

Hice otro viaje en julio con algunos alumnos para ver el festival de Santiago, en Loiza Aldea, un pueblo en la costa norte. Esa fue mi entrada en la vida portorriqueña. Sus chozas humildes estaban distribuidas al azar, entre palmeras, pero todas adornadas con flores y plantas. Lo que más llamó mi atención fueron los cascarrones de huevo pintados de azul pálido que ponían sobre los arbustos. En el fresco palmar, los niños jugaban en los claros, desnudos como el día que llegaron al mundo, vigilados por sus hermanas mayores.

Como en todo el mundo español, el festival de Santiago en Puerto Rico celebra la victoria cristiana sobre los moros en la España medieval. Lo que vimos en Loiza Aldea, sin embargo, fue completamente diferente de lo que vi en el México y Guatemala indígenas, porque allí se veían costumbres africanas.

Empezó el festival con tres días seguidos de procesiones que iban por la carretera de la iglesia de Loiza a Loiza Aldea, un recorrido de siete u ocho kilómetros, todo bajo el sol quemante de julio. Después de la bendición del sacerdote, los hombres levantaban la imagen de Santiago sobre sus hombros, atrás venía una banda de viento montada en un camión, dos equipos de danzantes, los "vejigantes" (los diablos) y los españoles a caballo. Y detrás de ellos venían los autos sonando sus bocinas al

ritmo de los tambores. De buen grado los danzantes posaban para nuestra fotógrafa, Julia Singer, mientras Peter Gold, mi alumno, grababa la banda de música. Yo me di por vencida a medio camino y agradecida acepté un "aventón" hasta la playa. Allí vimos las carreras caballos, el final de las ceremonias formales. ¡Qué espléndidos se veían los hombres en sus lujosos trajes españoles montados en esos pequeños caballos, llamados "paso finos".

Al terminar las carreras en la playa, todos se dirigieron al centro de Loíza Aldea, el cual realmente se convirtió en un teatro. Niños, tamborileros y danzantes enmascarados hacían piruetas y juegos. Reímos a carcajadas cuando un joven vestido de mujer, con una enorme almohada bajo su falda, gritaba en inglés: "¡Auxilio, auxilio, estoy embarazada! ¿Cómo llegó al Hospital Bronx?". Nos dábamos cuenta de que los homosexuales, en sus trajes flamencos y sus pelucas rubias, bailaban por la calle chasqueando los dedos.

Pasamos el día comiendo, bebiendo y escuchando música. Pero todavía nos faltaba "la Bomba", una noche entera de baile, canto y tambores hasta el amanecer. Mientras caía la noche, cientos de personas, desde bebés hasta gente mayor, se juntaban y empezaban a cantar. Momentos después entraban los dos tambores, cada uno con su propio ritmo, al estilo africano. Pronto un joven se colocó al centro del claro enfrente de los tambores y se puso a bailar. Nos quedamos pasmados. Yo había visto a los portorriqueños bailar en Nueva York, pero nunca con tanta elegancia y gracia. Después vinieron otros, incluso los niños tuvieron su turno para tocar los tambores.

Mientras tanto, nosotros grabábamos a los cantantes y a los tamborileros. Celebrando el espíritu alegre del festival cantaban:

Ron, ron, pido yo
 anís, anís de corazón
 si no hay anís
 que venga ron.

Nadie interfirió con nuestras actividades, pero tampoco nos hicieron caso, ni nos miraron. A la una de la mañana, completamente agotados, empacamos nuestro equipo y nos fuimos a San Juan.

Al día siguiente regresamos a Loiza Aldea y nos encontramos con los organizadores de la Bomba.

—¿Qué pasó con ustedes? —nos preguntaron con irritación. Se fueron a la mitad de la fiesta.

Entonces me di cuenta de que había cometido una estupidez: éramos sus invitados especiales, a pesar de no tener una invitación formal, y se sintieron ofendidos por nuestra salida a la mitad del espectáculo. Prometimos que la próxima vez nos quedaríamos hasta el final. Por lo menos estábamos entendiéndonos con los músicos y en los días siguientes conocimos a los mejores percusionistas y cantantes del lugar.

Pero yo necesitaba ya algunas explicaciones sobre la manera de festejar la ocasión. Castor Ayala, el principal artesano de Loiza, se convirtió en nuestro mentor. Ayala hablaba un inglés muy colorido y nosotros grabamos cada una de sus palabras.

–Yeah –nos decía– lo tenemos en la sangre. Este festival tuvo su origen en España. Una tarde hubo una gran batalla entre españoles y moros, entonces los moros usaban máscaras con cuernos, como las que tuvimos en el festival, así como trajes de vampiros, como demonios, llamados *vejigantes*, en colores. Luego los guerrilleros españoles vestían trajes de caballeros y eran enviados al frente de su ejército. Cuando los moros vieron a esos demonios saltando por todas partes, huyeron. En la confusión, el ejército español atacó y ganó la batalla. Fue Santiago el que condujo a los soldados españoles a la victoria. En Loiza Aldea cada quien tenía su propia versión de la historia de Santiago.

Según Mai Vargas, un día Abelardo, un pescador, estaba sentado bajo un encino cuando la marea arrojó a la playa una cajita de cobre. Contenía una carta que decía: “Aquel que encuentre esta caja debe llevarla a la parroquia de San Juan”. El hombre de la parroquia encontró una estatua dentro de la caja y una nota que decía: “Mi nombre es Santiago Apóstol, el que ganó las batallas españolas. Ahora, cristianos, quiero que se celebre un festival en mi nombre y procesiones durante tres días.” [Sólo pensar en eso me pone la carne de gallina.] Los ancianos del lugar firmaron el documento prometiendo celebrar una fiesta cada año y desde entonces se han celebrado 90 fiestas.

Yo le pregunté:

–¿Pero por qué hay tres estatuas de Santiago?

–Bien –dijo Mai– en la caja había una nota que decía: “Este es Santiaguito de los niños”. Fue entonces que Amalio Cruz, un hombre rico, dijo: “Si este es para los niños, tengo que mandar traer de España uno grande, un Santiago para los hombres”. Entonces una mujer llamada Difumera dijo: “Ahora necesitamos uno para las mujeres”, y reunió dinero para comprar un Santiago para las mujeres. Por eso tenemos tres santos.

Dice la gente que el santo venerado en Loiza es el gentil Santiago Apóstol, pero las imágenes que llevaban en las procesiones eran se-

mejantes al original que vi años después en Santiago de Compostela, España. Esa estatua es de un caballero español, con armadura. A los pies de su caballo blanco hay una figura sobre la cabeza de un moro con cuchillo en mano.

Una vez terminada la fiesta de Santiago, Loiza volvía a la normalidad. Todos regresaban a su trabajo, los domingos se llenaban las iglesias –la católica y la protestante–, el centro del pueblo quedaba quieto y vacío, y los niños jugaban en las calles polvorientas.

Nosotros aprovechamos la oportunidad para convivir más con dos familias que conocimos durante el festival: la de Castor Ayala, el maestro artesano, y la de Sofía Vargas, cantante. En lo personal, lo que más me gustó fueron sus cuentos. Pasamos horas y horas escuchando relatos sobre brujerías, tragedias y escándalos. Estoy segura de que en el mundo entero no existen mejores cuentistas. Apunté algunos.

Una y otra vez volvimos a la tienda de Ayala. Él no solamente hacía las máscaras, además era un hombre muy sabio y con un gran conocimiento de las plantas y las hierbas medicinales de la región. Un día lo encontramos rodeado de chiquillos. Al entrar nos invitó a tomar café.

–Siéntense –nos dijo– les estoy contando a los niños la historia de la peor tormenta que hemos tenido en cien años.

Lo grabamos todo.

–El huracán de San Cipriano ocurrió en 1932 –comenzó– con ráfagas de 180 millas por hora. Sabíamos que venía el huracán porque las cabras olisqueaban el aire por la tarde y estaban muy nerviosas. Mi padre dijo: “Mira las cabras, hoy vamos a tener huracán”.

Nos llevamos las cabras al patio y las atamos, pero estaban muy agitadas y se escondieron debajo de la casa. También las gallinas nos avisaron. Nuestras gallinas duermen en los árboles pero esa tarde fue diferente. Mi madre dijo: “Miren, las gallinas están metiéndose bajo el suelo, una tras otra”. Su instinto las llevaba a buscar un lugar más seguro.

Mi padre dijo que el huracán iba a venir en unas dos o tres horas. Nos preparamos con mucho cuidado. Protegimos con madera cada ventana, amarramos las camas; nada quedó suelto. Para las seis o siete, el viento empezó a soplar más fuerte. Mi padre dijo: “El huracán está a media hora de distancia”.

Trabajamos más rápido. No podíamos ver nada, era casi de noche. Luego mi padre nos amarró a todos juntos con una gran sogá. Para las nueve de la noche el techo empezaba a crujir. Yo dije: “Papá, salgamos de la casa, ¡se va a caer encima de nosotros!”. Cuando el último de nosotros salió, es decir, mi padre, el techo se desplomó. ¡Crash! Si no nos

hubiéramos salido, el techo nos habría matado a todos. Estuvimos afuera hasta las cinco de la mañana. El huracán nos pasó por encima. Vimos la lluvia y unas bolas de fuego entre los árboles, bolas de fuego en el viento. Estábamos mojados y temblando, con el viento y la arena por todas partes; el viento quemaba nuestro rostro. ¡Wow! Las palmeras que estaban cerca de la casa se vinieron abajo.

Cuando todo se calmó, tratamos de entrar a la casa, pero no pudimos. Luego vimos la linterna. Verán, cuando el techo se desplomó, se cayó el centro de la casa, pero dejó los muros en pie. ¡Durante todo el huracán, la linterna no se apagó! Después de esa mala experiencia, decidimos vivir lejos de la playa, donde estamos ahora. Los vientos hacían el mismo ruido de 200 aviones pasando al mismo tiempo.

Pero la amistad con la familia Vargas, Sofía, sus niños, Mai (mamá) y Pai (papá) fue la más íntima de todas. Mis alumnos y yo pasamos un gran número de horas en la casa de Sofía hablando sobre cualquier cosa: su vida, sus opiniones políticas y religiosas, su educación, etcétera. Mientras Sofía y yo charlábamos, mis alumnos grababan los cantos de sus niños y sus amigos. En la calle de enfrente de la casa recogieron algunas cosas tiradas por sus vecinos y los convirtieron en instrumentos de percusión. Con ritmo caribeño cantaron:

Chiquín Molina, Chiquín Molina
Chiquín Molina, ¡hué!
Que ¿a dónde estará ese ritmo, caramba,
del merecumbé? ¡Hué!

Mai Vargas, la madre de Sofía, era una mujer de 70 años, de lengua mordaz, que llamaba a su ex marido "Mi rubio", burlándose así de su piel tan negra. Vivieron juntos muchos años pues tuvieron catorce hijos. Ya separados, él venía de vez en cuando a verlos en un auto, tan viejo que casi no caminaba de su casa a la de Sofía.

Pai Vargas era un caballero de la vieja escuela, con maneras de gran señor español. Cuando salíamos a pasear en su coche, él pagaba la cuenta, me abría la puerta y me tomaba del brazo, cosas pequeñas, pero importantes para él. De otra manera le hubiéramos ofendido. Pero Mai era muy práctica y nos describía Loiza en los tiempos de su juventud.

—No tenías más remedio que sentir pena por ese lugar —decía. Había solamente veintidós casas por aquí y por allá, y no teníamos electricidad. Las cabras y las vacas venían a la plaza principal a comer. ¡Imagínense a los animales pastando en la plaza principal!

También recuerda todas las cosas buenas “no teníamos dinero pero sí suficiente comida, leche y huevos para compartir con los vecinos. Yo tenía una cabra de grandes ubres, y pude criar a una de mis hijas con su leche”.

Siempre me sorprendía con sus comentarios sobre la vida. Un día me dijo:

–Dicen que sólo hay dos razas, la negra y la blanca, pero la gallina tiene muchos pollitos diferentes. A veces no puedes identificar a una persona por su color. Por ejemplo, alguien tiene piel blanca pero su cabello negro.

Otro día me dijo algo curioso:

–Cuando nace un niño, todos lloran por él.

–¿Por qué? –le pregunté.

–Lloran porque nadie sabe el destino de ese niño, cómo va a morir. Pero cuando muere un niño, hacemos una *baquiné* [velación], cantamos y tocamos los tambores.

¿Pensaba Mai que el destino es casi siempre trágico?

De toda la familia Sofía era mi favorita. Cuando la conocí era viuda con seis hijos. Alta y atractiva, Sofía vivía su vida sin temor. En nuestras charlas me lo contó todo: el abuso de su familia por las “pecas” de su juventud; la lucha por ganar la vida, y sus amores infelices. Mientras tomábamos un refresco en el pórtico de su casa me dijo:

–No me gusta mandar a los hombres, pero sí quiero que me respeten. La gente dice que soy dura. Bien, si quieren decir que no tolero abusos, tienen razón. Mi esposo nunca me molestaba porque sabía que yo le iba a dar golpe por golpe.

Pero también era una mujer generosa. Me decía:

–Si mi esposo necesita ayuda, me pongo pantalones y trabajo como hombre, y lo hago de corazón. Aquí nadie da órdenes más que yo, ni Pai ni Mai ni mis hijos ni nadie.

Sofía me introdujo a la brujería del Caribe y me quedé fascinada por lo que me dijo y por lo que vi con mis propios ojos. Era católica pero también creía que era bruja, no por lo malo sino por lo bueno. Loiza es famoso por sus brujas que practican el “espiritismo”, una de las muchas religiones africano-cristianas del Caribe.

Como bruja creía tener poderes extraordinarios.

–En mis sueños –me dijo– puedo curar a los enfermos con sólo ponerles las manos. Puedo sanar a miles de personas no con medicinas, sino con plantas que otros no conocen.

–¿Y si esos tratamientos no les ayudan? –le pregunté. ¿Qué haces entonces?

–Voy al médico –me dijo.

A pesar de todo, era una mujer muy práctica.

En México yo había tenido mucho contacto con las religiones indígenas, pero en Puerto Rico fue otra cosa. De pura curiosidad fui a una botica en San Juan. Me asombró la cantidad de libros, de grabaciones, de hierbas, de imágenes de santos, de plantas, de amuletos, pastillas y remedios. La variedad de rezos impresos era enorme: oraciones a San Silvestre, a Santa Juana de Arco y a Santa Malta, así como rezos para obtener las fuerzas espirituales de los Jueces Justos, la Santa Túnica, los Ángeles de la Guarda. También estaban las deidades africanas: Alegua (negro), Alofi (rojo), Ocún (blanco), Shangó (café) y Yemalá (rojo). Cada santo o deidad tenía una misión especial. Sofía me decía:

–Hay gente a la que balacean y no se muere. Es porque la bala da contra un botón o la hebilla del cinturón; eso es gracias a la Santa Túnica.

Pero lo que más me fascinaba eran los sueños de Sofía. Así entré a su vida íntima. Describo los más interesante exactamente como me los contó.

–Muchas cosas extrañas me han pasado en la vida –me contó Sofía–; cuando estaba en séptimo grado, mi madre trabajaba en Santurce. Entonces yo dormía en la recámara de mi mamá. Una noche, cuando todos se habían ido a dormir, me quedé despierta por algún miedo. Así que dejé una lámpara de petróleo encendida en mi cuarto. Escuché que alguien abría la puerta. Una vieja negra entró a mi cuarto. Era muy delgada, alta y jorobada. Entonces se quitó toda la ropa: la pañoleta, la chaqueta de manga larga, su enorme sostén, el fondo y la falda, y los puso sobre una silla. Luego se subió a la cama. Yo tenía tanto miedo que no podía ni moverme ni gritar, además mi hermanito estaba durmiendo junto a mí. De pronto, cuando lo miré ¡estaba muerto! Ahí estábamos, el cadáver de mi hermano, la vieja y yo. Después empezó a meter sus dedos en mis ojos, mis oídos, mi boca, en todos los lugares que podía, hasta que amaneció.

–A las cinco de la mañana –prosiguió– la vieja se vistió y el cadáver volvió a ser mi hermano, pero la pesadilla no había terminado. Vi a un duendecillo, del tamaño de mi dedo, sentado en un banquito, con una caja en la mano. Me quitó todo el vello púbico, pelo por pelo. De cada uno caía una gota de sangre y la recogía en la caja. Después puso su pequeño banco bajo el brazo y desapareció por una grieta en la pared.

Sofía terminó su relato con una explicación; al ser rescatada por su maestra de escuela fueron a ver a una espiritista. Ella dijo que una vecina creía que su madre había causado la muerte de uno niño suyo. Esa mujer invocó a los malos espíritus para dañar a su madre.

–Puesto que mi madre –Sofía me explicó– no estaba en la casa, todo me pasó a mí en vez de a ella. Cuando mi madre volvió a casa le conté todo. ¡Ella me dijo que había tenido el mismo sueño en Santurce! Esa espiritista sabía exactamente lo que había sucedido y por qué.

Me quedé fascinada por ese sueño, primero porque nunca los tengo, o tal vez nunca me acuerdo de uno. Pero un día me contó uno de sus sueños felices:

–Una vez, cuando era joven, mi madre dijo que barriera el patio. Esa noche soñé que barría tanta arena que apareció una superficie dura con un asa, yo la levantaba y había una escalera. Bajaba por esa escalera y al fondo veía una mesa con doce sillas. Sabía que era la mesa de la Última Cena. Justo enfrente estaba sentado Jesucristo. Sentí alegría y lo miré con profundo respeto. Él me decía: “Te he estado esperando. Quiero que vengas todos los días a limpiar este lugar, pero no le digas a nadie o nunca volverás a encontrar la entrada.”

–La noche siguiente tuve el mismo sueño. Regresé e hice las mismas tareas, pero al tercer día, con mi corazón tan lleno de felicidad, le conté todo a mi madre, y al llegar con mi mamá, Jesús nos trató bien y estaba contento. Pero al día siguiente ya no pude encontrar la entrada.

He vuelto a contar los sueños de Sofía muchas veces desde que los escuché por primera vez en Loiza Aldea y estoy segura de que ella se sentiría feliz de saberlo. ¡Qué orgullosa se sentía de que Jesús, el gentil Salvador, la tratara con respeto a pesar de que ella había roto su promesa!

La última vez que la vi tenía un serio problema. Llegué a la isla sin anunciarme y fui directo a su casa. Al acercarme escuché unos gritos espantosos. Sofía estaba en la cama, dos mujeres a los lados y sus niños alrededor, sus caras temblando. Una de las mujeres, una bruja, me dijo que Sofía estaba poseída por su esposo muerto y ellas habían venido para ayudarla a exorcizarlo. Durante dos horas ella soltó todos los desastres de su vida, siempre a gritos: el desastroso matrimonio de su hijo, el suicidio de un conocido, etcétera. Por fin, totalmente agotada, Sofía se levantó de la cama, entró a la sala, tranquila y aparentemente feliz de haber exorcisado a sus demonios.

–Yo sabía que ibas a venir –me dijo abrazándome– porque hace dos días te vi en un sueño. Me da gusto que estés aquí, Enriqueta vamos a trabajar juntas, como siempre.

Sofía y yo nos sentamos tranquilamente a beber un refresco y luego me contó lo que había pasado desde mi última visita. Había aparecido un hombre nuevo que le ayudaba en todo y que la trataba con respeto. El único defecto era que estaba casado y tenía hijos. Sobrevino una

crisis tras una visita inesperada de su esposa: Sofía rió amablemente al contarme el encuentro: "La gente me dice que mi esposo viene a visitarla", empezó la mujer. Sofía lo negó todo, diciendo: "¿Usted creería que yo haría algo así? ¿Una viuda con seis hijos? Puede buscar en toda mi casa si quiere". (El marido estaba escondido en su recámara.) Poco después la mujer se fue convencida de que Sofía había sido víctima de los chismes.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté a Sofía.

—Soy razonable —me contestó. Mejor negar todo, así todos se quedan felices y todo puede seguir como antes... De cualquier manera, no quiero casarme, no confío en los hombres.

En Loiza Aldea, a pesar de la aparente calma, hay algo muy inquietante y hasta se puede llegar a creer muy fácilmente que hay espíritus malignos que se mueven al abrigo de la noche. Recuerdo una noche en la que Sofía me advirtió: —No salgas. Cuando volví de trabajar encontré todas las luces prendidas y a mis niños llorando. Vimos luces en el palmar. Había alguien ahí, escondido, alguien conocido. —¿Quién era? —le pregunté muy asustada. —No lo sé, pero al salir me roció la falda con gasolina y trató de prenderme con cerillos encendidos. Pude escapar porque corrí más rápido que él.

Aunque no me lo dijo, estoy casi segura de que era un viejo enamorado con deseos de venganza. Desde entonces empecé a darme cuenta de que incluso yo, una gente de razón, también podía sentir miedo por cosas que no puedo ver. Esa noche mis alumnos me rogaron que nos fuéramos de ahí, y regresamos a San Juan.

San Juan

En todos los años que pasé en el mundo español, yo fui solamente una observadora de cultos religiosos, pero nunca una creyente ni una practicante. Sin embargo, en San Juan, en el barrio de Hato Rey, me enfrenté a una situación distinta. Conocí a Mita, la fundadora de un culto portorriqueño.

Mita, cuyo nombre de pila es Juanita García Peraza, de padres ricos, me explicó que cuando se curó de una enfermedad gracias a sus rezos, decidió dedicarse al servicio de la humanidad. En 1969, cuando la conocí, afirmaba tener diez mil seguidores en Puerto Rico, Estados Unidos y República Dominicana, blancos y negros, ricos y pobres. Ellos creían que Mita era la profeta del siglo XX, como Moisés y Jesús en su tiempo, y como Jesús curaba enfermedades como el cáncer y la diabetes, etcétera. Su templo incluía también una cooperativa de negocios, dirigi-

da por un grupo de ministros sin igual; eran intelectuales y, al mismo tiempo, diestros hombres de negocios.

Mita era muy semejante a los puritanos de mi país: prohibía el alcohol, los bailes de salón y la música de violín como diabólica. Sin embargo, Mita utilizaba la música para sus propios fines. Durante las reuniones, había cuatro conjuntos, uno en cada rincón del templo: una banda de metales, un trío de cuerdas y dos dúos. Todos tocaban himnos alegres y en un estilo popular. Sólo las letras reflejaban la visión que Mita tenía del mundo.

Un día me invitó a una reunión en el templo. Yo sabía que se trataba de una ocasión especial porque Mita insistió mucho en que yo fuera. El inmenso atrio estaba lleno de gente, mujeres y hombres todos vestidos de blanco de la cabeza a los pies. Después de las oraciones, empezaron a cantar. Todos se pusieron de pie, gritaban de alegría, aplaudían, marcaban el ritmo con los pies y movían el cuerpo al ritmo de la música; muchos estaban en trance. Finalmente el canto llegó a su clímax y después se hizo un silencio absoluto. Entonces, la banda empezó a tocar una marcha y Mita apareció en la plataforma, radiante y sonriente, agitando un pañuelo blanco.

De pronto, Mita fijó su mirada en mí como si yo fuera la única persona en el templo. Me rogó que me uniera a su cruzada. Cuatro mil pares de ojos estaban fijos en mi persona. No se escuchaba un solo ruido, casi dejaron de respirar en espera de mi respuesta. Yo aguardé hasta que ella terminó de hablar, y luego lentamente negué con la cabeza. Mita se desplomó en su asiento completamente derrotada.

Al terminar el servicio subí a la plataforma, la abracé y dije:

—Mita, perdóname pero no puedo hacer lo que me pides. Por favor, ¿no podemos seguir como amigas?

No me dirigió la palabra ni me miró. No tuve más remedio que salir del templo con mis alumnos y respirar el aire libre. Mita está en el negocio de salvar almas. Para ella no existía una amistad en abstracto. Murió en febrero de 1971. Me acordé de mi última conversación en Puerto Rico con uno de sus ministros: —¿Ves esas tres luces? Representan el amor, la unidad y la libertad. —¿Qué quieren decir esas palabras?, le pregunté. —Amor entre los adeptos —me dijo— y la unidad de toda la gente en una sola iglesia. —¿Y la libertad? —insistí. —Eso significa que debemos estar libres del pecado y de las cadenas que nos atan. Ese día aprendí otra cosa: que una palabra puede tener muchos significados.

Cidra

Después de ese encuentro emocional tuvimos que escapar. Invitada por Peter Hawes, ex miembro de los Almanac Singers que cantaron en WNYC en los años cuarenta, y que ahora vivían en Puerto Rico, fuimos a la región montañosa de la isla. Pete y su esposa Ellen tenían una casa con vista a los valles y las montañas. A pesar de que él se dedicaba a la artesanía, nunca perdió su pasión por la música popular y conocía a todos los músicos de la región. Peter no tardó en presentarme a los más talentosos jóvenes guitarristas de Cidra, el pueblo cercano, y grabamos décimas, aguinaldos y plenas, un tesoro musical lleno de hechiceras melodías inolvidables. Era la primera vez que en el Caribe oíamos rasgos de la música española, pues en las montañas viven muy pocos negros.

Entre tantas que me cantaron esa tarde estaba una plena que conocía con el título de *Cortaron a Elena*. La letra refería al juego de gallos. Tocando guitarras, Luis Marcano y su amigo Gilberto Laza cantaron:

Me mataron el gallo (3)
los pica piedras de la cantera

Me mataron el gallo (3)
allá la ambulancia
viene tocando sirena

Yo no quiero mi gallo (2)
mi gallo no quiero
lo que quiero son las espuelas.

De todas las personas que conocimos en las montañas las más interesantes fueron los Roses. Once millas más allá de Utuado, vimos un letrero clavado al tronco de un árbol que decía: Hacienda Roses. Salimos de la carretera y seguimos un estrecho y polvoso camino con árboles, palmeras y flores tropicales por todos lados.

Nos quedamos tres días tranquilos en la hacienda. Mientras que bebíamos un rico café, Minnie Roses y su madre nos contaban su historia, tanto una crónica personal como la historia política de la isla.

—En tiempos lejanos —empezó Minnie— los españoles se establecieron en las montañas. Se casaron con las indígenas, como puedes ver por las caras de muchos de aquí.

—Nuestra familia ha tenido esta plantación por cientos de años. Mi bisabuelo vino de España, compró la propiedad, inició el negocio y luego volvió a su país; nunca quiso vivir aquí. La tierra la heredaron mi abuelo y sus hermanos, y más adelante la convirtieron en una plantación de café, una de las más grandes de la isla. Tuvo mucho éxito, pues el café portorriqueño se consideraba el mejor del Caribe, especialmente en Europa.

La familia Roses tenía fama más que nada por su amistad con el presidente Theodor Roosevelt al principio del siglo. Sin embargo, había otra razón: el abuelo fue un médico famoso, el primero en la isla en tratar el cáncer con radiaciones y un pionero en las investigaciones sobre anemia y parásitos. Además fue un político prominente, fundador del Partido Democrático Popular.

—Mi padre era amigo íntimo de Muñoz Marín —recordaba Minnie. Cuando era gobernador, traía a su personal aquí y se quedaban a trabajar por semanas. El helicóptero iba y venía trayendo y llevando secretarías, asistentes, máquinas de escribir y dictáfonos. Le encantaban los niños y cuando ellos le saltaban encima, él sonreía. Era un magnífico orador pero no buscaba ni riquezas ni gloria. Cuando terminó su gestión en 1956 era tan pobre como cuando empezó.

La madre de Minnie interrumpía con sus propios recuerdos:

—Muñoz Marín siempre decía al llegar: "Ahorita estoy aquí en la Tierra, en este mundo, pero cuando me alejo 50 pasos por la terraza, me parece que estoy en el cielo, en otro mundo, más cerca de Dios". Era un gran poeta y un filósofo.

Nos despedimos con abrazos calurosos y con la esperanza de vernos otra vez. Regresamos a San Juan para confrontarnos, de nuevo, con el presente, turbulento, a veces inexplicable, pero vivo y excitante.

San Juan

En 1969 pasé mucho tiempo en San Juan. Me encargaron que escribiera un libro sobre Puerto Rico, un retrato de la gente y sus costumbres dirigido a un público juvenil. Mika Seeger, la hija de Pete Seeger, y varios estudiantes, me acompañaron en ese viaje. Toda mi vida había trabajado con gente rural, esta vez lo haría con gente de la ciudad.

Al recordar ese tiempo, me parece que yo hablaba con todos: líderes sindicales, profesores universitarios, pintores, músicos, filósofos, feministas, en fin, como ya dije, con todos. Hablábamos siempre de temas contemporáneos, los mismos de mi propio país. No hay que olvidar que la isla ha estado bajo el dominio de Estados Unidos desde 1898 y

que su influencia ha crecido en todos los aspectos de la vida. Por ejemplo, los cínicos llaman a la Universidad de Puerto Rico "una universidad estadounidense en Puerto Rico". Encontrar hostilidad en contra Estados Unidos es natural, pero encontrar nostalgia por España entre intelectuales eso me dejó sorprendida.

Antonio Martorell, un talentoso artista gráfico, me hizo conocer lugares insospechados. Para ayudar a los jóvenes rebeldes a no autodestruirse, fundó un taller de arte llamado Taller Alacrán: un proyecto comunitario que permitía a los muchachos aprender a elaborar carteles, joyería y diseño en textiles. Muchos habían abandonado la escuela, eran delincuentes juveniles y drogadictos. Luego de unos años difíciles, el Taller llegó a ser una institución bien establecida, respetada y admirada por la comunidad.

Como soy mujer quería saber si había un movimiento feminista en Puerto Rico. Por suerte conocí a Nilita Vientos Gastón, una espléndida intelectual con quien tuve una cordial relación. Era excéntrica, de gran magnetismo y pronunciaba sus opiniones en público con gran audacia.

—Es cierto —me decía— las mujeres de aquí ocupan puestos muy altos en literatura y política, más que en Estados Unidos. Por ejemplo, durante quince años fui directora del Ateneo de Cultura Puertorriqueña, nuestra institución cultural más antigua. Fui la primera mujer en ocupar el puesto y también dirigí la revista de literatura más importante. Además desempeñé el cargo de Procurador General algunos años. Como yo, hay muchas legisladoras, doctoras, científicas, universitarias, y una mujer ocupa el puesto de alcalde de San Juan.

Después de un largo suspiro, Nilita continuó, con cierta tristeza:

—Las actitudes sobre el sexo cambian muy lentamente. Fíjate, mi padre y sus hermanos todavía dominan mi vida personal; cuando salgo tengo que informarles a dónde y con qué hombres voy.

Con esas pocas palabras pude adivinar su resentimiento, pero también la incapacidad de luchar en contra costumbres y actitudes tan antiguas, tan establecidas.

Las conversaciones que he contado antes tuvieron lugar hace más de un cuarto de siglo. Más recientemente, hablando con mi amiga puertorriqueña Ana María Rosado, una talentosa guitarrista de música clásica, recién llegada de la isla, le pregunté: —¿Qué ha cambiado desde mi última visita allá en la música popular?

—Hay dos sectores —me dijo— uno tradicional, que toca salsa, y otro, el de los jóvenes, que tocan rock y últimamente rap. Todo lo que hacen ustedes aquí, lo hacemos nosotros allá.



VII. EUROPA DEL ESTE

Rumania

En 1959, por fin, hice mi primer viaje al otro lado de la Cortina de Hierro al viajar a Rumania para participar en las reuniones del Consejo Internacional de Música Folklórica. Lo que más me atraía era el festival nacional de música y bailes populares que se iba celebrar al terminar nuestra conferencia.

El viaje fue bastante molesto y al llegar a Viena sólo nos faltaba un corto vuelo a Bucarest. Después de esperar horas, apareció en la pista del aeropuerto un avioncito de nueve pasajeros. Yo me asusté al verlo, pues era un viejo avión seguramente de tiempo de la Segunda Guerra y dudaba que pudiera elevarse. Al abordar el avión el miedo aumentó, ya que la cabina era oscura y tenebrosa. Todo el viaje volamos tan cerca de la tierra que casi se podían contar los árboles de los Cárpatos abajo. Para calmar mis nervios, la azafata me aseguró que la compañía nunca había tenido un accidente. Más tarde me informaron que solamente tenían tres aviones y que nunca volaban con mal tiempo. Gracias a Dios no supe eso cuando estábamos en vuelo.

Ya era noche al llegar al aeropuerto. Sólo se podía ver un letrero neón con "Bucarest" que brillaba en la oscuridad total. Con los demás pasajeros enfrentamos a los funcionarios de la aduana, quienes nos mira-

ron con hostilidad. Pero, al poco tiempo, dos jóvenes llegaron corriendo por el aeropuerto en nuestro rescate. Nos dieron la bienvenida en nombre del Ministerio de Cultura, recuperamos nuestras maletas y un coche nos llevó hacia las luces de la ciudad.

El hotel El Palacio Ateneo, donde pasamos la primera, noche había sido en otros tiempos un casino para los ricos y la nobleza, y a pesar de estar descuidado y estropeado todavía tenía rasgos del pasado elegante: paredes de damasco rojo, grandes espejos labrados y candiles de cristal. El gracioso restaurante jardín y la cortesía del viejo mesero me hicieron olvidar que estábamos en la Rumania socialista.

A las cinco de la mañana el teléfono me despertó.

—Ya nos vamos —me dijo una voz. Tenemos que viajar tres horas para llegar a Sinaia a tiempo. La inauguración empieza a las nueve y media.

A pesar de que estaba muerta de cansancio —la rockola de al lado del hotel no dejó de tocar sino hasta a las cinco de la mañana—, una vez en camino resuscité. Al entrar en Sinaia, sede de la conferencia, me quedé maravillada: primero pasamos unos prados verdes, jardines con flores de todos colores y esculturas por aquí y por allá, todo arreglado y bien cuidado.

En la subida pasamos tres enormes edificios. Los amigos rumanos nos explicaron:

—Éstos eran los palacios de nuestros reyes. ¿Sabes, Henrietta, que solamente tuvimos tres, y cada uno construyó su propio palacio? Cuando en el siglo pasado terminó la larga ocupación turca, llegó el primer rey, Carol I, que era príncipe alemán, ni siquiera rumano.

¡Que palacio!, pensé, seguramente es donde viven los vampiros, los duendes y las brujas. Tal vez fue el palacio del conde Drácula.

Subiendo por el camino sinuoso llegamos a nuestro hotel, la Casa Pelisor, que en su tiempo fue el palacio del segundo rey, Fernando, y su reina, la bella María, de estilo campestre pero grande y lujoso. Mi habitación —antes la recámara del rey— estaba adornada con cortinas, tapetes y sobrecama de lo mejor de la artesanía campirana. Además, había algo muy especial: la tina era de plata, según me dijeron. Acostumbrada a dormir en cama de campo, a veces compartida con insectos peligrosos, estaba yo en pleno paraíso.

Mi cuarto tenía una historia muy curiosa. Decían que el rey construyó una escalera en el cuarto de baño que iba directamente a la recámara de la reina en el segundo piso. Así que el muy penoso no tenía que pasar por las escaleras, donde siempre estaban soldados de guardia

Al día siguiente, subimos otra vez hasta llegar al tercer palacio, el

del último rey rumano, Carol II, y su compañera, Magda Lupescu. Ése tenía el aspecto de una casa de la clase media porque los muebles se compraron en un sótano de gangas. Pero en el salón de la conferencia todo era moderno, eficiente, máquinas de escribir, de grabar y fotografiar y cabinas, donde hicieron traducciones en cinco idiomas: inglés, alemán, francés, ruso y rumano.

Más que las ponencias tuve el placer de conocer a los asistentes que venían de 30 países del mundo, musulmanes, judíos, budistas, cristianos, de todas creencias. –Los rumanos– nos entretuvieron con comidas, cocteles, excursiones y un bar donde a todas horas tomamos café turco. El cocinero de pasteles, por ejemplo, antes empleado por la familia del rey, era un genio. ¿Quién en ese tiempo se preocupaba por calorías o colesterol?

Entonces, un día ocurrió algo que nos devolvió a la realidad. Yo había viajado de Nueva York en compañía de una distinguida colega, Ruth Rubin, folclorista de la cultura judía del este de Europa. Antes de salir para Rumania, ella arregló con los dirigentes del congreso una entrevista con un folclorista rumano-judío, el único que se salvó del Holocausto.

Al llegar al lugar del encuentro, acompañado por algunos israelitas, los representantes rumanos impusieron reglas. A pesar de que los dos, Rubin y el rumano, hablaban yiddish les prohibieron conversar en ese idioma. “Señora Rubin –dijeron los rumanos– usted tiene que hablar en inglés y nosotros lo traducimos al rumano, y el señor hablará en rumano y traduciremos al inglés.” Fue un desastre completo y el incidente dejó a todos de mal humor y llenos de sospechas.

Este fue el primer disgusto. De ahí en adelante, no escuchamos más que lecturas sobre música cubiertas de teoría marxista.

En la inauguración del congreso, por ejemplo, el director del Instituto de Folklor Rumano dijo que el socialismo había creado una nueva música, optimista y colectiva. Bajo el capitalismo, en cambio, la música reflejaba la unidad del pueblo en su lucha contra las clases ricas. Para los delegados de Occidente, este análisis sobre la música popular lo tomamos como un grano de sal sabiendo que las canciones populares abarcan la vida en su totalidad: la protesta, el amor, el trabajo, el ritual, la historia.

Muy pronto tuvimos oportunidad de oír la nueva música socialista. Cuando regresamos a Bucarest, el festival nacional de baile y música estaba en pleno proceso. ¡Jamás he visto uno tan grande, tan extravagante! Llegaron más de tres mil cantantes, instrumentistas y bailarines de todas las provincias, que eran los semifinalistas de 700 mil competidores.

¡Imagínese, 700 mil en un país de 16 millones! Escuchamos a las bandas de gitanos (*lautari*) tocar sus violines, cembalos, flautas de pan, clarinetes (*tarogato*), y laúdes (*cobza*), y a los campesinos tocar sus flautas de pastores, enormes cuernos alpinos y gaitas.

Lo que más me cautivó fueron las canciones y, sobre todo, la *doina*, para voz sola del tipo oriental. Como los *blues* y el flamenco, la *doina* es la música del alma y las cantantes son muy populares, como nuestra Ella Fitzgerald o Billie Holiday.

La misma variedad podía verse en el baile. Rumania, situada entre Europa y el Este, tenía docenas de danzas, desde las más primitivas bailadas en rueda como la *bora* y la *sirba*, y las de los pastores que ejecutan con grandes saltos. Verlas ahí reunidas era como releer la historia, reconocer uno a uno a aquellos que poblaron ese lugar a través de los milenios.

En cambio, la llamada "nueva música" era aburrida y mediocre. Oímos coros de obreros cantando himnos a la nueva régimen y bailes tradicionales, ejecutados por una compañía de ballet clásico –todo artificial y convencional.

Sin embargo, me quedé muy agradecida con los rumanos por una gira que nos organizaran por varias aldeas. Así vimos las danzas y oímos la música en su ambiente natural. Por primera vez desde nuestra llegada pudimos ver los campos de maíz, sus pequeñas casas pintadas con hermosos diseños abstractos. Todos bailaban, los jóvenes y sus padres, y los padres de sus padres. Casi de inmediato nos animaban a bailar con ellos, nos enseñaron los pasos y cómo seguir la música. Bailamos en círculo, nos tomábamos del brazo, de la cintura, dimos tantas vueltas que perdíamos el aliento y el corazón palpitaba con intensidad por el esfuerzo. Como la danza campesina no sólo servía para divertirse sino también para el cortejo, las viejas hicieron todo lo posible para que cada uno de nosotros tuviera su pareja del sexo opuesto.

Una vez de regreso a Bucarest tuve que preparar un informe sobre la conferencia para el *New York Times*. Con este fin hice una cita con un compositor rumano al que conocí en una cena. Cuando llegé al lugar convenido no estuvo; solamente me encontré con Bert Lloyd, un folclorista inglés que me informó que estaba cancelada la cita y que me esperaba todo el Sindicato de Compositores.

–Quiero hablar con una persona –le dije gritando con todas mis fuerzas–, no con una organización.

Pero no tuve otro remedio y fui con él.

La reunión se realizó en la casa de George Enescu, el destacado compositor rumano ya muerto. Elegante, casi suntuosa, el área central,

con un domo de dos pisos, era su sala de concierto privada. Después de hacer el recorrido de la casa me llevaron a un salón grande, donde por lo menos estaban sentados quince hombres, todos compositores, y ni una sola mujer. Se sirvieron café y galletas y, luego de unas palabras de cortesía, empezamos la conversación en serio. Claro que había malos entendidos en ambos lados; yo sabía muy poco de ellos y ellos nada de mí, o de mi país.

Primero me explicaron que la principal actividad del Sindicato era la compra de obras, el precio fijado según el valor musical.

—¿Qué determina el valor de una obra? —pregunté.

La respuesta fue:

—Debe ser de alguna manera de acuerdo con la filosofía del socialismo real.

A mi pregunta si compraban obras de vanguardia, contestaron:

—Tratamos de complacer a la mayoría. ¿Para qué tocar en una sala vacía o molestar al público con demasiadas disonancias?

En otras palabras, en la Rumania socialista estaba prohibido crear arte experimental, atrevido, que durante siglos siempre fue la orientación del arte europeo.

Aprovecharon mi visita para quejarse de Occidente: que nuestros obreros tenían prohibido ir a conciertos y que la música clásica estaba prohibida en la radio y que nuestra música popular estaba corrompiendo a su juventud. Yo me encogí de hombros y les dije:

—Mi país no tiene la culpa de que sus jóvenes escuchen nuestra música.

Aun en 1959 la radio de onda corta llegaba al Bloque Soviético, presentaba música pop y jazz, y clandestinamente entraron grabaciones en grandes cantidades.

Más tarde, mientras caminaba de vuelta al hotel, reflexionaba sobre lo que me habían dicho. No cabía duda que los compositores rumanos tenían sus ventajas: subsidios, vacaciones, la publicación de sus obras, etcétera. Pero, con todos los problemas del mercado libre, los artistas occidentales nunca acababan en la cárcel, ni los metían en hospitales psiquiátricos o tenían miedo de ofender a los gobernantes en materia de las artes, como en el Bloque Soviético.

Antes de terminar nuestra estancia hicimos una última gira por los pueblos campesinos. Era muy noche cuando nuestro autobús se detuvo en un caserío para descansar. Al bajar se nos acercó un grupo de hombres; era evidente que nos estaban esperando.

—¿Alguien habla rumano? —preguntaron.

–Sí –dijo uno de nosotros, un bostoniano de origen rumano que hablaba perfectamente bien el idioma. Casi de inmediato vino uno de nuestros guías oficiales diciendo:

–Los queremos ayudar a ustedes, haremos la traducción. No se les permite hablar con extranjeros.

–No necesitamos su ayuda –les dijimos– nuestro colega habla el rumano perfectamente bien.

A pesar de nuestras protestas, los campesinos se fueron y tuvimos que regresar al autobús.

Antes de ir a Rumania sabía que los Balcanes era una región muy compleja, pues durante milenios habían llegado tribus de distintas partes de Asia y Europa, y se establecieron allá. Pero existía mucha hostilidad entre ellas. En Rumania ocurrió un incidente, sin importancia en sí mismo, pero interesante como muestra de la rivalidad tribal. Era costumbre clausurar el congreso con un banquete en honor de los anfitriones y de nuestro secretario general. Entonces, le pedimos al delegado húngaro, un sacerdote católico, que hiciera el discurso. Negó la invitación con esas palabras: –¿Yo? ¿Un húngaro? ¿Dar un discurso formal en Rumania? Imposible.

De nuevo me encontré en el mismo avión que me había traído a Bucarest. Pronto aparecieron los Montes Cárpatos, tan oscuros y amenazadores como antes. Cerré las cortinas para no verlos y recé para que la lluvia no nos alcanzara y nos obligara a aterrizar en algún remoto bosque. Reflexionaba sobre mi viaje. Al llegar a Bucarest el aeropuerto estaba oscuro y triste, al salir estaba luminoso y lleno de actividad, incluso el avión me esperaba cuando, en el último momento, se me ocurrió comprar una blusa campesina.

Traté de dormir, pero el sueño se negó a venir, refrenado por mis recuerdos. Esas encantadoras noches en Sinaia, bajo un cielo lleno de estrellas, escuchando a los campesinos cantar antiguas baladas en la terraza, la camaradería en el bar, los nuevos amigos. Oh sí, la dama egipcia se hizo amiga de los israelitas y conocimos a alemanes del este anticomunistas y alemanes del oeste procomunistas.

Viena-Italia

Después de la asfixiante Rumania, Viena fue una bocanada de aire fresco. Caminaba por las calles, a veces entraba a las tiendas para mirar sus artículos maravillosos –y yo sin un centavo. Encontré un hotel barato en un barrio donde las prostitutas recorrían las calles y yo tenía que huir del

asedio de los hombres. La única noche memorable la pasé con Edith Harich-Schneider, la gran clavicordista que conocí en Sinaia; me invitó a cenar en el restaurante-jardín del Palacio de Schoenbrunn. El jardín estaba iluminado con las luces de linternas, nos sirvieron en vasos de cristal y en platos de porcelana y nos atendieron los meseros con una elegancia digna de reyes. Luego volé a Ginebra y recogí a Peter que había pasado el verano en un campamento para chicos, cerca del lago, y fuimos a Venecia. Tomamos el sol, compramos hermosas piezas de vidrio en la isla de Murano y pasamos horas en la Piazza di la Signoria, admirando el Gran Canal y la copia del David de Miguel Ángel. Pero en Venecia tuvimos la gran suerte de ver algo maravilloso: una ceremonia en conmemoración de la Batalla de Lepanto del siglo XVI, cuando expulsaron a los turcos de la ciudad. Desde nuestros asientos en lo alto de una gradería, vimos las góndolas, ricamente adornadas de lámparas, deslizarse por las negras aguas del canal. Mientras una orquesta sinfónica tocaba una música compuesta para la ocasión. Pero para Peter lo mejor de todo fue la presentación del Teatro Piccolo de Milán. Esa compañía conserva hasta hoy día el incomparable estilo de *commedia di arte*, el teatro popular de la Edad Media. Peter, yo y todo el público nos doblábamos de risa con sus absurdos trucos teatrales.

Checoslovaquia, 1962

"Los eslovacos son muy primitivos, me dijeron mis amigos checos en Nueva York, son católicos fanáticos, pobres y todavía practican ritos antiguos. Ah, pero Praga –y sus voces rezumaban de nostalgia– es otra cosa. Es una ciudad hermosa, y en cuanto a cultura lo tiene todo: teatro, música, ballet y la mejor comida de Europa." ¡Lástima! Al llegar a Praga no encontramos nada de esos lujos, solamente el ambiente deprimido de la zona soviética.

Es verdad, Praga era tan espléndida como me dijeron en Nueva York. Caminando por sus calles y plazas me convencí de que era la ciudad más bella de toda Europa. Primero me quedé impresionada por la catedral Tyn y por el viejo Ayuntamiento gótico, pero lo que me hizo reír fue la Calzada Golden. Esa estrecha calle de casas en miniatura era hogar de los famosos alquimistas que engañaron al rey Leopoldo II, alegando que sabían como transformar el metal en oro. Para mí, esa leyenda revela, más que catedrales y castillos, el pensamiento medieval. Praga era también una Meca literaria y musical. La primera presentación de *Don Giovanni* de Mozart tuvo lugar aquí. En los siglos XIX y XX, Smetana, Dvorak y Janacek

generaron un movimiento paneslávico muy distinguido, y era famoso por sus excelentes publicaciones. En 1962 no vimos nada de esa vida intelectual y artística.

Desde el momento que llegamos hasta que salimos, la política estuvo presente en todos aspectos de la vida diaria. Un día fui con Ruth Rubin, la folclorista judía, mi compañera de viaje, a casa de un escritor judío. El edificio donde él vivía, la llamada Casa Carlos Marx, uno de esos complejos "modelos" para trabajadores, parecía más bien una prisión. Gris y sombrío, no tenía una sola decoración, solamente algunos pequeños jardines al cuidado de los inquilinos.

Al llegar nos ofreció una ensalada y bizcochos.

–Perdóneme –nos dijo– no les ofrezco otra cosa porque hay muy poco en el mercado qué comprar.

Agradeciendo su gentileza, pasamos la tarde conversando.

–Era peor antes –nos dijo– estaba prohibido publicar libros en yiddish durante años, pero ya se puede.

Durante la tarde vimos a un hombre (el departamento estaba en el primer piso) que iba y venía. De vez en cuando se quedaba en frente a la ventana del apartamento y miraba al interior. Al mencionarlo el escritor dijo: "No se asusten, es el capitán de la célula del Partido Comunista. Finge cuidar las plantas, pero en realidad me espía porque tengo invitados extranjeros".

Sí, había cambios, algunos buenos y otros malos. Por ejemplo, un día Ruth y yo visitamos la antigua sinagoga de Praga, construida en el siglo XIII, y todavía en uso. Al otro lado de la calle estaba el cementerio, y como la ley judía prohíbe la exhumación de los cadáveres, por siglos los cuerpos habían sido sepultados en capas, uno sobre otro. Con el tiempo las lápidas se vinieron abajo o se inclinaron, dando el aspecto de dientes chuecos.

Pero todavía nos faltaba un choque más: el guía nos llevó a la Capilla Pincus, cerca de ahí, una sinagoga barroca del siglo XVI, ahora convertida en museo. En contraste con la vieja sinagoga de construcción rústica, la Capilla Pincus era muy elegante, una prueba de que los judíos del siglo XVI habían adquirido riqueza y alta posición social.

Nos condujeron a un salón amplio, pero completamente vacío, cuyas paredes de color beige estaban cubiertas con hileras en negro y rojo. Mientras estábamos ahí de pie, el guía nos explicó que esas hileras eran los nombres de los judíos checos, quienes murieron en los campos de concentración nazis.

Hubo un pesado silencio y luego algunos empezaron a sollozar sin poder contenerse, yo entre ellos. Cada nombre había sido, una vez, un ser vivo y ahora sólo quedaba su rastro escrito en una pared. Al salir al

aire fresco respiramos, y nos relajamos un poquito; el cielo era azul y el sol brillaba en el alto. ¡Ah, hermosa Praga!

Después de varios días, los Rubin y yo salimos en tren hacia Gottwaldov, en la provincia central de Moravia, para las reuniones del Consejo Internacional de Música Folclórica (IFMC). Los asientos, las ventanillas, incluso los uniformes de los porteros estaban en un estado de descuido y suciedad tales que parecían que no los habían lavado en años.

A diferencia de las espléndidas atenciones recibidas de los rumanos, los oficiales checos simplemente nos toleraron; nada de banquetes y muy pocas recepciones. Pero, los delegados checos nos esperaban ansiosos de restablecer contacto con sus colegas de occidente, especialmente nosotros de Estados Unidos, roto bajo el dominio soviético. Nos colmaron de preguntas y hablaron abiertamente sus opiniones acerca de su gobierno.

—Vean a esos hombres de pie por todo el salón —nos dijeron—, son espías del gobierno y no dejan de mirarnos. Sabemos que no les gusta vernos hablar con americanos pero no nos importa, a pesar de que después tengamos que pagar por ello.

Éste era mi segundo congreso dentro del bloque soviético. Al igual que los rumanos, los checos contaban con excelentes archivos de música folclórica y eran investigadores muy dedicados. Pero todos sus estudios se trataban del pasado, especialmente de los campesinos. De la época actual hablaron solamente de las nuevas canciones "socialistas". Durante nuestra visita, sin embargo, encontramos otra música popular contemporánea pero los etnomusicólogos checos no le hicieron caso por ser políticamente "incorrecto".

Años más tarde, justo antes de la derrota de la Unión Soviética, aprendí cómo los comunistas manipulaban la cultura. Doris Stockmann, de Berlín Oriental y Oskar Elschek, director de los archivos folclóricos eslovacos de Bratislava, vinieron a Estados Unidos para dar conferencias en varias universidades. Antes de regresar a Europa, dieron sus últimas pláticas en Hunter College de Nueva York. La doctora Stockmann nos dejó perplejos, no entendimos nada; hablaba en términos tan abstractos que fue incomprensible. En la semana siguiente, el doctor Elschek habló para el mismo público. Me sonaba tan familiar. Claro, ¡porque era igual a lo que escuché en Gottwaldov en 1962!

Al día siguiente Oskar vino a desayunar a mi apartamento.

—Dime —le pregunté— ¿por qué dio Doris esa clase de conferencia?

—No entiendes —me dijo— bajo nuestro sistema tienes que evitar la controversia. Tienes dos caminos: hablar de manera tan abstracta que

nadie pueda acusarte de traicionar los principios socialistas o repetir lo que ya has dicho antes.

Volviendo a Gottwaldov, una día nos invitaron a ver la famosa fábrica de zapatos Bata. Todos los días vimos el humo negro y venenoso que salía de los tres chimeneas de la fábrica. Después de ver el pequeño museo de la historia del calzado hicimos un recorrido por toda la fábrica para observar cómo los obreros trabajaban. El sistema que seguían era del mundo capitalista, el de Henry Ford de Estados Unidos: una persona clavaba el tacón del zapato, otra lo pintaba y alguien más pegaba la suela y así lo hacían hora tras hora, día tras día, mes tras mes. Al final, nos dieron un discurso acerca de la "dignidad" de la clase trabajadora bajo el régimen socialista. Todos nosotros reímos por dentro, pero no dijimos nada. El humo negro seguía saliendo de las chimeneas de Bata nos preguntamos: ¿por qué ningún obrero nos sonrió o habló con nosotros en ese lugar?

Cuando el congreso terminó hicimos un recorrido por las aldeas de Slovakia. Desde la carretera vimos las Montañas Tatra en la distancia, pasamos pintorescas cabañas estilo suizo, hermosos trigales y huertos frutales. ¡Y los gansos! Seguramente que había gansos. Ahora entendí porque todos los hoteles tenían almohadas y colchones de plumas de ganso.

En cada aldea nos esperaban los campesinos con ramos de flores, y las mesas llenas de cosas de comer: pan negro, rojas grosellas y leche batida. Pero fueron los panecillos de semilla de amapola los que me hicieron recordar los pasteles de mi madre. Éste era el país de mi madre, aquí vivió los primeros 16 años de su vida. En mi juventud me contaba muchos detalles de su pueblo en Ucrania, muy semejante a Slovakia: calles sin pavimento, sin banquetas, con estufas de carbón y casi sin electricidad. Cuando llovía el lodo llegaba hasta las rodillas. Lo que vimos en 1962 fue casi igual a lo que me contó mi mamá.

En una aldea hablamos con una campesina de 80 años.

—¿Cómo ha sido su vida, señora? —le preguntamos.

—No muy buena —nos dijo.

—¿Cuando llegaron los turcos, como fue? —insistimos.

—Mal —contestó.

—¿Luego los nazis?

—Mal.

—¿Luego los rusos?

—Mal.

—¿Y ahora su propia gente?

—Mal. Todo es siempre lo mismo; éramos pobres entonces y somos pobres ahora.

Sus dos hermanos, de unos 70 años, de pie a su lado, confirmaban sus palabras:

–Sí –decían– así ha sido siempre.

Después de comer los jóvenes nos dieron un concierto. Yo ya había oído música de los Balcanes en Rumania, pero hubo algunas sorpresas: la curiosa *fujara*, una flauta doble de pastor con la que dos pastores conversan con canciones a través de las colinas, tal como se comunicaron los montañeses antes de la invención de los teléfonos celulares. Estos descendientes de los pastores que inmigraron de Asia en tiempos muy remotos siguen haciendo los mismos rituales hoy día.

Los campesinos no solamente conservan instrumentos, cantos y rituales del pasado, también su traje tradicional: falda plisada como abanicos chinos, y chaleco muy apretado sobre una blusa amplia. Años más tarde, en el Museo Topkapi de Estambul, estuve frente a la famosa estatua de la diosa serpiente pre islámica. Llevaba el mismo estilo de traje que las campesinas de ahora, pero además llevaba dos serpientes en lo alto. La única diferencia entre esa estatua y el traje contemporáneo era que la diosa tiene sus pechos descubiertos.

Pero un día tuvimos un encuentro muy entretenido. Al llegar a una aldea bastante retirada vi a unos extraños en la distancia; eran, sin duda, una pareja americana. Al acercarnos, y averiguar si eran mis paisanos, el hombre me dijo "Sí vivimos en Estados Unidos, pero yo nací aquí y venimos a Checoslovaquia a pasar nuestra luna de miel".

–¿Y cómo la encuentra después de tantos años de vivir fuera? –le pregunté.

–Algunas cosas han cambiado –me dijo– pero las viejas supersticiones siguen igual que antes.

Al entrar al pueblo vi enormes campos de amapolas.

–Quiero saber si la gente aquí sabe que es una droga, además de algo que utilizan para sus pasteles. El hombre empezó a reír.

–Señora –me dijo– este poblado era famoso porque jamás se oía llorar a los bebés. ¡Era costumbre de las viejas darles un té de amapolas para tenerlos callados!

Viciosos desde pequeños, pensé; pero tal vez estos campesinos saben cosas que nosotros ignoramos.

Y reflexionando un poco me acordé que el emblema de la profesión médica es de dos serpientes entrelazadas. Se dice que los antiguos griegos transformaron el veneno en medicina muy efectiva y que las Oráculos Delficas estaban bajo influencia del veneno al hacer pronósticos. Hace algunos años, en una visita a la isla de Éfeso, donde hay el

templo griego dedicado al dios de la medicina, pregunté a nuestro guía turco si esa leyenda era cierta.

–Sí –me dijo– lo aprendí en la escuela cuando era niño.

Como dije anteriormente, aparte del "arte" oficial, encontramos otros hilos de música en las aldeas. Una tarde, un concierto de una banda de gitanos terminó con *Bésame mucho* y algo de jazz tocado al estilo típico gitano con vibráfonos, carrerillas (pasajes rápidos) y florituras. En otro pueblo después de ver una exhibición de danza y música folclórica me rodearon los jóvenes campesinos. "Enséñenos a bailar el "Twist", nos suplicaron, y nosotros los complacimos. "Por qué quieren bailar nuestra música?, pregunté, ustedes tienen sus propios bailes". "Estamos hartos de bailar las mismas viejas cosas. Además, nos encanta su música". Estoy convencida de que, en nuestro tiempo, es la comunicación la que cambia la cultura, no las formas de gobierno.

Más tarde, de vuelta a Praga, me invitaron a una reunión casi secreta de estudiantes del conservatorio de música. Formaron una banda de jazz y querían que yo escuchara un ensayo. Recibí una sorpresa completa al escucharlos tocar, con cierta maestría, el jazz de Nueva Orleans y swing de los años treinta. –¿Cómo aprendieron a tocar así? –pregunté. Me explicaron. –Básicamente de discos que amigos trajeron en secreto de otros países europeos.

Pasaba el último día en Praga, con mis colegas Radmila Petrovic de Yugoslavia, Hannah Laudová de Checoslovaquia y Raina Katarova de Bulgaria; subimos a ver el Hradcany, en tiempos pasados la sede eclesiástica, del gobierno y de las autoridades reales. De pronto, apareció una colosal estatua de Stalin, tan alta que dominaba la ciudad. Sorprendida, me detuve.

–¿Qué diablos hace eso ahí? –grité–. Stalin está muerto y todavía está aquí ese gigantesco monstruo.

Sin perder el paso, Hannah me cogió del brazo y seguimos subiendo.

–Vamos, Henrietta –me dijo impaciente– no te preocupes. Estamos tan fastidiados que ya ni lo vemos. Además, pronto lo van a tumbar.

Sonreímos, nos tomamos de la mano y en unos minutos llegamos al castillo.

Alemania-Austria, 1987

Fue con gran pesar que decidí ir al Congreso Internacional de Etnomusicología en Berlín Oriental. No podía olvidar la matanza en Polonia de toda la familia

de mi madre por los nazis. El avión aterrizó en Hamburgo, en el Mar del Norte. ¿Era esta ciudad la bella y luminosa donde las fuerzas nazis marcharon un día con el brazo en alto y gritando *Heil Hitler!*? Era difícil de creer.

Una vez en Berlín, nuestros colegas, hombres y mujeres de los cuatro puntos cardinales, nos reunimos en una modesta pensión de Berlín occidental para formar un comité para explorar el papel de la mujer en la música popular. Durante dos días discutimos el plan de trabajo. Preparamos una declaración de intención que íbamos a presentar al congreso en Berlín Oriental al día siguiente.

Pero nos llevamos una sorpresa cuando las alemanas nos dijeron:

–No podemos firmarlo.

–¿Por qué? –les preguntamos.

–Miren –nos dijeron–, tenemos miedo de perder nuestro trabajo.

Hicimos otro documento, más suave que el primero y fue aprobado.

El incidente me hizo recordar un programa de televisión que había visto en Nueva York: un debate entre mujeres de varios países, sobre la liberación femenina. Cada una tenía su concepto especial: para la estadounidense, tener acceso al sanitario de ejecutivos, para la musulmana, que su esposo dejara de golpearla.

Antes de ir a Berlín Oriental para el congreso cometí mi primer acto de contrabando: siguiendo el consejo de nuestras colegas de Berlín Occidental, compramos marcos de Alemania Oriental. Fue una ganga: cinco marcos por un dólar, en vez de un marco por un dólar, el cambio oficial. Ocultamos los marcos ilegales en nuestros zapatos. Nerviosas, hicimos fila en el *Checkpoint Charlie*, el puesto de revisión.

–Ah –dijeron los guardias alegremente– así que ustedes van a la Conferencia del ICTM. Bienvenidas camaradas, les deseamos éxito. Y nos dejaron pasar.

En unos minutos llegamos al hotel sede de la conferencia, y otra vez detrás de la Cortina de Hierro. Era un hotel de cinco estrellas tan lujoso como el Waldorf Astoria de Nueva York. Había alberca, club deportivo, salones de banquete y mucho más. A la mañana siguiente nos ofrecieron un desayuno que jamás he visto en países capitalistas: encurtidos, pescado ahumado, frutas, pastelillos, panes y ensaladas. Mi única queja fue que tuve que pagar la cuenta del hotel en dólares. Sin embargo, fuera del hotel nos sirvieron los marcos ilegales y compramos gemelos de teatro y comida de restaurantes.

Nos dimos cuenta de que nuestro hotel era un oasis sólo para turistas; el resto de Berlín Oriental se veía exactamente como los Balcanes, sucio y descuidado, los museos y edificios de gobierno sin limpiar desde

la época comunista, el famoso *Berlin Archives* de instrumentos musicales, estaba desmantelado y bajo toneladas de polvo. La gente que vimos en la calle tenía el mismo aspecto triste: vestían con ropa de mala calidad, como esas cosas baratas que se compran en los sótanos de la Calle 14 de Nueva York.

El punto culminante de la conferencia para mí fue la ovación que recibí por mi ponencia sobre Bessie Smith, la gran cantante de *blues*. Bessie, al igual que otras cantantes negras, era admirada en Europa por su estilo de cantar, muy exótico para el oído europeo. Pero mi ponencia tenía un nuevo enfoque: la letra de sus canciones. En lenguaje claro y picante hablaba con franqueza refrescante de su vida: sus problemas con los hombres, el alcohol, el racismo y, más que todo, el gozo sexual, un tema rara vez encontrado en el folclor europeo. Tres veces tuve que levantarme y recibir el aplauso del público. Lástima que Bessie no estaba presente para recibirlo.

En otros congresos, una vez terminadas las ponencias, siempre había conciertos de baile y canto folclórico. Pero, Alemania no tiene un folclor distinguido así que nos invitaron a un concierto de música clásica de cámara. No hubiera mencionado ese evento si no fuera por algo muy chistoso. En el Palacio Sans Souci, en Postdam, escuchamos la música de Mozart en un salón sumamente elegante. Una vez sentada en mi silla muy confortable di una mirada por el salón. Lo que vi fue que en todos los nichos, por lo menos una docena, habían esculturas de hombres desnudos, sus genitales prominentemente expuestos. Es curioso, la vista de un hombre desnudo, como el David de Miguel Ángel en Florencia, no causa ningún impacto, pero tantos en un solo lugar ¡eso era otra cosa!

Las actividades del congreso, y las amistades con colegas alemanes me hicieron olvidar mis preocupaciones anteriores. Un día Richard Campbell, un musicólogo americano residente en Berlín, me invitó a un recorrido por el viejo barrio judío. Richard y yo caminamos por una estrecha calle y nos paramos frente a un edificio con fachada imponente. "Esta es la sinagoga principal de los judíos, dijo, fue construida en el siglo XIX". El edificio estaba en un estado deplorable, abandonado. Me quedé observando un buen rato y de repente empecé a llorar. Aunque Richard trató de consolarme, las lágrimas cayeron sin cesar.

Finalmente salimos y caminamos hasta llegar a una zona residencial con grandes edificios. Nadie vivía allí. —Aquí es donde los judíos vivieron antes de la guerra —dijo Richard. —¿Ven esos boquetes?, los hicieron los soldados soviéticos cuando liberaron a la ciudad; están exactamente igual que en 1945. Nada ha cambiado. Luego caminamos hacia el

cementerio. No había ni un letrero identificando el lugar como un camposanto judío.

Unos años después regresé a Berlín. El Muro había sido destruido, no existía el Checkpoint Charlie, los autobuses pasaban libremente por el Portal de Brandenburgo y la Alexanderplatz estaba repleta de gente. Otra vez fui a ver la vieja sinagoga; estaba restaurada a su esplendor anterior. La cúpula, ahora recubierta de hoja de oro, brillaba hasta en ese día nublado; había mucha gente esperando su turno para ver el interior. Cerca de la sinagoga, habían puesto una placa señalando que era el sitio de La Casa de Ancianos, destruida por los nazis. Fue allí donde, en 1938, miles de judíos buscaron refugio y desde ahí los enviaron a la muerte en los campos de concentración.

Austria

Pero más que Alemania, fue en Austria donde me di cuenta que el nazismo todavía existía. En 1989 el Congreso Internacional de Etnomusicología tomó lugar en Schladming, un sitio de esquí. El comité organizador informó a los miembros que Kurt Waldheim, presidente de Austria, iba a inaugurar el evento. Como Waldheim había sido un nazi durante la guerra, surgió una protesta. Algunos miembros boicotearon la reunión, pero yo decidí ir. Informé a los dirigentes del congreso que iba a organizar una protesta y todos íbamos a salir en el momento que Waldheim comenzara su discurso.

Al llegar a Schladming la noche anterior a la inauguración, organicé a todos miembros que pude. A la mañana siguiente llegamos al salón y esperamos a que llegara Waldheim. A las diez en punto entró con algunos ayudantes, subió al podio y pronunciaba palabras de bienvenida. Una docena de nosotros nos levantamos de nuestras sillas y salimos. Pero tuve una sorpresa, pues al mismo tiempo un grupo de jóvenes alemanes salieron también: organizaron su propia protesta.

Sin embargo, todo se calmó en los días siguientes. Schladming, un pueblo vacío y torpe en tiempo fuera de la temporada de esquiar, solamente tenía un conjunto musical, una "umpapa banda", que tocaba piezas populares. Como no había otra cosa que hacer en horas libres, fuimos a escucharla. Seguramente, no hay música más aburrida que esa en el mundo entero. Huimos, después de diez minutos, a tomar café.

Por fin llegó el final del congreso sin más disturbios. Sí, todo marchaba bien hasta que en la última reunión una joven pidió la palabra. –Para mí –dijo– la ICTM siempre ha sido una organización democrática.

¿Me pueden decir por qué el señor Waldheim, un conocido nazi, inauguró esta reunión? Se desató un verdadero *pandemónium*. Al final los responsables pidieron perdón y excusas, incluso ofrecieron renunciaciones de puesto, etcétera.

Una vez terminada esta desagradable experiencia buscamos un relevo. Fuimos algunas amigas a Salzburgo en donde el Festival Anual de Mozart estaba en proceso. Pasamos un día allá, pero inquietas e insatisfechas. Salzburgo, es un lugar hermoso y Mozart es su ídolo, su imagen está en todos los lugares, incluso en las cajas de chocolates. Pero durante el festival se llena con gente rica, las mujeres caminan por las calles todo el día con vestidos de gala. Por curiosidad pregunté en una *boutique* el precio de un vestido del aparador. "Cinco mil dólares", me dijeron. En 1989 cada boleto al festival costaba doscientos dólares, y ahora seguramente cuesta más. Como dijo un crítico del *New York Times* hace poco, "los festivales de música en Europa están distiguados más por el brillo del público que por la música".

Y lo peor de todo, el nazismo está creciendo otra vez no sólo en Austria, sino en toda Europa, medio siglo después de la derrota alemana. En Alemania han reportado durante el año 2000 más de 13 mil incidentes en contra de judíos, inmigrantes y gitanos, Francia ocupa el segundo lugar.



VIII. POSDATA

La memoria es tramposa, indigna de confianza, y a veces completamente falsa. He contado mucho de mi vida, pero no de todo. Al leer mi manuscrito una segunda vez me vinieron un torbellino de recuerdos medio olvidados que en su tiempo tenían importancia, pero desaparecieron por completo con el paso de los años. ¿Verdad que no he dicho nada sobre mis grabaciones de Irlanda, ni nada sobre viajes a la India, Japón, Korea, Argentina y mucho más por el mundo? Tampoco he escrito casi nada de mi vida amorosa. Tal vez es que me encuentro fuera de la manía corriente de revelar todas las arrugas de la vida personal. Si hubiera cometido incesto, sexo en grupo, violencia contra niños, o por lo menos sadomasoquismo, valía la pena leerlo. Lástima, he tenido un pasado casi inocente, solamente amores olvidables, y dos matrimonios infelices.

Ni modo, no puedo ir para atrás. Dejo mis memorias como son con todas sus faltas. Tengo otra razón para mi renuencia de confesar todo, porque pone en peligro mi reputación de cuentista. Cuando vienen familiares o amigos a mi casa por la tarde les ofrezco jaleas y muffines. Desde mi ventana se ve el río Hudson y el cielo occidental; el sol



Mi hijo Peter y mi nieto Nicholas de un año de edad, en 1990 (arriba izq.); mi nuera Ingrid y mi nieta Helen de dos años de edad, en 1989 (arriba der.); Helen y Nicholas en 2001 (abajo).

lentamente desaparece detrás las colinas de New Jersey dejando rayas de naranja, rojo y morado. Pronto empieza la conversación, el último escándalo político, crímenes, abusos, todo está airado en los últimas horas del día. Interrumpo con esas palabras: —¿No les conté de la vez cuando en Madrás cubrieron al dios elefante con yogur? Imagínense mi frustración si me contestan: "Yeah, yeah, lo sabemos, lo hemos leído en sus memorias". Como ya les dije, tengo que proteger mi reputación de cuentista.

Debería mencionar aquí que, a pesar de ser octogenaria, sigo escribiendo, dando conferencias, programas por radio y viajando, esto último con un poco de dificultad, pero lo hago. Pero, también soy ama de casa muy feliz; cocino, coso y hago pasteles deliciosos. Y confieso, sin tener la menor vergüenza, que soy abuela modelo con mis dos nietos; Nicholas y Helen. En su niñez me respetaron, no por mis aventuras en tierras lejanas y desconocidas, sino porque había matado a un alacrán mortal con mis propios manos. Ahora, como son adolescentes de talento literario y musical, les apoyo en todo lo que puedo.

Pero también tengo otros lazos: mi hijo Peter quien me da nada más que alegría, su esposa Ingrid y toda mi familia; mi querida hermana Ruth, mis sobrinos y sobrinas Jimmie, Danny, Anne, Emmy, Lauren y Martha, y mi cuñada Rebecca. Honro la memoria de mi cuñado David y mi hermano Nathaniel, que ya murieron. Todo empezó con mis inolvidables padres, Rebecca y Edward Weiss.

Quiero agradecer la bondad de amigas y alumnos, especialmente Neva Wartell y Sandra Hernández; sin su ayuda nunca hubiera escrito este libro. Además quiero dar gracias a la doctora Sol Rubín de la Burbolla de Wong, y a Berta Teresa Abraham Jalil por su buen consejo. Al final, mil gracias a Isaura Martínez Tayabas por poner este manuscrito en orden.



Alumnos del City College de Nueva York en clase de música indú con Henrietta Yurchenco y Srimoti, intérprete indú, 1980.



Henrietta Yurchenco da una explicación sobre el chapareque tarabumara al joven músico Diego Espinosa en México, 1994.

Henrietta Yurchenco con su alumno Allan Cooper tocando el piano a cuatro manos en su departamento de Nueva York, 1999.

De: <HYurchenco@aol.com>
Para: <apar@data.net.mx>
Asunto: evaluacion
Fecha: Martes, 24 de Junio de 2003 12:39 p.m.

Querida Lilia,

Aqui adjunto lo que me pediste, evaluacion de mi role de maestra en la universidad. Esta en ingles pero facil de traducir.

"My first impression was that this course would be unlike all the others I had taken at City College. She started talking about rural American singers I had never heard about- and now nationally famous --Woody Guthrie, Leadbelly, Pete Seeger, Aunt Molly Jackson as if they were her personal friends, not just names in a book. Her purpose, unlike other courses of the standard music curriculum, was to expand our concept of folk music across all racial, national and ethnic boundaries, a grand journey away from the standard European classical curriculum.

To expedite this journey, Henrietta used all of her invaluable experience - on radio, and in the field as a pioneer collector of Mexican and Guatemalan Indian music, and her subsequent explorations in other Spanish-speaking countries - Spain, the Balearic Islands , Morocco (Sephardic Jews), Puerto Rico, Colombia and Ecuador. In addition, as a member of the International Folk Music Council, she traveled to the Balkans, Japan, Korea, India and the Caribbean Islands. Her stories about the people and their music opened up new vistas in our lives.

Not content with that , she started "Common Ground", a folk music performing group. We gave concerts each semester exploring many kinds of music like Blues, ballads, and songs about social and political issues. In later years she initiated a series of workshops which provided hands on experience for students in such areas as African drumming, Indian Ragas, Balkan and Latin American songs styles. At the same time, she made many more field trips to such places as Mexico, Puerto Rico, John's Island, South Carolina, and Galicia, Spain, and always brought some of her students along.

I can honestly say that no other teacher has had such a profound and fascinating influence on my life..

Allen Cooper.

Student of The City College of

New York

Correo electrónico del alumno Allan Cooper, en el que evalúa el trabajo como maestra de Henrietta Yurchenco, 24 de junio de 2003.

La vuelta al mundo en 80 años. Memorias,
se terminó de imprimir en diciembre de 2003
en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V.,
San Lorenzo Tezonco 244, Col. Paraje San Juan, C.P. 09830,
Delegación Iztapalapa, México, D.F.

En su composición se utilizaron tipos de las familias Weiss y HelvCompressed.
La impresión se hizo sobre papel bond de 90 g para interiores
y cartulina sulfatada de 14 pt para forros.
El tiraje fue de 2 000 ejemplares.

Coordinación Editorial de la CDI

Coordinador

Raúl Beraa Núñez

Diseño de interiores y composición tipográfica

Juan Manuel Estrello

Arizbé Camarillo Allende

Cuidado de la edición

Ángela Cruz Martínez

Edición digital

Norberto Zamora Pérez